LR.

Carlos M. Rama

TEORIA de la HISTORIA

Introducción a los estudios históricos

3.ª edición revisada

EDITORIAL TECNOS

SERIE DE FILOSOFIA Y ENSAYO

Dirigida por MANUEL GARRIDO

ABELLÁN, José Luis: *Miguel de Unamuno a la luz de la psicología.* Una interpretación de Unamuno, desde la psicología individual.

ABELLÁN, José Luis: *Ortega y Gasset en la filosofía española.* Ensayos de apreciación.

DÍAZ, Elías: *Revisión de Unamuno.* Análisis crítico de su pensamiento político.

DOPP, Joseph: *Nociones de lógica formal.*

ENJUTO BERNAL, Jorge: *La filosofía de Alfred North Whitehead.*

FERNÁNDEZ DE CASTILLEJO, José Luis: *Actualidad y participación.* Una filosofía contemporánea.

GARRIDO, M.: *Lógica simbólica.*

GARRIDO, M., y otros: *Filosofía y ciencia en el pensamiento español contemporáneo (1960-1970).*

GARRIDO, M., y otros: *La filosofía científica actual en Alemania.*

GURMÉNDEZ, Carlos: *Ser para no ser.* Ensayo de una dialéctica subjetiva.

HIERRO, José S.-P.: *Problemas del análisis del lenguaje moral.*

HUGHES, John B.: *José Cadalso y las «Cartas Marruecas».*

LORENZEN, Paul: *Metamatemática.*

LORENZO, J. de: *Introducción al estilo matemático.*

MARTÍN SANTOS, Luis, y otros: *Ensayos de filosofía de la ciencia.* Simposio de Burgos. En torno a la obra de Karl R. Popper.

MATES, Benson: *Lógica matemática elemental.*

MOULOUD, N.: *Lenguaje y estructuras.*

NICOL, Eduardo: *El problema de la filosofía hispánica.*

NICOL, Eduardo: *Historicismo y existencialismo* (2.ª ed.).

PARÍS, Carlos: *Hombre y naturaleza.*

QUINTANILLA, Miguel A.: *Idealismo y filosofía de la ciencia.* Introducción a la Epistemología de Karl R. Popper.

RAMA, Carlos M.: *Teoría de la historia.* Introducción a los estudios históricos (3.ª ed.).

RODRÍGUEZ PANIAGUA, José M.ª: *Hacia una concepción amplia del Derecho natural.*

RODRÍGUEZ PANIAGUA, José M.ª: *Marx y el problema de la ideología.*

SÁNCHEZ DE LA TORRE, Angel: *Los griegos y el Derecho natural.*

SOTELO, Ignacio: *Sartre y la razón dialéctica.*

TIERNO GALVÁN, Enrique: *Acotaciones a la historia de la cultura occidental en la Edad Moderna.*

TIERNO GALVÁN, Enrique: *Razón mecánica y razón dialéctica.*

TEORIA DE LA HISTORIA

1.ª edición: Buenos Aires, 1959
2.ª edición: Madrid, 1968
3.ª edición: Madrid, 1974

Editorial Tecnos, S. A.
O'Donnell, 27 - Madrid-9
ISBN 84-309-0496-4
Depósito legal: M. 14027-1974

Printed in Spain - Impreso en España por EOSGRAF - Dolores, 9. Madrid-29

PROLOGO PARA LA PRIMERA EDICION ESPAÑOLA

No existen muchos libros de Teoría de la Historia, y prácticamente no los hay originales en nuestra lengua.

Después de publicada la primera versión de la nuestra en 1959, conocimos la orteguiana de José Antonio Maravall (Teoría del saber histórico) *y la del argentino Enrique De Gandía, incluida en el volumen* Introducción al estudio del conocimiento histórico.

Sin embargo, pocos conocimientos como el que se procura ofrendar con libros como éstos son tan útiles para el historiador.

De nada valdría poseer una masa de informaciones cuantiosa en cualquier ciencia, incluyendo obviamente la Historia, si no somos capaces de interpretarla y explicarla. Para ello son imprescindibles ideas generales, pero también conceptos claros en materia de lógica científica.

Para el lector español, conocer este libro importará tanto como informarse de las ideas históricas de un especialista en la historia de su país. Decía E. H. Carr, en una excelente serie de conferencias en la Universidad de Cambridge, que «no puede comprenderse o apreciarse la obra de un historiador sin captar la posición desde la que él la aborda», y en otra parte amplía su punto de vista agregando: «antes de estudiar al historiador, estúdiese su ambiente histórico y social» [1].

Aunque publicado primeramente en 1959 por la Editorial Nova, de Buenos Aires, y en la Biblioteca Histórica, dirigida por el profesor Luis Aznar, este libro se comienza a gestar desde 1951.

En aquella fecha, al sernos atribuida la cátedra entonces de Introducción a los Estudios Históricos, *de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad de Montevideo, publicamos un volumen intitulado justamente,* Introducción a los Estudios Históricos.

---

[1] *¿Qué es la Historia?,* Barcelona, Seix Barral, 1961, págs. 52 y 58.

Teoría y Metodología de la Historia *(Montevideo, Medina, 1951, 138 págs.), en que se lanzan algunos de los temas que llegan hasta esta actual edición.*

Entre 1952 y 1954 escribimos desde París nuestros tres libros sobre la España contemporánea[2]*, y desde 1955 retomamos el tema de la Teoría de la Historia, que culmina en el libro de la Editorial Nova en 1959, al tiempo que preparamos la edición de los tres citados libros, que aparecen por vez primera entre 1958 y 1961.*

El modesto historiador de la historia española que somos, produce en el cuadro de las ideas generales sobre la ciencia social que resulta de este libro de Teoría de la Historia.

Atento a ese hecho, no hemos querido, para la primera edición española, hacer más que correcciones de detalle, actualizar alguna bibliografía y agregar escasos textos y este prólogo.

Para otra ocasión será una revisión profunda, a fondo, de la temática y conclusiones de esta obra, para ajustarla a nuestro posterior desarrollo, a una praxis cumplida en otros campos de la vida intelectual y que ha tenido significativa reacción sobre nuestra teoría[3].

También decía Carr que «no envidiaría al historiador capaz de afirmar honradamente haber pasado cincuenta años sin modificar radicalmente su visión de algunos puntos», y la verdad es que Carr solamente exagera en cuanto al plazo. El mundo marcha muy rápido, y con muchos menos años, un creador intelectual debe ajustar sus ideas.

Me alegra poder decir todo esto en España, tan mía como de los españoles, y donde no han faltado quienes crean que se puede detener el tiempo.

Montevideo, octubre 1968.

CARLOS M. RAMA

---

[2] Son ellos *La crisis española del siglo XX; Ideología, regiones y clases sociales en la España contemporánea,* e *Itinerario español.*

[3] Sobre estos temas en este año de 1968 terminamos de publicar en Buenos Aires, Editorial Nova, el volumen *La Historia y la novela y otros ensayos historiográficos.* (Nueva edición en preparación, Ed. Tecnos.)

«Sans théorie préalable, sans théorie préconçue, pas de travail scientifique possible. Construction de l'esprit qui répond à notre besoin de comprendre, la théorie est l'expérience même de la science. D'une science qui n'a pas pour ultime objet de decouvrir des lois, mais de nous permettre de comprendre. Toute théorie est naturellement fondée sur ce postulat que la nature est explicable. Et l'homme, objet de l'histoire, fait partie de la nature. Il est pour l'histoire ce qu'est la roche pour le minéralogiste, l'animal pour le biologiste, l'étoile pour l'astro-physicien: quelque chose à expliquer. A faire comprendre. Donc à penser. *Un historien qui refuse de penser le fait humain, un historien qui professe la soumission pure et simple à ces faits, comme si les faits n'étaient point de sa fabrication, comme s'ils n'avaient poin été choisis par lui, au préalable, dans tous les sens du mot choisi (et ils ne peuvent pas ne pas être choisis par lui) c'est un "aide-technique". Qui peut être excellent. Ce n'est pas un historien».*

LUCIEN FEBVRE.

I

DE LA TEORIA DE LA HISTORIA

Nuestro tiempo registra por la Historia un interés creciente. Si del siglo XIX se dijo que era 'el siglo de la Historia', ¿qué decir de esta época nuestra en que tratados de Historia se encuentran entre los *best-sellers* del gran público, junto a las novelas y los libros de viajes? El interés por la Historia ha trascendido de las aulas universitarias al público culto y es 'el violín de Ingres' de gentes salidas de las disciplinas y oficios más diversos. En el pensamiento crítico, las referencias a la Historia son cada día más crecientes y las interpretaciones que hacen de ella el conocimiento por excelencia obtienen diariamente mayor audiencia.

Lo extraordinario es que todo esto coincide con una renovación de los conceptos históricos y del mismo 'arte de historiar'. En pocos años han surgido nuevas corrientes, se han desbordado territorios hasta entonces inexplorados y se ha presentado combate a disciplinas más o menos afines. A los que dudan todavía de la Historia podría decírseles lo que Pascal aconsejaba respecto a las matemáticas: «Estudiadlas, y la fe os vendrá.»

Una de las formas de estudiar a fondo la Historia es el análisis de su problemática, el desarrollo de su teorética. Más aún; sin el manejo de la teoría de la Historia no es posible actualmente hacer historia aplicada. Aquel criterio de los viejos prácticos, según el cual «los hechos históricos están aquí y basta con que los observemos, juntemos y arreglemos para que den origen a generalizaciones convenientes y fundadas» no sólo es anticuado, sino que resulta peligroso. Por el contrario, pensamos con Dewey que «la formación de los juicios históricos se halla mucho más retrasada que la de los juicios físicos no sólo a causa de su mayor complejidad y de la

escasez de los datos, sino también porque los historiadores no han desarrollado todavía el hábito de exponer para sí mismos y para el público las estructuras conceptuales sistemáticas de que se valen para organizar sus datos» [1].

De estas preocupaciones, y de otras que veremos seguidamente, se ocupa en el ambiente universitario la Teoría de la Historia, que actúa como una introducción a los estudios históricos. Esta disciplina ha sido concebida en las distintas universidades como un pórtico a los estudios superiores. En ella entroncan las especialidades, y parte la profundización crítica, propia de los estudios especializados de Historia.

Los estudiantes acceden al ciclo superior con una noción vaga e incluso pintoresca de la disciplina que han escogido. Casi siempre admiran más la exposición retórica que la ciencia de sus profesores secundarios y, con un *a priori* propio del entusiasmo, creen haber hecho la elección de 'su sector', aunque desconozcan sus límites y posibilidades.

En la advertencia preliminar del manual de Langlois y Seignobos se dice muy acertadamente: «La mayor parte de los que se dedican a la historia, en efecto, lo hacen sin saber la causa, sin haberse preguntado jamás si tienen aptitud para los trabajos históricos, cuya naturaleza desconocen frecuentemente. Comúnmente, si se deciden por esta profesión, lo hacen por los motivos más fútiles, porque han obtenido buenas notas en esta asignatura en el colegio; porque sienten por las cosas del pasado la especie de atractivo romántico que en otro tiempo decidió, dícese, la vocación de Agustín Thierry; a veces también porque tienen la ilusión de que la Historia es una disciplina relativamente fácil.»

Introducción a los estudios históricos es una suerte de 'gerente de la historiografía superior', ya que le está confiado el análisis del conjunto de sus problemas comunes, la dilucidación de las cuestiones generales y la exposición y práctica de las técnicas fundamentales. Para la disciplina existe sólo Historia y nada más que Historia, sin tener en cuenta los sectores individualizados por el conocimiento historiográfico.

---

[1] DEWEY, J.: *Lógica. Teoría de la investigación*, México, Fondo de Cultura Económica, 1950 págs. 543 y 261.

SUS ASPECTOS BASICOS

¿Qué intenta proporcionar este tipo de conocimiento?

1.° En primer lugar mostrar la multiplicidad de puntos de vista y la riqueza de panoramas y sectores que presenta el conjunto de la historiografía. Sin perjuicio de las subsiguientes especializaciones, el estudiante debe conocer las distintas posibilidades que ofrece el total de la Historia, su riqueza conceptual, su diversidad. W. Bauer dice bien que «la Historia es un río de corriente única y nadie puede pretender un conocimiento histórico verdadero si sólo ha puesto ante su vista una parte del curso de este río, o alguno de sus afluentes» [2].

2.° Desarrollar las actitudes fundamentales propias del historiador. Sobre esto podrían destacarse numerosas facetas, pero preferimos por el momento señalar solamente dos: la adhesión a la verdad científica y al espíritu crítico, y la comprensión simpática del mundo. Nuestra disciplina es hoy una ciencia, y, como tal, rinde culto a la verdad, que constituye su norte. La probidad científica es importantísima y sin ella no hay auténtico conocimiento y sí solamente mero diletantismo.

En cuanto a la comprensión simpática, nos remitimos de nuevo a Bauer, que la destaca como la «capacidad innata de penetrar en el sentir interior y en la vida espiritual de los demás, la mirada abierta ante las cosas del mundo circundante especialmente de la vida pública» [3].

3.° Es también parte de su cometido hacer meditar a los neófitos sobre los problemas teóricos fundamentales de la historiografía. Estos son cambiantes para cada época, pero comunes a una generación de historiadores de todas las especialidades. Así, para ejemplificar, en el siglo XIX se discutió ahincadamente sobre «si la historia es un arte o una ciencia», o sobre «si existe una ley de progreso deducible del pasado», o sobre si existen leyes comparables a las de las ciencias naturales.

Antes, esta clase de temas era privativo de los filósofos profesionales, y dentro de ellos, de especialistas como los filósofos de la Historia, filósofos de la ciencia, lógicos o epistemólogos.

El historiador, presuntivamente a su servicio, recibía de lo alto sus deducciones y conclusiones que debía considerar definitivas.

El progreso constante de las ciencias históricas ha hecho consi-

---

[2] *Introducción al estudio de la Historia,* Madrid, Bosch, 1944, pág. 23.

[3] *Ob. cit.,* pág. 18.

derar ese planteo inadmisible y un autor como W. Dilthey ha podido decir: «El pensador que toma como objeto el mundo histórico, debe estar en estrecha relación con el material inmediato de la Historia y dominar enteramente su método.»

Y don Rafael Altamira, de quien extraemos la cita, agrega: «Lo natural es que sea a los historiadores a quienes preocupe ese problema porque la visión constante del material histórico les ha de sugerir a cada momento el ansia de una explicación que trascienda de los hechos mismos y, en todo caso, su condición de hombres inteligentes les llevaría a ello, aunque no se atreviesen a abordar la resolución» [4].

Nadie como el propio historiador conoce el material histórico, y por tanto debe vivir sus problemas teóricos.

Ningún historiador puede quedar apartado de esta clase de cuestiones, y de su posición personal en las mismas dependerá el sentido de su esfuerzo y el valor de los frutos de su investigación y síntesis.

Más aún: «No hay rama del conocimiento que en el transcurso de la evolución intelectual haya exhibido modalidades más diversas y respondido a concepciones más contradictorias que la Historia. Tampoco hay otra que haya tenido y siga teniendo mayor dificultad en descubrir su *status* definitivo.» Así comienza un divulgado trabajo de Henri Berr y Lucien Febvre [5].

4.° También es importantísimo el dilucidamiento de las relaciones de la disciplina con las demás que integran el conocimiento humano. No solamente con las llamadas ciencias auxiliares (que se estudian en la eurística), sino, especialmente, con la filosofía, la ciencia, la sociología, el arte, el derecho, la economía política, etc.

5.° Es tradicional que la metodología histórica, en los manuales de finales del siglo XIX, ocupe casi todos los afanes de los especialistas. Naturalmente, es imposible proporcionar recetas de cómo investigar en Historia y ser historiadores profesionales, pero procura solución a numerosas preguntas de carácter técnico que se plantea el recién iniciado.

En primer lugar lo referente al léxico. Existe un léxico universalmente aceptado y que permite que los estudios de los historiadores de todo el mundo nos sean accesibles y proporcionen material a nuestros afanes y trabajos, y viceversa. Esto se obtiene por una conceptuación, traducida lexicográficamente, común a todos los historiado-

---

[4] *Filosofía de la Historia*, Madrid, La Lectura, 1916, págs. 23-24.

[5] Artículo «History» en la *Encyclopaedia of Social Sciences*, New York, MacMillan, 1937, t. VII, pág. 357.

res, divulgada por los manuales universitarios y el uso de generaciones de especialistas.

Por otra parte, hay una técnica imprescindible cuyos rudimentos básicos necesitan divulgarse. Un especialista famoso, Bernheim, decía que «talento sin método daña a la ciencia no menos que método sin talento». Esta técnica o método se muestra en la eurística (análisis de las fuentes y técnica de la investigación) y en hermenéutica (interpretación, síntesis y exposición de la investigación) [6].

6.° Finalmente, en esta disciplina, y como una recomendación de utilidad general común a las demás ciencias históricas, debe destacarse la conveniencia de atender por el historiador el presente. En apariencia resulta paradójico que el historiador —por definición: hombre vuelto al pasado— deba reforzar su interés y conocimiento del presente. Sin embargo, nada más imprescindible, «tan importante por lo menos como el conocimiento de los libros es igualmente para el historiador el conocimiento del presente», nos dice W. Bauer.

En esto hay un antídoto contra la artificialidad, posible en una compenetración más o menos romántica con determinadas épocas del pasado histórico. Nada suple la experiencia de una sociedad histórica determinada —ésta nuestra en que somos actores— y de que otros serán espectadores e historiadores.

Más aún: se ha dicho que la historia es la forma cómo el presente toma contacto con el pasado para extraer enseñanzas, o simplemente para descubrir las grandes líneas de su futuro inmediato. Mal puede saberse qué pretende conocer de su pasado la sociedad del presente del historiador, si éste no conoce sus calidades, sus problemas y sus motivaciones [7].

TEORIA DE LA HISTORIA

Todas estas cuestiones, que, por exclusión, pueden caracterizarse como el conjunto de problemas de los que no se ocupa la 'Historia aplicada', corresponden a la teoría de la Historia. En sentido amplio,

6 «La historia es, sin duda, la disciplina en que más se necesita que los que trabajan tengan conciencia clara del método de que se sirven.» LANGLOIS y SEIGNOBOS: *Introducción a los estudios históricos*, Madrid, Jorro, 1913, página 9.

7 MARC BLOCH: *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien*, París, Colin, 1949, pág. 13, dice: «La incomprensión del presente nace fatalmente de la ignorancia del pasado. Pero sería vano agotarse en comprender el pasado si no se sabe nada del presente.» Y cuenta seguidamente una aleccionadora anécdota de un viaje que hicieron a Estocolmo con el historiador belga Henri Pirenne.

esta disciplina es una especie de introducción a los estudios históricos, pues comprende las siguientes disciplinas particulares:

a) La metodología de la Historia.
b) La Historia de la Historia.
c) La didáctica de la Historia.
d) La filosofía de la Historia.
e) La teoría de la Historia, entendida en sentido estricto.

Es fácil comprender el contenido de la historia de la Historia (o de la historiografía, como prefieren algunos autores), donde se estudian los distintos historiadores o épocas del pensamiento histórico. Lo mismo ocurre con la didáctica de la Historia, que se ocupa de las peculiaridades de la pedagogía en la enseñanza de las ciencias históricas.

Por filosofía de la Historia, en cambio, se han entendido dos cuestiones bien diversas. Por una parte, aquellos sistemas creados especialmente en el siglo XVIII (Voltaire, Herder o Hegel), buscando una interpretación de los hechos históricos, y que es una rama de la filosofía. Más modernamente pasó a ser la mera reflexión sobre los problemas teóricos de la Historia y, por tanto, sinónimo de lo que aquí llamamos teoría de la Historia. En algunas universidades se le ha sustituido por la Historia de la historiografía, pasando el estudio de esos temas a la teoría de la Historia, mientras en otras éstos se dividen. En tal caso se ocupa, por ejemplo, de temas ontológicos como la legalidad, causación, interacción, racionalidad o irracionalidad del mundo histórico, quedando el resto de los temas posibles a cargo de la teoría de la Historia.

En este libro se ha adoptado la primera de las soluciones universitarias señaladas, pues se comparte la justificada idea del desprestigio de la filosofía de la Historia.

Esto no quiere decir que este volumen agote todos los temas posibles de la teoría de la Historia. Hasta ahora ningún autor lo ha hecho, y ni siquiera hemos intentado la empresa. Esta es una reflexión de un historiador sobre algunos grandes temas teóricos de su disciplina, y sus soluciones se ha preferido sugerirlas, evitando dogmatizarlas.

A veces, en este tipo de obras se omiten las referencias bibliográficas y se destila, aparentemente con total originalidad, vagas consideraciones teoréticas. Que la sombra de Sócrates nos proteja al confesar nuestras lecturas y en especial aquellas que nos permitieron definir ideas propias. Es posible incluso que nuestras lecturas e ideas permitan a otros encontrar su camino.

Habiendo adoptado como norte la realización de una obra de teoría de la Historia, entendida en sentido estricto, también ha quedado fuera de su órbita la metodología de la Historia, a pesar de estar condicionada a los principios teóricos generales. Esta disciplina, perfectamente perfilada desde fines del siglo XIX, se ocupa de las condiciones técnicas de la investigación, de sus etapas y de la elaboración de sus resultados a través de la obra histórica.

En cierto sentido puede decirse que la teoría de la Historia es una logicognoseología de la Historia, y esto se entiende mejor si citamos, por ejemplo, los grandes temas de que nos ocuparemos seguidamente: la Historia en el conocimiento, Historia y literatura, Historia y ciencia, Historia y sociología, el concepto de historia, la realidad histórica, hecho histórico o suceder histórico, historicidad e historicismo, historicismo e historiografía, unidades de actuación, el campo de la Historia, configuración historiográfica, el problema de la periodificación, la utilidad de la Historia [8].

[8] Es evidente la escasez de materiales sintetizadores de la teoría de la Historia, aunque abunden las especulaciones —casi siempre de origen filosófico— inspiradas en determinada interpretación más o menos metafísica de la realidad. En 1959, y refiriéndonos al Uruguay, expresábamos conceptos que pueden encontrar eco en países similares. He aquí nuestras palabras: «Se trata de uno de los aspectos en los cuales la presencia de institutos superiores como la Facultad de Humanidades y Ciencias y el Instituto de Profesores es profundamente útil. En materia de historiadores el país ha producido ya algunos, especialmente en historia nacional, junto a la discutible, pero abundante manifestación de profesores autores de textos de diversa índole.

»Pero el conjunto de problemas agrupados en teoría de la Historia apenas ha tenido cultores entre nosotros. La forma tardía en que se han dedicado a la Historia los estudios universitarios, y el atraso general del país en materia de bibliografía, etc., hace que hasta unos cinco años atrás sólo se tuviera pequeños trabajos de Luis D. Desteffanis, algunos artículos en las revistas finiseculares o tesis universitarias y la obra de Aquiles B. Oribe en el primer cuarto del siglo XX.

»Esto contrasta visiblemente no sólo con los países europeos y Estados Unidos, muy adelantados a este respecto, sino incluso con países cercanos como Argentina y Chile, a los cuales debemos referirnos para obtener antecedentes americanos de nuestras inquietudes.

»Este planteo realista puede darnos inicialmente cierta desventaja; pero también asegura a quienes dediquen sus afanes a estas disciplinas un amplísimo y casi virgen territorio, donde la elaboración original es más posible, aun con medios relativamente precarios.»

II

LA HISTORIA EN EL CONOCIMIENTO

La evolución y los distintos problemas del conocimiento son reflejos de las condiciones generales de la existencia histórica. Se podría seguir paso a paso esta evolución paralela del pensamiento y de la vida. No nos pronunciaremos ahora sobre el tema de la causación y registramos simplemente una situación real, que explica, por ejemplo, que los 'centros de interés' de carácter colectivo de los pueblos tienden constantemente a desplazarse a través de las épocas.

Lo que Auguste Comte elevó a la categoría de super-ley sociológica, en definitiva parte de una observación histórica. Su explicación legal, según la cual la humanidad pasa de una etapa religiosa a otra filosófica, para culminar en la científica, sería la hipóstasis de un hecho histórico-cultural, ese desplazamiento de los 'centros de interés' colectivos que la Historia registra [1].

En la Edad Media, y luego durante la Reforma, aunque con criterio distinto, el acento se pone en los problemas religiosos. A los hombres de esos tiempos les domina colectivamente la preocupación del más allá y el conocimiento y práctica de las normas vitales necesarias a la santidad y a la salvación eterna de su alma. Es posible mostrar, y ha sido hecho, que entre ese tema dominante y los demás intereses, en ocasiones muy vitales e inmediatos que mueven a los hombres, hay una relación constante; pero ello no anularía la premisa anterior.

El conocimiento histórico aparece al creyente como una confirmación de su fe y una prueba de la grandeza de Dios y de la Iglesia.

---

[1] No usamos aquí la palabra hipóstasis en el sentido que le daba la metafísica alejandrina (sustancia que yace debajo de los fenómenos), sino en el más amplio que le ha dado la sociología francesa después de Durkheim.

Todavía Bossuet cierra su célebre *Discurso sobre la Historia Universal* con el cap. VIII: 'Conclusión del discurso, en la cual se demuestra la necesidad de referirlo todo a la Providencia divina'.

Cuando indica el plan general de la obra a «Monseñor el Delfín», señala que «la religión y el gobierno político son los dos ejes sobre los que giran los acontecimientos humanos», pero la conclusión de su discurso es que «al paso que veréis caer todos estos imperios, veréis a la religión mantenerse por su propia fuerza, con lo cual entenderéis dónde se halla la sólida grandeza y en dónde debe poner toda su esperanza un hombre prudente» [2].

Sin embargo, ya Bossuet —como lo señalara Paul Hazard— es el «representante de una tradición atacada por todas partes y, por decirlo así, abandonado por su tiempo», no solamente por ser un representante de la ortodoxia católica en un momento de crisis para esta creencia, sino por el mismo desplazamiento del interés colectivo que ya no valora con tanta exclusividad lo religioso [3].

Con anterioridad se registra el momento en que el interés se desplaza de lo religioso a lo político. El lugar de los temas religiosos es ocupado por la política internacional y también por los intereses político-nacionales.

En el caso de Francia hasta es posible fechar el hecho con la aparición del justamente llamado partido de los 'políticos' en la época de Montaigne. Por entonces el país, y el que habría de ser rey de Francia como Enrique IV, se habían forjado en la preocupación religiosa, en el odio bíblico, en el recuerdo de «la Francia cubierta de catedrales», o en la «revancha de San Bartolomé»; pero surgen intereses materiales concretos de clase (los de los burgueses, por ejemplo) y problemas internacionales (como la intervención de Felipe II) que desplazan la atención de lo religioso y llevan a primer término la política, rudimentariamente representada. Esto explica que la actitud religiosa de Enrique IV como 'suceso' no tuviera la resonancia que en el siglo XIII tuvo la de Federico II Hohenstaufen, y que el Edicto de Nantes se viese como un acto de 'buena política', aun por la mayor parte de los mismos católicos.

Las obras de Jean Bodin, más todavía que las de Maquiavelo, pueden ilustrar sobre la consideración que merece a una época dominada por el interés político el pensamiento histórico. Especialmente en el *Methodus ad facilem historiarum cognitionem* se puede apreciar

---

[2] Pág. 448, ed. París, Garnier, s. f., trad. de D. L. de Castro y Valle.
[3] PAUL HAZARD: *La crisis de la conciencia europea*. Madrid, Pegaso, 1941, página 178.

que la política es el fin dado a la experiencia histórica. Esta obra, escrita entre 1560 y 1565, muestra su deseo de un gobierno legal donde el poder real instaure un régimen de autoridad, y la confrontación de la historia de los diferentes pueblos permitiría demostrar la superioridad del sistema monárquico, etc. [4].

Desde entonces, y hasta el siglo XIX, el actor principalísimo del desarrollo del tema político será la clase burguesa.

A cada uno de estos centros de interés correspondieron manifestaciones concretas y realizaciones memorables. A través de las universidades y los libros, el interés religioso se manifestó en el desarrollo y prestigio de la teología, en ocasiones bajo el manto de la metafísica.

Simultáneamente con el auge de lo político, corresponde el destronamiento de la teología por la filosofía secularizada. No es una casualidad que Hobbes sea un contemporáneo de Descartes [5].

La filosofía supuso un método *sub especie aeternitatis,* incompatible con el estilo del pensamiento histórico, *sub especie temporis.* Descartes, Espinoza o Leibniz parten del supuesto de la validez eterna y universal de sus sistemas, pues actúan generalizando, mientras que a su parecer, y siguiendo una arcaica precisión aristotélica, la Historia se ocupa exclusivamente de lo singular, de seres, de hechos dados *hic et nunc,* de lo transitorio, de lo individual *omnimodo determinatum.*

«En términos más claros y decisivos, puede decirse que mientras el desarrollo intrínseco del saber ha conducido a concebir el modo de ser histórico como el modo de ser objetivo de la realidad, la lógica y la teoría del conocimiento parecen implicar que la realidad misma no puede constituir objeto de conciencia (o de filosofía en el caso), sino en cuanto se le piensa bajo categorías de constancia, de permanencia, de invariabilidad, que no son las categorías del existir y del acaecer históricos» [6].

La superación sólo era posible por la intervención superior de la

---

[4] JEAN BODIN: *La méthode de l'histoire.* París, Les Belles Lettres, 1941, trad. de Pierre Mesnard.

[5] BERTRAND RUSSELL, en la página frontera a la que señala a Descartes como fundador de la filosofía moderna, dice hablando de Hobbes: «Está completamente libre de superstición; no razona con lo que les ocurrió a Adán y a Eva en el tiempo de la Caída. Es claro y lógico; su ética, acertada o equivocada, es completamente inteligible y no implica el empleo de ningún concepto dudoso. Aparte de Maquiavelo, que es mucho más limitado, es el primer escritor verdaderamente moderno sobre la teoría política.» *Historia de la filosofía occidental,* trad. de Gómez de la Serna, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1947, t. II, pág. 178.

[6] ENRICO DE MICHELIS: *El problema de las ciencias históricas,* trad. de Vicente Quintero, Buenos Aires, Nova, 1948.

filosofía que, ordenando ese material informe, establecía las leyes eternas de la llamada filosofía de la Historia.

LA FILOSOFIA DE LA HISTORIA

Nos referimos aquí a la filosofía de la Historia entendida en un sentido estricto, y tal como se encuentra en las obras de autores como San Agustín, Voltaire, Hegel o Fichte. En efecto, aunque la denominación le fue dada en 1765 por Voltaire, ya la obra *De civitate Dei* de San Agustín supone una filosofía de la Historia. En este caso, es la teología la que aporta la fundamentación y, con los demás autores, será la filosofía metafísica.

En todos los casos la Historia es un medio —al igual que la naturaleza, el Derecho o el Estado— para la demostración de cierto plan, ya sea divino, ya natural o metafísico, según el cual se deben comprender los acontecimientos humanos.

En el siglo XIX se produjo una fuerte reacción contra esta disciplina. Por una parte, los historiadores reivindicaron el derecho de interpretar el resultado de sus estudios. Así Taine decía: «Après la collection des faits, la recherche des causes», que excluía al filósofo como al teólogo con sus pretendidas leyes y planes universales. La misma variedad de los sistemas tendió a desacreditarlos.

Los que presentan Comte y Marx, ya es difícil calificarlos de estudios de «filosofía de la Historia», pues se insertan en la Sociología. Más tarde, en nuestro siglo, Spengler, Weber y Toynbee presentan una naturaleza mixta, pues son historiadores y al tiempo filósofos, sociológicos y hasta ideólogos.

En general se tiende a abandonar la disciplina, que sufre asimismo del conocido descrédito de la filosofía trascendente, y se le sustituye por la teoría de la Historia por un lado, y la Historia de la historiografía por otro [7].

EL INTERES POR LO SOCIAL

Pero el mismo interés por lo político ha cedido más recientemente al auge de lo social. Su origen nos es conocido. Los progresos de la ciencia, sus aplicaciones, el desarrollo de la técnica y las mismas

[7] Véase B. CROCE: *Teoria e historia de la historiografía*. Buenos Aires, Imán, 1953, págs. 51-65 («la filosofía de la Historia está muerta») y DE MICHELIS: *Ob. cit.*, págs. 71-74 («la filosofía de la Historia se resuelve en la misma teoría logicognoscológica del conocimiento histórico»).

fuerzas engendradas por las nuevas clases sociales del mundo moderno han llevado a las revoluciones industriales y al auge del capitalismo.

Las 'cuestiones sociales', que suponen el planteo de todos los temas de la convivencia humana en distintos aspectos y ángulos, fueron confiados en un primer momento a la ciencia, y dentro de ella a las llamadas ciencias naturales. Desde el Iluminismo a la era victoriana se ha confiado en forma tan absoluta que hasta se tildó de ingenua en las posibilidades directas de las ciencias naturales. Veamos cómo enjuician aquel momento algunos contemporáneos nuestros.

John Dewey dice: «No es posible por más tiempo mantener la fe simple del Iluminismo que afirmaba que el progreso de la ciencia produciría las instituciones libres disipando la ignorancia y la superstición —fuentes de la servidumbre humana y pilares de los gobiernos opresores. El progreso de la ciencia natural ha sido todavía más rápido y extenso de lo que se había previsto. Pero su aplicación técnica en la producción y distribución en masa de los bienes ha exigido la concentración del capital, ha originado las corporaciones comerciales poseedoras de derechos e inmunidades amplias y, como es un lugar común, ha creado un vasto y complicado grupo de problemas nuevos» [8].

A menudo los mismos científicos han destacado que «las direcciones principales de la ciencia física durante los cien años últimos, especialmente en el último medio siglo, se han establecido, directa o indirectamente, por las exigencias de la industria movida por el beneficio privado»; y el químico Soddy, de una manera tan pintoresca como gráfica, confirma: «Hasta ahora las perlas de la ciencia se han arrojado a los puercos, que nos han dado en cambio millonarios y bajos fondos, armamentos y la desolación de la guerra» [9].

En su patética obra *Ciencia, libertad y paz,* Aldous Huxley apoya lo anterior: «Hasta el momento presente, la ciencia aplicada no ha sido empleada principal o primordialmente para beneficio de la humanidad en conjunto.» Y completa su argumentación diciendo: «El progreso de la ciencia es uno de los factores implicados en la progresiva declinación de la libertad y la progresiva centralización del poder que se han producido durante el siglo XX» [10].

Pronto se comprendió que el dominio de la ciencia natural y de las técnicas, de no estar acompañado de un progreso semejante en el

---

[8] JOHN DEWEY: *Libertad y cultura,* Ed. Rosario, Rosario, 1946, pág. 125.

[9] *Ob. cit.,* págs. 128 y 136-7.

[10] ALDOUS HUXLEY: *Ciencia, libertad y paz,* Buenos Aires, Sudamericana, 1947, págs. 8 y 97.

conocimiento del hombre y de la sociedad, pondría en manos de minorías fuerzas de tal poderío que se producirían resultados nocivos para la colectividad humana.

Un movimiento semejante al que se ha operado en Grecia en el siglo V a. C. con la sofística y la escuela de Atenas, se produce en los siglos XIX y XX en el mundo del conocimiento, y pasan a convertirse en uno de sus capítulos más importantes las ciencias del hombre, del espíritu, morales, humanas o sociales, que de todas estas maneras han sido denominadas.

Naturalmente, para muchos de sus autores este nuevo tipo de disciplinas supone la exclusión o neutralización de las formas de conocimiento aparecidas anteriormente, incluidas las mismas ciencias naturales de creciente prestigio. Para otros, en cambio, son complementarias y hasta implican la aceptación del método y el estilo de las ciencias, y en especial de la Física, constituida desde el siglo XVII como el conocimiento científico por excelencia.

Los intentos más importantes en las nuevas formas de conocimiento serán bien caracterizados: *a)* por la fundación de la Sociología por Comte (¿nueva filosofía de la Historia, filosofía social, o ciencia social?), y *b)* por la transformación de la Historia en una ciencia.

Comte, en 1822, enuncia su *Plan de trabajos científicos para reorganizar la sociedad* sobre la base de «concebir la organización social como íntimamente ligada con el estado de la civilización y como determinada por él, de una parte. Por otra, hay que considerar la marcha de la civilización como sujeta a una ley invariable fundada sobre la naturaleza de las cosas». Esta nueva ciencia será la base de la «política positiva... práctica y temporal, que determinará la manera de repartirse el poder y el conjunto de las instituciones administrativas» [11].

La preocupación por hacer de la Historia una ciencia es simultánea con el intento de la sociología y, en ocasiones, como vimos, no se distinguen.

No es éste el lugar para plantear el complejo cuadro de las relaciones de la Historia y la Sociología, con las distintas y sucesivas soluciones, así como las posibilidades prácticas que su contacto supone en cada campo parcial del estudio de la realidad social.

---

[11] A. COMTE: *Primeros ensayos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1942, pág. 119. Una biografía orientadora sobre la obra de Comte en *La méthode positive et l'intuition comtienne*, de Pierre Ducasse, París, Alcan, 1939.

LA SITUACION ACTUAL

Un pensador contemporáneo, Ernst Cassirer, expresa: «El tema general y la meta última del conocimiento histórico es una comprensión de la vida humana. En la historia consideramos todas las obras del hombre y todas sus acciones como precipitados de una vida y tratamos de reconducirlas a este estado original, tratando de comprender y sentir la vida de donde brotaron» [12].

El saldo positivo de esos años es el desarrollo de la Sociología, su constitución como una ciencia independiente, y simultáneamente la transformación de la Historia también en una nueva ciencia. Lo que Renán llamaba modestamente «pequeña ciencia conjetural», se enriquece técnicamente con el establecimiento de un método definido de investigaciones, la adscripción de técnicas auxiliares, y fructifica en estudios de mérito.

Huizinga ha sintetizado el avance de la Historia como ciencia en el siglo XX en tres aspectos: 1) perfección y refinamiento del método; 2) el enriquecimiento del material; 3) el ensanche de su campo [13].

Por otra parte, se difunde un 'estilo histórico' para considerar los demás aspectos del conocimiento humano. Se habla del 'método histórico' en la biología y la literatura. Las ideologías sociales adoptan para su fundamentación una particular interpretación de la Historia.

La anterior apelación a Dios, a la naturaleza o a los principios eternos, tiende a ser sustituida por la fundamentación histórica.

A un moderno enfoque del problema lógico corresponden, por otra parte, siempre dentro del análisis de la evolución del pensamiento occidental, dos fenómenos capitales, a saber: *a)* el historicismo, y *b)* la necesidad de vincular o coordinar los conocimientos sobre el hombre y la sociedad, cuya importancia no deja de acrecerse en forma constante en los últimos tiempos.

El desarrollo esquemático que antecede necesita explicitarse. Es necesario desarrollar en forma más amplia aspectos parciales del plan.

Es así que en otros capítulos de este libro trataremos de los temas siguientes:

---

[12] *Antropología filosófica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1945, página 335.

[13] *Sobre el estado actual de la ciencia histórica*, Tucumán, Cervantes, página 13. (Este texto se publicó antes como artículo en la «Revista de Occidente», Madrid.)

a) Relaciones de la Historia y la literatura;
b) Relaciones de la Historia y la ciencia;
c) Relaciones de la Historia y la Sociología;
d) El historicismo en sus aspectos generales, y en relación con el mismo pensamiento historiográfico;
e) De la utilidad de los estudios históricos.

Este orden corresponde un tanto a las etapas en que se han planteado en forma más aguda los problemas de la relación de la Historia con las demás formas del conocimiento. Así se comenzó por confundirla con la literatura; se intentó posteriormente elevarla a la calidad científica, y ese intento suscitó un delicado problema de límites con la sociología.

El moderno historicismo —o la concepción histórica del mundo— hace necesario prever su relación con el resto del conocimiento, y hasta el nuevo enfoque a que obliga la inserción de la historiografía en el suceder histórico. El tema de la utilidad de los estudios históricos, aunque clásico en este tipo de libros, merece finalmente un nuevo tratamiento.

III

HISTORIA Y LITERATURA

El tema de las relaciones de la Historia con la literatura ha merecido la preferente atención de los tratadistas.

El problema podría plantearse como la consideración de las relaciones de la verdad y la belleza, o la fijación del punto de tangencia de la estética, la filosofía y la ciencia.

Otro camino —que aquí seguiremos— es plantear las soluciones históricas, a propósito de las vinculaciones de la Historia con cada uno de los géneros literarios. Ninguno más interesante a estos efectos que «la fauna poética más característica de los últimos cien años», como decía Ortega y Gasset de la novela.

ORIGENES DE LA HISTORIA Y LA NOVELA

Ambas surgen de la epopeya homérica, y se explica que Toynbee opine que «la Historia, como el drama y la novela, es hija de la mitología». Esta es una forma particular de comprensión y de expresión donde —lo mismo que en los cuentos de hadas que gustan los niños, y en los sueños de los adultos sofisticados— la línea de demarcación no ha sido trazada. Por ejemplo, se ha dicho de la *Ilíada* que «aquel que emprenda su lectura como un relato histórico, allí encontrará la ficción, y en revancha, aquel que la lee como una leyenda, allí encuentra la Historia» [1].

Estos orígenes literarios se aprecian en las primeras formas históricas, pues aun con Herodoto la Historia «despojada de la forma

[1] TOYNBEE: *Un estudio de la historia, ob. cit.*, t. I, pág. 503.

métrica no abjura de su origen, ni de la pasión de lo maravilloso, ni de la candorosa y patriarcal ingenuidad del relato, que hace del autor un poeta épico»[2].

En un primer momento, la Historia y la novela atienden el gusto por la ficción, por la curiosidad simple.

Durante siglos se mantiene esa situación. En el siglo pasado, Merimée decía: «De la Historia yo no amo más que las anécdotas», y todavía hoy, en la consideración vulgar, la Historia es una novela entretenida.

En cuanto a la novela, desarrollada en la época bizantina, se caracteriza por «la ficción, por el predominio de la fantasía individual y por el libre juego de la imaginación creadora», cual dice Menéndez y Pelayo. «Tiene la novela —agrega en otra parte— dos aspectos: uno literario y otro que no lo es. Puede y debe ser obra de arte puro, pero en muchos casos no es más que obra de puro pasatiempo, cuyo valor estético puede ser ínfimo. Así como de la Historia dijeron los antiguos que agradaba escrita de cualquier modo, así la novela cumple uno de sus fines, sin duda el menos elevado, cuando excita y satisface el instinto de curiosidad, aunque sea pueril»[3].

Esta situación de la Historia y de la novela, en definitiva, responde a situaciones históricas concretas. Croce ha dicho con sagacidad: «Las edades en que se preparan reformas y transformaciones miran atentas al pasado, a aquél cuyos hilos quieren despedazar y a aquél de quien intentan reanudarlos, para seguir tejiéndolos. Las edades consuetudinarias, lentas y pesadas, prefieren a las historias, las fábulas y las novelas, y a fábula y novela reducen la historia misma»[4].

LA HISTORIA COMO ARTE

Uno de los temas más discutidos en los libros de este tipo publicados en el siglo pasado era referente a la caracterización de la Historia como una forma literaria. Actualmente la discusión está definitivamente zanjada en el sentido de reconocer a la Historia la categoría de ciencia, pero no es ocioso destacar ciertos aspectos.

---

[2] MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO: *Orígenes de la novela*, Buenos Aires, Emecé, 1945, pág. 14. Véase del mismo autor *De la historia considerada como obra artística*, págs. 81-135 del tomo I de *Estudios de crítica literaria*, Madrid, 1893, y de AMADO ALONSO: *Ensayo sobre la novela histórica*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 1942.

[3] *Ob. cit.*, pág. 474.

[4] *La historia como hazaña de la libertad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1942, pág. 46.

En las universidades medievales se estudiaba la Historia en el seno de la retórica, y se admitía que, a su vez, el teatro y la poesía extrajesen elementos de la Historia.

Los historiadores de los siglos XI al XVII utilizaban todos los recursos literarios, y más recientemente Lord Macaulay expresaba que «la Historia comienza por la novela y termina por el ensayo», requiriendo del historiador «imaginación bastante para dar a sus narraciones interés y colorido», pues la Historia hace parte de la literatura.

La pretensión de considerar la Historia como un género literario descansaba, sin embargo, en ciertas premisas exactas.

Así, desde el punto de vista lógico, la imaginación histórica, según nos enseña Croce, es una «imaginación para la verdad de lo real... y no es ya la fantasía de los poetas, sino la imaginación combinatoria: dos diversas potencias, siempre netamente distinguidas por la mejor estética y la mejor crítica de arte» [5].

Por otra parte, está el problema de la relación entre realidad y ficción, a la que Carlyle ya aludía diciendo: «Considérese todo lo que se encierra en esa sola palabra: pasado. ¡Qué significado tan patético, tan sagrado, tan poético en todos los sentidos, está en ella implicado! Un significado que va haciéndose más evidente cuanto más retrocedemos en el tiempo, cuanto mayor es la cantidad de ese mismo pasado a través del cual tenemos que mirar. La historia, después de todo, es la verdadera poesía. Y la realidad, si se la interpreta rectamente, es más grande que la ficción» [6]. Sucede asimismo que «el arte y la historia representan los instrumentos más poderosos en nuestro estudio de la naturaleza humana» [7].

Ese conocimiento de la naturaleza humana se ha interpretado en ocasiones como ejemplarizante. Ya Macaulay decía: «Mas ningún hombre que conozca debidamente el pasado se sentirá dispuesto a aceptar una visión deformada o desalentadora del presente», y recientemente Croce intitulaba uno de sus libros, *La storia come pensiero e come azione* [8].

En la actualidad concebimos la historicidad del pensamiento, y por ello no solamente la historia de la filosofía, sino la filosofía mis-

---

[5] *Ob. cit.*, pág. 141.

[6] Citado de acuerdo con la Introducción de *Historia social de Inglaterra*, de GEORGE MACAULAY TREVELYAN: México, Fondo de Cultura Económica, 1946, pág. 14. Del mismo autor, *History and the reader*, London, National Book League, 1945.

[7] ERNST CASSIRER: *Antropología filosófica*, *ob. cit.*, págs. 374-375.

[8] Este es el título original de la obra traducida al español por DÍEZ-CANEDO como *La historia como hazaña de la libertad*.

ma, pasan a integrar de alguna manera la Historia. Corresponde entonces plantearse nuevamente la pregunta: ¿Cuál es el lugar del arte y la Historia en esta reordenación de la cultura?

Señalaremos dos respuestas de categoría. Una corresponde a Croce, quien la resume así: «Poesía e historiografía son, pues, las dos alas del mismo órgano que respira, los dos momentos ligados entre sí, del espíritu que conoce. Una tercera ala que era más potente que ambas en esta relación suya no existe; la filosofía es un momento del mismo pensamiento histórico como el concepto lo es del juicio, y fuera de él no hay vida, pues no se puede considerar vivos a estos montones de cosas abstractas que toman el nombre de filosofía en los tratados y en las disertaciones escolares» [9].

Un punto de vista muy distinto es el que sostiene Toynbee, que citamos con salvedades. Sostiene que hay «tres métodos diferentes para contemplar y presentar los objetos de nuestro pensamiento, y entre ellos los fenómenos de la vida humana... que corresponden a una distinción igualmente clara entre los respectivos fenómenos que son contemplados y presentados en esas formas diferentes. Así la comprobación y registro de 'hechos' particulares es la técnica de la Historia; y los fenómenos que se hallan en el campo de esa técnica son los fenómenos sociales de las civilizaciones. La elucidación y formulación de 'leyes' generales es la técnica de la 'ciencia'; y en el estudio de la vida humana, la ciencia es la antropología, y los fenómenos que se hallan en el campo de la técnica científica son los fenómenos sociales de las sociedades primitivas. La 'ficción' es la técnica del teatro y la novela; y los fenómenos que se hallan en el campo de esta técnica son las relaciones personales entre seres humanos» [10].

No habría, sin embargo, incompatibilidad absoluta entre esos tres sectores, pues en otra parte aduce que a medida que los 'datos' o 'hechos' (para él sinónimos) vayan aumentando, la Historia se podrá hacer con la técnica de la ciencia, e incluso mediante la ficción —igual que la novela— de llegar a ser muy numerosos [11].

Finalmente, «hay ciertas obras literarias que, por su forma, son 'obras de ficción', pero caen en la categoría de Historia porque tienen como tema no ya relaciones personales de los seres humanos, sino los asuntos públicos» [12]; y cita entre ellas *Los persas* de Esquilo, *The Dynast* de Hardy y *El judío Süs* de Feuchtwanger.

9 *Ob. cit.*, pág. 352.
10 *Ob. cit.*, t. I, pág. 479.
11 *Ob. cit.*, t. I, págs. 497-498.
12 *Ob. cit.*, t. I, pág. 489.

Resulta difícil predecir, en razón de la misma complejidad del tema, el porvenir de las relaciones de la Historia con la literatura, así como la aceptación de las tesis tan distintas de Croce y Toynbee.

Como explicamos en otra parte, el enfoque de Toynbee depende, en definitiva, de cierta posición especialísima en el tema del deslinde de las ramas del conocimiento, y sería injusto asimilarlo a los demás historiadores contemporáneos que no lo comparten. En cambio, parece que las ideas de Croce tienden a ser adoptadas por los autores más importantes.

Es evidente que el tema se seguirá planteando cada vez en forma más imperativa, ya creamos con Ortega y Gasset que, «aparte de la filosofía, las emociones más poderosas que el próximo futuro nos reserva vendrán de la Historia y la novela»; ya pensemos con Croce que las variantes se reducen al arte y la Historia.

LA NOVELA HISTORICA

En 1802, Chateaubriand publica *El genio del cristianismo* y más tarde *Los mártires;* en 1820, Walter Scott da a conocer su famoso *Ivanhoe.* Surge así un nuevo género: la novela histórica. De este último dijo Menéndez y Pelayo que «supo combinar el espíritu de la poesía caballeresca, la adivinación arqueológica, con la nostalgia de las cosas pasadas y con la observación realista de las costumbres tradicionales próximas a perecer» [13]. El éxito obtenido por estas obras fue tan rotundo que se imitaron en toda Europa por autores como Manzoni, Alfred de Vigny, Merimée, Balzac, Víctor Hugo, Dumas, Larra y Espronceda.

Desde el momento en que la novela y la Historia se enlazan en este género lírico nuevo que es la novela histórica, comienza una mutua influencia que es interesante rastrear.

La novela histórica activa la vocación por los estudios históricos en la época del romanticismo y posiblemente intervenga en los orígenes de la llamada historia de la cultura.

Por otra parte, los mismos progresos de la ciencia histórica en el siglo XIX se reflejarán en la novela histórica posterior, correspondiente al naturalismo y a las escuelas literarias contemporáneas. Tal lo que se aprecia, por ejemplo, en las obras de autores como Flaubert, Tolstoi, Pérez Galdós, France, T. Mann, Koestler y, en América,

---

[13] *Ob. cit.,* t. I, pág. 478.

Sandburg, Crane, T. Wilder, Hudson, Acevedo Díaz, Enrique Larreta y otros.

Este género no debe confundirse con la historia novelada, forma espúrea que ni responde a la ciencia histórica por ser infiel, ni siquiera a la literatura por estar regularmente desprovista de mérito estético.

Huizinga ha sido especialmente enérgico a este respecto: «La novela histórica es un género literario intachable. Saca su materia de la Historia, da imágenes de un pasado histórico determinado, pero las ofrece como pura literatura, sin la pretensión de valer como verdad estricta, aun cuando crea el autor que su representación del ambiente histórico es exacta. La historia novelada de hoy, en cambio —pienso en la biografía ornada como la crearon E. Ludwig y otros—, pretende dar historia, pero lo hace no sólo con un exceso de medida literaria, sino también —y esto es lo importante— con una intención en el fondo literaria. No les importa la parte sobria de la verdad conocible. La suplen con pormenores imaginados, de índole psicológica, con más colorido local del que permite la tradicción. Es Historia perfumada. Esa gente ignora la resignación de no saber y el buen gusto de las cosas calladas. Desestiman la imaginación de su lector, que bien puede pasarse sin sus perifollos. En contra de esto, se puede alegar que la demanda de ese género prueba, sin embargo, la existencia de una sed de lecturas históricas que la ciencia no ha podido satisfacer. Es imposible negarlo, pero queda permitido preguntar si ese interés por la Historia demasiado adornada no significa una debilitación del juicio y una degeneración del gusto, una indolencia espiritual de público formado por el cine. Hace un siglo leía el público culto con gusto a Castelar, Macaulay y Ranke. Era un público mucho menos numeroso, pero sin duda tenía mucho más sentido histórico, mucho más genuino interés histórico» [14].

LA BIOGRAFIA

Otro terreno en que entran en contacto la literatura y la Historia es la biografía.

Desde Plutarco ha sido considerada un género histórico, y se ha destacado con autores como Vasari, Macaulay, Carlyle o Burckhardt.

Pero su espíritu a menudo apologético y sus mismos méritos literarios justifican que Dilthey exprese: «Las opiniones de los historiadores acerca del carácter científico de la biografía se hallan divididas. La cuestión de si habrá que subordinarla a la Historia, como

---

[14] *Sobre el estado actual de la ciencia histórica*, ob. cit., págs. 83-84.

una parte de la misma, o si le corresponderá un lugar independiente en la conexión científico-espiritual es, en último término, cuestión de palabras, porque la solución depende del sentido que se preste a la expresión ciencia histórica.» Obsérvese que para este autor no hay, sin embargo, dudas sobre el carácter histórico de la biografía, pues «la tarea del biógrafo consiste en comprender, sobre la base de los documentos, el nexo efectivo en el cual un individuo se halla determinado por su medio y reacciona sobre él. Toda Historia tiene que captar nexos efectivos. El historiador penetra más hondamente en la estructura del mundo histórico al distinguir los diversos nexos y estudiar su vida» [15].

Como se recordará, para Dilthey la Historia provee al hombre de una autognosis y por eso la obra más perfecta de la historiografía será siempre la autobiografía.

Pero aparte de los autores que sostienen la inclusión de la biografía en el seno de las ciencias históricas, se debe considerar el grupo de aquellos que entienden que le corresponde un estatuto especial, intermedio entre literatura e Historia.

En el capítulo dedicado a las relaciones de la Historia con la ciencia se aludirá a varios autores. Destaquemos ahora la opinión en ese sentido de Alfonso Reyes, inspirado en el pensamiento de Toynbee, que dice: «La biografía es género anómalo, sólo relativamente histórico. Algunos llegan a decir que es extrahistórico por definición convencional de la historia. El que quiera considerarlo virtualmente incorporado en la historia, no por eso invalidará las conclusiones a que aspiramos. Género comparable al retrato, es arte y también es documento. Histórico por el giro mental, pero prendido por su asunto, a las vidas particulares, como la literatura» [16].

Finalmente, tenemos la falange de los autores que sostienen lisa y llanamente que la biografía es uno de los géneros literarios, ya provengan de la misma literatura, ya de la Historia, por entender que se trata de un género inferior no compatible con la dignidad científica de los estudios históricos. Entre los primeros citemos a Marcel Schowb, André Maurois y José Sánchez-Trincado [17], y entre los cul-

---

[15] *El mundo histórico*, México, Fondo de Cultura Económica, 1944, página 271.

[16] *El deslinde. Prolegómenos a la teoría literaria*, México, Fondo de Cultura Económica, 1944, pág. 71. Citemos el libro de J. ORTEGA Y GASSET: *Ideas sobre la novela*, inserto en *Obras completas*, Madrid, Espasa-Calpe, 1932, al que se ha aludido varias veces.

[17] A. MAUROIS: *Aspectos de la biografía*, Santiago de Chile, Ercilla, 1937; J. L. SÁNCHEZ-TRINCADO: *Leyenda, historia y mito*, Caracas, Elite, 1944; y hasta ROGER CAILLOIS: *Sociología de la novela*, Buenos Aires, Sur, 1942.

tores más prestigiosos de ese enfoque de la biografía al inglés Lytton Strachey, cuyos trabajos son una especie de modelo en el género.

Los argumentos de los biógrafos-literarios son especialmente los siguientes: 1) mientras la biografía se ocupa de cualquier vida humana, el historiador sólo se interesa por los grandes personajes; 2) mientras el historiador critica, el biógrafo sólo expone la vida de su personaje; 3) que la biografía se elabora estéticamente, siguiendo exclusivamente pautas literarias.

Estos argumentos son contestados a lo largo de estas páginas, pues parten de una idea anticuada de la Historia.

Es de hacer notar, finalmente, que de la misma manera que compitiendo con la novela histórica-género literario está la espúrea historia novelada, así también frente a la biografía-género histórico se cuenta la biografía novelada.

Esta última se realiza al margen de toda consideración de autenticidad histórica, para deleite del lector no exigente. Correspondería recordar para ella las palabras del doctor Johnson: «El valor de toda historia depende de su verdad. Una historia es la pintura, bien de un individuo, bien de la naturaleza humana. Si ella es falsa, no es la pintura de nada.»

IV

HISTORIA Y CIENCIA

De Michelis observaba la siguiente contradicción: «En todas partes se hace evidente la tendencia a integrar la comprensión de lo real mediante la reconstrucción y la interpretación histórica; pero, no obstante eso, sería difícil imaginar mayor incertidumbre y confusión de ideas que la que reina en torno a la naturaleza del conocimiento histórico, así como en torno a sus relaciones con el conocimiento científico en general» [1].

Lo que sucede es que «la controversia sobre si la historia es ciencia y cuál ciencia, o si es una forma artística en la cual los elementos intelectivos y científicos se incorporan sin cambiar su índole intuitiva, no es la única que se agita en los últimos decenios en torno a la historia, pero sí la única que tiene carácter gnoseológico» [2].

Más adelante trataremos de la etapa de la historia del conocimiento en que se sostenía que la Historia era un arte. Todavía hace cien años no faltaron autores, como Schopenhauer o Max Nordau, que negaron la calidad científica e incluso la utilidad de los estudios históricos. En otra parte de esta obra nos ocupamos asimismo de sus epígonos —Nietzsche y Valéry— que, a principio del siglo actual, sostuvieron esa posición en forma atenuada.

Los mismos historiadores llegaron a dudar del carácter científico de sus trabajos. El caso más curioso es el de Ernest Renán, que, en sus recuerdos, dice de las ciencias históricas que «son pequeñas ciencias conjeturales que se deshacen sin cesar después de haberse hecho, y que se descuidarán dentro de cien años... género de investigaciones que no se impondrán jamás y permanecerán siempre en estado de

[1] *Ob. cit.*, pág. 17.
[2] B. Croce: *Lógica, ob. cit.*

interesantes consideraciones sobre una realidad desaparecida para siempre»[3].

LA HISTORIA COMO CIENCIA

Aquí entendemos por ciencia no simplemente sinónimo de 'saber' o 'conocimiento claro y verdadero', sino, como lo define el diccionario de Lalande, el «conjunto de conocimientos y de investigaciones con un grado suficiente de unidad, generalidad y susceptibles de llegar los hombres que a él se consagran a conclusiones concordantes, que no resultan de convenciones arbitrarias, ni de los gustos o de los intereses individuales que le son comunes, sino de relaciones objetivas que se descubren gradualmente, y se confirman por métodos de verificaciones definidos»[4].

La cuestión planteada es: ¿La Historia se ajusta en sus obras modernas a esa definición?

Las opiniones han sido contradictorias y polémicas. Aun superada la antigua discusión, actualmente de valor meramente arqueológico, de si la Historia es un arte o una ciencia, la división se opera entre los mismos sostenedores de la concepción científica de los estudios históricos.

Bauer distingue los siguientes grupos:

1. Los defensores de la calidad científica del cultivo actual de la Historia, como Droysen, Bernheim, Windelband y Rickert (aunque podría haber citado también autores franceses contemporáneos como Lacombe y Sée).

2. La opinión de que la Historia es un arte y una ciencia, ilustrada por la defensa de Ranke[5].

3. Los que niegan el carácter científico del conocimiento histórico actual, pero quieren elevar la Historia a la categoría de ciencia, ya por medio de la estadística, como Bourdeau[6], de las ciencias naturales, como Comte, o de la sociología concebida como filosofía de la Historia, según Barth.

4. Aquellos que consideran científica una parte de la actividad

---

[3] *Souvenirs d'Enfance et de Jeunesse,* París, Nelson, s. f., pág. 190.

[4] *Vocabulaire de la Philosophie,* París, Presses Universitaires de France, pág. 954, ed. 1951.

[5] Ver CROCE: *La historia como hazaña..., ob. cit.,* págs. 93-109.

[6] Véase de este autor: *L'Histoire et les historiens. Essai critique sur l'histoire considerée comme science positive.* Un antecedente de esta posición en P. J. B. BUCHEZ: *Introduction à la science de l'histoire,* París, Guillaumin, 1842, 2 ts.

histórica, como E. Meyer [7], pero a la biografía sólo le conceden un valor artístico.

En el primer apartado pueden distinguirse dos grupos, a saber: los que consideran la Historia ciencia natural y los que opinan que se trata de una ciencia cultural. En dicho apartado todavía pueden desglosarse aquellos que opinan que la Historia es una ciencia moral, humana o social, pero que su método es similar al de las ciencias naturales exactas o experimentales.

Uno de los tópicos más discutidos y comentados es el relativo a la causalidad y la legalidad en la Historia. La causación ¿opera en los hechos sociales como en los hechos de la naturaleza? ¿Es posible establecer leyes comprobables de absoluta objetividad como en las ciencias llamadas exactas?

Para muchos autores la causación y la legalidad en la Historia deben ser de la misma importancia que en la física o la matemática; de no ser así se debe negar a los estudios históricos la validez científica. Por otra parte, si la realidad histórica es sustancialmente diferente de la realidad natural, ¿no se justifica una ciencia distinta?

Finalmente, las nuevas concepciones sobre la ley científica —Meyerson, Boutroux, etc.— han cambiado el problema, y surge el concepto de 'ley tendencial' de utilidad a todas las ciencias sociales.

Otras de las presuntas piedras de toque de la validez científica de la Historia serían la imposibilidad de la experimentación en las ciencias sociales [8], y el carácter accidental de los hechos históricos que imposibilitaría la legalidad y, por tanto, la previsión de futuro. Finalmente, también se aduce que los hechos históricos no se pueden observar directamente como los hechos naturales, sino a través de huellas, memorias o restos [9].

A principios de siglo, un brillante conjunto de autores discutió el tema, dentro de las coordenadas del pensamiento de su tiempo, en la *Revue de Synthèse Historique*, dirigida por Henri Berr. Los más conocidos fueron F. Simiand, Windelband, Villari, K. Lamprecht y E. Bernheim. Es valioso volver a sus textos para examinar sus opiniones sobre cada una de las cuestiones enunciadas [10].

---

[7] En el volumen *El historiador y la historia antigua* (México, Fondo de Cultura Económica, 1955, págs. 1-53), este autor incluye un ensayo *Sobre la teoría y la metodología de la historia* de valor para este tema.

[8] Una opinión contraria puede surgir de la lectura de *Sociología experimental* de ERNEST GREENWOOD, México, Fondo de Cultura Económica, 1951.

[9] Los libros ya clásicos en la materia son los citados de DE MICHELIS, HENRI SÉE, MONOD y POINCARÉ, *Science et méthode*, París, Alcan, 1907. En filosofía de las ciencias los trabajos de MEYERSON, BOUTROUX y COURNOT.

[10] Los trabajos de LACOMBE son *La science de l'histoire d'après Xénopol*,

Conviene considerar las soluciones que han dado a este problema, aún en forma esquemática, algunos autores.

En su mayoría, siguiendo el pensamiento general del siglo XIX, ha predominado la idea de convertir a la Historia en una ciencia natural más, y todo su problema ha sido demostrar la posibilidad de las leyes naturales, la previsión y la experimentación, al igual que la física o la química.

Pero no han faltado incluso autores que han elevado las evidentes diferencias de la realidad histórica y del conocimiento histórico con el resto de la ciencia natural a la categoría de un nuevo tipo de conocimiento, opuesto y hasta incompatible con la antigua ciencia de tipo matemático.

El más original de estos intentos —que en la actualidad tienen un valor relativo ante la evolución del mismo concepto científico— es el de Rickert. Este profesor de la Universidad de Heidelberg concibió, como ha dicho Ortega y Gasset, «uno de esos libros bifrontes, medio siglo XIX, medio siglo XX», intitulado *Ciencia cultural y ciencia natural* [11].

Su tesis es que «las ciencias particulares se dividen en dos grandes grupos, y que los teólogos y los juristas, los historiadores y los filósofos se hallan unidos por intereses comunes, del mismo modo que los físicos y los químicos, los anatomistas y los fisiólogos». A su juicio, «las palabras *naturaleza* y *cultura* no son unívocas, y particularmente el concepto de naturaleza se determina siempre en primer término, por el concepto al cual se opone... Los productos naturales son los que brotan libremente de la tierra. Los productos cultivados son los que el campo da, cuando el hombre lo ha labrado y sembrado. Según esto, es naturaleza el conjunto de lo nacido por sí, oriundo de sí y entregado a su propio crecimiento. Enfrente está la cultura, ya sea como lo producido directamente por un hombre actuando según

---

vol. 1 (1900), pág. 28, y *L'histoire comme science. A propos d'un article de H. Rickert*, vol. 3, pág. 1 (1901); K. LAMPRECHT: *La science moderne de l'histoire*, vol. 10, pág. 257 (1905), y *Du développement des sciences en general et des sciences moraux en particulier*, vol. 21, pág. 125 (1910); E. BERNHEIM: *La science historique moderne*, vol. 10, pág. 132 (1905), y *La science moderne de l'histoire*, vol. 10, pág. 125 (1905); F. SIMIAND: *Méthode historique et science sociale. Etude critique d'après les ouvrages recents de Lacombe et Seignobos*, vol. 6, págs. 1 y 129 (1903); WINDELBAND: *Les sciences, l'histoire devant la logique contemporaine*, vol. 9, pág. 125 (1904), y P. VILLARI: *L'histoire est-elle une science?*, vol. 3, págs. 120 y 267 (1901), y vol. 4, pág. 175 (1902). Como se dijo, todos estos trabajos son de la «Revue de Synthèse Historique» (R. S. H.).

Un punto de vista más moderno en A. F. TITLEY: *Science and History*, volumen 23, pág. 108, núm. 90, de *History*, Londres.

[11] Pág. 11, ed. cit.

fines valorados, ya sea, si la cosa existe de antes, como lo cultivado intencionalmente por el hombre, en atención a los valores que en ello residan»[12]. Más brevemente: cultura es «la totalidad de los objetos reales en que residen valores universalmente reconocidos y que por esos mismos valores son cultivados».

Esto remite el problema al campo de los 'valores', concepto desarrollado en Alemania por el neo-kantismo, y sobre el cual existe ya una amplia bibliografía. «El historiador no expone nada de lo que su objeto tiene de común con los demás ejemplares de su especie, en el sentido de la ciencia natural», pues «la significación de un proceso cultural depende por completo de su peculiaridad individual»[13].

En cuanto al «carácter científico de la historia hay que buscarlo únicamente en el modo como elabora sus conceptos, que muchas veces son inintuibles; y sólo desde el punto de vista de la transformación de la intuición en concepto es como puede ser comprendida en su sentido lógico»[14].

Con las tradicionales ciencias naturales habría una incompatibilidad derivada del distinto campo, del uso de métodos absolutamente diferentes y de los fines propuestos igualmente distantes.

EL PLANTEO ACTUAL DEL PROBLEMA

Examinemos brevemente, y sirviéndonos del parecer de autores recientes, la problemática del asunto en el pensamiento contemporáneo. En primer lugar tiende a dejarse como una discusión ya definida el tema de si la Historia es una ciencia, pues se concuerda en la afirmativa.

Cuando Dewey trata del asunto en su *Lógica*, expresa: «La cuestión no es tanto saber si la historia en su conjunto es o no una ciencia, ni siquiera la de si es capaz o no de convertirse en una ciencia. La cuestión es la de si los procedimientos empleados por los historiadores se hallan excluidos de poseer rango científico. ¿Pero qué decir entonces de la geología y de las ciencias biológicas?... Tales ciencias se ocupan largamente con la determinación de singulares, y sus generalizaciones no *emergen* meramente de la determinación de singulares, sino que funcionan, constantemente, en la interpretación ulterior de singulares. Parece —agrega— que la adhesión nada crítica

[12] *Ob. cit.*, págs. 49-50.
[13] *Ob. cit.*, pág. 136.
[14] *Ob. cit.*, pág. 130.

a los conceptos aristotélicos se ha concebido con el prestigio de la física, especialmente de la física matemática, para dar origen a la idea de que la física no sólo constituye la forma más avanzada de la investigación científica (lo cual es innegable), sino que ella sola goza de rango científico» [15].

En cuanto a la naturaleza del conocimiento científico de la Historia, sigamos a Collingwood, que —comentando la frase de Bury, «La Historia es una ciencia, ni más ni menos»— ha expresado algunos conceptos interesantes. A su juicio, «la Historia es una ciencia, pero una ciencia de un carácter especial. Es una ciencia que estudia hechos no accesibles a nuestra observación, y estudia estos hechos por deducción, arguyendo hasta ellos a partir de algo que sí es accesible a nuestra observación, y que el historiador llama 'evidencia' para los hechos que le interesan» [16].

Las premisas que extrae de su definición son las siguientes:

1. Como todas las ciencias, es un cuerpo organizado de conocimientos.

2. Sin embargo, no se propone, como las ciencias de observación y de experimentación, descubrir los rasgos constantes y repetidos de cierto orden.

3. El proceso normal de su pensamiento es la inferencia, como en las ciencias exactas, pero mientras en éstas los puntos de partida son suposiciones que se expresan tradicionalmente en una frase imperativa que prescribe que se haga cierta suposición, en la Historia se parte de hechos.

4. Las conclusiones a que arriba la Historia son sobre hechos que tienen cada uno su lugar y fecha determinados, mientras en las ciencias exactas son conclusiones acerca de cosas sin lugar especial en el espacio ni en el tiempo.

5. En cuanto a la organización de las respectivas ciencias, mientras las exactas se basan en relaciones lógicas de prioridad y posterioridad, la Historia es cronológica.

No compartimos todas las apreciaciones de Collingwood. Es posible concebir un trabajo histórico sobre lo que se llama un 'corte transversal' en que todos los hechos estudiados sean contemporáneos dentro de ciertos límites. En este caso se desvirtúa todo lo dicho en el último apartado. Por lo demás, esto es contradictorio con el párrafo 2, pues cualquier organización cronológica obliga a descubrir

---

[15] *Lógica, ob. cit.*, pág. 280.

[16] *The idea of History*, Oxford, Clarendon Press, 1946, cap. III, 5.ª parte. Es distinta la trad. de O'Gorman, en Fondo de Cultura Económica, México, 1952, págs. 286 y ss.

los rasgos constantes y repetidos, aunque sea para distinguirlos de los singulares. En el apartado siguiente, hablando Bunge de las ciencias fácticas, desmiente los párrafos 3 y 4.

A propósito de la 'historicidad' veremos lo relativo de la común idea a que se aferra Collingwood de la singularidad, así como el igualmente superado concepto de que la Historia no conoce directamente los hechos que estudia.

LA HISTORIA, CIENCIA FACTICA

Mario Bunge, en un reciente y ejemplar trabajo sobre la ciencia («cuerpo de ideas que puede caracterizarse como conocimiento racional, sistemático, exacto, verificable y por consiguiente falible»), distingue ciencias formales y fácticas [17].

Estas últimas se caracterizan por los siguientes rasgos:

1) Parten de los hechos, los respetan hasta cierto punto y siempre vuelven a ellos.

2) Trascienden los hechos, porque descarta hechos, produce nuevos hechos y los explica.

3) La ciencia fáctica es analítica por cuanto aborda problemas circunscriptos.

4) Es especializada, como consecuencia de la característica anterior.

5) El conocimiento científico es claro y preciso.

6) Es comunicable, pues no es inefable, sino expresable; no es privado, sino público.

7) El conocimiento científico es verificable, y debe aprobar el examen de la experiencia.

8) La investigación científica es metódica, pues no es errática, sino planeada.

9) Estas ciencias son sistemáticas, pues una ciencia no es agregado de informaciones inconexas, sino un sistema de ideas conectadas lógicamente entre sí.

10) El conocimiento científico es general, pues ubica los hechos singulares en pautas generales, los enunciados particulares en esquemas amplios.

11) Las ciencias fácticas buscan leyes y las aplican.

12) La ciencia es explicativa, de los hechos en términos de leyes y las leyes en términos de principios.

---

[17] *¿Qué es la ciencia?*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1958.

13) El conocimiento científico es predictivo porque trasciende la masa de los hechos de experiencia, imaginando cómo puede haber sido el pasado y cómo podrá ser el futuro.

14) La ciencia fáctica es abierta porque no reconoce barreras *a priori* y es refutable en principio.

15) La ciencia es útil sin dejar de buscar la verdad.

Este cuadro ha sido trazado por el filósofo de las ciencias atendiendo especialmente a la experiencia acumulada en las clásicas ciencias naturales más desarrolladas, pero entendemos que es aplicable a las ciencias sociales y en particular a las históricas.

En nuestra aula de la Universidad de Montevideo hemos hecho la experiencia de reconsiderar en seminario todas y cada una de las precisiones formuladas, y encontramos que se ajustan a la moderna concepción de la Historia.

El ajuste no es completo, sin embargo, a propósito del punto 10, porque a nuestro juicio la Historia es al tiempo general y particular. Básicamente es general por cuanto corresponde la comparación, periodificación, además del establecimiento de leyes, pero además le corresponde precisar aquello que de distinto tiene cada proceso histórico. En cuanto al punto 11, y también el 13, si bien es cierto que la Historia debe ser legal y predictiva, actualmente no puede serlo —como tampoco la Sociología y otras disciplinas— porque aquellas características corresponden a una etapa superior en el progreso interno de cada ciencia. Sin embargo, es muy importante que figuren entre sus objetivos aceptados.

EL METODO CIENTIFICO EN LA HISTORIA

Dejando de lado el problema lógico-gnoseológico de si la realidad histórica o la especial naturaleza del conocimiento histórico obligan o no a la inserción de la Historia entre las ciencias, se ha justificado ésta por su método.

Durante el siglo XIX, la Historia ha adquirido un método de tipo científico, como se expone en los clásicos manuales de Langlois y Seignobos, Bauer y Bernheim. Las etapas de la eurística y la hermenéutica, con la crítica científica de las fuentes y su interpretación correspondiente, se han edificado de acuerdo con una técnica y una concepción científica. Monod, por ejemplo, no vacila en declarar que la Historia «es una ciencia en el sentido de que esa reunión [de

conocimientos], esa verificación y esa coordinación son sometidas a reglas especiales de crítica y de método científicos»[18].

Por otra parte, el crecimiento y el ascenso de la Historia están ligados al uso de técnicas y ciencias que le auxilian en sus tareas. De Michelis ha llegado a decir: «Los verdaderos progresos de la historia, en el sentido más amplio de la palabra, dependen de todos los progresos de las ciencias que estudian las leyes de lo real»[19].

Habría que distinguir diversas colaboraciones. Por lo pronto la de las técnicas auxiliares que, aunque de carácter científico, no llegan a tener autonomía suficiente para independizarse como ciencias: arqueología, epigrafía, papirología, diplomática, numismática, heráldica, genealogía, sigilografía. Tendríamos después las típicas ciencias auxiliares de la Historia: cronología y paleografía (con sus variantes de criptografía e incunables y su vinculación a las técnicas ya señaladas de epigrafía y diplomática). Hay también las ciencias colaboradoras: geografía histórica (con su anexo de la toponimia) y filología, que tienen una mayor autonomía. Por último, aquellas que se prefieren denominar ciencias o conocimientos ancilares, para marcar su mayor independencia, pero siempre su valiosísima colaboración en las tareas del historiador: lingüística, economía política, derecho, ciencia de la religión, etnografía-etnología, ciencia del arte y sociología.

Una disciplina que acude tan ampliamente a los recursos del conocimiento científico no puede llegar más que a resultados o conclusiones igualmente científicas.

Por otra parte, el proceso intelectivo de su método es similar al de las demás ciencias no-experimentales, con las limitaciones que impone su particular tipo de realidad.

---

[18] Pág. 371. *De la méthode dans les sciences*, París, Alcan, 1920, tomo I.
[19] *Ob. cit.*, pág. 23.

V

HISTORIA Y SOCIOLOGIA

El problema del deslinde entre Historia y Sociología, aunque relativamente reciente, ha originado una amplia literatura que tiene gran importancia por el papel que actualmente corresponde a aquellas disciplinas en el conocimiento humano.

Los puntos tangenciales son diversos y plantean cada uno de ellos problemas diferentes. Corresponde, por tanto, estudiarlos separadamente.

FILOSOFIA DE LA HISTORIA Y LA SOCIOLOGIA

Los precursores de la sociología y directos antecesores de Auguste Comte y Carlos Marx fueron los filósofos de la Historia, a los cuales nos hemos referido en otra parte. Fueron ellos los primeros que realizaron una reflexión general, utilizando juicios de valor, a propósito de los acontecimientos humanos, partiendo de la definición que de su conocer diera Voltaire: «interpretación de los acontecimientos históricos, de los cambios, de la sucesión de los hechos y sobre todo del origen y marcha de las sociedades de las naciones».

Obras como las de Voltaire, Turgot, Condorcet y Saint-Simon justifican el aserto de Hans Freyer de que «la filosofía de la Historia es en el pensamiento francés, desde el comienzo, ciencia de las ideas socialmente eficaces, ciencia de la sociedad humana que por la razón progresa hacia la civilización y, por tanto, sociología» [1].

Pero en los orígenes de la sociología intervienen, asimismo, obras

---

[1] H. Freyer: *La Sociología, ciencia de la realidad,* Buenos Aires, Losada, 1944, págs. 142-143.

de filosofía de la Historia, en las cuales está todavía más destacad el aspecto filosófico de los hechos históricos, como es el caso d Hegel, San Agustín, Bossuet, etc. Henri Sée ha sostenido una *Teorí de la Historia* en la que habla de «la concepción metafísica de l Historia: Hegel», «la concepción positivista: Auguste Comte» y «l concepción crítica de la historia científica, como consecuencia de lo mismos progresos de la especialización y con la sola condición d ser una «filosofía crítica y científica» [2].

Su pensamiento se apoya en Meyerson —a quien dedicara otr de sus libros— en la línea de que el sabio no puede mantenerse fuera de la Filosofía, pues las dos disciplinas se penetran íntimamente.

Esta Filosofía de la Historia es un capítulo de la Filosofía de las Ciencias. Para Sée, la Sociología es una disciplina científica del tipo de la Economía Política que no sostiene relaciones «imperiales» con la Historia.

El mismo sistema de Comte podría ser considerado y estudiado como una Filosofía de la Historia, y posteriormente se ha sostenido con éxito la tesis de que la misma Sociología es una Filosofía de la Historia [3].

Como consecuencia, la Historia reduce su papel al establecimiento de hechos singulares sobre los cuales generaliza la Sociología, con el mismo fervor que la antigua Filosofía de la Historia.

Este punto de vista depende de dos considerandos previos. Por una parte, la idea de que la Sociología debe ocuparse de resolver necesariamente el problema del destino de la Humanidad, o del orden y el progreso de la sociedad contemporánea. Por otra parte, la opinión de que la Sociología es una Ciencia y por tanto no puede tener los cometidos de la Filosofía Social [4].

EL IMPERIALISMO SOCIOLOGICO

Durante el siglo XIX, y como consecuencia de la irrupción del pensamiento sociológico, y dada su necesidad de crearse un campo propio, algunos de sus autores llegaron a mostrar una suerte de *imperialismo* sobre las disciplinas fronteras y en especial la Historia.

De acuerdo a sus ideas, solamente la Sociología tenía carácter

---

[2] *Science et philosophie de l'histoire*, ob. cit.

[3] Así se titula el famoso libro de P. BARTH: *Die Philosophie der Geschichte als Soziologie*, publicado en Leipzig por primera vez en 1897.

[4] G. GURVITCH: *La vocation actuelle de la sociologie*, París, Presses Universitaires de France, 1950, pág. 48.

científico y la Historia era una mera técnica auxiliar que le proveía de materiales.

No faltaron incluso autores que partiendo de la Historia respaldaron esa expansión de la Sociología, y así Pierre Lacombe, en su libro intitulado sugestivamente *La Historia considerada como ciencia,* entiende que «intentar la constitución de la Historia como ciencia es una obra que se impone a nuestro tiempo». «A nuestros ojos —prosigue— no existen más que dos órdenes de trabajo, que responden el uno a la indagación de la realidad, el otro a la investigación de la verdad; erudición por una parte, Historia o Sociología por la otra, aquí habríamos podido emplear siempre en lugar de Historia la palabra Sociología, tanto mejor cuanto parece destinada a prevalecer»[5].

Pero simultáneamente la historiografía ha afinado sus conceptos, desarrollado sus ideas y, por medio de obras de mérito mostrado, sus posibilidades. Su nueva conceptuación —de que informa en definitiva todo este libro— no permite su desplazamiento a la calidad de mera técnica auxiliar de una incipiente ciencia.

Los mismos sociólogos han sufrido una evolución digna de señalarse. Por una parte, las pretendidas leyes eternas y universales de los primeros autores se han revelado sujetas a las reglas del historicismo y por lo tanto sólo válidas para «sociedades totales» muy determinadas. Cada una de las afirmaciones de la Sociología en definitiva contribuye a iluminar cierta y determinada sociedad histórica en un momento de su desarrollo.

Por otra parte, los autores de Sociología han comprobado la futilidad de muchos esfuerzos y el desprestigio que han acarreado a su disciplina, y entienden llegado el momento de abandonar aquel «imperialismo» a que aludíamos. En una obra elocuentemente titulada *La vocación actual de la Sociología,* Georges Gurvitch, entonces profesor de Sociología de la Sorbonne, dice muy justamente:

«La Sociología deberá ocupar un lugar de primer plano en el sistema de conocimientos de la segunda mitad del siglo XX, sin volver, por lo demás, a las pretensiones *imperialistas* de sus orígenes, ni querer reabsorber las ciencias sociales particulares y la filosofía. Nos parece igualmente cierto que concentrará sus esfuerzos no sobre el pasado de la sociedad, ni sobre las estructuras y situaciones sociales

---

[5] *La historia considerada como ciencia.* Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1948, Prefacio, pág. 7. Para tomar un texto de un contemporáneo que disiente, ver P. MANTOUX: *Histoire et Sociologie,* vol. VII, pág. 121 (1903), en «Revue de Synthèse Historique», París.

ya cristalizadas, sino sobre la sociedad presente, en vías de hacerse en estado de lucha, de efervescencia y de creación» [6].

Y en otra parte, precisando los problemas que deja de lado la Sociología, o que debe renunciar a solucionar, cita los siguientes:

1) El problema de la suerte o destino de la humanidad; 2) El del orden y el progreso; 3) El del conflicto entre individuo y sociedad; 4) La oposición entre lo psíquico y lo social; 5) El tema del factor predominante; 6) El de las leyes sociológicas. Además la Sociología estaría en vía de depurar y revisar su aparato conceptual, su método y sus técnicas [7].

DE LA COLABORACION HISTORICA Y SOCIOLOGICA

Hoy parece admitirse por todos los interesados que es imprescindible la colaboración entre los historiadores y sociólogos, sin necesidad de anular sus privativos campos de estudio y la validez científica de sus respectivos trabajos. A principios del siglo, ya C. Bouglé se preguntaba: «¿La obra de los historiadores excluye, llama, hace inútil o indispensable la obra de los sociólogos?» A su parecer, «el historiador, cuando explica realmente un hecho, remonta, quiera o no, a alguna proposición general... pues los autores para explicar los hechos particulares son llevados a invocar la acción no solamente de las formas corporales o terrestres, sino de las formas sociales».

«Si la Historia quiere ser *explicativa*, debe utilizar la asimilación, abstracción, generalización, etc., como el uso de la geografía, antropología, psicología y muy especialmente la Sociología.» La cuestión para Bouglé «no es: ¿Debemos (los historiadores) cultivar o no la Sociología?, porque ha sido demostrado que no nos podemos abstener de hacerlo, sino, ¿debemos hacerlo al azar, inconscientemente o conscientemente, metódicamente, racionalmente?» [8].

Naturalmente, a nosotros nos interesa abordar el tema desde el punto de vista de los historiadores, pero cosa semejante podríase afirmar de los sociólogos. Otro punto de contacto es la inutilización por el historiador de los materiales reunidos y clasificados por los sociólogos. Los trabajos de Le Play sobre la familia europea, la monografía de Durkheim sobre el suicidio, o las investigaciones norteamericanas sobre *Middletown* son invalorables para el historiador que se

[6] *Ob. cit.*, págs. 3-4.
[7] *Ob. cit.*, pág. 48.
[8] *Qu'est-ce que c'est la sociologie?*, París, Alcan, 1925, págs. 41-42.

interese por la historia contemporánea y tienen tanto o más valor que los documentos oficiales o la literatura de ficción de la misma época.

A propósito del historiador de la contemporaneidad, debe apelar a los métodos sociológicos como el *muestreo,* el *censo* o el *field work* para establecer hechos o procesos históricos recientes o en curso. Esta metodología le será tanto o más útil que la clásica metodología histórica con sus añejas ciencias auxiliares (numismática, epigrafía, sigilografía, etc.).

Hay disciplinas dentro de las ciencias históricas —como es el caso de la *historia social*— en que se aprecian especialmente estos contactos. Para el historiador social, lo mismo que para el sociólogo, los hechos básicos de su estudio son hechos sociales generales y los problemas de delimitación, cuantificación y análisis, son prácticamente comunes para ambos especialistas.

E. Fischoff, en un conocido diccionario de Sociología, anota todavía lo siguiente: «La Sociología y la Historia tienen puntos de contacto, por cuanto ambas se ocupan de los seres humanos y deben tomar en consideración los motivos, intenciones, significados y valores, en oposición al método de un positivismo reducido que tiende a negar su realidad o significación reduciéndolos a componentes físicos o bioquímicos supuestamente más fundamentales. Ambas disciplinas han de contribuir también con esquemas que sirvan para la aplicación de la conducta que se orienta por la psicología profunda. Finalmente, ambas se centran en los valores para la elección de sus temas, los aspectos de la sociedad pasada o presente cuyo estudio emprenden, porque los interpretan como algo significativo desde el punto de vista de la propia cultura» [9].

Ya sea que se conciban la Historia y la Sociología como dos ciencias sociales, ya se entienda que la primera incluye elementos de filosofía (filosofía de las ciencias, según H. Sée, o pensamiento filosófico lógico, según Croce), nada obliga a que el éxito de una signifique el desastre de la otra.

Hay ciertos territorios que la moderna historiografía reclama de recientes usurpaciones, a saber: *a)* la sociología histórica o genética; *b)* la prehistoria.

La primera ha sido expresamente desautorizada por Gurvitch en la obra citada, y su falta de sentido resulta del hecho que supone el

---

[9] *Diccionario de Sociología,* de H. PRATT FAIRCHILD, México, Fondo de Cultura Económica, 1949, pág. 142.

estudio de sociedades cristalizadas, de estructuras sociales pretéritas, típico campo de la Historia.

IDEAS PARA UN DESLINDE

A nuestro parecer buena parte de la discusión, especialmente en países como los latinoamericanos de reciente tradición científica, se apoya en dos situaciones de hecho: *a)* el predominio del positivismo en la Sociología, especialmente de tradición comteana que niega todavía sistemáticamente a la Historia —como a la Psicología— su carácter científico; *b)* en los historiadores falta de sólidos conocimientos en materia de la teoría de la Historia, y en especial sobre la caracterización científica de la disciplina.

Si desde el punto de vista de la Sociología se parte, no ya del citado maestro francés, sino de la posición imbuida, por el socialismo del siglo XIX, y en especial de Marx, cualquier consideración de la Sociedad es de naturaleza histórica.

Algunas de sus obras como *La lucha de clases en Francia* y *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* son prácticamente inclasificables, aunque participan más de la Historia que de la Sociología [10].

Por otra parte, la existencia de una sociología concreta y empírica, en vez de la sociología abstracta casi filosófica, también facilita el diálogo con las demás ciencias sociales, y en particular con la Historia.

Georges Gurvitch ha destacado asimismo que no es posible la *explicación* del mundo social si no colaboran simultáneamente la Historia y la Sociología.

En un trabajo fundamental en el desarrollo de su pensamiento, el profesor de la Universidad de París manifiesta: «Como la Sociología y la Historia se complementan en el dominio de la explicación, la sola salida de la actual crisis de la explicación sociológica reside en una colaboración fraternal entre sociología e historia, en la cual toda reserva mental imperialista sería excluida tanto de un lado como del otro» [11].

La explicación sociológica no puede ir más allá de la integración

---

[10] *Trois chapitres d'histoire de la sociologie*, París, Centre de Documentation Universitaire, 1955, y material del seminario *Historia y Sociología*, en que nos correspondió participar en 1953 en la Ecole des Hautes Etudes de París.

[11] *La crise de l'explication en sociologie*, págs. 3 y ss., de «Cahiers Internationaux de Sociologie», vol. XXI, año 1956, París. Hemos adelantado algunas de estas ideas en la ob. cit. *Ensayo de Sociología uruguaya*, cap. I.

directa en los conjuntos, las correlaciones funcionales, las regularidades tendenciales y la causalidad singular. Pero en este punto último es más explicativa la Historia porque su procedimiento es más ceñido y continuista, y más individualizado y seguro.

Una última idea a esbozar es la siguiente. Dado que ambas disciplinas abordan un general sujeto común, es necesario apelar a la ventaja de la especialización. En otras palabras, preferir en cada caso la mejor herramienta intelectual para entrar al correcto manejo de la realidad social. Así la Sociología para el mundo actual, y la Historia para el pasado.

Un deslinde más importante sería que la Sociología intenta el conocimiento de las estructuras sociales, de la tipología social de las sociedades globales; mientras la Historia se dedica especialmente a las situaciones coyunturales, a los problemas o momentos dinámicos no cristalizados todavía en instituciones y usos.

Un historiador podrá estudiar una estructura social del pasado, o un sociólogo el desarrollo de un proceso dinámico, pero éste será preferentemente del presente observable y estará ya reflejado socialmente en los órganos sociales correspondientes.

HISTORIA Y ANTROPOLOGÍA

El estudio de las sociedades primitivas históricas corresponde a la Prehistoria, una de las Ciencias Históricas, y no puede suplantarla ni la *sociología genética* (es decir, sociología de los orígenes), que vale tanto como especialidad de la sociología histórica, o la *antropología,* ciencia en formación propiciada por la Sociología.

Esta última, en ninguna de sus dos grandes escuelas (evolucionista o difusionista) está en condiciones de dar respuesta a la necesidad de conocimiento histórico, o contribuir a la formación de nuestra actual conciencia histórica. Lo mismo que la sociología para las épocas recientes, puede proporcionar datos muy interesantes no sólo sobre las sociedades primitivas históricas, sino además sobre las actuales sociedades primitivas[12].

Hay una cuestión de terminología que es conveniente aclarar. Los tratadistas franceses entienden por *etnografía* «la observación y el análisis de los grupos humanos considerados en sus particularidades,

12 Es muy importante en este subtema el artículo *Histoire et Etnologie,* de CLAUDE LÉVI-STRAUSS, págs. 363-391, en «Revue de Méthaphysique et de Morale», París, juillet-octobre, 1949, 54ª année, núms. 3-4.

y tendente a la reconstrucción todo lo fiel que sea posible de la vi de cada grupo». Por *etnología*, los estudios comparativos de los dat de la etnografía. Pero esta última en los países anglosajones es llam da *antropología*, dividiéndose en *cultural* (cuando se ocupa de l técnicas) y *social* (cuando trata de las instituciones consideradas com sistema de representaciones).

Por lo contrario, los franceses han reducido antropología a *antr pología física* (ciencia auxiliar de la Historia que se ocupa, por ejem plo, de esqueletos, cráneos, etc.).

Para aumentar la confusión, Paul Rivet ha propuesto hablar d Etnología como sinónimo de Ciencia del Hombre, «comprendiend en su seno no solamente a la Etnografía, sino además a la Antropo logía, la Prehistoria, el Folklore y la Sociología» [13].

De más está consignar que cuando Toynbee y sus epígonos lat noamericanos como Alfonso Reyes se refieren a la Antropología, l hacen sobre la definición anglosajona actual [14].

Como ya hemos dicho en otra parte, las precisiones de Toynbe en este asunto deben entenderse como correspondientes a la Sociolo gía (en cuya existencia independiente no cree), y de ahí que a s juicio la Historia limite por los orígenes con la Antropología y por l actualidad con la ficción literaria.

Por último, corresponde llamar la atención sobre la llamada *antro pología filosófica*, término utilizado por algunos autores alemanes para calificar una nueva y discutible disciplina que se ocuparía d sintetizar (como lo intentara en su momento la Sociología) los diver sos conocimientos referentes al hombre y la sociedad. Para la misma, tanto la Historia como la Sociología serían disciplinas particulares y auxiliares que proporcionarían datos o informaciones que el antropólogo amalgama con una particular metafísica y teoría del conocimiento de su elección.

EL PROBLEMA EN ITALIA

Es muy útil ver cómo en ciertos países que por razones conocidas se encuentran atrasados en los estudios sociales se libra todavía una polémica enconada entre partidarios absolutos de la Historia y de la Sociología.

[13] Págs. 3-8 de *Coloquio sobre las Ciencias del Hombre*, Montevideo, Facultad de Humanidades y Ciencias, 1955.

[14] Ver ISAAC GANÓN, *Sociología General*, tomo I, Montevideo, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, 1952, pág. 26.

Uno de los casos más interesantes es el que presenta Italia, observable especialmente en la década del 50, y que pasaremos a examinar.

Cuando se estudia la producción reciente de lengua italiana en materia de Historia y Sociología, es evidente un hecho desconcertante: la abundancia de literatura sobre los problemas metodológicos frente a la pobreza de trabajos sustantivos en ambas disciplinas.

Esto obedece al escaso desarrollo de la Sociología y la misma Historia, por las siguientes razones: 1) el arraigo de la cultura filosófica y religiosa que prevalece en Italia; 2) la acción negativa del fascismo de 1920 a 1945 sobre la cultura italiana y en particular sobre los estudios sociales; 3) la relativa difusión en Italia de los recientes trabajos efectuados en otros países en estas disciplinas; 4) el arraigo de las Ciencias Políticas, el Derecho Penal, la Estadística, la Demografía, que canalizan parte de los estudios sociales; 5) la oposición de Benedetto Croce a la Sociología positivista.

Si se fijase el panorama del pensamiento italiano después de la muerte de Croce con referencia a la legitimidad de la Historia y la Sociología, así como el trazado de la frontera entre ambas, podrían distinguirse los siguientes grupos:

La corriente de los historiadores precrocianos, de orientación social, entre los que se destaca Gaetano Salvemini. A su juicio, «hay necesidad de que un número mucho mayor de historiadores tengan presentes las leyes formuladas por los sociólogos, adopten algunas hipótesis inspiradoras de su trabajo y busquen si tales hipótesis son o no apoyadas por los hechos históricos. Por otra parte, hay necesidad de que un número mayor de sociólogos se convenza de la necesidad de fundar su obra sobre los hechos, con cuidado y sentido crítico, y no sobre informaciones recogidas lejos de las fuentes, y a los cuales ningún historiador digno de este nombre prestará la mínima fe» [15]. A ésta se afilian los marxistas.

Los continuadores de Croce, entre los que se destaca el profesor de Filosofía de la Historia de la Universidad de Roma, Carlo Antoni, autor de obras alusivas como *Del historicismo y la sociología* y *La lucha contra la razón*.

Este autor rechaza la Sociología, ya que esta «ciencia positiva, ciencia de leyes y de método, no ha acertado, en un siglo de existencia, a formular ni una sola ley ni a definir su propio método. Ciencia de

---

[15] Este apartado sintetiza algunos aspectos del folleto *El problema metodológico en los actuales historiadores y sociólogos italianos*, Montevideo, Facultad de Humanidades y Ciencias, 1954. Posteriormente se incluyó en el volumen *La Historia y la novela*, Buenos Aires, Nova, 1968 (2.ª ed., Madrid, Tecnos, 1974).

la sociedad, no ha llegado siquiera a definir el objeto de su estud la sociedad misma» [16].

Es justamente la Historia —en el amplio sentido que la defini Croce— quien puede estudiar «la autonomía espiritual, el prodi de la libertad, la originalidad, que son las cualidades por las cua el hombre tiene un valor» [17].

Un tercer grupo lo constituyen los sociólogos inspirados en ideas occidentales, como Nicola Abbagnano, que se plantea el p blema de distinguir el objeto de la disciplina sociológica del obje de la disciplina histórica. Mientras el primero tiene «un carácter re tivamente común, uniforme, repetible», la investigación histór «siempre se ha ocupado, con una intención individualizante, de eve tos singulares que tienen una colocación única en el espacio y tiempo, y que por la comparación con un objeto similar, debe sa como único e irrepetible» [18].

Otro autor muy conocido, Corrado Gini, explica a la Histor entre las disciplinas auxiliares de la Sociología, y entiende por és la «disciplina que estudia las leyes generales de las agrupacion humanas» [19]. Todo esto se relaciona vagamente con el positivism

Es imposible reclamar más diversidad y riqueza de contenido tal como lo revelan las opiniones esquematizadas.

---

[16] *Storia e Scienza,* Firenze, La Nuova Italia, 1948, págs. 98-99.

[17] *I metodi sociologici,* Berlín, Studium Generale, 1952, pág. 432.

[18] *Appunti per una teoria sociologica, Milano,* Convegno di Studi Filosofici 1953, ed. mimeográfica, págs. 2-3.

[19] *L'evolution de la Sociologie en Italie,* París, «Bulletin International des Sciences Sociales», vol. II, núm. 2, pág. 225.

VI

EL CONCEPTO DE LA HISTORIA

La significación y los orígenes de las palabras con que en los idiomas cultos se designa nuestra disciplina es elocuente sobre las variaciones que su concepto ha sufrido, así como de las posibilidades intrínsecas que contiene.

La palabra española *historia,* la francesa *histoire,* la italiana *storia* y la inglesa *history* derivan de los términos *historia* (en latín) y éste a su vez de *«istoria»* (griego). En los textos homéricos se habla del *«istor»* como el investigador, el informador. Más tarde, el término designó los resultados de esa investigación y finalmente su exposición por escrito.

W. Bauer observa que en los idiomas romances la transformación lexicográfica, partiendo de lo subjetivo, llega a lo objetivo, mientras que en la lengua alemana el proceso ha sido al contrario.

Efectivamente, en griego-latín-romances comenzó por indicar la persona que investiga y terminó por expresar el objeto y resultado de la investigación.

En alemán se denomina a la Historia *geschichte,* que deriva del verbo *geschehen* (suceder).

Originariamente este verbo es sinónimo de *schickung* y *zufall* (suerte, casualidad, azar), pero en la actualidad la palabra *geschichte* tiene —lo mismo que en las demás lenguas— un doble significado. Objetivamente, como lo que sucede o ha sucedido, y subjetivamente como el conocimiento de ese suceder.

La evolución del sentido es inversa a la anotada en las lenguas romances, por cuanto se ha partido de una calificación objetiva (lo sucedido), hasta alcanzar la doble significación actual.

Esa ambivalencia del mismo término también existe en los demás

idiomas, y así por ejemplo decimos nosotros: «vivimos la Histo (es decir, lo que sucede o ha sucedido, lo hecho por los hombres, *gestae)*; mientras decimos del historiador que «escribe la Histo (es decir, la utilizamos como una disciplina intelectual, una forma conocimiento humano *res gestarum)*.

Además, por historia se puede entender no sólo el suceder mano en particular, sino el suceder general. Así hablamos de la « toria natural» o la «historia geológica».

Dado que es siempre la misma palabra, es prudente usarla mayúscula cuando nos referimos a la forma del conocimiento. han faltado autores, así Croce, que denomina Historiografía a la «H toria», para distinguirla no solamente de la «historia», sino ade de la «Historia» no moderna.

Dentro de esta última todavía se distingue Historia como opue a Prehistoria en el sentido de Historia basada en textos escritos, Protohistoria (Historia basada en mitos, leyendas, etc.).

Estas dos acepciones son las que interesan para nuestro cur pero en español *historia* se utiliza todavía en una tercera forma, co sinónimo de relación, cuento o incluso fábula, mientras que en ingl por ejemplo, ha surgido *storie* —que denuncia su origen— con es mismos significados.

A esta altura, habiendo ya planteado el problema de la realid histórica en todos sus aspectos, analizado el hecho histórico y pre sado el origen del vocablo, puede hacerse el asedio de una definició de la Historia.

«Una buena definición —dice Huizinga justamente en un estudi sobre este punto— debe ser concisa, es decir, exponer el concept que se trata de definir con toda precisión y de un modo complet en el menor número de palabras» [1].

Además una definición correcta debe cobijar a todos los historia dores e incluso a aquellos —como por ejemplo los autores de memo rias o meros recopiladores— que elaboran subsidiariamente para l Historia. Debe servir indistintamente para los historiadores del pasa do (pensemos en Herodoto, Villani o Voltaire), y los contemporáneo (comparemos con Huizinga, Bühler o Weber), y también a las escue las diferentes que coexisten simultáneamente en una misma genera ción de estudiosos.

Aparte de esa definición general e intemporal, corresponde fija —en un plano más modesto, pero de efectividad inmediata— la

[1] J. Huizinga: *El concepto de la historia y otros ensayos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1940, pág. 87.

correspondiente a nuestro tiempo y al progreso registrado por nuestra disciplina en los últimos cien años.

UNA DEFINICION GENERAL

Los intentos de llegar a una definición general están a menudo influidos por conceptos de la historia, basados a su vez en una visión concreta de la Filosofía o de la Ciencia.

Así, por ejemplo, se respira el ambiente del progresismo, del positivismo, especialmente de origen francés, en definiciones como las siguientes:

«El estudio del hombre individual será la filosofía y el estudio del hombre social será la historia», Michelet.

«Historia es la ciencia de las sociedades humanas», Fustel de Coulanges, o en América la del profesor Emilio Ravignani: «Historia es la rama del saber que revive, estudia y representa el progreso de la cultura humana en forma especializada» [2], o la del profesor Eugenio Petit Muñoz: «La historia estudia la elaboración progresiva de la cultura por la especie.»

Entroncadas en la filosofía alemana idealista tenemos, por ejemplo, las siguientes definiciones, que suponen conceptos tan categóricos como los anteriores:

«Historia es lo que la Humanidad sabe de sí misma, su certidumbre de sí misma», de J. G. Droysen.

«Historia es la idea libremente producida por la unificación (síntesis), en la desordenada soledad del ser racional, tal como se precipita en una ola perceptible en el tiempo y en el espacio», dice retóricamente Walther Schultze-Soelde, y en línea con O. Splenger: «La Historia es la expresión, el signo de la vida del alma que ha llegado a tomar sus formas; llegar a contemplar sensiblemente este proceso sintético es el cometido de la Historia, mientras que la comprobación analítica de los datos solamente puede ser tenida en cuenta después.»

En ocasiones las definiciones —aunque extraídas de ese doble venero que apuntábamos— cumplen con la exigencia de precisión que reclamaba Huizinga. Así tenemos autores como Henri Berr que aforísticamente habla de la Historia como «estudio de los hechos humanos del pasado», y Henri Pirenne: «El objeto del estudio de la Historia es el desarrollo de las sociedades humanas en el espacio y en el tiempo.»

---

[2] EMILIO RAVIGNANI: *Introducción a los estudios históricos*, Montevideo, REI, 1949, pág. 23.

Una definición tan simple no deja de ser difundida en Franc
Así en el tratado de Daval-Guillaumin («la historia es la ciencia
los hombres en sociedad en la perspectiva del pasado»), e incluso
teóricos como Raymond Aron («la historia es la ciencia del pasa
humano») [3].

Si pasamos a definiciones más modernas, hay dos que merec
retenerse. La primera, de un famoso pedagogo italiano, G. Lombar
Radice, aparte de su lirismo, merece destacarse: «Historia es aque
reconstrucción del pasado en la que subsiste la conciencia viva de
continuidad del pasado en el presente. Seguir la línea de desenvol
miento de la actividad humana a través de las distintas épocas his
ricas hasta nuestros días, para llegar a poseer al fin no tanto la lis
de los hechos reconstruidos como el secreto de sus conexiones vi
les: revivir el drama de la humanidad sintiendo pulsar nuestra vi
misma como un momento de aquel drama, y adquiriendo concienc
de lo más sublime de nuestra función de hombres: el ser herederc
conscientes y proseguidores de aquella tarea que agita... el pasad
impulsando hacia el porvenir» [4].

La segunda, igualmente pragmática, aunque concisa, es de
estadounidense Lesley Byrd Simpson: «Historia es un resumen c
la experiencia humana y su función es enseñar» [5].

Unida a su pensamiento filosófico, y desarrollada a través de u
libro entero, la de José Ortega y Gasset: «La historia es un sistema
el sistema de las experiencias humanas que forman una cadena ine
xorable y única».

EL APORTE DE HUIZINGA

Es evidente que las definiciones anteriores, ya sea por su emban
deramiento en determinadas corrientes filosóficas, ya por su conci
sión exagerada que impide deslindarles de otras disciplinas, son insu
ficientes.

Aparte de ser incapaces de incluir el conjunto de la historiografía
universal, no contemplan ideas como las de Goethe («Cada genera-
ción debe escribir su historia universal») y en cierto sentido por
J. G. Droysen en la definición que antecede, aunque sin extraer de
ella elementos ilustrativos y definitivos. Existe lo que hemos llamado

---

[3] *Philosophie des Sciences*, París, Presses Universitaires de France, 1950, página 343, e *Introduction a la philosophie de l'histoire*. París, Gallimard. (Hay traducción española.)

[4] *Lecciones de didáctica*, Barcelona, Labor, 1933, pág. 323.

[5] LESLEY BYRD SIMPSON: *Ob. cit.*, pág. 44.

—en el capítulo X— una «historicidad de la especulación histórica» que es necesario atender con preferencia.

Además hay que tener presente, de alguna manera, las ideas de Spranger: «La Historia se halla también, a pesar de su técnica científica y aprestada conceptual y críticamente, de tal manera entretejida siempre con el conjunto de la naturaleza humana, que su esencia no se puede agotar en una fórmula» [6].

J. Huizinga, en su ensayo *Definición del concepto de historia*, proporciona la siguiente:

«Historia es la forma espiritual en que una cultura se rinde cuentas de su pasado.»

Los elementos de la definición son de gran riqueza, a pesar de su concisión. Por lo pronto, «forma espiritual» es una expresión amplia que cobija indistintamente *ciencia, arte,* etc., «a la par —dice Huizinga— más precisa, puesto que formula la esencia del fenómeno mismo».

Con la palabra «una cultura» se «enuncia todo lo que hay de inevitablemente subjetivo en toda Historia», como lo destacara Goethe [7].

Sobre la clase de actividad propia del historiador, o que produce la Historia en cuanto conocimiento, se describe como un «rendirse cuentas», uniendo así a los que investigan con los que escriben o exponen Historia.

Y finalmente «circunscribe la materia de la Historia al pasado de la historia, al pasado de la cultura que es exponente de ella... La historia misma y la conciencia histórica se convierte en parte integrante de la cultura, sujeto y objeto se reconocen aquí en su mutua condicionalidad».

Resulta sugestivo, finalmente, hacer notar que a parecidas conclusiones que el ilustre historiador holandés llegaron los poetas. Así Antonio Machado nos dice en *Juan de Mairena:* «...para nosotros, lo pasado es lo que vive en la memoria de alguien, y en cuanto actúa en una conciencia, por ende incorporado a un presente, y en constante función de porvenir. Visto así —y no es ningún absurdo que así lo veamos— lo pasado es materia de infinita plasticidad, apta para recibir las más variadas formas» [8].

---

[6] Cit. por W. Bauer: *Ob. cit.*

[7] J. Huizinga: *Ob. cit.*, págs. 95-96-97.

[8] En puridad estas consideraciones de Machado difieren de Huizinga en la medida en que les impregnan las ideas del relativismo histórico, de que en España ha sido destacado representante Américo Castro.

Toda la historia a su parecer va ligada «a la idea que el observador de pasados humanos se hayan hecho del hombre», «la conducta gregaria y coti-

UNA DEFINICION PARA NUESTRA EPOCA

Señalamos *ut supra* que la aceptación de una definición conc-tual del tipo de la enunciada y defendida por Huizinga no imp negar la existencia de formulaciones concretas para nuestra épo es decir, formas lógicas temporales que se ajusten a la situación c da en el mundo del Conocimiento.

Este segundo tipo de definiciones procuran la mayor precisión recogen los progresos registrados en el campo metodológico, por cual podrían calificarse de *técnicas*. No es extraño entonces que ab den en los manuales escolásticos y en los congresos de especialis más que en los *prácticos* de la Historia o los filósofos o poetas, co sucedía con la definición anterior.

Un planteo interesante se debe a Ernst Bernheim, enriqueci —si así puede decirse— por sus variaciones en las sucesivas edicio de su *Tratado del método histórico y de la filosofía de la historia* posteriormente en *Estudio de la historia*.

En 1889 definía la Historia como «ciencia de la evolución hombre considerado como ser social», pero a embates de la polémi con Lamprecht, en las ediciones de 1903 y 1908, de la primera las obras nombradas, llega a la siguiente:

«Ciencia que investiga y expone los hechos de la evolución h mana, determinados en el tiempo y en el espacio, en sus accion (lo mismo singulares que típicas y colectivas) como seres sociales en sus relaciones de causalidad psicofísicas.» En el manual, q citamos por traducción española de la tercera edición alemana, hacen variantes y se agrega al final: «...según los valores colectiv de cada época» [9].

Más importante es, a nuestro juicio, la definición que aporta Wi helm Bauer en su tratado. Es la que sigue:

«Ciencia que trata de describir, explicar y de comprender l

diana y las elevaciones historiables de nivel descansan sobre motivos impos bles de explicar causativa y necesariamente».

El método del historiador relativista sería intuir la «morada de la vida la «vividura» de un pueblo, y de más está consignar que no cree en la Histor como ciencia, al punto de sostener: «No existe consenso acerca de los m todos históricos, ni en realidad acerca de la materia y de los límites del tem historiográfico» (sic). «No se sabrá nunca científicamente si la guerra mu dial de 1914 fue iniciada por Alemania o por Francia, si fue un mal o un bie unos creemos una cosa y otros otra», de acuerdo a textos adelantados e «Cuadernos», París, núms. 12 y 24 de mayo-junio de 1955 y 1957, respectiva mente. No otra es la opinión de los teóricos ingleses de la Historia, relativista como COLLINGWOOD y OAKSHOTT.

[9] Un criterio similar sigue el buen libro de G. J. RENIER: *History, its pur pose and method*, London, Allen & Unwin, 1950.

fenómenos de la vida en cuanto se trata de los cambios que lleva consigo la situación de los hombres en los distintos conjuntos sociales, seleccionando aquellos fenómenos desde el punto de vista de sus efectos sobre las épocas sucesivas o de la consideración de propiedades típicas; y dirigiendo su atención principal sobre los cambios que no se repiten en el espacio y en el tiempo»[10].

También aquí, especialmente en la última parte, se aprecian las influencias de las ideas de Xenopol.

Una generación más tarde creemos que debe intentarse una nueva definición que supere la de Bauer y tenga en cuenta el progreso teórico de la disciplina. Podría ser: *Historia es la ciencia que estudia las estructuras sociales del pasado humano.* El concepto de ciencia, como los de estructura social y de pasado científico, sin ninguna reticencia o disminución, nos dan la dimensión que explica esta definición.

En la *Conferencia Internacional de la Historia,* celebrada en la ciudad de Ginebra en el año 1920, arribóse a la siguiente definición:

«Historia es el conocimiento integral y sintético de la vida de la humanidad a través de las edades.»

Esta definición se beneficia frente a las anteriores de Bernheim y Bauer con las ventajas de una mayor precisión y síntesis, y elude a un tiempo el seguir como las anteriores tan de cerca ciertas teorías de metodología histórica.

Terminemos destacando que la importancia de una definición no radica solamente en su pureza formal, en reflejar un concepto determinado de la disciplina, sin mayores inferencias de otros campos del Conocimiento.

Podría decirse que su importancia surge a partir de su nacimiento y cuando se intenta su aplicación. La consecuencia de la definición conceptual adoptada debe apreciarse en el campo de la didáctica, de la investigación y de la síntesis superior, sirviendo como vertebración de una peculiar forma vital de encararse con la Historia.

Nunca tan risible, como en este caso, la sustentación de criterios reñidos con una definición adoptada *a priori* y por razones estrictamente formales.

---

[10] *Ob. cit.*, pág. 38.

VII

LA REALIDAD HISTORICA

Es previo a todo tipo de conocimiento convenir en cuál es dominio u objeto. En este caso, ¿qué conoce la Historia?, o ¿qu historia, considerada en cuanto al sentido usual que utilizamos decir «vivimos la historia», o tal pueblo «hace la historia»?

A poco que se reflexione sobre este tema se advierte que se tr de un problema lógico-gnoseológico, pues implica por una parte planteo de toda la teoría de las ciencias, y por otra, de la teoría conocimiento.

Nunca como en este caso se perciben las íntimas relaciones de *estudios históricos* con la filosofía y la ciencia.

El tema es fundamental para precisar el concepto de la Histor su método y toda su teoría general y, por tanto, su adecuado t tamiento implica adelantar aspectos de algunos de los grandes tem de teoría de la Historia.

Los aportes al tema no sólo provienen de historiadores que ref xionan sobre su conocer, sino de filósofos, sociólogos e incluso cie tíficos. Si a esto se suma el hecho de que el problema se viene pla teando desde los albores del pensamiento sistemático, se comprend la riqueza de conclusiones, sus grandes variaciones y su misma com plejidad.

Destaquemos que en un primer planteo del tema se habla de realidad de las Ciencias Históricas, más que de la Historia propi mente considerada, o sea, de una especie del género más amplio d campo del conocimiento. Existe un grupo de disciplinas de las cuale la más típica, la más pura en sus características lógicas, es la Historia que llamamos Ciencias Históricas, y cuyo objeto es, como corres ponde, más amplio y rico en variantes que el de la disciplina qu

han honrado entre otros Polibio, Ranke o Huizinga, para citar algunos autores sobre quienes no hay duda de su posición en el mundo del conocer.

Así hablamos de la Historia natural, o de la Historia geológica de la tierra, etc., que —como veremos a propósito de las definiciones de la Historia— están comprendidas en acepciones utilizadas comúnmente.

De ahí resulta cierta confusión de que debemos precavernos porque se definirá más o menos «ampliamente» (digamos así), la realidad histórica según nos coloquemos en una u otra de las definiciones.

Una vez precisado el campo de las Ciencias Históricas, recién encararemos el análisis del objeto inmediato de la *Historia*, que corresponderá como es correcto a un sector delimitado del campo anteriormente precisado.

En una sistematización de las variadas teorías que se ofrecen en este problema, y simplificando su misma complejidad, podría decirse que éstas son clasificables en tres grandes sectores, a saber:

I) *Aquellas que consideran la realidad histórica como un aspecto o parte determinada de la Realidad.*

Este sector incluiría las hipótesis que se detallan:

a) el mundo sensible; *b)* lo individual; *c)* lo concreto; *d)* lo pasado.

II) *La realidad histórica o historicidad compartiría con la naturalidad el total de la Realidad.*

Incluye teorías como aquellas que caracterizan la historicidad por: *a)* lo temporal; *b)* los hechos de sucesión; *c)* lo evolutivo; *d)* lo fortuito; *e)* lo irracional; *f)* el mundo espiritual o cultural, y *g)* teoría expresionista.

III) *La realidad histórica se confunde con la realidad en su totalidad.*

I. Pasemos a considerar el primer grupo de teorías. Para algunos la delimitación supone una valoración auxiliar de las posibilidades de las Ciencias Históricas, frente a la Filosofía e incluso a las Ciencias Naturales, a las cuales se considera auténticas «ciencias de leyes» capaces de valorar por generalización el mundo real.

Este mundo real se ofrecería a nosotros como una realidad de hechos apreciados por los sentidos, y la primera operación del intelecto (recoger y registrar los hechos que los sentidos nos indican y la memoria nos conserva) es Historia.

En ese sentido podría concebirse la Historia como el pórtico *imprescindible* para toda Filosofía. Así Romagnosi cuando dice: «La

primera parte del saber es la ciencia de los hechos, la cual es prop[illegible] mente histórica.

Por tanto, la historia verificada constituye la primera cienc[illegible] La segunda es la ciencia del 'por qué' de estos hechos. Ella es, pue[illegible] filosófica, en vista de que la filosofía consiste en el conocimiento d[illegible] ser y del hacer de las cosas por medio de sus causas atribuibles.»

Una variante es considerar que los datos de pura e inmedia[illegible] intuición empírica sirvan —no a la filosofía— sino al conocimien[illegible] racional, a las ciencias teóricas cuyo núcleo más prestigioso son l[illegible] matemáticas y las naturales (así Wolf, D'Alembert y Diderot).

Muy cercana a esta teoría está aquella que iniciara Aristóteles, que se basa en señalar un incuestionable estilo de la realidad hist[illegible] rica, su individualidad. El campo de la Historia correspondería a[illegible] aspecto individual o individualizado de la Realidad.

Decía el Estagirita en su *Poética:* «La historia dice que las cosa[illegible] particulares... pero decir las cosas particulares se lleva a cabo cuand[illegible] se dice lo que Alcibíades hizo o sufrió» (parte I, c. VII). Se trataba en definitiva —lo mismo en el caso anterior—, de una subconside[illegible] ración de la Historia, pues era el cimiento de su inferioridad frent[illegible] a la Poesía y la Filosofía. Pues el fragmento entero prosigue así: «En efecto, no está la diferencia entre el poeta e historiador en que uno escriba con métrica y el otro sin ella, que posible fuera poner a Herodoto en métrica y, con métrica o sin ella, no por eso dejaría de ser Historia.»

«El historiador difiere del poeta en que aquél presenta lo que sucedió en realidad, mientras que el poeta presenta lo que podría suceder. Por esta razón la poesía es más filosófica y menos trivial que la Historia; puesto que la poesía presenta generalidades, la Historia meramente cosas particulares. Generalidades quiere decir la suerte de cosas que esta o aquella persona suele decir o hacer, o debe decir y hacer; y esto es lo que la poesía intenta presentar bajo la máscara de los nombres propios que confiere a sus personajes. Cosas particulares quiere decir lo que Alcibíades hizo o sufrió» [1].

Esta idea ha sido recogida por una línea de pensadores tan prestigiosa como es Bacon, Leibniz, Vico, Schopenhauer, etc.

Lo curioso es que pueda coincidir la asignación a la Historia o Ciencias Históricas de un campo tan extenso, mientras a la vez en esto mismo se basen los que argumentan contra la calidad científica o filosófica de la disciplina.

Leibniz dijo: «Que concebía la historia, en el sentido más gene-

[1] *Poética,* México, Universidad Autónoma, 1945, ed. bilingüe, pág. 14.

ral y filosófico, como la investigación de los acontecimientos particulares tanto de la naturaleza como de la sociedad humana», mientras Schopenhauer decía: «La historia no puede pretender un puesto entre las ciencias porque le falta el carácter fundamental del conocimiento científico, es decir, la posibilidad de darnos la subordinación de los fenómenos, que ella, por el contrario, no puede hacer otra cosa que coordinar... Las ciencias, sistemas de conceptos, no hablan jamás sino de géneros; la historia no trata sino de los individuos. Ella sería, pues, una ciencia de las cosas individuales, lo que implica contradicción.» Se construye así el esqueleto de la argumentación por la cual no puede incluirse la Historia en el mundo de las ciencias, y que podría resumirse en la idea de que la materia histórica no responde a las condiciones que se exigen para los objetos susceptibles de tratamiento científico.

La aparición de la Sociología aparejó un nuevo deslinde por sus teóricos, que procuraban un terreno propio para su disciplina. Esto se aprecia en las clasificaciones de la ciencia de Comte y Spencer. Decía el primero: «Hay que distinguir dos géneros de ciencias naturales; unas abstractas, generales, tienen por objeto el descubrimiento de las leyes que rigen las diversas clases de fenómenos, considerando todos los casos que puedan concebirse; otras, concretas, particulares, descriptivas, que se designan a veces bajo el nombre de ciencias naturales propiamente dichas, consisten en la aplicación de esas leyes a la historia efectiva de los diferentes seres que existen» [2].

Spencer perfecciona y corrige esta idea de Comte, pues divide las «ciencias abstractas» en las «ciencias de relaciones», o propiamente abstractas, y las abstracto-concretas o «ciencias de propiedades». Las ciencias concretas son llamadas «ciencias de agregados», y aunque les atribuye un contenido eminentemente histórico, incluye entre ellas a la biología y la psicología [3].

Una de las ideas que cuenta con más adherentes y que como una especie de «realismo ingenuo» se ha popularizado, es aquella que considera que las disciplinas históricas se ocupan de hechos pasados. El pretérito sería el exclusivo dominio de los historiadores, así como de los geólogos y paleontólogos. En definitiva, es una variante dentro de la idea más vasta de que la Historia se ocupa del tiempo.

Se concreta la referencia temporal a lo pasado, «lo acaecido».

---

[2] Lección II: *Cours de philosophie positive*. Ver su desarrollo en René Worms: *Philosophie des Sciences Sociales*, París, Giard, 1913, t. I, págs. 154 y 186.

[3] Ver H. Spencer: *Clasificación de las ciencias*, Buenos Aires, Anaconda, 1943.

Así, por ejemplo, Robert Flint, que en su *Historia de la filosofía de la historia,* expresa: «La historia consiste en acontecimientos; es *das geschehen* (el acaecer); es el curso entero de los acontecimientos en el tiempo. La historia es todo lo que ha acaecido precisamente tal como acaeció. Todo lo que acaece es historia. El ser eterno e inmutable no tiene historia. Las cosas o los fenómenos considerados como existentes, relacionados y comprendidos en el espacio constituyen lo que se llama naturaleza, en cuanto distinguida de la historia. Y la historia, en cuanto distinguida de la naturaleza, es proceso y movimiento, el advenimiento de las cosas y de los fenómenos, el ser o las sucesivas etapas y estados del ser, la fluencia de los acontecimientos en el tiempo. Estos dos conceptos —naturaleza e historia— son, pues, sumamente amplios y comprensivos. Ellos representan el universo en sus dos aspectos principales....»

Es decir, que histórico equivaldría a lo real de una realidad no actual, no presente, sino pasada. Un tratadista como Charles Seignobos decía: «En realidad no hay hechos históricos por su naturaleza, como hay hechos fisiológicos o biológicos...; sólo hay hechos históricos por posición. Es histórico todo hecho que no puede ya observarse directamente porque ha cesado de existir. No hay carácter histórico inherente a los hechos, sólo hay de histórico la manera de conocerlos» [4].

La objeción que se ha hecho a esta interpretación —incluso por discípulo tan directo de Seignobos como es Marc Bloch— es que el presente también es parte del campo histórico, o que está incluido en el pasado histórico, dicho de otro modo. La existencia de «un presente» depende del observador, y por otra parte los hechos del «presente» «no son sino la última fase, el período final de la historia, y las disciplinas que los observan y los representan no constituyen en cierto modo sino los últimos capítulos de la historia general» [5].

[4] *Ob. cit.*, pág. 65.

[5] El problema del «ingreso del presente» en la realidad histórica es motivo de polémica, aunque los *pasatistas* se baten en retirada. Véanse sus argumentos en LANGLOIS y SEIGNOBOS: *Ob. cit.*, o en D. VALCÁRCEL: *Sobre la historia,* Lima, 1949, págs. 34-36.

Es rotundo MARC BLOCH: *Ob. cit.*, págs. 12 a 16 (se cita parte en *Introducción*), y todavía más el filósofo ORTEGA Y GASSET: «La historia es ciencia sistemática de la realidad radical que es mi vida. Es, pues, ciencia del más riguroso y actual presente. Si no fuese ciencia del presente, ¿dónde íbamos a encontrar ese pasado que se le suele atribuir como tema? Lo opuesto, que es lo acostumbrado, equivale a hacer del pasado una cosa abstracta e irreal que quedó inerte allá en su fecha, cuando el pasado es la fuerza viva y actuante que sostiene nuestro hoy. No hay *actio in distans.* El pasado no está allí, en su fecha, sino aquí, en mí. El pasado soy yo; se entiende, mi vida.» *La historia como sistema,* ob cit., págs. 35-36, t. VI.

Lo que es exacto es que las «ciencias de leyes» son de un «puro presente», pero este presente no puede confundirse con el «presente histórico», pues se trata de «un presente sin pasado ni futuro» idéntico a aquello que los escolásticos llamaban *sub especie aeternitatis* [6].

II. Puede decirse que este grupo de teorías deriva del grupo anterior, es una variante con ciertas características diferenciadas dentro del primer apartado.

Su preocupación fundamental parece ser deslindar el campo histórico frente al de las Ciencias Naturales, no como etapas de una misma manera de conocer, o escalones superpuestos que tienden a coronarse en la Filosofía o Sociología, sino como dos formas distintas e igualmente cabales de apreciar y conocer la Realidad.

Esa Realidad es objeto de tratamiento teórico por una parte y del histórico por otra. Su divisa la resumía el alemán Steinthal diciendo: «Naturaleza e Historia son las dos formas capitales bajo las cuales abarcamos el infinito.» Este autor, lo mismo que Lazarus y Paul, era etnógrafo, dato de valor para comprender su punto de vista.

El problema se plantea, y ahí disienten las teorías, sobre la manera de hacer esa escisión, ese corte de la realidad, a qué concepto apelar para trazar la línea divisoria. Se ha recurrido en primer término a una categoría aristotélica, como el tiempo, tan enraizado con la conceptuación más sencilla de las Ciencias Históricas.

Un historiador francés contemporáneo, Fernand Braudel, decía que «el historiador es un especialista del tiempo» [7]. Dentro del estudio de las sociedades, allí donde el factor tiempo es observable, se encuentra también el historiador como un técnico imprescindible.

Lo temporal entonces se opondría a lo permanente, lo definitivo. Pero aquí se plantea bajo otra forma la vieja polémica filosófica de los griegos. ¿Es que existe algo permanente y definitivo? Veremos a propósito de la interpretación genética o la evolutiva cómo, en definitiva, se ha sostenido la posibilidad de una visión total del mundo en movimiento continuo, y entonces el factor tiempo no sería parcial, pues cubriría todas las posibilidades de la realidad.

No alcanza la mera referencia al tiempo, pues como observa Enrico De Michelis, que seguimos en estas páginas, si se le atendiera,

---

La exposición más fecunda del tema en JOHN ELOF BOODIN: *Filosofía de la historia*, del vol. *La filosofía del siglo XX*, Buenos Aires, Impulso, 1948, páginas 88-120, en que sintetiza varias publicaciones anteriores.

[6] DE MICHELIS: *Ob. cit.*, págs. 138 y 140.

[7] *Les responsabilités de l'histoire*, págs. 3-18, de «Cahiers Internationaux de Sociologie», vol. X, 1951, París.

«todas las ciencias, con tal que se exceptúen las matemáticas pu a las cuales aquella idea es extraña, entrarían en la historia» [8].

Una teoría que alcanzará cierto auge en nuestro medio es la historiólogo rumano Xenopol. Según ésta, la realidad se compone dos especies de hechos: *hechos de repetición* (denominados tamb de coexistencia) y *hechos de sucesión.*

Los primeros son aquellos que se reproducen sin diferencias importancia o con pequeñas variaciones sin valor; corresponden mundo físico o al mundo espiritual, y su estudio a las ciencias leyes o teóricas para las cuales el tiempo no ejerce influencia algu

Frente a éstos, los *hechos de sucesión,* que son aquellos en el tiempo introduce variaciones continuas y su estudio correspo a las ciencias históricas.

De acuerdo a esto, Xenopol sintetiza su punto de vista dicien «La historia, en el sentido más amplio de la palabra, no forma, co generalmente se ha creído hasta ahora, una ciencia especial, para cual fuese posible encontrar un puesto junto a la biología, a la psi logía o a la sociología, sino que, por el contrario, constituye uno los dos modos universales de concepción del mundo, a saber: modo de la sucesión en contraposición al de la repetición.»

El objeto propio entonces de la Historia sería lo sucesivo, lo m dable o el devenir. Además, «la historia se ocupa de todas las cos que llegan a ser lo que son en el curso del tiempo. Toca a todos l fenómenos del universo, a los de naturaleza material lo mismo q a los de carácter intelectual. En nuestros días, esta manera de con derar las cosas ha adquirido extraordinaria extensión, y la histor interviene en la explicación de gran número de hechos que, sin ell no se explicarían bien. Se trata de los hechos que se desarrollan e el tiempo. Pero a estos últimos solamente hay que aplicar la máxim de Comte: «Que no podría comprenderse una concepción más q por su historia... Fuera de los objetos de estudio de la historia pr piamente dicha, no se expone una teoría, no se motiva una ley, n se defiende un alegato, sin una introducción histórica que muestr cómo ha nacido la concepción, cómo se ha introducido, ora en e mundo de los hechos, ora en el de las ideas» [9].

Nos ocuparemos aparte de las ideas de Xenopol con más detalle [1

---

[8] Enrico de Michelis: *Ob. cit.,* pág. 134. En este capítulo las citas no rat ficadas con notas corresponden a este libro.

[9] Xenopol: *Teoría de la historia,* ob. cit., pág. 32.

[10] Concordante con la posición de Xenopol, cuya resonancia por lo demá no puede menos de ser encomiada, está la de Riess: «La consideración his tórica es la noción de un objeto tomado como unidad del mundo de la expe

Una teoría reciente destaca que la historicidad finca, a su parecer, en un modo especial de considerar la Realidad, o en una forma tan importante como la apreciación racional y teórica que dio base a las Ciencias Naturales, que sería la genética o evolutiva. F. Paulsen resume sus fundamentos en la teoría de la Ciencia con estas palabras: «La orientación hacia la historia es una señal que confiere un sello característico a toda la filosofía del siglo XIX en contraposición a la del período anterior... Esta última descansaba en una concepción matemático-naturalista de la realidad y era abstractamente racionalista. Por el contrario, los sistemas especulativos de nuestro siglo dieron origen a la construcción del mundo histórico-espiritual, tratando después de construir también históricamente la naturaleza, al menos bajo la forma de un esquematismo lógico-genético; y las Ciencias Naturales han seguido ese impulso, realizando, en efecto, un tratamiento histórico de la naturaleza en la teoría de la evolución cósmica y biológica.»

Véase que este planteo colocaría a Paulsen en el primer sector de teorías que venimos estudiando, ya que soldando lo genético con lo histórico, deslindaría un modo de presentarse la Realidad, que no reconocería la división de fronteras Naturalidad-Historicidad en que nos hemos colocado en el segundo sector.

La Historia se ocuparía de los *procesos*, de la generación y transformación de las cosas, y sería, por tanto, una *ciencia de acontecimientos*. La historicidad —concepto relativamente reciente— está estrechamente unida a la intuición evolutiva del mundo, y en ese sentido sobrepasa lo humano y comprende (como por lo demás, desde otro ángulo, lo apuntara Xenopol) la misma Naturaleza en ciertos aspectos.

Wundt, de acuerdo con esto, en una clasificación de las ciencias *reales*, habla de las fenomenológicas, sistemáticas y genéticas (indistintamente para la naturaleza y el espíritu), y funde el último apartado con las históricas. Un tratadista tan conocido como Bernheim afirma que la tarea principal de la *historia científica* es buscar de qué manera las cosas «han llegado a ser o, respectivamente, llegan a ser lo que son», y en una *historia de la Historia* —ya clásica en los manuales— muestra la *historia genética* como la superación de la *historia narrativa* y de la *historia pragmática*.

---

riencia mediante el nexo causal de sus cambios esenciales que no se repiten regularmente... Tan pronto como logramos el convencimiento de que una parte esencial de los complejos del fenómeno contenidos en él consisten en modificaciones que no se repiten regularmente, sobreviene la consideración histórica como necesidad subjetiva.»

El gran aporte de la teoría genética fue que suponía indirectamente la superación del esquema de la Realidad, que naciera en Grecia con Parménides y la escuela de Elea, según la cual es ésta algo constante e inmodificable. La nueva teoría supone una realidad en perpetua transformación, y junto a ella una idea de «ley científica» como dinámica y relativa, por oposición al concepto sustancialista que hasta entonces primaba. De esta manera entonces también presumía un nuevo enfoque al debatido problema del carácter científico de la Historia.

Un sesgo especial, tal vez más reducido, pero muy sensato, dan a esta variante Henri Berr y Lucien Febvre con estas consideraciones:

«Para definir el papel desempeñado por la Historia en el campo del conocimiento se debe notar que existe para la mente un punto de vista general, que es el punto de vista histórico, el punto de vista de cambio. Si todo en el reino de la realidad estuviera sujeto a leyes inmutables, no habría historia. Pero tampoco habría historia si todo en el reino de lo real estuviera universalmente y perpetuamente cambiando, si no hubiera más que caos y anarquía. Se notará así que la historia está relacionada con algo que cambia como puesto o en relación con algo que permanece constante y se repite a sí mismo. Y también se notará que en sentido más amplio historia comprende naturaleza tanto como humanidad, tal como lo ilustraron trabajos como el de Cuvier, *Revoluciones del globo*, y Darwin, *Origen de las especies*. En su acepción limitada, y ése es el sentido en que el término será usado aquí, historia es el estudio del cambio en la humanidad» [11].

Observamos que algunas de estas ideas parecen respaldarse en un planteo original que se debe al matemático y filósofo francés Agustine Cournot, para el cual se debe distinguir entre la Naturaleza y el Cosmos.

Mientras la primera es explicada por las ciencias naturales, las ciencias cosmológicas se ocupan del Cosmos. Incluyen la astronomía, la geología, geografía, así como la Historia.

Su dominio especial es lo fortuito, el azar. Pero éste no es definido como lo absolutamente opuesto a lo determinado, pues «es la idea de la independencia mutua de varias series de causas y de efectos que concurren accidentalmente a producir tal fenómeno, a traer tal encuentro, a determinar tal acondicionamiento» [12].

[11] *History and Historiography*, ob. cit.

[12] Pág. 306, *Matérialisme, vitalisme, rationalisme*, París, 1872. En español hay una ed. de *Considérations sur la marche des idées et des événements dans les temps modernes*, París, 1934.

Esos hechos fortuitos no son solamente los raros y sorprendentes, sino que son una especie de coeficiente de contingencia, que puede encontrarse hasta en el dominio de las ciencias de estructura puramente lógica, pero que aumentan al pasar de las más abstractas a las más concretas. «Es precisamente este residuo de carácter absolutamente empírico lo que representa para Cournot la contribución del conocimiento histórico al conocimiento y explicación general de la realidad.»

Se ha hecho notar, por tanto, que la distinción entre Naturaleza y Cosmos equivale a una distinción material entre la parte estable y la parte variable del mundo mismo, y esto le acerca a las ideas de Xenopol.

Pero, por otra parte, vemos que su idea de azar tiene cierto contacto con la idea de lo irracional como dominio de la Historia.

Dos corrientes podrían distinguirse especialmente en esta interpretación según la cual lo histórico es lo irracional.

Por lo pronto todo el historicismo alemán desde el siglo XVIII, como lo ha señalado Meinecke, ha sostenido frente al jusnaturalismo la idea de lo irracional en el mundo social-histórico.

Modernamente Rickert, Dilthey, Windelband, han basado su peculiar visión de las ciencias culturales o espirituales en la existencia de una irracionalidad del mundo histórico no reductible a las ciencias naturales. En el fondo todo este grupo parte de una visión parcial del conocido apotegma de Hegel, «todo lo real es racional y todo lo racional es real». Para ellos la racionalidad de lo real corresponde a la realidad natural, mientras la realidad cultural, social o espiritual, es por esencia irracional.

Ligeramente distinta es la posición de Meyerson, que defiende también Henri Sée. Este dice: «La realidad no se deja reducir a las leyes de nuestra razón. Existen muchos hechos no explicables, y para los cuales, sin embargo, se busca una explicación razonable. La ciencia ensaya de reducir la parte de irracionalidad y es así que se constituyen teorías, pero sin obtener nunca absolutamente sus fines» [13].

La realidad histórica entonces sería un irracional racionalizable. La ciencia histórica procuraría racionalizar en su tarea un mundo por esencia irracional, y nunca lograría absolutamente su objeto.

No puede escapar que estos planteos están especialmente unidos al problema de teoría de las ciencias de la posibilidad o características de leyes en la Historia.

---

[13] *Ob. cit.*, pág. 140. Véase también *Science et philosophie d'après la doctrine de Emile Meyerson*, París, Alcan, 1932.

Importantes autores han recogido y justificado la versión corriente, según la cual la historicidad, por oposición a la Naturaleza, coincide con la espiritualidad. La Historia se ocuparía del «mundo espiritual», del mismo modo que las ciencias de la naturaleza del «mundo físico». Al primero corresponden las actividades intelectuales y volitivas del hombre, el reino de las ideas, los fines y los valores. El ya citado lingüista y etnólogo Paul —unido a este planteo junto con Lazarus y Steinthal— distingue así las «naturwissenschaften» y las «kulturwissenschaften», pero sin asimilar en forma necesaria a las primeras las leyes y a las segundas el desarrollo histórico.

A estas ideas, con diversas variantes, se afilia el pensamiento de autores como Rickert, Simmel y Dilthey, a los cuales haremos referencias más amplias.

La llamada teoría expresionista debe señalarse también aquí. Nacida en el arte en la época del *impresionismo* pictórico (de ahí su nombre), se vincula estrechamente con la filosofía bergsoniana y la fenomenología germánica en la idea de la «visión de la esencia». Accede a la Historia con las obras de Leo Frobenius, Th. Lessing, y logra fama con Osvald Spengler en su obra *La decadencia de Occidente*. Esta parte de la oposición entre la vida inconsciente (dasein) y el pensamiento consciente (wachsein). «La Historia —dice— es la expresión, el signo de la vida del alma que ha llegado a tomar sus formas: llegar a contemplar sensiblemente este proceso sintético es el cometido de la Historia, mientras que la composición analítica de los datos solamente puede ser tenida en cuenta después.» Para ello debe penetrarse lo esencial de los fenómenos históricos que aparecen paulatinamente en grupos: la corriente del ser —relaciones de la vigilia—; lo posible —lo real—; lo evolucionable —lo evolucionado—; historia-naturaleza; tiempo-espacio; casualidad-causalidad, etcétera [14].

III. En el tercer sector de teorías habría que distinguir a su vez dos grandes corrientes. Una primera, de carácter un tanto intermedio con el sector que terminamos de abandonar, destaca fundamentalmente el sentido superior del conocimiento histórico sobre el pensamiento científico en razón del objeto de su estudio y en otros autores por su particular método. En esta variante se desplaza un tanto el problema que venimos considerando y se hace un tema metodológico, con injerencias amplias de la Lógica.

La segunda corriente es aquella que, partiendo de algunas de las

---

[14] Véase la aludida obra de SPENGLER, *ob. cit. Introducción*, y BERNHEIM, *Introducción al estudio de la historia*, ob. cit., págs. 33-44.

teorías esbozadas con anterioridad, alcanza un planteo, llamémoslo *totalitario*, de la cuestión, de acuerdo al cual la única forma de considerar la Realidad es la que corresponde a las Ciencias Históricas; o —como afirman otros— la Realidad coincide estrictamente con la historia.

En la primera corriente se destacan autores como Trivero y Naville. El citado en primer término parte, lo mismo que Xenopol, del uso de las ideas de tiempo y espacio, pero diferencia al conocimiento histórico del teórico, no por la diferente extensión o duración o regularidad existencial de los objetos y fenómenos, sino por la «consideración de la posición cronotópica absoluta o bien relativa» de aquéllos. Tanto referente al tiempo como al espacio, la Historia considera un problema general, que es la respuesta: ¿cuándo han acaecido y en qué lugar están o han estado las cosas? Su objeto «no es ya únicamente lo singular o lo específico, sino también lo genérico; no sólo lo real, sino también lo ideal; no sólo lo humano, sino también lo natural... los hechos, ni más ni menos que todas las demás ciencias..., pero siempre refiriéndolos a un tiempo y a un lugar particulares, colocándolos a una distancia de lenguas o de siglos, sea de nosotros, sea de aquellos puntos convencionales de partida y de medida que son en geografía ciertos meridianos y en historia las eras, sea de cualquier otra cosa tomada momentáneamente como término de comparación...».

De más está destacar que en ese aspecto las Ciencias Históricas comprenden la Historia Natural, la Geología y la Cosmografía, aunque siempre su forma más típica es lo que denominamos vulgarmente Historia.

Naville hace un planteo distinto. Según él, lo que caracteriza las ciencias teóricas son las leyes científicas, y éstas son normas de carácter abstracto, «relaciones objetivas, las cuales, en virtud de la naturaleza de las cosas, se realizan necesariamente todas las veces que se ponen en condiciones». Pero las leyes dan la trama de la Realidad, pero no la Realidad misma. Los hechos que existen en el espacio y en el tiempo deben ser objeto de proposiciones categóricas y particulares. Esta es la tarea de las Ciencias Históricas, y ellas comprenden la Astronomía, la Mineralogía, Botánica, Zoología y Antropología [15].

Consideran al conocimiento histórico como superior al científico, pero adoptando diversas y contradictorias actitudes sobre el problema

15 ADRIEN NAVILLE: *Classification des Sciences*, París, Alcan, 1920, 3.ª ed., págs. 159-218.

que nos ocupa de la realidad histórica, autores tan distintos como Vico, Windelband, Simmel, Rickert, Bergson, Dilthey y Croce.

El pensador italiano Giambattista Vico, cuyas ideas sobre Teoría de Historia marcan un hito en la historiografía universal y que no corresponde resumir en esta oportunidad, compartía en cierto sentido la tesitura de Aristóteles, Leibniz y Schopenhauer, que veían en *lo individual* el campo histórico. Pero también creía que era la Historia «el más digno objeto de investigación y de meditación filosófica».

Los demás autores de este grupo, epígonos de las formas neoidealistas y hasta irracionalistas de fines del siglo pasado y comienzos del actual, coinciden en reconocer la posibilidad de un conocimiento *naturalista* de lo real (e incluyen en éste tanto lo permanente como lo evolutivo, tanto lo físico como lo espiritual), pero suponen que ese conocimiento es una negación o falsificación de la realidad. El conocimiento histórico justamente cobraría su validez y superioridad, en cuanto se apartara del conocimiento naturalista, y alcanzara la verdadera realidad.

Windelband llegó en forma independiente a parejas conclusiones que Naville, pero denominó a las ciencias de leyes, ciencias nomotéticas, y a las históricas, ideográficas. Ambas formas de ciencia parten de una misma realidad, pero la elaboran de modo distinto. El *naturalista* no examina jamás, de los fenómenos de la realidad, más que aquellos caracteres que permiten subordinarlos a tipos o a leyes constantes. El *historiador*, en cambio, trata de hacer significativos los acontecimientos o los seres, reuniéndoles en unidades complejas, por la representación como momento o elemento de un dado desarrollo o de una dada situación.

Simmel se afilia a la corriente de Windelband, aunque partiendo de otros estadios y destacando especialmente la superioridad del conocer histórico. «La realidad conocida históricamente —dice en una de sus obras— es el concepto límite de la legalidad conocida de la naturaleza, pues, como ya se ha dicho, cuando se llegare a completar esta última, bastaría una 'imagen momentánea' de la totalidad histórica para completar el saber en general. La dualidad de principio del conocimiento de hechos históricos y del conocimiento de las leyes se reduciría con esto al mínimo, sin perder nada de su profundidad; por esta disparidad afecta a la diferencia entre la historia como conocimiento de lo realmente ocurrido y la investigación de las leyes, las cuales, si bien tienen una validez indefinida y por lo mismo rigen también para lo que sucede, nunca pueden sustituirlo a causa de su extrañeza frente a toda realidad.»

Es decir, que mientras las ciencias de la naturaleza alcanzan sus fines negando, en cierto modo, lo real y tomando por objeto propio lo irreal («das Unwirklich»), la Historia puede llamarse la ciencia de la realidad («die wirklichkeitswissenschaft»).

También Rickert partía de un punto de vista cercano a Windelband, pero su planteo es más organizado y completo. «Lo real de la experiencia inmediata —dice— es una multiplicidad indefinida en el tiempo y en el espacio (extensiva), así como en las cualidades intrínsecas (comprensiva), y el pensamiento no puede apoderarse de ello sino simplificándolo más o menos.»

«La forma más radical es el *conocimiento generalizador*, que es el camino de la *ciencia natural;* pero el conocimiento individualizador de las cosas, el aspecto intuitivo e individual de las cosas, corresponde a las disciplinas históricas, a la *ciencia cultural*. Cuando hace uso de nociones generales, es un camino indirecto, no un fin, y retorna después a lo individual, como a su verdadero y propio objeto.» «La posibilidad de la historia implica la postulación de un sistema de valores universales, hacia los cuales se considera orientado lo real»; pero como éstos deben referirse a la vida espiritual y social, no es extraño que Rickert retorne a la concepción que hace coincidir el mundo histórico con el mundo espiritual [16].

Rickert utilizaba conceptos de Bergson, y éste era categórico en manifestar que hay un abismo que separa la realidad de la ciencia natural. Esta falsifica la anterior de acuerdo a las necesidades inmediatas de la acción. En otras palabras, desdeña el conocimiento que corresponde a la intuición, única capaz de proporcionarnos la auténtica realidad en su «inefable continuidad cualitativa del tiempo puro e inagotable pululación del ser».

Practicando él mismo su recomendado método de la metáfora, Bergson define la misión de la intuición como opuesta a la labor del intelecto en *La pensée et le mouvant*. El intelecto (la pensée) ha congelado el río de la realidad (le mouvant), convirtiéndolo en hielo sólido para poderlo entender y manejar mejor, pero al tiempo ha falseado al transformar lo líquido en sólido. La intuición ha de rom-

---

16 Véase *Ciencia cultural y ciencia natural*, ob. cit., pág. 50, donde hace pensar en la ubicación de RICKERT en el grupo de teorías anteriores, pero su sentido se aclara con su delimitación de las dos grandes ciencias, «...poner como fundamento de la clasificación de las ciencias particulares una *oposición material* de los objetos es cosa que no puede hacerse, como no sea que de la realidad total se destaquen un cierto número de cosas y procesos que posean para nosotros una especial *significación o importancia*, y en los cuales veamos, por ende, algo más que mera 'naturaleza'», págs. 43-44.

per los témpanos artificiales de hielo mecánico para llegar a la flue cia misma de la vida, que discurre por debajo de esa realidad mec nica.

La Historia —naturalmente avecindada con el Arte— está óptimas condiciones para aprehender intuitivamente el mundo real

Los autores que ven el parentesco de la historia con el arte de tacan entonces la distancia de la Historia con la ciencia natural o ciencia simplemente, y obtienen argumentos de las escuelas intele tualistas, de las cuales Bergson es notorio maestro. Autores que tienen una preocupación histórica directa realzan, sin embargo, Historia como un ejemplo en sus formulaciones teóricas.

El coronamiento de estas corrientes en nuestro siglo se alcanz con Wilhem Dilthey y Benedetto Croce.

El primero, partiendo de la clasificación de Rickert, expone qu el objeto de las *ciencias del espíritu* (equivalente para él a *cienci cultural)* es la vida que se da en el tiempo, es decir, en la Historia

En *La Introducción a las Ciencias del espíritu* (obra que domin su primera etapa), Dilthey destaca que esas ciencias estudian a hombre mismo, los sentimientos, las ideas, actos voluntarios; en una palabra, las realidades de la vida interior. Además coordina en ur sistema los datos proporcionados por los sentidos y parcialmente uni ficados en leyes por las ciencias naturales.

El lugar de la Historia es principalísimo, pues le corresponde la vinculación del conjunto de las ciencias del espíritu (antropológicas culturales y sociales), y de alguna manera —como ya vimos—, naturales, realizando una labor para la cual se habría mostrado incapaz la Sociología y la Filosofía de la Historia.

La Historia la concibe en un sentido amplio como una disciplina meramente universitaria. En forma del conocimiento que para él es la intuición, pero ésta es de carácter volitivo, consistiendo en percibirnos a nosotros mismos como agentes, como seres que antes de pensar quieren, desean. Lo que rodea al hombre se aparece en forma de obstáculo y resistencia a su acción, del mismo modo que el presente se nos aparece como un límite a los esfuerzos presentes del pasado que llegan a hoy.

La unidad entonces está en la fuente misma, en el espíritu humano que *deviene* a través del tiempo y toma conciencia de sí mismo, justamente por la ciencia histórica. El observador-actor conoce por

---

[17] Véase JEAN HYPPOLITE: *Vie et philosophie de l'histoire chez Bergson,* vol. *Congreso Argentino de Filosofía,* Mendoza, Universidad de Cuyo, 1951.

autognosis, y la forma más perfecta de la ciencia histórica es comprensible que sea la autobiografía [18].

Quebraría los límites materiales de este trabajo abundar en las ideas de otros tratadistas modernos y en especial el original Max Weber, que recomendamos.

El saber de las «ciencias del espíritu» es de una validez menos hipotética que el correspondiente a las «ciencias de la naturaleza», pues abandonan la desacreditada vía del antropomorfismo.

Las ideas de Croce, lo mismo que las de Dilthey, merecerían una explicación más pormenorizada por sus consecuencias sobre el pensamiento histórico contemporáneo, su riqueza y originalidad.

Constituye una auténtica «teoría lógica de la historia», que coincide en algunos aspectos con los autores anteriores, como cuando dice que lo real, que en su variedad objetiva es historia, para ser *naturaleza* necesita desintegrarse, deformarse, por obra de la abstracción que realiza el intelecto humano. Este destaca la constancia y la uniformidad, mientras lo real es diverso y mudable. Con una imagen muy gráfica dice que frente a la realidad objetiva, la ciencia natural es una suerte de taquigrafía.

La auténtica realidad se obtiene por las representaciones individuales que tipifican no sólo a la Historia, sino también al arte. La primera supera al segundo en que las representaciones no se mantienen como puras intuiciones, sino que dan lugar a juicios, con la universalidad del conocimiento filosófico, o también conocimiento científico. «Mejor dicho —acota De Michelis—, el único conocimiento científico verdadero, gracias, precisamente, a que tiene por objeto y contenido la existencia determinada e individuada de las cosas.»

En este sentido corresponde incluir a Croce en este sector y en esta especial corriente que venimos considerando, pero nuestro autor, aunque mantiene el criterio de la superioridad del conocimiento histórico sobre cualquier otra forma de conocer, admite que el conocimiento de lo real como naturaleza no sólo es posible, sino que se diferencia automáticamente frente al conocimiento como historia [19].

Citemos finalmente del tratadista Enrico De Michelis una crítica a toda esa corriente que puntualiza diciendo: «Toda tentativa de justificar gnoseológicamente la historia al precio de una desvalorización de las ciencias de la naturaleza está destinada a estrellarse contra esta

---

18 *Obs. cits.* de DILTHEY y obras críticas de IMAZ (Fondo de Cultura Económica) y ROURA PARELLA: *El mundo histórico social,* México, Universidad Autónoma, 1945; en español y en francés la de RAYMOND ARON: *La philosophie critique de l'histoire,* París, Vrin, 1950.

19 Véanse *obs. cits.* de CROCE.

verdad, ahora absolutamente evidente: que nuestro conocimiento de lo real como historia está subordinado al conocimiento que tenemos de lo real como naturaleza y es directamente proporcional a este conocimiento, pues sería sofístico sostener que el progresivo descubrimiento de las leyes que rigen la fenomenología psicológica y social no tienen relación con nuestras representaciones de la historia humana» [20].

Francisco Ayala, haciendo parecido balance de las mismas corrientes en la Sociología, termina: «Tomadas en su conjunto, todas las tendencias que, en la disciplina sociológica, representan un intento, más o menos deliberado, consciente y practicado con pureza de reducir el objeto sociológico a datos naturales, proponiendo una explicación causal a los fenómenos sociales, arrojan un impresionante caudal de adquisiciones científicas, de inapreciable riqueza para el conocimiento de dicho objeto. Tales resultados, y el hecho mismo de que la mayor parte de cuanto se ha producido en Sociología deba ser referido, de alguna manera, a tendencias tales, excluye la posibilidad de rechazarlas de plano como enteramente desprovistas de fundamento. Un extravío absoluto en la orientación, ni hubiera sido tan fecundo, ni tampoco es probable que hubiera conseguido mantener la adhesión de tantas mentes esclarecidas. Es forzoso que, si discutible, ese intento no es completamente descaminado y absurdo» [21].

De Michelis no lleva su disidencia con Croce a quebrar totalmente sus conceptuaciones en las cuales de una manera amplia se afilia, pues dice que si bien «el conocimiento de lo universal y el conocimiento de lo individual no son dos formas de conocimiento contrapuestas entre sí, de manera que se trate de decidir cuál de las dos es la más verdadera y acabada con respecto a los mismos objetos, sino que responden a dos distintas exigencias del pensamiento»; pero «el saber que tiene por fin lo universal no aparece ya sino como un momento, un estado, una fase del proceso cognoscitivo integral» y «la Historia, entendida en el sentido más amplio del término como conocimiento de lo existente, o sea, de lo individual, puesto que toda existencia se da en formas individuales, se nos presenta como coronamiento y conclusión necesaria de toda nuestra actividad cognoscitiva» [22].

Para terminar esta revisión sintética de las posiciones sobre el problema lógico-gnoseológico de la realidad histórica, ahondemos una

[20] *Ob. cit.*, págs. 258 y 280.
[21] *Tratado de sociología*, Buenos Aires, Losada, 1947, t. I, págs. 325-326.
[22] *Ob. cit.*, pág. 286.

observación que se hizo anteriormente, según la cual el nuevo concepto de la realidad como en perpetua transformación, de las leyes conceptuadas como tendenciales o relativas. Esto abre una fisura en el antiguo planteo de la teoría del conocimiento, y da base al concepto extremo de que siendo la realidad por esencia mudable, sólo puede concebírsele a través de la Historia.

El propio Rickert, haciendo la crítica de Xenopol, destaca que lo real se comprende enteramente en los «hechos de sucesión», pues nada absolutamente fijo e inmóvil existe en el universo, estando todo sujeto a cambios y evoluciones.

La Historia, concluye el mismo autor, es una suerte de enciclopedia del deber, el único conocimiento posible de lo real, de hecho, en su rica variedad intuitiva.

El ya citado Trivero, encarando el problema con la perspectiva de la clasificación y la teoría de la Ciencia, expresaba: «La doctrina moderna de la evolución parece precisamente demostrar que todo es historia... La doctrina de la evolución es esencialmente una doctrina histórica. Los tipos no se consideran ya inmutables; las leyes varían también; nada realmente se repite: somos nosotros los que artificialmente formamos, por decirlo así, las notas que nos parecen más constantes en las cosas que acontecen; pero no es ésta sino una necesidad de nuestra mente. Por el contrario, la realidad es evolutiva, es decir, histórica. La ciencia del porvenir es la historia.»

Es curioso anotar cómo se ha llegado a estas conceptuaciones desde el siglo XVIII en una línea en que intervienen Turgot, Schelling y modernamente Droysen y Flint.

La idea de que la realidad mudable es el campo propio de la Historia estaba en Turgot, que decía que era éste el mundo de los hombres «que ofrece de siglo en siglo un espectáculo siempre diferente», por oposición al mundo de los fenómenos físicos y biológicos, donde «todo está encerrado en un círculo de revoluciones que son siempre las mismas». De más está señalar estos conceptos como antecedentes de Xenopol. Schelling apuntaba que todas las veces que un fenómeno cesa de aparecer aislado y sujeto a periodicidad queda excluido de la Historia, y de la historia, pues ésta coincide con el dominio de la realidad mudable.

Droysen sintetiza diciendo que la naturaleza eerınese como «yuxtaposición de lo que es», mientras historia es «la sucesión de lo que va siendo», y el tratadista inglés Flint, que citamos, llegaba a parecidas conclusiones de acuerdo a conceptos que transcribimos anteriormente.

VIII

HECHO HISTORICO O SUCEDER HISTORICO

Es fundamental para cualquier disciplina científica definir y ubicar los hechos posibles de su estudio particular.

Este tema —perfectamente claro en otras ramas del conocimiento— es motivo de distintas interpretaciones en la historiografía contemporánea.

Los órdenes de cuestiones más debatidas residen en:

a) Con relación a su existencia, así como sobre su importancia intrínseca;
b) La naturaleza del hecho histórico.

Sobre el primer problema se disputan el campo dos grandes corrientes. Una de ellas es de naturaleza crítica y está formada por «quienes atribuyen fundamental importancia a los actos y consideran la historia como hechos sucesivos».

Sus orígenes se remontan a Grecia y al mismo Herodoto, que encabeza su obra con esta frase:

«Herodoto de Thurii expone sus investigaciones, a fin de que las cosas hechas por el hombre no se olviden con el tiempo y que las grandes y maravillosas acciones cumplidas tanto por los griegos como por los bárbaros no pierdan brillo» [1].

Los exponentes más caracterizados de esta tendencia crítica han sido los tratadistas franceses. En la obra de un autor como Armand Cuvillier, procurando el deslinde de Historia y Sociología, se dice que «el hecho histórico es un hecho social, pero a diferencia de la

[1] *Histoires*, ed. de Ph. E. Legrand, París, «Les Belles Lettres», 194. Véase Shotwell: *Historia de la historia en el mundo antiguo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1940, y De Gubernatis: *Historiografia universal*, Buenos Aires, CEPA, 1943.

sociología, esos hechos sociales, la historia los estudia con sus particularidades de tiempo y de lugar» [2].

Esta tendencia se ha hecho fuerte especialmente en la dilucidación crítica del hecho, en el análisis metódico de las fuentes, en la elaboración de bases para la historiografía monográfica.

Su problema y su limitación ha sido que, a fuerza de parcelar la realidad histórica y señalar hasta las piedras más pequeñas para construir el edificio de la historiografía, esta tarea ha resultado superior a las fuerzas humanas. Algo así como el «aprendiz de brujo» de la fábula musicalizada por Dukas.

Dos autores tan inteligentes como Berr y Febvre —por lo demás crecidos en esta tendencia— llegan a esta consideración:

«El encuentro y la fijación de infinito número de tantos hechos del pasado humano como sea posible, son el fin y la realización del conocimiento. Y estos hechos se acumulan en tal extensión que especialmente desde comienzos del siglo XX este sentimiento se ha expresado como si la mente estuviera abrumada por ellos y además que el esfuerzo es vano, ya que por enorme y pesada que sea la masa de hechos adquiridos la totalidad del pasado nunca puede ser reconstruida» [3].

La segunda gran tendencia es de tipo intuicionista (con vigor incluso antes del auge del bergsonismo finisecular) y se ha manifestado especialmente entre los autores alemanes.

Sostienen éstos «que en la historia debe atribuirse mayor importancia a movimientos que a hechos y que lo que debe merecer la atención no deben ser los hechos, sino el suceder de la corriente humana».

Es así que en vez de hablar de «hecho histórico» sus escritos se refieren al «suceder histórico». La actitud se encuentra en los filósofos idealistas como Dilthey, Simmel o Tönnies, autores como Spengler, y hasta en los tratados universitarios como el conocido de W. Bauer, donde puede leerse:

«En el centro del suceder histórico está el hombre, su vida, tal como se representa bajo los efectos de los procesos naturales, en el cambio de las condiciones de la existencia material, como exteriorización de la creación espiritual, en cuanto expresión del querer y

[2] A. Cuvillier: *Manuel de Philosophie*, París, Colin, 1950, pág. 193, t. II. En el mismo sentido, Langlois-Seignobos, *ob. cit.*, libro III, cap. I, páginas 277-248.

[3] *History*, ob. cit., Véase en el mismo sentido A. J. Toynbee: *Estudio de la historia*, ob. cit., tomo I. Introducción.

de la ambición y de las emociones íntimamente entrelazadas con aquélla, de la sensación y del sentimiento»[4].

Para la escuela germánica idealista la vida histórica es compleja, continua, homogénea. Por tanto, todas las cesuras son artificiosas y alteran la realidad que es fluyente.

El problema principal para la historiografía será entonces reducir la compleja realidad a un esquema simple y racional comprensible intelectivamente.

Las limitaciones de esta corriente son imaginables. Se presta a las visiones intuitivas artísticas, pero elude la posibilidad de control eurístico e incluso hermenéutico. Más que en los demás historiadores de la tendencia anterior, supone tantas exposiciones e interpretaciones como autores. La reacción en la misma corriente alemana ha sido la utilización de los llamados «elementos del suceder histórico» o «unidades de actuación del suceder histórico», junto con la implantación de normas generales de investigación técnica y de periodificación muy severas.

En el segundo grupo de cuestiones, que se refiere a la *naturaleza del hecho histórico*, se apuntan varias direcciones.

La más grave se formularía diciendo en forma paradójica: ¿el hecho histórico es un hecho histórico? Es decir, ¿los «hechos históricos» existen en la realidad o son meras construcciones más o menos abstractas?

Entre quienes sostienen su naturaleza fáctica también hay diversas posibilidades teoréticas. Citemos, por ejemplo, a Marc Bloch, quien dice: «Los hechos históricos son, por esencia, hechos psicológicos. Es allí, en otros hechos psicológicos, donde ellos encuentran normalmente su antecedente.» El carácter especial de esa obra no permite afirmar decididamente esa afiliación del autor francés, pues no podría tratarse de una premisa sobre la causalidad histórica, tema ajeno a nuestra preocupación inmediata[5].

De cualquier manera, contrasta visiblemente con el añejo manual de Langlois-Seignobos que, categóricamente, dice:

«El hecho social, tal como lo admiten varios sociólogos, es una construcción filosófica, no un hecho histórico», y más adelante: «Hechos materiales, acciones humanas, individuales y colectivas, hechos

---

[4] Bauer: *Ob. cit.*, pág. 33. De Bernheim, *ob. cit.*, puede verse págs. 47, 50, 52, 53 y 81. De Simmel, puede verse una cita muy alusiva en el capítulo *Historicidad* y en general la recopilación aparecida en español bajo el título de su principal obra, *Problemas de filosofía de la Historia*, Buenos Aires, Nova, 1950.

[5] Marc Bloch: *Ob. cit.*, pág. 101, enriquecida la cita con ejemplos de interés.

psíquicos, he aquí todos los objetos del conocimiento histórico. No son observados directamente, todos son imaginados.»

Para estos autores, en cierto sentido, «hechos históricos» coinciden con «datos», pues sólo así podría decirse que «los hechos históricos provienen del análisis crítico de los documentos» y «en historia no se ve nada real más que el papel escrito y —a veces— monumentos u objetos elaborados» [6].

En todos estos autores hay una confusión entre *hecho histórico* o *realidad histórica*, y por otro, *historicidad* o *lo histórico*.

Parecen partir de un absurdo, de que *toda* la realidad histórica nos es conocida, y siéndolo nos interesa por igual. En segundo lugar, dada la idea superada de Langlois-Seignobos, que, sin embargo, repiten Berr-Febvre, no habría otra manera de llegar al hecho histórico que a través de documentos o tradiciones.

Finalmente, y esto alcanza también a Bloch, se parece ignorar toda la labor de la sociología moderna en la conceptualización del hecho social. Dado que el hecho social es siempre un hecho histórico, es permisible citar aquí los trabajos de la sociología moderna y en especial de Emile Durkheim, como lo hacemos más adelante, y referirnos a sus conclusiones.

Posiblemente las razones que explican ese desconocimiento se deben buscar, aparte del desconocimiento tan común de las conclusiones de ciencias fronterizas, en la práctica de la vieja idea de la historia política para la cual los únicos hechos históricos eran los individuales.

Los excesos de las grandes tendencias enunciadas al principio y los aportes constructivos de autores como los citados más adelante en este capítulo, han llevado a la historiografía contemporánea a fórmulas útiles y saneadas.

Bajo el signo de una tal síntesis parecen colocarse autores como Berr y Febvre que, por su originalidad y la resonancia de su obra en el ambiente historiográfico, merecen citarse ampliamente.

He aquí sus consideraciones: «Se dice que en la composición de la historia intervienen dos procesos: 1) el establecimiento de los hechos, y 2) el trabajo con los mismos. Este fue el procedimiento de Herodoto y Tucídides, de Fustel de Coulanges y Mommsem, y así proceden actualmente todos los historiadores.»

«Pero esto sólo de un modo general es exacto. Establecer los hechos: esta fórmula es demasiado simple si por ella se entiende su

[6] LANGLOIS y SEIGNOBOS, págs. 235 y 228-232. Los sociólogos a los que aludo son positivistas de la escuela comteana, para los cuales su disciplina es una ciencia abstracta.

reconocimiento y demostración de autenticidad. Sería tal vez satisfactoria si se concibiera la historia como un simple tejido de hechos relatados en diversos y explícitos documentos y todo el problema consistiera en la elección entre estos documentos de los merecedores de crédito, relegando los otros por buenas y suficientes razones, y entonces, con los hechos establecidos con evidencia segura, componer 'narraciones del pasado', lo más exactas y precisas posibles. Este fue el caso cuando la historia estuvo basada exclusivamente en las acciones de los príncipes. ¿Nació tal príncipe en tal lugar a tal hora? ¿Se casó a tal edad con tal princesa? ¿En tal lugar venció decisivamente a un país vecino? 'Establezca los hechos.' Entonces la fórmula tiene un sentido claro, preciso y simple. Pero, por ejemplo, la progresiva declinación en el valor de la *livre de Tours*, desde tiempos de Carlomagno a la Revolución, no es, propiamente hablando, un hecho. La disminución de salarios en el curso de un determinado período y el simultáneo aumento general del costo de la vida, tampoco son 'hechos'. Pero sí son ciertamente hechos históricos y son mucho más importantes que la accidental desaparición de cierto soberano y la caída de cierto ministro.»

En otra parte del mismo trabajo agregan: «...un hecho histórico, en tanto concierne una decisión, una acción o una invención humana, nunca es algo elemental, un cuerpo simple. Es un complejo de elementos que deben ser disociados. Mas el hecho histórico nunca y bajo ningún concepto es dado. Muy a menudo el historiador debe, en cierto modo, crear por medio de hipótesis y conjeturas con trabajo delicado y sin apasionamiento. Además estos hechos no son directa e inmediatamente aprehendidos. Estudiosos pacientes cooperando entre ellos lentamente los establecen con la ayuda de miles de observaciones analizadas críticamente y miles de informaciones numéricas 'no dadas', sino extraídas de documentos» [7].

Sucede además que «la idea de una ciencia de hechos es contradictoria... La Historia no es una suma de hechos, sino un tejido de relaciones... La Historia debe ser explicativa..., pues no hay ciencia que no busque la explicación y no hay ciencia donde el sujeto no se presente por la construcción inteligible de las estructuras que le son propias» [8].

Los capítulos siguientes mostrarán justamente la verdad de este aserto y la falacia de una pretendida «ciencia de hechos», que ignora la conceptualización propia de todas las ciencias.

---

[7] *History*, ob. cit.
[8] DAVAL-GUILLAUMIN: *Ob. cit.*, pág. 33.

Nada más fecundo que considerar cómo la vieja consideración del hecho histórico de la corriente crítica se bate en retirada incluso en el sector de la «historia de los hechos políticos».

Esto puede verse en un trabajo de Pierre Renouvin, en que considera las ideas de Charles Seignobos, enfrentadas a la visión de Charles Morazé, y las conclusiones originales a que arriba[9].

Renouvin, en su calidad de especialista de la historia política, evoca la crisis del antiguo concepto de Seignobos y las críticas de Febvre-Morazé, opinando que entre ambas tesis extremas hay lugar para puntos de vista intermedios.

Seignobos, de acuerdo a la vieja escuela, buscaba «establecer un encadenamiento de hechos», mientras Morazé opina que los hechos «son una creación artificial del espíritu que se esfuerza por aislar de su complejo indefinido un momento de la evolución», lo que recuerda inevitablemente a las ideas de los tratadistas de «suceder histórico».

Lo curioso es que Morazé, y también Braudel y otros autores de *Les Annales*, propone la sustitución del hecho, y la fecha por el número, la estadística, aduciendo que los hechos de la vida política están determinados por la economía. Aquí hay un error de terminología, pues los números y la estadística son simplemente testimonios de hechos. Un precio es un hecho como una costumbre o una ley. En definitiva, la polémica pasa de la teoría a la filosofía de la Historia, para sostener la primacía decisoria de lo económico sobre lo político.

Por otra parte, la tentativa parte de una preocupación cientista imitativa de las ciencias naturales, pero que se revela artificiosa, «pues reducir la historia a sus *datos* económicos y sociales es realizar una creación espiritual demasiado artificial», contesta Renouvin.

Lo positivo de la polémica es mostrar con ejemplos cómo las posiciones extremas van siendo abandonadas, y el tema impresiona como concluso y maduro para conclusiones aceptadas generalmente.

EL HECHO SOCIAL EN LOS SOCIOLOGOS FRANCESES

En 1898 decía Emile Durkheim: «Si bien es cierto que no hay ya casi pensadores que osen colocar abiertamente los hechos sociales fuera de la naturaleza, muchos creen todavía que es suficiente para

---

9 *IXᵉ Congrès International des Sciences Historiques*, rapports, París, Colin, 1950, tomo I, págs. 574 a 579.

fundarlos el darles como estrato la conciencia del individuo, y algunos quieren aún reducirlos a las propiedades generales de la materia organizada» [10].

Si bien es cierto que «la sociedad tiene por substrato el conjunto de individuos asociados», los «hechos sociales son, en cierto sentido, independientes de los individuos y exteriores a las conciencias individuales». En otras palabras, la sociedad, y los hechos sociales, suponen una realidad distinta de la orgánica o biológica, y asimismo de la psicológica individual.

Durkheim proponía como definición de hecho social: «toda manera de hacer, fijada o no, susceptible de ejercer sobre el individuo una coerción exterior general en la extensión de una sociedad dada, y que mantiene una existencia propia, independiente de sus manifestaciones individuales» [11].

Sus continuadores han trabajado sobre esa fórmula, y así Valdour propone como sustitutiva la siguiente: «Es toda manera de ser y de actuar del hombre que se comunica a otros hombres; todo lo que, exterior al hombre, despierta, provoca, inspira, dirige la actividad humana colectiva; y todo lo que, material o no, es su producto» [12].

Finalmente en nuestros días George Gurvitch califica de hechos sociales: «los estados de la conciencia colectiva, irreductibles y opacos con relación a las conciencias individuales, estados que se manifiestan en coerciones, presiones, instituciones, símbolos exteriormente observables, materializándose por la transfiguración de la base geográfica, y penetrando, al mismo tiempo, a todos estos elementos, por las ideas, los valores y los ideales, a los cuales la conciencia colectiva tiende en su aspecto de corriente libre de pensamiento y de aspiración» [13].

Se ha ido entonces perfilando una precisa definición de hecho social que, insistimos, es de interés para el historiador y supera los intentos lógicos de los «historiadores-prácticos», citados al principio.

Como veremos en seguida, por las precisiones más detalladas de Xenopol o Toynbee, el tema ha recibido otros tratamientos diversos y encontrados.

[10] Págs. 117 y ss. de Representaciones individuales y colectivas, del vol. *Sociología y filosofía*, Buenos Aires, Kraft, 1951.

[11] *Les règles de la méthode sociologique*, París, 1912, cap. I.

[12] *Les méthodes en science sociale*, París, 1927, pág. 39. Ver de este autor *Les méthodes de la literature entre la science sociale*, ob. cit., París, Rousseau, 1931.

[13] *La vocation actuelle de la sociologie*, pág. 353.

EL HECHO HISTORICO SEGUN XENOPOL [14]

En ninguno como en el autor rumano se pueden apreciar las características de la teoría del «hecho histórico» tal como lo pensara la corriente crítica positiva finisecular.

Su importancia estriba no solamente en su perfección formal, sino además en su resonancia sobre el resto de los autores de teoría de la Historia de su época.

Como vimos al tratar la realidad histórica, el hecho histórico es para él un hecho de sucesión caracterizado por ser: individual, general o hasta universal en cuanto al espacio, y que, por oposición al hecho de repetición, está absolutamente individualizado en cuanto al tiempo, por lo que no se produce más que una sola vez en su transcurso y no se reproduce jamás de manera idéntica.

Para ser histórico un hecho debe tener carácter social. «Nunca podría un hecho puramente individual dar materia para la historia», dice Xenopol. Debe asimismo reunir otras dos condiciones: La primera de éstas es que «el hecho social general o individual de general alcance debe suceder a otro que le ha precedido», pues de no hacerse se tendrá por hecho de repetición.

La segunda condición es que «los hechos sociales han de producir consecuencias o resultados intelectuales» (sic). Xenopol rechaza «que un hecho social que no concierna más que a la parte física pertenezca a la historia». Así, por ejemplo, las migraciones de los pueblos nómadas, las hambres, epidemias en pueblos salvajes, etc. Llega a decir que «se puede concebir perfectamente un estado social sin historia; pruébanlo las sociedades animales, y, entre las humanas, la sociedad china, cuya historia se ha detenido hace mucho tiempo» (sic).

Las necesidades humanas, que son los órganos del progreso, son económicas, políticas, sociales, religiosas, morales, jurídicas, artísticas, literarias y científicas. «Estas últimas sólo interesan a un corto número de elegidos de la clase culta de las sociedades» (sic).

De acuerdo a sus conclusiones, «los hechos históricos son tanto más constantes y sus causas tanto más intrínsecas cuanto resultan de una generalidad más o menos extensa; se hacen tanto más contingentes, y sus causas tanto más extrínsecas cuanto los determinan la intervención de personalidades más señaladas al azar» (sic).

Esas causas más o menos intrínsecas serían la lucha por la exis-

---

[14] *Ob. cit.*, capítulos X y XIII que seguimos en la exposición. Su crítica en De Michelis: *Ob. cit.*, págs. 141 a 153.

tencia, la expansión y la imitación. Los hechos serían «más históricos», menos repetibles, al ser más individuales o estar más sometidos a la contingencia.

EL APORTE DE ARNOLD J. TOYNBEE [15]

El historiador inglés Arnold J. Toynbee, al acometer su gran obra en trece volúmenes *Estudio de la historia,* en 1934, se planteó el problema de los «hechos históricos» encarando el problema con originalidad.

Según él, «los hechos de la vida humana que la 'Historia' deja a un lado porque no son harina de su costal son de dos clases. En primer lugar, están los hechos relativos a las sociedades primitivas, que constituyen el campo de la antropología —por ejemplo, los hechos presentados en *La rama dorada* de Frazer—. En segundo lugar, están todos los hechos relativos a las vidas privadas de los seres humanos, sea que quepa a éstos ser miembros de sociedades primitivas o de sociedades en proceso de civilización —por ejemplo, los hechos presentados en las *Confesiones,* de San Agustín, y de Juan Jacobo Rousseau; en los *Soliloquios,* de Marco Aurelio; en la *Apología,* de John Henry Newman; en la *Autobiografía,* de John Stuart Mill; la *Vida de San Francisco de Asís,* de Paul Sabatier, y la *Vida de la reina Victoria,* de Lytton Strachey».

Quedan excluidas las «relaciones humanas personales», siendo solamente históricas las «institucionales», «que son relaciones con un alcance más amplio que los contactos personales, y segundo, que se mantienen por medio de mecanismos sociales» [16].

Surge así una *unidad tipo* que es la Civilización, y que críticos de su obra califican como «una colectividad abstracta y extraordinariamente abstracta, por cierto». Su ejemplo más empleado para «construir sus secuencias tipo, y que cotejó con el mayor número posible de las restantes civilizaciones», es la Civilización helénica [17].

---

[15] Nos hemos guiado en este apartado por la misma obra de TOYNBEE: *Estudio de la historia,* t. I. Introducción y Anejo titulado «Métodos de aprehensión, temas de estudio y cantidades de datos», págs. 23 a 73 y 479 a 503.

[16] *Ob. cit.*, pág. 494.

[17] HOWARD BECKER y PHILIPS FRÖHLICH: *Toynbee y la sociología sistemática,* México, Colegio de México, 1945, págs. 47 y 21. BARNÉS y BECKER: *Obra citada.*, t. II, y ORTEGA Y GASSET: Conferencias de Madrid, 1949. Ver también PITIRIM A. SOROKIN: *Las filosofías sociales de nuestra época de crisis... Toynbee,* Madrid, Aguilar, 1954. GUILLERMO FRANCOVICH: *Toynbee, Heidegger y Whitehead,* Buenos Aires, Raigal, 1951, y E. E. HALES: *Arnold Toynbee's Study of History,* «History Today», London, núms. 4-5, 1955.

Se comprenderá entonces que diga Toynbee que «la cantidad de los 'datos' de que disponen los estudiosos de las civilizaciones es inconvenientemente pequeña», en contra de la opinión de los demás historiadores a quienes «abruma la multitud y la masa de sus materiales».

Los «hechos históricos» o «datos históricos» (términos que usa indistintamente), que son «íntegros y por tanto inteligibles», son «inconvenientemente escasos», ya que alcanzan hasta la fecha a veintiuno. Son las Civilizaciones o Sociedades (estos términos también aparecen indistintamente), a saber:

Egipcíaca, Andina, Sínica, Minoica, Sumérica, Maya, Indica, Hitita, Siríaca, Helénica, Occidental, Cristiano-Ortodoxa (escindida en dos), del Lejano Oriente (lo mismo que la anterior), Iránica, Arábiga, Hindú, Babilónica, Yucateca y Mejicana.

«El verdadero asunto de la Historia —dice en otra parte— son las vidas de las sociedades a la vez en sus aspectos internos y externos. El aspecto interno es la articulación de la vida en una sociedad determinada en una serie de capítulos que se suceden los unos a los otros y en cierto número de comunidades que viven lado a lado. El aspecto externo es la relación de sociedades particulares entre sí, que debe asimismo ser estudiada en los dos medios de tiempo y espacio.»

Es así que estudia, utilizando el método comparativo, temas como «génesis de las civilizaciones», «desarrollo de las civilizaciones», «ocaso de las civilizaciones» y «desintegración de las civilizaciones».

Los citados Becker y Fröhlich suman a la crítica que hacen de su fórmula de «construir el hecho» una nueva —que resulta ahora comprensible—, a saber, de que Toynbee «toma las descripciones históricas de los acontecimientos y procesos de las naciones y pueblos del mundo, tal como aparecen conservados en los anales escritos», y que «su propósito es escribir sobre historias más bien que una historia» [18].

De esto habría dos explicaciones posibles. La primera, que desechamos, es que Toynbee recayese en la superada idea de Langlois-Seignobos sobre el método con que el historiador entra en contacto con el hecho histórico.

La segunda, más factible, es que Toynbee no puede ser clasificado como un historiador ordinario. En su labor se aprecia el método del filósofo, el sociólogo, y en ciertos aspectos del historiador. Siendo así es comprensible que en algunas ocasiones utilice los «datos» elaborados por terceros.

---

18 *Ob. cit.*, págs. 7 y 12.

REGLAS DEL METODO COMPARATIVO

En los trabajos de los sociólogos de principios de siglo, en las discusiones de Hausen y Simiand, se destaca que los historiadores deben atenerse a un método estrictamente monográfico y descriptivo, correspondiendo a los sociólogos el método comparativo.

La base de aquella afirmación era que, siendo el hecho histórico único e irrepetible, es esencialmente incomparable con otros.

Toynbee, que reconoce a esa crítica como la más sagaz que puede hacerse en el tema, contesta: «Podemos pedir a nuestros críticos que admitan con nosotros que un fenómeno dado puede ser único, y por lo tanto incomparable en algunos aspectos; mientras que al mismo tiempo, en otros respectos pueda ser miembro de una clase, en la medida que lo cubre la clasificación. Esta dualidad de ciertos fenómenos se refleja en el uso de la palabra *individuo,* que no sólo es ambigua, sino que tiene dos connotaciones a primera vista diametralmente opuestas. En algunos casos se la usa para expresar la idea de unicidad, en otros para expresar la idea de un ente insignificante del cual nada puede decirse, salvo que es miembro de una clase.» Y termina diciendo: «Los fenómenos de la vida son fenómenos poseedores de esa estructura bifronte a lo Jano. Son a la vez, pero bajo diferentes aspectos, únicos y comparables» [19].

¿Qué hechos débense comparar? Ya Fustel de Coulanges decía que: «El método comparativo no consiste en buscar entre quince pueblos diversos quince pequeños hechos, que interpretados de una cierta manera concurren a hacer un sistema. El método consiste en estudiar muchos pueblos en sus derechos, en sus ideas, en todos sus hechos sociales, y desglosar aquello que tienen de común y de diferente» [20].

También se debe distinguir entre comparación y yuxtaposición; método que usan, por ejemplo, las historias universales compuestas por historias nacionales de diversos autores sin un plan o ideas comunes.

---

[19] *Estudio de la Historia,* ob. cit., t. I, pág. 173.

[20] FUSTEL DE COULANGES: *Questions historiques,* París, Hachette, 1893, página 193.

EL METODO COMPARATIVO

La primera es usar fenómenos generales, típicos o fundamentales, y en ese sentido debe aplicarse especialmente a la historia económica y social.

Otra regla a tenerse en cuenta es la prudencia a propósito de los orígenes. La mejor aplicación del método corresponde a los hechos de la misma época, pero que se producen en diversos lugares. Henri Sée —que ha tratado extensamente el tema— dice: «El primer procedimiento, el del espacio, es seguramente el más seguro y el más preciso. Pero la comparación en el tiempo no debe ser dejada de lado; aunque presenta enormes dificultades y una serie de problemas considerables»[21].

La más famosa de las obras que intentan «comparaciones fuera de tiempo» es *La decadencia de Occidente*, de Spengler, y recientemente el tantas veces citado libro de Arnold J. Toynbee.

Otra norma a tener en cuenta es que la comparación debe hacerse entre cosas de la misma especie. Naturalmente es lícito comparar un fenómeno literario con otro económico o político de la misma época (como enseña el historicismo), pero cuando la comparación supone diferencias de espacio y de tiempo, no deben hacerse las comparaciones sino sobre la base de cosas o procesos de la misma especie[22].

Por último, a propósito de las reglas de este método, digamos que es una etapa de la síntesis. Henri Berr, ya en 1923, decía: «Que el método comparativo no debe ser empleado sino con prudencia, y no es más que uno de los pasos que puedan encaminarnos a una verdadera síntesis histórica»[23].

Pero también podría decirse que la comparación es una etapa de la generalización y de la elaboración de juicios.

Henri Pirenne, enumerando las ventajas del método comparativo, dice que son tres:

1) «En primer lugar permite superar la historia nacional; 2) «Per-

---

21 H. SÉE: *Science et philosophie de l'histoire*, ob. cit. Ver los trabajos de MARC BLOCH: *Pour une histoire comparée des sociétés européennes* y *La comparaison historique et ses diverses formes*, pág. 15, vol. XX (1928) y pág. 33, vol. XXXIII (1930). respectivamente, en «Revue de Synthèse Historique», París.

22 *Ob. cit.*, pág. 169.

23 H. BERR, «Revue de Synthèse Historique», París, junio, 1923. El tema es retomado en sus libros sobre la síntesis histórica: *L'histoire traditionnelle et la synthèse historique*, París, Alcan, 1935, reeditado en 1953, como *La synthèse en Histoire*, París, Michel, 1953.

mite explicar el sentido de la evolución», y 3) «Hace de la historia una ciencia» [24].

A lo anterior agrega Henri Sée las siguientes:

1) «La historia, gracias a esta utilización del método comparativo, de descriptivo se hace explicativo»; 2) «Pone en relación la Historia con la Sociología, la Economía Política y la Geografía».

EL METODO COMPARATIVO Y LOS HISTORIADORES

No solamente la Teoría de la Historia ha aceptado la utilización del método comparativo, sino también los mismos historiadores profesionales, e incluso los que se ocupan de la historia nacional y regional en América.

Así Silvio Zavala, en el volumen *El programa de la historia de América,* haciendo la introducción de los diversos volúmenes consagrados al tema, sintetiza las condiciones de aplicación del método en esta forma:

1) El aspecto cronológico. Es necesario comparar períodos semejantes o continuos y hay que tener en cuenta el factor progresivo o histórico de la aproximación.

2) Aspecto geográfico. Tener en cuenta las proximidades y las lejanías geográficas que son congruentes.

3) Tener en cuenta las unidades de interpretación histórica americana, por ejemplo, la religión católica, los rasgos culturales indígenas o africanos.

4) La pluralidad interpretativa de la historia de América.

5) La unidad en la visión contemplativa, que no debe confundirse con *historia común*, que es imposible para América [25].

En cuanto a las precisiones sobre la aplicación en la historia de América del método comparativo, serían las siguientes:

a) Establecer cuadros comparativos que incluyan los temas o asuntos paralelos;

b) Partir de la base de la existencia de diversidades a compararse;

c) Deben mediar elementos generales o de posible acercamiento para que el paralelo permita un resultado apreciable.

El punto de vista de Zavala es, ante todo, el punto de vista de

---

[24] Cit. por *ob. cit.*, de H. SÉE, pág. 159.

[25] S. ZAVALA: *Hispanoamérica Septentrional y media. Período colonial*, México, Comisión Panamericana de Historia, 1953, págs. 24-35.

un práctico, y es muy importante destacar cómo muchas de sus afirmaciones coinciden con Henri Pirenne, Toynbee y Sée.

Destaquemos finalmente que, fuera de la historia americana, el método se ha usado ampliamente en toda la historiografía. Para citar uno de los trabajos más conocidos de Historia de la Antigüedad, recordemos *La ciudad antigua*, de Fustel de Coulanges, donde se comparan instituciones y hechos particulares a Grecia, Roma y la India.

IX

LA HISTORICIDAD

La Historia (en cuanto 'forma espiritual', o modernamente 'ciencia') estudia la historia (es decir, la realidad histórica, o si se quiere los «hechos históricos» o el «suceder histórico»).

Para una versión ingenua del Conocimiento, la Historia repetiría como un espejo a la historia. En el conocimiento histórico se hallaría el doble de la realidad vivida históricamente. En otras palabras, todo lo que está en la 'historia' habría que recobrarlo íntegro en la Historia.

Sin embargo —y esto resulta fácilmente comprobable con el examen de la obra de los historiadores de todos los tiempos—, la historiografía trabaja el material bruto de la realidad histórica (de acuerdo con algunas de las teorías que enunciamos en su momento) y extrae determinados elementos ajustados a sus necesidades.

En ocasiones esa obra —y esto lo veremos mejor al estudiar la crítica histórica— está realizada por una elaboración de las fuentes directas que suponen las tradiciones, las memorias, etc. [1].

Esa realidad histórica decantada, ya sea por sus contemporáneos, ya directamente por el historiador original, podría denominársela *historicidad*.

---

[1] LOUIS HALPHEN, tal vez inspirado en MICHELET («la historia es la resurrección del pasado»), no vacila en enunciar que: «Ningún detalle, ninguna particularidad debe ser descartada *a priori*. El ideal sería llegar a un conocimiento integral del pasado, al que nos aproximaremos tanto mejor cuando la cosecha sea más abundante y más variada», pág. 7, *Introduction a l'histoire*, París, 1948.

Véase que autores como LANGLOIS y SEIGNOBOS rechazan la «observación directa» como fórmula de aproximación de la historia a la Historia, afirmando que «lo característico de los hechos históricos es el de no ser conocidos más que indirectamente, por huellas». *(Ob. cit.*, págs. 65-66.)

El término puede, sin embargo, prestarse a confusión, pues también cabe su utilización como forma condicionante general de una etapa histórica determinada. Así, por ejemplo, se habla de una interpretación histórica de la literatura inglesa, o de la historicidad del derecho francés.

Se debe destacar las diferencias, incluso cuantitativas, que existen entre la realidad histórica y la historicidad. Una comunidad humana determinada con su rica y variada existencia integra totalmente la realidad histórica, mientras que un puñado de datos o tal vez nada más que una mera mención ingresa en la Historia, interesa al historiador, o en ocasiones llega simplemente a su conocimiento.

Mientras que la «realidad histórica», o si se quiere los «hechos históricos», tienen existencia real o teórica, la historicidad es convencional y depende —en definitiva— del método histórico y de la concepción de la Historiografía e incluso de la delimitación de su campo.

En otras palabras, aquí llamamos «historicidad» a *lo histórico* de la Historiografía, la manera como la historia entra en la Historia.

Los tratadistas franceses, frente a la dificultad, incluso idiomática, que plantean estas definiciones, han preferido distinguir entre el «fait historique» (hecho histórico) y la historicidad («événement»). Este último se define, sin embargo, como *dato*, pues es «aquello que se encuentra al final de la crítica de los documentos, aquello a lo que se arriba» [2].

Pero no usamos *acontecimiento*, porque en la polémica de las escuelas históricas «événement» ha adquirido un sentido peyorativo, y se habla ya comúnmente de la «histoire événementiel».

Dewey, frente a parecidas dificultades, ha propuesto el término de «hecho lógico» (cuando sirve para delimitar un problema de modo que ofrezca sugestiones y pruebas de las soluciones propuestas) [3].

Veamos ahora los sectores o maneras cómo la Historia reduce el mundo de la realidad histórica ingresándolo en la historicidad.

I. Aunque puede evidentemente imaginarse teóricamente infinito el número de hechos históricos, la cantidad de los posibles de ser conocidos por nosotros es muchísimo menor.

E. Meyer destacaba que el acceso a los testimonios históricos está siempre y en todas partes sometido al azar.

Es curioso comparar la opinión de Langlois y Seignobos con la

---

2 Pág. 332, *Philosophie des Sciences*, ob. cit.
3 *Lógica*, ob. cit., pág. 547.

de Arnold J. Toynbee. Los primeros, a modo de conclusión de su manual, expresan: «La cantidad de los documentos que existen, ya que no de los documentos conocidos, es ilimitada. El tiempo... la disminuye sin cesar y no aumentarán jamás» [4].

En cambio, A. J. Toynbee rechaza expresamente esa idea, criticándola en un defensor tan ilustre como Platón [5], y llega a plantearse esta interrogante: «¿Es acaso probable que nuestros arqueólogos estén hoy sólo al comienzo de sus descubrimientos, y que, dentro de unas pocas generaciones o unos pocos siglos, el número de civilizaciones olvidadas que habrán sido rescatadas del olvido desde el fin del siglo XVIII de la era cristiana haya crecido de siete a setenta o setecientas?

Toynbee no lo cree probable, pero destaca que desde cuando Volney escribió en el siglo XVIII *Les ruines de Palmyre,* se han descubierto nada menos que siete civilizaciones enteras, que permanecían más o menos olvidadas: la egipcíaca, la sumérica, babilónica, hitita, minoica, yucateca y maya [6].

De cualquier manera —y lo comparten las dos posiciones— hay un límite material a los progresos de la Historia proporcionado por el material de que disponemos.

II. Además, de los hechos conocidos, a la Historia, en cuanto «forma espiritual», le interesan solamente algunos, aquellos que según la acertada palabra de Simmel traspasan «el umbral de la conciencia histórica», es decir, se hacen dignos de la Historia por su importancia, de acuerdo a ciertas coordenadas.

Hay por lo pronto un límite que podríamos llamar «inferior», que el mismo Simmel caracteriza en estos términos:

«Parece existir un principio general según el cual la descomposición de un fenómeno en elementos, cuya suma a la vez debe contenerlos, suprime, en cierto grado del análisis, la individualidad del fenómeno.» Si el historiador, por ánimo de «realismo naturalista», se fijara en los puntos conológicos, las pequeñas acciones que forman

---

[4] *Ob. cit.,* pág. 335.

[5] La idea se encuentra en *Las Leyes,* donde el «Extranjero ateniense», hablando con «Cleinas de Creta», dice: «Entonces, ¿no debemos suponer, acaso, que miríadas y miríadas de comunidades han llegado a existir en ese espacio de tiempo y que, en la misma proporción, han sido destruidas otras tantas miríadas? ¿Y que en esas comunidades, durante su existencia, todas las formas de la vida política han sido ensayadas, una y otra vez, en todas las partes del mundo? ¿Y que han pasado a través de todas las mutaciones de aumento y disminución de tamaño y de mejora y deterioro en calidad?»

[6] *Estudio de la historia,* ob. cit., págs. 499-501.

los grandes acontecimientos, perdería la continuidad del acaecer real» [7].

III. La selección que nos conduce a la «historicidad» tiene además una fundamentación simplista basada en la importancia de los mismos elementos de la realidad histórica. W. Bauer habla de la consideración de «propiedades típicas», y con Xenopol, se refiere a «lo irrepetible en el tiempo y el espacio».

Esa valoración no es absoluta y varía con los períodos en estudio, y depende del número y riqueza de los elementos que llegan al investigador correspondientes a cada época determinada y en cada caso concreto.

Hay épocas en que un asa de un ánfora es el centro de la visión histórica, mientras en otras —como por ejemplo la Civilización Contemporánea— la labor del historiador comienza por desbrozar y seleccionar en el amplio material a nuestro alcance.

Además se depende de los propósitos inmediatos del historiador, no siendo lo mismo la *historicidad* de una Historia Universal que de la Historia de una parroquia campesina [8].

IV. Un hecho, además, no vale por sí mismo, sino especialmente por su resonancia. El concepto de lo «históricamente eficaz», o como dice, el concepto de «lo histórico» se apoya en las cosas. No se trata de un concepto absoluto —dice Bauer—, sólo es más bien una expresión que sirve para considerar las relaciones especiales de la sucesión de los acontecimientos [9].

Esos efectos se miden en su época y momento. Levy-Bruhl llega a decir: «Lo que forma el objeto de la historia son menos los hechos mismos y sí las opiniones colectivas producidas en torno a esos hechos» [10].

También se aprecia la historicidad por los efectos del hecho histórico «sobre las épocas sucesivas», válganos las palabras de la definición de la Historia de W. Bauer.

V. Aunque la Historia tiende al estudio de lo singular («singulares y típicas», como expresa Bernheim), desdeña lo incomprensible.

---

7 *Problemas de filosofía de la historia*, ob. cit., págs. 207 y 252. Debe recordarse la tradicional posición germánica del *suceder histórico*.

8 A estos propósitos son aleccionadoras las reflexiones de VEIT VALENTIN en el prólogo de su *Historia Universal*, Buenos Aires, Sudamericana, 1944, t. I.

9 *Ob. cit.*, pág. 35.

10 R. S. H., 1926, París, *Qu'est-ce que le fait historique?*

Un hecho (v. g., un resto arqueológico) comienza a entrar en *lo histórico* cuando se fija en un tiempo y un espacio determinados y resulta por ende comprensible. De nuevo Simmel nos dice que «la comprensión es la condición *sine qua non* para reconocer que un contenido es histórico», y define la comprensión como el «revivir de un complejo unitario de elementos» [11].

Los sociólogos positivistas al calificar los «hechos históricos» en contraposición con los «hechos sociales» insisten que los primeros son estrictamente singulares en contraposición con los segundos, que siendo de la misma naturaleza son generales. Sin embargo, para el historiador, la singularidad por sí sola es desdeñable, pues le interesa «la obtención del promedio de valores históricos», pues «su obra trata menos de la vida particular de las individualidades acentuadamente caracterizadas que de la multitud de propiedades semejantes que tienen de común con otras», podríamos decir con W. Bauer [12].

VI. Y finalmente hay un último factor que estrecha todavía más los límites de la *historicidad* y que depende del mismo historiador que adopta decisión en el sentido de elegir un tema. Hay que tener en cuenta sus intereses personales (políticos, religiosos, nacionales) y en un ámbito más general la valorización e inquietud de su contemporaneidad. Se ha destacado que la *historia social* o el enfoque social de la historia política tradicional sólo triunfó en la historiografía europea después de la Revolución de 1848.

La confluencia de estos dos tipos de enfoques, en los que se incluye obviamente las preferencias del público, enriquecen y al tiempo limitan las posibilidades de elección, y dan como resultado cortes más o menos arbitrarios en la realidad histórica. Dicho de otra manera, enuncian una «historicidad» cambiante y particular en cada ecuación personal temporal del investigador.

---

[11] *Ob. cit.*, pág. 194.
[12] *Ob. cit.*, pág. 36.

X

EL HISTORICISMO

Ya Hegel había dicho que: «La Historia es la conciencia de la sociedad. Es contradictorio pensar la Historia sin humanidad, pero también lo es imaginar la humanidad sin historia.»

Pero será recién, en 1879, que Karl Werner, hablando de Vico, emplea el término «historismus», que popularizan entre 1926 y 1932 las obras contradictorias de Ernst Troeltsch y Karl Heussi [1].

La sexta edición del *Vocabulaire de la Philosophie*, de Lalande, de 1951, todavía define «historisme» valiéndose de Savigny.

Croce ha dado una definición sintética y definitiva: «Historicismo en el uso científico de la palabra es la afirmación de que la vida y la realidad son Historia y nada más que Historia» [2]; y agrega todavía: «No basta decir que la historia es el juicio histórico; hay que añadir que todo juicio es juicio histórico, o Historia, sin más» [3].

Porque para Benedetto Croce el «historicismo es un principio lógico y es también la categoría misma de la lógica, la logicidad entendida rectamente» [4].

La concepción crociana supone la fusión de la antigua Historia con la filosofía en una historiografía o pensamiento histórico. El

---

1 FRANCESCO COLLOTTI: *Lo storicismo contemporaneo*, págs. 225-276 del volumen I de *Relazioni* del X Congresso Internazionale di Scienze Storiche, Firenze, 1955. Con anterioridad a estos autores, habría que citar como precursores o iniciadores a corrientes tan distintas como: la anotada escuela jurídica histórica de Alemania, la economía política de Schmoler, la «kulturgeschichte», también germánica, e incluso el marxismo, que se considera *historicista*, y, en la misma *Relazioni*, t. VII, el trabajo de PANKRÁTOVA: *La problème de l'historisme et la période contemporaine*, págs. 48-50.

2 *La historia como hazaña de la libertad*, ob. cit., pág. 71.

3 *Ob. cit.*, pág. 31.

4 *Ob. cit.*, pág. 84.

capítulo VII de su libro *La historia como hazaña de la libertad* estará intitulado «La filosofía como idea anticipada», y en otra parte nos dice: «La teoría moderna de la lógica ha hecho caer a la filosofía del cielo y de la cumbre en que se dedicaba a la estéril contemplación de las ideas, y la ha invitado y constreñido a bajar a la tierra; mientras, con este acto mismo, ha libertado a la historia del bajo oficio de recopiladora de anécdotas, de cronista, de lo que acaeció, y la ha levantado hasta el cielo y la cumbre de las ideas, llevándola a encontrarse, a mitad del camino, con la filosofía, para que se abracen y fundan ambas en una nueva persona» [5].

Pero el historicismo ha sido tan ampliamente definido por los autores alemanes que Friedrich Meinecke sostuvo que «no es más que la aplicación a la vida histórica de los nuevos principios vitales descubiertos por el gran movimiento alemán que va desde Leibniz a la muerte de Goethe... Con su culminación (Alemania) ha llevado a cabo la segunda de sus grandes aportaciones después de la Reforma» [6].

El sentido que le da Meinecke en su trabajo, y junto a él autores como Dilthey, Troeltsch, Spranger, Freyer, Spengler y Keyserling, y por otro Rickert, Windelband y Weber, es bastante diferente del crociano.

Para Meinecke, «la médula del historicismo radica en la sustitución de una consideración generalizadora de las fuerzas humanas históricas por una consideración individualizadora. Esto no quiere decir —agrega— que el historicismo excluya, en general, la busca de regularidad y tipos universales de la vida humana. Necesita emplearlas y fundirlas con su sentido por lo individual». En cambio, se acerca a Croce cuando señala como origen del historicismo «ablandar y hacer fluido el rígido pensar jusnaturalista con su creencia en la inmutabilidad de los supremos ideales humanos y en la identidad permanente de la naturaleza humana a través del tiempo» [7].

---

[5] *Ob. cit.*, págs. 348-9.

[6] *El historicismo y su génesis*, México, Fondo de Cultura Económica, 1943, Advertencia Preliminar, pág. 12. Ver CROCE: *La historia*, etc., ob. cit., páginas 87-89; invalorables reflexiones sobre la afirmación de MEINECKE, que cierra diciendo: «El pensamiento historicista se cultivó en Alemania por las mentes de unos hombres, servidores leales del rey y del Estado, que cuidaban de tener bien separadas y todo lo distantes que podían la especulación y la política, para no sacar de la primera conclusiones prácticas que aprovecharan a la segunda.»

[7] *Ob. cit.*, págs. 12 y 21. CROCE en la *ob. cit.*, pág. 71, dice justamente: «El nervio de toda la polémica está en la demostración de que las ideas y valores tomados como modelos y medida de la historia no son ideas y valores universales.»

Dilthey parte de un irracionalismo relativista que valoriza la comprensión de la vida. La misma filosofía es asimismo relativa: «La última palabra de la concepción histórica del mundo es la relatividad de cualquier tipo de concepción humana, todo fluye en proceso, nada queda» [8].

Su ataque al racionalismo iluminista se hace en la misma línea señalada por Meinecke de la individualización de los hechos históricos, y en la admisión de lo que hay de irracional en la vida humana, que niega el valor de principios generales tales como aquellos de que se ocupaban la teología, la filosofía e incluso la ciencia natural tradicional.

Uno de sus aportes más originales es el análisis de la coordinación, a través de la Historia, de los conocimientos sobre el hombre y la sociedad.

«Dado el retroceso de la religión y la esterilidad de la filosofía metafísica, así como la falta de sentido humano de la ciencia natural, es necesario buscar una fundamentación unificadora que permita al jurista, al artista, al sociólogo, al psicólogo, al pedagogo, al economista, etc., superar la estrechez lógica de su técnica personal por un cuerpo de ideas superiores.»

A contestar esta pregunta dedicó prácticamente su existencia, como lo demuestran especialmente sus grandes libros *Introducción a las ciencias del espíritu* y *Mundo histórico*.

Las líneas fundamentales del pensamiento diltheiano serían las siguientes: «Las ciencias del espíritu todavía no están establecidas como un todo; todavía no son capaces de constituir una conexión en la cual estarían ordenadas cada una de las verdades según su relación de dependencia de otras verdades y de la experiencia» [9].

«Hace falta —agrega en otra parte— una teoría del conocimiento de las ciencias del espíritu o con más hondura, una autognosis que asegure, para los conceptos y proposiciones de estas ciencias, su relación con la realidad, su evidencia y su relación recíproca» [10].

Esa unificación o fundamentación común está dada en primer término por el material de esas ciencias «que lo forma la realidad histórico-social en cuanto como información histórica se ha conser-

---

[8] Cit. según BOCHENSKI, pág. 134, *La filosofía actual*, México, Fondo de Cultura Económica, 1949, trad. de EUGENIO IMAZ.

[9] W. DILTHEY: *Introducción a las ciencias del espíritu*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1948, pág. 49, tomo I. Hay trad. de Fondo de Cultura Económica en 8 tomos de las *Obras Completas*. Ver RAYMOND ARON: *La philosophie critique de l'histoire*, ob. cit.

[10] *Ob. cit.*, pág. 146, tomo I.

vado en la conciencia de la humanidad, y en cuanto como información social que abarca el estado de cosas presente, ha sido hecho accesible a la ciencia». Aparte de esa vinculación existe la igualmente fundamental del sujeto de las ciencias del espíritu. «En cada uno de nosotros se hallan varias personas, el miembro de la familia, el ciudadano, el colega de profesión; nos encontramos dentro de un nexo de obligaciones morales, dentro de un orden jurídico, dentro de una conexión de fin de vida que tienda a su satisfacción. Sólo al reflexionar sobre nosotros, hallamos en nuestra alma la unidad de vida y su continuidad que sostiene y apoya todas estas relaciones» [11].

Dilthey reconoce intentos cronológicamente parciales de realizar esa unidad a través de la teología, más tarde de la filosofía y modernamente de la filosofía de la Historia y la sociología. Después de analizar el desarrollo, e impotencia, de cada una de esas fórmulas, concluye —y de acuerdo a la última de las razones expuestas más arriba— que: «El conocimiento del todo de la realidad histórico-social hacia la cual nos encontramos empujados como problema más general y último de las ciencias del espíritu, se realiza sucesivamente dentro de una conexión de verdades que descansa sobre la autorreflexión gnoseológica y en la que las teorías particulares de la realidad social se construyen sobre la teoría del hombre y se aplican luego en una *ciencia de la historia verdaderamente progresiva* para explicar varios hechos de la efectiva realidad histórica, cuyos vínculos los constituyen la interacción de los individuos», y agrega casi en seguida coronando su meditación:

«La Historia Universal —que ahora es fácil ver porque Dilthey le llama *autognosis del hombre*—, en cuanto no es algo sobrehumano, formaría la conclusión de este todo de las ciencias del espíritu» [12].

Cabría una objeción contra esta corriente historicista, tal como la veníamos exponiendo, y es que estos autores son de filiación idealista en lo que corresponde a la gnoseología. ¿Es que el materialismo es incompatible con el historicismo?

Aparte del antecedente del materialismo dialéctico marxista, y del mismo origen positivista de autores como Croce y Dilthey, es evidente que los asertos historicistas son de carácter instrumental, extraídos de una vasta bibliografía de la *historia aplicada* y pueden concebirse sin desmedro con una fundamentación no-idealista. Incluso autores tan

---

[11] *Ob. cit.*, pág. 137, tomo I.

[12] *Ob. cit.*, págs. 147 y 148, tomo I. CROCE, por su parte, habla de que la comprensión histórica se afirma en la autoconciencia de la vida. Ver *Teoría e historia de la historiografía*, ob. cit., págs. 11 y 13.

críticos como Von Hayek para esta corriente lo han admitido expresamente [13].

Esto se aprecia especialmente a propósito de las críticas que algunos de estos autores historicistas han hecho de las ciencias naturales. Como dice De Michelis en un párrafo antes aludido: «Toda tentativa de justificar gnoseológicamente la Historia al precio de una desvalorización de las ciencias de la naturaleza está destinada a estrellarse contra esta verdad, ahora absolutamente evidente: que nuestro conocimiento de lo real como historia está subordinado al conocimiento que tenemos de lo real como naturaleza y es directamente proporcional a este conocimiento» [14].

La pugna contra las ciencias naturales ha dado ciertos frutos positivos, a saber: el establecimiento definitivo de la validez del conocimiento histórico y, aunque resulte paradójico, el reconocimiento de su calidad científica de nuevo tipo. Destaquemos que nunca se ha negado a la ciencia natural validez en su esfera particular. A quien se ha atacado es a la arcaica filosofía matemática cartesiana incapaz de concebir, lógicamente, estas nuevas formas de conocimientos que son las ciencias sociales.

Croce opina que: «El pensamiento histórico ha jugado una mala pasada a esta respetable filosofía trascendente, como a su hermana la religión trascendente, de la que aquélla es la forma razonada y teológica: la pasada de convertirla en historia... y de este modo ha escrito su honrada necrología» [15].

Una última observación. Hay cierta confusión entre pensamiento histórico e historicismo. Este último es el conjunto de reflexiones sobre los aspectos teóricos que emergen en nuestro tiempo del estudio de la Historia; pero es evidente que sus conclusiones se basan directamente en los resultados o frutos de la obra de los historiadores. En otras palabras, de no mediar un florecimiento tan señalado de los estudios históricos no podrían los teóricos llegar al tipo de conclusiones que caracterizan al historicismo.

¿Es posible enunciar en forma esquemática los principios comu-

---

[13] VON HAYEK comienza por hablar del «historicismo cientista» diciendo: «Se puede quedar sorprendido de ver describir el historicismo, hacia el cual nos volvemos actualmente, como un producto cientista: en efecto, se le representa comúnmente como lo contrario del análisis de los fenómenos sociales por el modelo de las ciencias naturales. Pero el punto de vista al cual se aplica correctamente este término —y que no debe confundirse con el método histórico— se revela, a un examen más profundo, ser el resultado de los mismos prejuicios que los otros errores que son típicos del cientismo», etc., pág. 71 de *Scientisme et sciences sociales*, París, Plon, 1953, trad. de R. BARRE.

[14] *Ob. cit.*, pág. 280.

[15] *La historia*, etc., ob. cit., pág. 34.

nes a los distintos autores historicistas? Teniendo en cuenta una experiencia que se inicia con Herder y Vico en el siglo XVIII y alcanza su madurez en nuestros días, ¿no podrían esbozarse sus conclusiones?

Como un punto de partida para la discusión, y para mejor entender los movimientos antihistoricistas, planteo tentativamente las siguientes:

1) La historia humana es cambio, evolución, devenir perpetuo.

2) No existen verdades, ideas o valores universales y eternos.

3) Cada hecho o proceso histórico tiene una individualización absoluta dada la multiplicidad y variedad de lo humano, aunque admite el uso del método comparativo.

4) No existe una naturaleza humana inmutable.

5) El hombre social es un ser histórico.

6) Los fenómenos psicológicos, sociales, culturales, etc., son históricos, pues el objeto de la historia es la suma de la existencia. Esto es historicismo, en sentido restringido.

7) Todo juicio lógico o vulgar es juicio histórico.

8) Cada época se explica en una unidad teniendo en cuenta antecedentes, ambiente, etcétera.

9) Una concepción histórica del mundo sustituye a las concepciones filosóficas o teológicas del mundo.

CORRIENTES ANTI-HISTORICISTAS

El cuadro de la evolución intelectual que venimos trazando corresponde a sus mejores expresiones y en aquellos países en que las formas superiores han florecido más ventajosamente. Sería posible ver cómo lo que mostramos superado es todavía joven y lozano en otras latitudes.

Pero incluso en aquellos centros, y en grupos considerables, se mantienen como centro de interés privativo la religión, o la política, con sus manifestaciones correspondientes de la teología y la filosofía metafísica.

Es interesante observar cuál es la reacción de esos núcleos y sus pensadores frente al avance de la concepción historicista.

No han faltado autores que han sostenido incluso la posibilidad de un «historicismo religioso» o un «historicismo metafísico», pero la misma enunciación revela el intento absurdo [16].

[16] COLLOTTI: *Ob. cit.*, pág. 230. Una explicación de la supervivencia de ciertas actitudes puede verse en DILTHEY de acuerdo a la cita de BOCHENSKY:

Sería tedioso el inventario de las diversas actitudes, pero puede ser sugestiva la enunciación de dos muy caracterizadas y típicas. Nos referimos a la posición del catolicismo, en el terreno teológico, y del existencialismo, para citar la corriente más en boga de la filosofía.

Para la Iglesia católica, nos dice un especialista: «No tengo dudas que la crisis cultural provocada por el moderno historicismo sea la más grave que el catolicismo había afrontado desde hace varios siglos atrás. Y para el catolicismo una crisis cultural es más imperativa y más fecunda de consecuencias que la misma crisis religiosa» [17].

La Iglesia ha sostenido que es depositaria de un cuerpo de doctrinas que ha recibido por revelación divina y que es su deber conservarlas íntegras a través de las generaciones y las edades. En cambio, el historicismo ha sostenido que la realidad es un perpetuo devenir, que no existen principios eternos e inmutables, y cada hecho histórico es único y singular, aunque comparable.

En dos aspectos se puede apreciar la reacción del catolicismo ante el historicismo. Primero, internamente y desde el punto de vista del dogma, se ha esbozado un movimiento renovador que procura «conciliar la fe con la ciencia y salvar así lo esencial del cristianismo». Autores como Möhler, Newman, Tyrrell, Loisy, Blondel y otros, se unen en pensar que «los valores religiosos son históricos, y que la misma Revelación no es un hecho único y localizado en el tiempo, sino una manifestación progresiva y eterna del absoluto a través de la historia de los hombres» [18].

Pero a los efectos de este capítulo nos interesa mucho examinar los puntos de vista del catolicismo contemporáneo sobre la teoría de la historia, tema sobre el cual existe una producción bastante grande en aquellos países como España e Italia, en que coincide de alguna manera esta religión con la enseñanza del historicismo [19].

Así, por ejemplo, Pedro Laín Entralgo, ensayista español que

Ob. cit., pág. 134. Habría tres actitudes vitales. Si predomina la inteligencia, tenemos el materialismo positivista, si domina una actitud afectiva llegamos al idealismo objetivo panteísta, y cuando predomina la voluntad, tenemos el idealismo de la libertad de PLATÓN, del cristianismo o de KANT (sic).

[17] GIUSEPPE MARTINI: *Cattolicesimo e storicismo*, ob. cit., pág. 11. Debe también verse la más importante de las obras de H. BUTTERFIELD: *Christianity and History*, London, Bell, 1950, 3.ª ed.

[18] *Ob. cit.*, págs. VII-VIII.

[19] En Italia el volumen *Il problema della Storia*, ob. cit. ENRICO CASTELLI: *I presupposti de una teologia della storia, ob. cit.* En España, X. ZUBIRÍ: *Naturaleza, Historia, Dios*, Madrid, 1944; M. GARCÍA MORENTE: *Ideas para una filosofía de la historia de España*, Madrid, 1943, y ANTONIO MILLÁN PUELLES: *Ontología de la existencia histórica*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1951.

unía a su condición de católico la de falangista, sostenía una tesis de antihistoricismo relativamente moderada apoyada en los textos bíblicos [20]. De acuerdo a su síntesis, podría fundarse un entendimiento cristiano de la Historia en las siguientes líneas:

1) Afirmación de la historicidad del mundo («Pasa la figura de este mundo», I *Corintios*, VII, 31).

2) Afirmación del substrato eterno-Dios y sus obras eternas por debajo del acontecer mudable *(Salmo* CI, 26-28; *Hebreos,* I, 10-12; *Mateo,* XXIV, 35).

3) Afirmación de un sentido divino, y sólo inteligible por referencia a Dios en el suceder histórico *(Hebreos,* IV, 9; *Job,* XII, 10 y 18-24, y en San Agustín, *De doc. christ.*, I, 2, c. 29). En este sentido se reitera que «la historia de la Revolución se convierte en revelación del sentido de toda la Historia».

4) Afirmación del valor que todos los tiempos históricos tienen a los ojos de Dios *(Eclesiastés,* XXXIX, 39-40: «no hay por qué decir: esto es peor que aquello; pues se verá que todas las cosas serán aprobadas a su tiempo»).

5) Afirmación del sentido histórico providencial de las aberraciones («hay entre vosotros parcialidades, y en parte lo creo; siendo, como conveniente que haya herejes, para que se descubran entre vosotros los que son de una virtud probada», I *Corintios*, XI, 18-19).

Especialmente desarrolla las razones del último apartado, pues «en el despliegue histórico de una herejía, ésta puede encontrar expresión válida a alguna partecilla de verdad, hasta entonces inédita —al menos en lo histórico— y desde entonces ortodoxamente asimilable; así en lo escrito como en lo vivido. Ello ocurre por dos razones capitales; 1. Por la verdad que naturalmente lleva todo hombre dentro de sí *(Romanos,* II, 15), en cuya virtud a todo hombre es dado el parcial hallazgo de la verdad; 2. Por el germen de verdad cristiana que lleva dentro de sí, por modo inalienable, no sólo cualquier error herético, mas también cualquier actitud humana ulterior al hecho histórico germinal y definitivo de la predicación evangélica» [21].

La teoría de la Historia ha sido abordada por el mismo papa Pío XII, que en una alocución destinada al Décimo Congreso Inter-

---

[20] *Los valores morales del nacionalsindicalismo,* Madrid, Editora Nacional, 1941, incluye dos ensayos intitulados *Catolicismo e historia* y *Oportet haereses esse. Notas para un entendimiento cristiano y falangista de la historia,* que seguimos para exponer su opinión. Un antecedente, A. GATRY: *La morale et la loi de l'histoire,* París, Douniol, 1868, estudiado por J. Marías en su tesis, Buenos Aires, Sudamericana, 1948.

[21] *Ob. cit.,* págs. 150-151.

nacional de Ciencias Históricas celebrado en Roma en 1955, se ha ocupado asimismo del problema interno que plantea al dogma católico el historicismo.

«Para comenzar —nos dice— nosotros queremos refutar una objeción que se presenta, por decirlo así, como una divisa. El cristianismo, se dice todavía, toma necesariamente frente a la historia una posición hostil, porque él apercibe en ella una manifestación del mal y del pecado; catolicismo e historicismo son concepciones antitéticas. Señalemos para comenzar que la objeción así formulada considera historia e historicismo como conceptos equivalentes. En esto está equivocada. El término *historicismo* designa un sistema filosófico, aquel que no apercibe en toda realidad espiritual, en el conocimiento de lo verdadero, en la religión, la moralidad y el derecho, qué cambios y evolución, y rechaza por consecuencia todo lo que es permanente, eternamente válido y absoluto. Un tal sistema es seguramente inconciliable con la concepción católica del mundo y, en general, con toda religión que reconoce un Dios personal» [22].

Seguidamente reitera la teoría clásica del cristianismo: «La Iglesia católica sabe que todos los acontecimientos se desarrollan según la voluntad o la autorización de la divina Providencia y que Dios obtiene a través de la historia sus objetivos», pues «Dios es verdaderamente el Señor de la Historia».

Las afirmaciones más importantes que siguen son las siguientes:

a) La Iglesia reconoce las realidades buenas o grandes, incluso si ellas existen antes y mismo fuera de su dominio (pág. 8).

b) La Iglesia tradicionalmente ha tomado posición por la Naturaleza y está contra la idea de que la Historia es una manifestación del mal (ídem).

c) La Iglesia católica, ella misma es un hecho histórico (pág. 6), los orígenes del cristianismo y de la Iglesia católica son hechos históricos (pág. 10) y Jesucristo es una personalidad histórica (pág. 9).

d) «Para llegar a sus fines la Iglesia no actúa solamente como un sistema ideológico... es una realidad como la naturaleza visible, como el pueblo o el Estado..., un organismo bien vivo..., inmutable en la continuación y la estructura de que su divino Fundador le ha dado, ella ha aceptado y acepta los elementos de que tiene necesidad

---

[22] *Discours de Sa Sainteté le Pape Pie XII au Xème. Congrès International des Sciences Historiques,* Ciudad del Vaticano, Tipografía Políglota, 1955, pág. 7. Las citas que siguen son de la misma obra. El antecedente pontificio es la condenación del «método positivista del estudio de la historia», en León XIII y Pío XI. Comentado en cap. VII del volumen del autor, *La Historia y la novela,* Bs. As., Nova, 1968 (reedición de Tecnos. Madrid, 1974).

o que juzga útiles a su desenvolvimiento y a su acción... Además, la Iglesia ha sufrido en el curso de los siglos diversos cambios, pero en su esencia es siempre idéntica a ella misma» (pág. 12).

e) «La Iglesia tiene conciencia de haber recibido su misión y tarea para todos los tiempos y para todos los hombres, y por consecuencia no está ligada a ninguna cultura determinada» (pág. 20).

f) La ciencia histórica, como todas las ciencias, no puede concebirse sin presupuestos previos, pero debe ser imparcial. Debe hacerse del estudio del pasado histórico una enseñanza para el presente y el porvenir (pág. 24).

Es innegable la importancia teorética de este documento y sería muy valioso examinar en detalle el cambio que supone frente a pasadas actitudes del catolicismo en materia de teoría o filosofía de la Historia.

En cuanto al *existencialismo,* ya de Kierkegaard acotaba Croce: «Un escritor que ha alcanzado honores en nuestros días, quizá por ser completamente obtuso en filosofía e historia, negaba que la vida pueda conocerse, como decía, en el tiempo, es decir, en la misma vida histórica, porque en ésta no se hallaba jamás el momento de plena calma para una mirada retrospectiva; desconociendo que, si tal momento llegara, no habría ya razón para mirar hacia atrás, y decaería la capacidad misma de la inteligencia y comprensión» [23].

Se han intentado varios paralelos entre existencialismo e historicismo [24], pero nos parece más valioso el mismo testimonio de los autores de la primera de las corrientes citadas sobre los problemas de la teoría de la historia, y su concepción sobre la historiografía contemporánea.

Esa tarea ha sido intentada especialmente por Karl Jaspers en su *Origen y meta de la historia,* obra en que se intenta una historia universal de las ideas, un cuadro de la crisis actual y finalmente, bajo el título de «El sentido de la historia», se analizan los problemas que venimos siguiendo.

A su parecer, «la historia humana cobra su esencial sentido sólo en virtud de la 'historicidad' de la 'existencia'». Es cierto que tiene en su base un acontecer análogo al natural. Pero esa base no es su esencia. Las categorías por las cuales objetivamos un acontecer natural no valen para el ser del espíritu y «existencia» del hombre, para

[23] *La historia como hazaña de la libertad,* ob. cit., pág. 114.

[24] Para citar una obra difundida en Latinoamérica, *Historicismo y existencialismo,* de Eduardo Nicol, México, Colegio de México, 1950 (2.ª ed. Madrid, Tecnos, 1960). También *Esistenzialismo e storicismo,* de Enzo Paci, ob. cit.

cuya comprensión son adecuadas otras categorías objetivadoras fundamentalmente distintas[25].

Su gran preocupación es la superación de la historia, pues «la historia siempre nos deja insatisfechos. Quisiéramos penetrar a través de la historia hasta un punto situado antes y sobre toda la historia, hasta el fundamento del Ser, ante el cual la historia entera no es más que mera apariencia que nunca puede concordar consigo mismo; hasta ese punto donde es una especie de consaber con la Creación ya no dependemos de una manera radical de la historia»[26].

Los caminos que indica para superar la historia serían ocho, a saber:

1) Volviéndonos a la Naturaleza.

2) «En la verdad, que es independiente de toda historia, en las matemáticas y en todo conocimiento convincente, en toda forma de lo general y válido generalmente, que permanece ajeno a todo cambio, sea conocido o no.»

3) «Superamos la historia en el fundamento de la historicidad, es decir, como historicidad total del ser del mundo.»

4) En la «existencia», superamos la historia en el eterno presente, estamos como existencia histórica en la historia que trasciende de la historia.

5) Superamos la historia en lo inconsciente.

6) «Superamos la historia cuando el hombre se nos actualiza en sus obras más elevadas, mediante las cuales pudo, por así decir, capturar el Ser y hacerle comunicable... En la visión de lo grande —creado, hecho, pensado—, resplandece la historia como presente eterno.»

7) «La concepción de la historia en su totalidad conduce más allá de la historia. No vivimos sobrehistóricamente en el saber de la unidad, pero en cuanto que vivimos desde la unidad, vivimos sobrehistóricamente en la historia.»

8) «¿No será la historia un fenómeno pasajero?..., lo que tiene un comienzo tiene también un término, aunque dure millones y mil millones de años..., lo esencial es que el saber total de la historia no es el último saber.»

Jaspers insiste repetidas veces que: «Todo intento de remontarnos sobre la historia se convierte en engaño cuando abandonamos la historia. La paradoja fundamental de nuestra existencia, poder vivir en el mundo tan sólo trascendiendo del mundo, se repite en la con-

---

25 *Ob. cit.*, «Revista de Occidente», 1950, trad. de Fernando Vela, pág. 304.
26 *Ob. cit.*, págs. 291 y ss.

ciencia histórica que se remonta sobre la historia.» Sin embargo del examen de sus argumentos sobre la pretendida «superación de la historia», y en el fondo defensa de la metafísica trascendente, es difícil encontrar una aceptación de la Historia.

Es interesante constatar que mientras las críticas de Jaspers son contra la «historia», y las de Pío XII contra el «historicismo», sin embargo, coinciden, lo que prueba que en definitiva son contra los descubrimientos y progresos del pensamiento histórico contemporáneo.

Así la Historia ha demostrado contemporáneamente la historicidad de la naturaleza (o del sentimiento de la naturaleza, pues de eso trata Jaspers), del inconsciente, de las llamadas «grandes obras» del hombre, de las verdades eternas, etc. Otros apartados son reiteraciones de los conocidos argumentos ontológicos de la existencia de Dios, aplicados en vez de a la Creación a la Historia, y procurando probar un Ser trascendente o un principio director independiente.

El único argumento nuevo es, en definitiva, el de la «historicidad de la propia existencia» (indicado con el numeral 4), esa idea del «eterno presente» de nuestra existencia que constituye el meollo teórico de esta corriente filosófica.

El existencialismo no es antihistoricista en bloque, y debe señalarse especialmente el caso reciente de Sartre [27].

EL ESTRUCTURALISMO, UN SEMI-HISTORICISMO

El estructuralismo no niega categóricamente la Historia, como lo hicieran religiosos o existencialistas jasperianos, y por tanto no puede denominarse anti-historicista. Sin embargo, sostiene con Levi-Strauss que «es una ilusión creer arcaicas las sociedades que estudian la etnografía, mientras que ellas tienen, tanto como la nuestra, el signo del acontecimiento» [28].

Los estructuralistas no rehúsan tratar temas del pasado en forma de evocación de estructuras concretas históricas, pero —como dice Kanters de Foucault— practican una suerte de geología, al tratar por capas sucesivas nuestro «suelo».

---

[27] Nos referimos a *Crítica de la razón dialéctica. Teoría de los conjuntos prácticos,* Buenos Aires, Losada, 1963, t. II, págs. 369-542. Véase además el citado libro de NICOL.

[28] *La notion d'archaisme en etnologie,* París, «Cahiers Internationaux de Sociologie», vol. 12, 1952, contestando a Lefort en un artículo intitulado justamente *Sociétés dans l'histoire et historicité,* vol. 12 de la misma publicación.

Sartre dice que la *perspectiva* del destacado estructuralista Foucault es histórica, pues distingue épocas, y un antes y un después, pero que le falta la praxis explicativa o, agregamos nosotros, la explicación simplemente.

«Reemplaza el cine por la linterna mágica, el movimiento por una sucesión de inmovilidades», son las palabras de Sartre[29].

So pretexto de demoler el marxismo se atacaría al historicismo, pues se aduce por los estructuralistas que la historia es inasible y que toda teoría de la Historia es —dice Foucault— doxológica, y de ahí su conclusión: abandonemos la historia, dominio de lo incierto, para analizar las estructuras, único terreno de la verdadera investigación científica.

Otro estructuralista francés contemporáneo, Pouillon, proclama: «La historia es la contingencia.» Las estructuras sucumben por accidente, y los hombres son modelados por las estructuras, pero no son autores de ellas, como afirma, por ejemplo, el historicismo marxista.

El pasado no puede ser finalmente comprendido históricamente, pues no es Historia la mera sucesión de cuadros estructurales, ordenaciones dominantes, en que han vivido efectivamente los hombres, cuando además no se explica el movimiento dinámico, transformador, que desestructura y reestructura socialmente en forma constante a los pueblos.

Una vez más una crítica al historicismo es tanto como una negación del nivel alcanzado por la ciencia histórica contemporánea.

---

29 *J. P. Sartre répond*, París, revista «L'Arc», 1967, núm. 30, pág. 87.

XI

HISTORICISMO DE LA HISTORIOGRAFIA

Es notorio que para explicar un hecho cultural —inclusive una disciplina entera— debe partirse del conocimiento de la época histórica correspondiente que ese fenómeno cultural integra.

Ese método cobra cada día más ascendiente, aplicándose en los sectores más diversos donde desaloja con éxito a las interpretaciones y métodos formales. Un autor que, como Raymond Aron, parte de la filosofía, en su *Introducción a la filosofía de la historia,* expresa que «en el grado y medida en que rompiendo con los cortes ficticios han tratado los historiadores de apoderarse de las colectividades en su integridad, han demostrado la interdependencia de las funciones, desde la construcción de útiles hasta la de metafísicas. Ni la dispersión del determinismo ni la pluralidad de lógica autónomas nos arrancan a la tiranía de la suerte común» [1].

Una explicación *historicista* ha sido aceptada y aplicada con éxito en los últimos tiempos a la literatura, la música, la filosofía, la arquitectura, y hasta las ciencias físicas.

Pero por su misma naturaleza la historicidad de las formas culturales de una época no puede tener excepciones y la misma Historia (concebida como el conocimiento que se ocupa del pasado de las sociedades humanas) no puede escapar a las exigencias e ideas generales históricas de la época en que se elabora. En otros términos, no se debe olvidar que también la especulación histórica puede interpretarse de un modo historicista.

En ese hecho no se ha insistido lo suficiente, tal vez porque complace a los historiadores profesionales concebir su disciplina como

---

[1] *Ob. cit.*, trad., pág. 479.

una suerte de alto tribunal cuyas decisiones —al juzgar el pasado— no turban las miserias del presente que ellos viven.

INTERPRETACION FORMAL DE LA HISTORIOGRAFIA

Cuando Federico Nietzsche —en su famoso *De la utilidad y de los inconvenientes de los estudios históricos para la vida*— condiciona la aceptación de la Historia a su beneficio para la vida, parte del supuesto de que aquella disciplina vive sólo para el recuerdo. Y de parecida manera se expedía Emerson en su *Autobiografía.*

Menos sistemática, pero más corriente, es la actitud de los historiadores de la historia que muestran a esta disciplina creciendo en sí misma, evolucionando por una suerte de milagrosa partenogénesis. En ello no difieren de los tratadistas formales de cualesquiera de las demás disciplinas culturales que intentan explicar «su conocer» haciendo abstracción de la vida que fecunda y justifica a través del transcurrir histórico toda la Cultura. Mejor dicho, son más dignos de reproche, porque siendo historiadores niegan la Historia... Una lectura rápida de casi todas las «historias de la historia» muestra esas características.

Walter Goetz —en el prólogo de su *Historia Universal*—, después de decirnos: «El propósito de esta nueva empresa es, pues, el de una Historia de la cultura humana», pasa a expresar (en una crítica a la opinión formal que venimos tratando) que «muchas historias universales se han escrito, y, sin embargo, el tema conserva una eterna virginidad, pues cada generación ha de considerar la Historia de la Humanidad con ojos distintos. ¿No creía Schlosser poderse contentar con recorrer toda la Historia de la Humanidad en sus direcciones morales? En los últimos decenios hase manifestado cada vez con más fuerza el deseo de poseer una Historia Universal tan amplia como puramente científica. La Historia Universal de Helmolt ponía en los primeros planos, hace treinta años, la 'base geográfica', convirtiéndose por ello en una serie de descripciones de las distintas partes del mundo con su propia historia e introduciendo al mismo tiempo tan fuerte equiparación externa entre las épocas que, por ejemplo, concedía a la época clásica de la Historia griega menos espacio que a las culturas precolombianas de América», etcétera [2].

Goetz en este fragmento, en definitiva, hace una síntesis historiográfica con uno de los elementos más susceptibles de interpretarse formalmente —el progreso exterior de la disciplina— y, sin embargo,

---

[2] Págs. 3 y 4 de *Historia Universal*, Barcelona, Espasa-Calpe, 1932, t. I.

lo ajusta al cambiante deseo de la humanidad de contar con una *nueva* Historia Universal. Ese camino —aunque explorado— no ha sido todavía recorrido por los historiógrafos.

Al conjunto de las corrientes incluidas en la interpretación formal, se pretende contestar con una tesitura historicista en las páginas que siguen.

El tema se encuentra estrechamente enlazado con la precisión de los fines o la utilidad de la historia. Si los fines de ésta se deben buscar en el mero conocimiento del pasado, precisando en forma científica los hechos sucedidos o, por otra parte, en proporcionar al lector una visión estéticamente construida sobre el siempre apasionante tema de la vida de otros hombres, el problema perdería entidad y le sería aplicable lo dicho con referencia a otras formas culturales [3].

Pero es que la historia justifica aquella máxima acuñada por Herbert Spencer, según la cual «la gran meta de la educación no es el conocimiento, sino la acción».

El estudio, a que obliga su conocimiento, trasciende a éste en su forma desinteresada inmediata para buscar elementos útiles a la acción presente. En otras palabras, la historicidad de la especulación histórica está presente desde el mismo nacimiento del género y justifica su misma existencia.

NACIMIENTO HISTORICISTA DE LA HISTORIA

Primero Jacobo Burckhardt —al tratar de «Historia y etnografía» entre los griegos— y después Oswald Spengler, en la Introducción de su tan justamente discutida *La decadencia de Occidente*, observaron que la explicación de que sólo algunos pueblos de la Antigüedad se interesaran por la Historia demuestra: la existencia de características determinadas en cada una de esas culturas afines o contrarias a la especulación histórica y a la vez que ésta responde a exigencias concretas de determinados «presentes» históricos. El hecho de que Burckhardt creyese en la total «inferioridad del Antiguo Oriente frente a los griegos en el campo de la historia» [4], mientras que Spengler

---

[3] En su obra *Dos ensayos sobre la función y la formación del historiador*, México, Colegio de México, 1945. LESLEY BYRD SIMPSON, lo mismo que su prologuista Ramón Iglesia, le asigna el primero de esos fines, al que llama, con imprecisión que no compartimos, la *historia científica*. El segundo aspecto ha sido considerado por SIGFRIDO A. RADAELLI en págs. 11 y 12 de *La irreverencia histórica*, Buenos Aires, Sudamericana, 1947.

[4] *Historia de la cultura griega*, Madrid, Revista de Occidente, 1944, tomo tercero, sexta parte. Ver de CARLOS M. RAMA: *Introducción al clasicismo griego*, tercera edición, Montevideo, La Casa del Estudiante, 1960.

explícitamente habla del «sentido ahistórico de los egipcios»[5] no cambia la esencia del problema: en sus orígenes ciertos pueblos crean y desarrollan la historia de acuerdo a exigencias típicas de su pensamiento. Ambos, por lo demás, coinciden en negarle «sentido histórico» a las culturas de la India y Medio Oriente.

Concretamente en Grecia, la fecha de su surgimiento en el siglo v, es un episodio en el interés por el conocimiento del hombre y de la vida social, de que informan —en otros sectores— la sofística, el teatro o la democracia ateniense. Además del punto de vista de la historia del pensamiento su aparición involucra una actitud racionalista y el rechazo de lo mítico apriorístico.

En tercer lugar la *historiografía antigua* es un elemento activo en el mundo griego de la Epoca Clásica. No sólo porque favorece el desarrollo del racionalismo, sino porque presume una actitud militante en los problemas suscitados por la adecuación del individuo con la vida social.

Las obras de Tucídides, Jenofonte (especialmente *La Ciropedia)*, Tito Livio, Polibio, Tácito y Suetonio, tienen un fin inmediato surgido de la época en que se desenvuelven sus autores. El ya citado Spengler ha observado que estos autores «fueron políticos prácticos»[6], siendo sus obras la expresión de su pensamiento político-social. En un sentido general los autores del siglo v a. C. propician el conocimiento del pasado como una de las formas de detener y desprestigiar el conjunto de ideas desencadenadas por la democracia ateniense. Es sabido que los *antiguos* entendían que la *edad de oro* debía buscarse en los orígenes de su vida histórica, por lo cual consideraban un *progreso* el tradicionalismo y una *decadencia* la innovación[7].

Con sus obras, estos historiadores bregaron por el respeto a la tradición y el rechazo de la *decadente* democracia de su época, conjuntamente con las ideas conexas que le acompañaban. En ese sentido Tucídides se coloca codo con codo con Platón y Aristófanes para simbolizar la resistencia de la aristocracia ateniense a los nuevos tiempos que presidiera Pericles.

Y finalmente —en cuarto término— la historia, desde este mismo origen, al procurar extraer del pasado una lección para la política presente, choca con la filosofía. Esta sostiene —por lo menos en el Liceo y la Academia— la misma pretensión, iniciando, para perderla, una contienda que ha durado siglos. En ese sentido es típica la aseve-

---

[5] Santiago, Osiris, 1935, págs. 28 y ss.
[6] *Ob. cit.*, pág. 29.
[7] Véase *Le declin d'une civilisation*, por CORRADO BARBAGALLO, París, Payot. 1927, págs. 12 y 13.

ración del estoico Marco Aurelio: «Nuestra posteridad nada nuevo verá y nuestros antepasados no han visto nada distinto que nosotros; un hombre de cuarenta años, con sólo la inteligencia humana normal, ha visto todo lo que ha sucedido antes de su tiempo y lo que acaecerá después de su tiempo, porque todo es lo mismo que lo que él vive» [8].

Sus palabras parecen intentar una respuesta a Polibio, que en el prólogo de su obra, y después de señalar que no es necesario repetir el elogio de la historia, pues éste ha sido hecho por todos los que le precedieron, expresa que coincide con ellos en que «el estudio y ejercicio más seguro en materias de Gobierno es el que se aprende en la escuela de la historia y que la única y más eficaz maestra para poder soportar con igualdad de ánimo las vicisitudes de la fortuna es la memoria de las infelicidades ajenas» [9].

LA HISTORIA COMO EXPERIENCIA

El estudio de la Historia ha permitido disponer al hombre de toda una experiencia variada y útil sobre las actitudes de la especie en la vida social.

Esto obliga a la especulación histórica a participar de la historicidad de su época, pues deberá atender los reclamos del momento en que actúa, descubrir en ocasiones sus necesidades intelectuales y tener siempre presente que su tarea es enseñar la vasta experiencia humana.

La vinculación de la especulación histórica con la época en que se elabora, basada en la suposición de que la Historia supone una experiencia utilizable para el presente, se puede percibir en la llamada «historia política».

No ha faltado incluso la suposición de que la Historia no tiene otro fin —en cuanto ciencia— que proveer de material a la política y a la poética. Un autor historicista como George Santayana sostiene que la historia «es una disciplina provisoria: sus valores, con el progresar del espíritu, pasan a otras actividades. La función de la historia —agrega— consiste en prestar materiales a la política y a la poesía». Guido de Ruggiero, de quien extraemos la cita [10], observa muy juiciosamente que Santayana, aunque sostiene un criterio historicista, al ubicar la Historia en el sistema de las ciencias, no supera el caduco cuadro de Bacon.

La historicidad de la especulación histórica se robustece por la

[8] Citado de acuerdo a la *ob. cit.* de BURCKHARDT, pág. 414.
[9] Pág. 11 de *Historia Universal durante la República romana*, Madrid, Hernando, 1927.
[10] *Filosofías del siglo XX*, Buenos Aires, Abril, 1947, pág. 49.

observación de las relaciones entre la historia y la moral; pero también es en ese punto en que enfrentan a la primera las fuerzas combinadas de la filosofía y la religión.

Un rápido examen del pasado muestra que la moral ha variado conjuntamente con las demás formas culturales y que cada una de las *morales históricas* es producto de un pasado determinado adecuado a las necesidades ideológicas y materiales de su época.

La historicidad de la especulación histórica se confirma finalmente por la consideración de las relaciones entre Historia y Derecho.

Aquí, como en la ética, la religión y la filosofía han salido al paso de la Historia, procurando monopolizar ellas la orientación del Derecho y su explicación última. Aquí también, el más somero análisis del pasado humano demuestra cómo tanto las normas de derecho positivo como el ideal jurídico han variado a través de los tiempos de acuerdo a la *justicia histórica* de cada época y las particulares relaciones entre los hombres de aquellas sociedades, de que nos informa su Historia.

Volveremos sobre este tema.

HISTORIA Y PRESENTE

No se nos puede escapar que el problema se dilucida en última instancia por la misma definición del contenido de la historia. Si ésta sólo presume la fría recopilación de datos sin realizar las generalizaciones correspondientes, no podría nunca encontrarse en la historia más que un panteón del pasado, privado de vida e incapaz de proporcionar un «conocimiento para la acción».

Pero la Historia fue logrando durante los últimos siglos —retomando los atisbos geniales de sus fundadores de la Antigüedad— el carácter de un esfuerzo hacia la síntesis total, hacia una concepción de conjunto del universo. Para los modernos la Historia es una ciencia, un saber racional oponible al estudio de la naturaleza y distinto en sus conclusiones a la religión. Todas y cada una de estas definiciones pertenecen a la Filosofía, pero resultan aplicables a la Historia en la cual en una última etapa se integran los sistemas filosóficos como exponentes del pensamiento cultural de una época determinada y por lo tanto concebibles sólo en el marco histórico.

Encarada la Historia en ese plano, no es extraño que en las mismas definiciones más modernas se encuentra implícita su historicidad. Esta no sería un tributo, que como todos los conocimientos, pagan los hombres a su época, sino un presupuesto lógico de su naturaleza. Huizinga, en su libro *El concepto de la historia y otros ensayos*,

define la Historia como «la forma espiritual en que una cultura se rinde cuentas de su pasado», y aclara su pensamiento diciendo: «Cada cultura crea y tiene necesariamente que crear su propia forma de Historia»[11].

El «hoy» de la especulación histórica está presente hasta en la formulación presumiblemente técnica de la Historia. En su ensayo *Los sistemas de la Historia Universal,* Hans Freyer sostiene que «en su extensión y en su contenido la Historia se halla bajo la influencia plástica de los problemas planteados en el presente» y que con más razones «el presente y el futuro propios se incorporan en el curso de la Historia humana, ya positiva, ya negativamente, ya como remate, ya como decadencia», a través de lo que coincidimos en llamar la interpretación o filosofía de la historia[12].

Decíamos más arriba que el tema está implícito en la misma definición de la Historia, pero un autor como Ernesto Troeltsch —uno de los exponentes más significativos del historicismo en el siglo XX— lo plantea como un imperativo de toda ciencia en una página que encontramos en su obra *El protestantismo en la formación del mundo moderno*[13]. Dice así aquel autor: «Toda ciencia está vinculada a la condicionalidad del espíritu pensante que la crea, y aún la Historia con todo su esfuerzo de exactitud, de objetividad, de investigación particular, está ligada a tales condiciones. Esta consiste en el hecho de que nosotros debemos siempre atenernos a la experiencia actual de la vida, la cual, aun sin tener entera conciencia de ella, pasa continuamente ante nuestros ojos, cuando por las analogías con el presente tratamos de entender la causa de acontecimientos del pasado.»

«Y también más importante aún la circunstancia de que nosotros, queriéndolo, establecemos siempre una relación entre el curso de los acontecimientos y el conjunto de cosas que obran en el presente. Y que del pasado sacamos siempre conclusiones sobre el estado presente y sobre el porvenir. Los temas que no se prestan para establecer esas relaciones pertenecen sólo al anticuario y las investigaciones que las dejan completa y sustancialmente de lado constituyen sólo un trabajo de aficionados o de 'amontonadores' de materiales.»

«También cuando nos dedicamos a esa práctica, tan habitual al pensamiento moderno, de establecer series evolutivas, en sustancia lo hacemos sólo para poder abarcar en una de esas series nuestro

---

[11] J. HUIZINGA: *El concepto de la Historia y otros ensayos,* ob. cit., páginas 92 a 97.

[12] Ese ensayo figura como introducción a la *ob. cit.* de GOETZ, págs. 18 a 46.

[13] Por la versión italiana de G. SANNA, Venezia, La Nuova Italia, 1929. Introducción.

presente; y cuando nos abandonamos a la tendencia no menos habitual que nos lleva a extraer de esas series las *leyes históricas*, obedecemos al secreto deseo de encuadrar el presente particular en el curso universal de los hechos con la finalidad de entender mejor el presente y el porvenir. De modo que la finalidad última en toda Historia es siempre la comprensión del presente. La Historia es precisamente la experiencia global de vida de nuestra especie en cuanto estamos capacitados de recordarla y relacionarla con nuestra propia existencia.» Y aún autores que, como H. Becker y P. Fröhlich, niegan expresamente el carácter de ciencia a la historia, insisten en que «el historiador escribe la historia a fin de enriquecer el sentido del presente» y ven «que la historia entra en contacto con la ciencia» en que «ambas seleccionan a fin de enriquecer el sentido del presente» [14].

Por todo esto las palabras de Goethe según las cuales «cada generación debe escribir su historia universal» resultan no ya un imperativo de la conducta, sino una obligación implícita en la misma definición de este tipo de conocimiento.

La importancia de la Historia se agranda a través de la consideración de su misión para la acción del presente, y la perpetua renovación de éste obliga al estudioso no sólo al esfuerzo intelectivo para el dominio del material acumulado sobre el pasado, sino además a la vigilante actitud del que comparte conscientemente la suerte y destino de su generación. Esa perpetua renovación de la Historia, acelerada en las épocas de crisis, hace de este tipo de conocer el conocimiento por excelencia para el progreso de la cultura y el hombre.

Wölfgang Goethe pronunciaba la frase transcrita anteriormente en el año 1811, cuando Europa vivía convulsionada por las guerras napoleónicas en cuya materialidad se encubría el intento de total renovación de las ideas lanzado por la Revolución francesa frente a un mundo de viejas fórmulas que resistía y contraatacaba con vigor. Goethe no sólo lanzaba su frase como el cuño de una divisa, sino que le daba una vibración humanísima, agregando: «¿Y cuándo existió una época en que esto fuera tan necesario como en el presente?»

El siglo XX no es menos dramático que las primeras décadas del XIX, pues si vivimos los mismos problemas, aquéllos se han agudizado, y si se ha producido una renovación, los dilemas a que se abocan nuestros días también reclaman angustiosamente una respuesta.

Nunca fue más necesaria una *nueva historia universal* que busque dar respuesta a las hondas interrogaciones que plantea nuestra genera-

---

[14] Pág. 16 de *Toynbee y la sociología sistemática,* México, Jornadas, El Colegio de México, 1945.

ción. No es extraño entonces que John Dewey, casi con las mismas palabras que Goethe, diga recientemente: «A medida que la cultura cambia, cambian también los conceptos dominantes. Surgen necesariamente puntos de vista nuevos para mirar, calibrar y ordenar los datos. Entonces se vuelve a escribir la Historia» [15].

Y más adelante agrega: «La comprensión inteligente de la historia pasada constituye, en cierta medida, una palanca para dirigir el presente hacia cierto género de futuro... Al utilizar la herencia que han recibido del pasado (los hombres), se ven forzados a modificarla para que sirva a sus propias necesidades, y este proceso crea un presente nuevo en el que el proceso continúa. Por lo tanto tendrá *(la Historia)* que ser reescrita constantemente» [16].

Un historiador francés de nuestros días, Fernand Braudel, cuando inauguraba su cátedra en el Collége de France en 1950, decía: «La historia se encuentra, hoy, delante de responsabilidades tremendas, pero también exaltadas. Sin duda porque ella no ha cesado jamás, en su ser y en sus cambios, de depender de las condiciones sociales concretas. «La historia es hija de su tiempo.» Su inquietud es la inquietud misma que pesa sobre nuestros corazones y nuestros espíritus. Y si sus métodos, sus programas, sus respuestas las más firmes y seguras ayer, así como sus conceptos se derrumban todos a la vez, es bajo el peso de nuestras reflexiones, de nuestro trabajo y más todavía de nuestras experiencias vividas» [17].

Y cita a continuación varios casos, que por haberlos nosotros indicado, no dejan de ser interesantes. Así después de la Revolución francesa las meditaciones de Saint-Simon, Comte, Proudhon y Marx. Después de la guerra del 70 la obra del profesor Burckhardt, y hoy, después de la Segunda Guerra Mundial, es menester proceder a una honda renovación de los estudios históricos.

«Todas las ciencias sociales, comprendida la historia, han parejamente evolucionado de manera menos espectacular, pero no menos decisiva. ¿Un nuevo mundo, por qué no también una nueva Historia?», termina Braudel.

¿Cómo debe ser esa historia? La respuesta a esa pregunta es tema de tal importancia que todo lo anterior sólo sirve para prologarlo, dando su justificación técnica.

Lo evidente es que la Historia se encuentra hoy en un instante definitivo de su existencia y su futuro será grande en cuanto sepa contestar las interrogantes de nuestros días.

---

[15] *Lógica,* ob. cit., pág. 260.
[16] *Ob. cit.*, pág. 266.
[17] *Les responsabilités de l'Histoire, ob. cit.*, págs. 3-5.

XII

LAS UNIDADES DE ACTUACION

Una vez estudiado el *hecho histórico,* así como determinadas las características de la *historicidad,* es necesario examinar las llamadas *unidades de actuación.*

Hay dos enfoques posibles al tema:

a) Desde el punto de vista de la filosofía de la Historia, para contestar a la pregunta: ¿cuál es el motor de la historia?, o ¿cuáles son los elementos decisivos en el proceso histórico? En este caso es un juicio de valor;

b) Juicio de existencia. Es decir, cómo se presenta la historicidad. ¿Cuáles y qué características tienen las unidades de actuación?

Es en este sentido que nos interesa ahora el tema. Las unidades, coinciden las diversas corrientes, son hipótesis de trabajo, comparables en su acción a los períodos o los tipos; pero mientras aquéllos son enteramente históricos o forman parte de la historicidad, éstas dan intervención a elementos no-históricos.

Habría tres maneras distintas de considerar las unidades:

a) En la corriente alemana Bauer las llama «unidades de actuación», y las caracteriza como «modos de descomponerse el suceder histórico». Es decir, sería como una suerte de salida a las deficiencias de la interpretación intuitiva que hemos considerado anteriormente. Aquella vida histórica compleja, continua y homogénea que los autores alemanes exponen, se estudiaría, organizada o aislada, en las unidades o elementos de actuación.

Se pueden examinar algunos ejemplos en Spengler y mejor todavía en Burckhardt (Introducción al libro *La Cultura de Italia).*

b) La corriente francesa, tal como la exponen Lacombe o Lan-

glois-Seignobos, al clasificar los hechos históricos, llega a ciertas agrupaciones orgánicas que serían asimilables a las unidades de actuación de la corriente anterior. Langlois-Seignobos las consideran «fundadas en la naturaleza de las condiciones y de las manifestaciones de la actividad».

En otras palabras, ésta sería una de las fórmulas en que se encuentran a mitad de camino las dos grandes corrientes aludidas.

c) Pero habría otra corriente más moderna, la sociológica. La moderna escuela sociológica después de Durkheim al analizar el «hecho social» ha mostrado cómo éste está sumergido o basado en lo biológico, lo natural y lo psíquico. Lo que los teóricos llaman *unidades* serían hechos de naturaleza mixta, pues participarían de las *bases* de la sociabilidad (por ejemplo: clima o raza) o serían *instituciones* (por ejemplo: el Estado o el sindicato).

Después de Durkheim y Pitirim Sorokin la Sociología ha afinado más todavía el tema, pues el hecho social se presenta como el objeto por excelencia de la ciencia social.

Pero por otra parte, en vez de *bases sociales,* idea que implicaba un determinismo mecanicista, se prefiere considerar a la geografía y la población como *factores sociales* dinámicamente vinculados con la sociedad [1].

Este es uno de los temas en que se demuestra la utilidad del contacto del historiador con el sociólogo, pues en definitiva el hecho social es un hecho histórico. Todos los hechos sociales son cronotópicos, y están insertos en la historicidad o son criaturas del historicismo.

Las precisiones de la sociología moderna favorecen el progreso de la Historia, pues es necesario al historiador conocer las características, y hasta el léxico, con que las unidades han sido definidas.

CLASIFICACIONES

Anteriormente —y en el mismo plano— Pierre Lacombe hablaba para la exposición analítica de: Instituciones económicas, mundanas, políticas, artísticas, literarias, científicas y religiosas, subdivididas a su vez en numerosas unidades.

---

[1] Un desarrollo de la situación actual en el campo de la sociología de la teoría de los factores sociales en el cap. III de nuestro libro *Ensayo de Sociología Uruguaya,* Montevideo, Medina, 1957, y una aplicación en *Ideología, regiones y clases sociales en la España contemporánea,* Montevideo, Nuestro Tiempo, 1958; 2.ª ed., 1962.

Langlois y Seignobos, después de decir que la cita de Lacombe «es filosóficamente muy juiciosa, pero no responde a las necesidades prácticas de los historiadores, ya que se basa en categorías psíquicas abstractas», proponen la siguiente: 1) Condiciones materiales; 2) Hábitos intelectuales (no obligatorios); 3) Costumbres materiales (no obligatorias); 4) Costumbres económicas; 5) Instituciones sociales; 6) Instituciones públicas (obligatorias)[2].

En el sector germánico tenemos la clasificación de Harnack, que deslinda: *a)* factores elementales; *b)* factores culturales, y *c)* factores individuales, y W. Bauer, que habla de: *a)* naturaleza; *b)* raza; *c)* fenómenos colectivos; *d)* hechos psíquico-sociales; *e)* individuo, procediendo simultáneamente a la subdivisión de algunas de esas unidades de actuación.

Creemos finalmente posible, por nuestra parte, un criterio de exposición sobre: a) *factores físicos;* b) *factores biológicos;* c) *factores psíquicos.*

Corresponde, además, destacar la importancia de las precisiones que se hagan en estas páginas, que redundarán en claridad y más amplias posibilidades para el estudio de los criterios históricos y otros problemas de la filosofía de la Historia. Justamente, como estas unidades de actuación han sido utilizadas en repetidas oportunidades y en forma unilateral para la explicación de la historia, su consideración —aun como es en este caso en forma objetiva— aparece difícil por la discusión subyacente. De cualquier manera, destacaremos esquemáticamente las grandes líneas de la utilización de las llamadas «unidades de actuación» por los filósofos de la Historia.

Por razones prácticas seguiremos la clasificación sintética propuesta más arriba, sin perjuicio de recoger las sugerencias del planteo de otros autores.

FACTORES FISICOS

Bajo este rótulo debemos considerar en primer término a la *Naturaleza* (término de obligada definición en cada caso), *el clima, el paisaje y la configuración geográfica.*

Especialmente del segundo ya se habían ocupado en la Antigüedad Hipócrates y Aristóteles, y después Ibn Jaldún y Jean Bodin; pero es en el siglo XVIII, con la Ilustración (y conjuntamente con los demás elementos que agrupamos en este subtítulo), que adquiere una

---

[2] *Ob cit.*, págs. 250 y 251.

consideración formalizada. Tuvo entonces estudiosos de la talla de Herder, Montesquieu, Voltaire y Hume, que basaron en su estudio la incipiente «filosofía de la Historia».

El movimiento romántico del siglo XIX valoró el paisaje y sus relaciones con el carácter popular y los usos y costumbres, produciendo una abundante bibliografía.

Pero el tratamiento sistemático de estos temas es posterior, y corresponde por una parte a la *antropogeografía*, la *ecología* y por otro lado a los «historiadores de la cultura» de inspiración positivista como Taine, Buckle, Riehl y Lamprecht.

La Geografía, por imperio de la concepción de la Historia como Historia política, se concibió estrechamente unida a las disciplinas históricas, incluso en el plano de la enseñanza universitaria [3].

Nos parece sugestivo mostrar una página, de las mejor logradas en su estilo, de uno de los más brillantes autores que desarrollaron a mediados del siglo pasado estas preocupaciones. Nos referimos a Hipólito Taine.

En el prólogo de su *Historia de la literatura inglesa,* resumía su criterio diciendo: «Tres fuentes diversas contribuyen a producir ese estado moral elemental: la raza, el medio y el momento», y caracterizando el segundo de esos elementos, agregaba: «El hombre no está solo en el mundo, sino que le envuelve la naturaleza y le rodean los otros hombres», y ejemplificaba así: «Aunque no podemos seguir más que oscuramente la historia de los pueblos arios desde su patria común hasta sus patrias definitivas, cabe afirmar, con todo, que la profunda diferencia que separa a las razas germánicas de las latinas y helénicas procede en gran parte de las comarcas en que se han establecido; unas, en los países fríos y húmedos, en el fondo de ásperas selvas pantanosas o a orillas de un océano bravío, viéndose reducidas a las sensaciones melancólicas o violentas, estimuladas a la embriaguez y a la alimentación fuerte, inclinadas a la vida militante y carnicera; las otras, al contrario, en medio de los más bellos paisajes, a orillas de un mar resplandeciente y risueño, invitadas a la navegación y el comercio, exentas de las necesidades groseras del estómago, dirigidas desde el principio hacia los hábitos sociales, hacia la organización política, hacia los sentimientos y las facultades que desenvuelven el arte de hablar, el talento de gozar la invención de las ciencias, de las letras y de las artes» [4].

---

[3] Una obra que muestra algunas de las muchas posibilidades de la geografía para la Historia es la de GORDON EAST, *Géographie historique de l'Europe,* París, Gallimard, 1939.

[4] *Ob. cit.,* Buenos Aires, Americalee, 1945, págs. 15 y 17.

Si examinamos una literatura más moderna sobre el tema, encontramos, por ejemplo, la obra de Willy Hellpach que sugestivamente se titula *Geopsique. El alma humana bajo el influjo del tiempo, clima, suelo y paisaje*, que, según su autor, está asentada «enteramente sobre los resultados seguros de nuestros conocimientos acerca de los efectos del tiempo y clima, del suelo y el paisaje, sobre la vida psíquica y, en definitiva, sólo he tenido en cuenta aquellos problemas que son inmediatos para la investigación actual, o aquellos otros que, por virtud de la transformación de la humanidad occidental (y acaso de toda), respecto a la imagen del mundo actual, urge plantear a la investigación» [5].

Después de exponer su criterio en 150 capítulos, termina: «Cualesquiera que sean los encadenamientos, enlaces, finalidad y perfeccionamientos que esta alma humana pueda introducir aquí sobre la tierra, en todos ellos fue, es y sigue siendo, aunque a veces en forma inapreciable no por eso nunca inoperante, alma determinada por la tierra, *geopsique*» [6].

En definitiva, este autor emplea un concepto no científico, el de alma. Con posterioridad a su obra hay dos autores que necesariamente deben citarse, como Ellsworth Huntington y Arnold J. Toynbee. El primero pertenece a la escuela de antropogeografía que creara Ratzel y su punto de vista es «reconocer... que la herencia, el medio físico y la cultura, son los tres factores principales en la determinación de la distribución de la civilización» [7].

Entre los factores de carácter físico o geográfico que Huntington usa en sus libros citemos, de los no considerados todavía, los siguientes: la temperatura, las estaciones, las tormentas, la dieta nacional, la enfermedad, los ciclos de las cosechas y de las depresiones económicas, los ciclos climáticos, las manchas solares, etc.

Cierra su estudio este autor destacando que la «civilización progresa rápidamente en las regiones donde el medio físico se adapta íntimamente a las necesidades de cierta etapa cultural... Tal combinación difiere mucho del óptimo de nuestra civilización moderna, que necesita combustibles y minerales, etc... El ritmo del progreso dependerá también del grado en que el medio geográfico sea adecuado en todas sus fases a la etapa cultural obtenida con anterioridad» [8].

Creemos que es más original el punto de vista de Toynbee. Este

---

5 Madrid, Espasa-Calpe, 1940, pág. 18.

6 *Ob. cit.*, pág. 268.

7 *Las fuentes de la civilización*, México, Fondo de Cultura Económica, 1949.

8 *Ob. cit.*, pág. 648.

comienza por rechazar el esquema de Taine (que en el fondo es el mismo de Huntington), proponiendo la «teoría de la respuesta adecuada».

El se refiere a los factores físicos como «contorno» y después de probar con varios ejemplos el error de la teoría clásica en la materia, concluye «que cualquier clase de clima y topografía es capaz de servir como contorno para la génesis de una civilización». Porque a su juicio el origen de las civilizaciones no es una entidad, sino una relación. Una sociedad determinada es *incitada* por los inconvenientes de su medio geográfico y del clima, y su *respuesta,* si es adecuada, supone la génesis de una civilización. Así las civilizaciones fluviales de los pueblos que dominaron las crecientes de los ríos del Cercano Oriente, o los helenos, que dieron una respuesta adecuada a la pobreza de su tierra [9].

La teoría de Toynbee es más dinámica que la clásica, y el papel de la base física pasa de condicionante a ser incitante.

FACTORES BIOTICOS

En estos factores la sociología moderna ha distinguido los cuantitativos (como son los estudiados por la demografía: población, tasas o índices demográficos, migraciones, etc.) de los cualitativos, entre los que se destaca la raza.

Ralph Linton dice con acierto que «antes del siglo XVI no tenían los hombres conciencia de la idea de *raza,* ni tampoco existían incentivos para que así fuera», y el copioso desarrollo de la bibliografía sobre el tema en los últimos 150 años ha obedecido naturalmente «a nuestro creciente interés por todas las ramas de la ciencia (y así —anotamos— habría que incluir la inferencia del darwinismo que puntualiza Bauer), pero más qué nada a un conjunto especial de factores históricos y sociales», ya que los descubrimientos y la conquista de América, Africa y partes de Asia hizo que por primera vez en la Historia «la raza se convirtiera en un criterio infalible para determinar la clase social» [10].

En este campo son fundamentales las definiciones, pues a las conclusiones a que alude Linton se suman los criterios de intepretación que hacen de las *razas puras* los elementos rectores de la Histo-

---

[9] *Ob. cit.,* pág. 301, tomo I.

[10] *Estudio del hombre,* págs. 67 y 68. Sobre el punto son recomendables los pequeños folletos de R. BENEDICT-G. WETLFISH: *Las razas humanas,* La Habana, s. f., y C. LEVI-STRAUSS: *Race et histoire,* París, Unesco, 1952.

ria y extraen pautas políticas de acción inmediata. (A. de Gobineau, Houston Stewart Chamberlain, Woltman, Hauser, Guntter, Adolfo Hitler y Alfred Rosenberg.)

Habría primeramente que hablar de *raza biológica,* que sería un «círculo de seres vivos semejantes, que tienen origen parecido, que transmiten a los descendientes su analogía y que, a causa de esa semejanza, pueden sustituirse recíprocamente frente a los poderes destructores y a las fuerzas que con éste cooperan, conservando duramente la especial corriente vital que forman entre sí». En ese sentido, Darwin demostró que hay una sola raza humana, pues no existen híbridos humanos.

Por su parte, los antropólogos como Linton enseñan que hay que distinguir tres unidades taxonómicas, a saber: *casta, raza* y *tronco étnico.* La primera sería «un grupo de individuos que fluctúan alrededor de una determinada norma con respecto a todas y cada una de sus características físicas»; en cuanto a la raza, «está formada por castas cuyos tipos ideales poseen un conjunto de características comunes» y, finalmente, los troncos étnicos son «grupos de razas cuyas analogías se han determinado utilizando los mismos recursos técnicos empleados en la delimitación de las razas». Habría tres grupos, de los últimamente nombrados, blanco o caucásico, negro o negroide y amarillo o mongólico. A la vez el tronco blanco se integra con cinco razas (nórdica, alpina, mediterránea, armenia e hindú).

De acuerdo a esto la única unidad con sentido funcional es la casta, pues la raza o el tronco étnico son simples precisiones metodológicas. Pero aun sobre la primera nada indica que exista con total «pureza de sangre», no sólo porque los grupos civilizados actuales que conocemos y podemos estudiar científicamente son siempre híbridos, sino porque se sostiene con buen criterio que «solamente un grupo cuyas mujeres fueron tan horriblemente feas que produjeran repulsión y cuyos hombres llevaran su cobardía hasta el punto de no sentir el deseo de robar las mujeres de otra tribu, tendría probabilidad de conservar la pureza de la sangre» [11].

Acotemos, finalmente, que las bases para esas clasificaciones (forma de la cabeza, incluida la cara, color de la piel, pelo y ojos, fisonomía, textura del cabello, desarrollo del vello, abundancia de barba y estatura) sólo tienen un valor limitado y que habría que considerar todo el vasto problema de la herencia biológica.

Por otra parte, cabe mencionar la innegable historicidad de fac-

---

[11] LINTON: *Ob. cit.,* págs. 36 a 59.

tores o bases físicas o biológicas como las que agrupamos bajo los rótulos de naturaleza y clima.

En ciertos casos se aprecia «una naturaleza» artificialmente creada por el hombre, de la cual el ejemplo más notable es Holanda, y por otra parte, en buena parte, la raza es producto de la historia de un país.

La importancia de estos factores tiende a limitarse, en especial para las sociedades históricas civilizadas, pues como dijera Marc Bloch: «Más allá de los trazos sensibles del paisaje, los útiles o las máquinas, más allá de los escritos en apariencia más helados y las instituciones aparentemente más desconectadas de aquellos que las han establecido, están los hombres que la Historia quiere tomar» [12].

Por eso se ha tendido a valorizar de manera más significativa las bases psíquicas, o por lo menos la consideración de aquellos elementos o unidades de actuación como el 'individuo' o la 'sociedad' en los cuales confluye lo biológico con lo psíquico.

Por las mismas razones se destacan las instituciones, que obra del hombre terminan por modelar al hombre, en especial aquellas intemporales (por lo menos con referencia a una existencia humana) como son el Estado, el Derecho positivo, la opinión pública, la tradición o la fama.

Hay factores biológicos como el *sexo* y la *edad* que, al contrario de la raza, no han recibido una consideración muy señalada de parte de los especialistas.

Resultan de difícil clasificación, aunque habría que optar por llamarles bio-psíquicos, las llamadas *generaciones*, cuyo análisis puede encontrarse en autores tan distintos como Lorenz, Pitirim Sorokin, W. Pinder y Julián Marías.

PERSONALIDAD Y SOCIEDAD

De la naturaleza y de la raza podría aducirse que más que unidades de actuación del mundo histórico son meros supuestos físicos y biológicos de ese mismo mundo. No acontece lo mismo con los fenómenos de la vida humana, que son la carne viva de «lo histórico», la entraña de la historiografía.

Un primer problema es distinguir si existen en el mundo histórico fenómenos estrictamente individuales, actuaciones totalmente perso-

---

[12] *Ob. cit.*, págs. 3 y 4. Véase asimismo la útil obra de LUCIEN FEBVRE y L. BATAILLON: *La tierra y la evolución humana*, Barcelona, Cervantes, 1929.

nales, o si todos los fenómenos históricos son producto de la cooperación de muchos, es decir, se trata de hechos psíquico-sociales, resultantes de masas organizadas o eventuales.

Las dos soluciones extremas e intransigentes, adelantamos, se han presentado y corresponden a respectivas corrientes historiográficas.

Para la primera, la Historia en cuanto disciplina se ocuparía exclusiva o casi exclusivamente de las personalidades históricas; mientras para la segunda el papel del individuo en la Historia es mínimo y corresponde estudiar las entidades colectivas, siendo el personaje histórico por excelencia la sociedad.

La significación del individuo en la historiografía fue durante muchos siglos incontestable. Para la historia política que rige hasta el siglo pasado «la Historia se diluía en una suma de actos particulares y éstos tenían como autores precisamente a individuos» [13].

Así la historiografía medieval y la renacentista son ilustres ejemplos. De más está consignar que esta concepción sigue todavía asomando en ocasiones en malos textos.

En el siglo XIX hubo defensores sistemáticos de esa concepción. Así, por ejemplo, el famoso Carlyle, para quien la Historia sería la «quintaesencia de innumerables biografías...».

El filósofo alemán Nietzsche, autor de una notable diatriba contra la Historia, opinaba que «la Historia sólo se impulsaba por las personalidades vigorosas, que apagan por completo a las débiles». De más está señalar que el siglo XX, con el ascenso del fascismo, significó el reverdecimiento de estas ideas que hacen del análisis individual el centro de la historiografía.

Aunque la línea más prestigiosa de la historiografía del siglo pasado y el actual se haya manifestado en un sentido contrario, la tendencia que busca colocar en el centro y casi como único personaje del suceder histórico al Individuo, no solamente ha permanecido en pie, sino que ha prosperado recientemente gracias a la Psicología, la Psicosociología, la Política o la Caracterología.

En ocasiones, prestigiosos tratadistas de la teoría histórica, como es el caso de Dilthey, al colocar la autognosis y la vivencia como los pilares del conocimiento histórico, desembocan en la consagración de la *autobiografía* como la forma superior de estudio historiográfico.

Cabe entonces deducir que esta corriente no está terminada ni liquidada. Y puede augurarse una simbiosis de ambos conceptos extremos en fórmulas de transacción.

Por lo demás, cabe consignar que no todos aquellos que sostienen

---

[13] BAUER: *Ob. cit.*, pág. 93.

que los hechos sociales son el meollo del suceder histórico niegan al individuo. Historiadores de la talla de Karl Lamprecht dicen: «La Eminencia no es sino una personalidad de comprensión especialmente aguda para darse cuenta de las direcciones señaladas por la voluntad común, que se provee de ideas comunes, con fuerza para transformar esta comprensión en hechos.» Esto era repetir con distinta forma el conocido apotegma de Hegel: «El gran hombre es el gerente del espíritu universal.»

A propósito de «historia social» transcribimos conceptos de Monod y Plejanov que merecerían reiterarse aquí. Por otra parte, es conveniente tener presente el estatuto político-social del momento histórico de cada país.

La idea de *Sociedad* como unidad histórica aparece en el siglo XVIII con los autores del Iluminismo. Pero las intuiciones de Voltaire y Montesquieu hallaron confirmación y un campo histórico propio al plantearse la Revolución francesa de 1789 como típico movimiento de masas, fecundando la reflexión teórica en los distintos campos de las Ciencias Sociales.

Los progresos de la Sociología (Comte, Spencer, Tarde), de la Biología (Darwin), del Derecho (Savigny), de la Economía Política (Ricardo y G. Wallas), de la Pedagogía (Pestallozzi), hicieron penetrar para siempre en la Historia el concepto de hecho social, de sociedad y de masa.

¿En qué forma se presentan los hechos colectivos?, o dicho de otro modo, ¿cómo actúa la sociedad? Habría que distinguir primeramente los aspectos organizados de los accidentales. Los agrupamientos circunstanciales o accidentales y los permanentes de la vida histórica, es decir, las formas en que se encuentra solidificado el suceder histórico en instituciones, organizaciones, etc., frente a las formas variables, ya por intemporales (como las masas), ya por actuar en forma indirecta, osmóticamente; como la llamada influencia del medio.

Sobre las primeras hay que destacar el completo cuadro que presenta el sociólogo e historiador alemán Othmar Spann. Este habla de «vorgemeinschaftung» (comunicación) a la reunión de actos psíquicos y «vergenossenschaftung» (asociación) a la reunión de acciones encadenadas, unidas u opuestas. Típicas «comunidades» son, por ejemplo, la Ciencia, el Arte, la Religión y la Filosofía; mientras pueden citarse como «organizaciones» la asociación, familia, iglesia, prensa, ejército y trusts.

Corresponde destacar que son muchas las clasificaciones propuestas, pero no puede omitirse en mérito a su originalidad la ofrecida

por el sociólogo alemán Ferdinand Tönnies, de la cual la dada por Spann es una mera glosa. Tönnies publicó en 1887 un volumen intitulado «Gemeinschaft und Gessellschaft» *(Comunidad y sociedad)* que renovó todo este problema y superó la simple dualidad hegeliana de Sociedad y Estado en que se encontraba el pensamiento germánico.

Giddings ha propuesto la clasificación de sociedades compuestas (familia, tribu, horda, que corresponden a la comunidad de Tönnies) y sociedades constituidas (clan y Estado).

Cuando ambas formas de vincularse los hechos se funden, aparecen fenómenos unitarios como son: el Derecho, el Estado, la Nación. Estas son típicas «unidades de actuación del suceder histórico» y corresponde detenernos en su consideración, ya que existe además una rica bibliografía al respecto.

La *Nación* ha tomado buena parte del interés de los especialistas, impulsada en el siglo XIX y en Europa por los movimientos llamados justamente nacionalistas, y de los cuales los más conocidos son los que se producen en Alemania e Italia. Herder y los autores románticos hablaban de la Nación como «un organismo vivo» y Fichte la consideraba una unidad reconocible por la vinculación lingüística. Más tarde, bajo la presencia de Darwin, se habla de «una procedencia común y la raza», mientras la citada antropogeografía destaca el suelo y el clima como elementos básicos.

El famoso ejemplo de los judíos desmintió, sin embargo, esas premisas y entonces se orientaron las definiciones en el sentido de buscar la vinculación en un pasado histórico común y en el campo de la cultura. El mismo citado Spann habla de «la comunidad espiritual que se basa en la participación en la misma cultura» (Ciencia, Filosofía, Religión, Moral, costumbres, usos, artes).

Hegel había dicho que la Nación era «un titular del espíritu en su evolución dialéctica».

Es en Francia y con Renán que se acuña un nuevo enfoque del tema. Para él la nación se basa en «El reconocimiento de las grandes cosas realizadas en común en el pasado, y el deseo de seguir realizándolas en el futuro». La nación se basaría en una especie de consentimiento mutuo y por eso podría definírsela como una especie de «plebiscito cotidiano».

«El nacionalismo consiste en la aceptación de un determinismo; un nacionalista es un francés que se ha forjado conciencia de su formación» [14].

---

14 Véase *¿Qué es una nación?*, Buenos Aires, Elevación, 1946. De la derivación en BARRÉS de las ideas de RENÁN, ver de L. DUMONT WILDEN: *La evolu-*

Más recientemente la fundamentación de la Nación se ha puesto de nuevo en la raza, haciendo prácticamente de ambas un solo elemento histórico y dándole además un sentido político militante.

Un análisis penetrante y definitivo de estos temas corresponde a Rudolf Rocker en su obra *Nacionalismo y cultura*, donde procura demostrar que en el nacionalismo confluyen dos sentimientos esenciales de origen muy distinto. Por una parte, «el sentimiento del terruño», que es parte de la adhesión del hombre a la naturaleza; y por otra, la llamada «conciencia nacional» suscitada por el Estado en forma artificial. Esta «no es otra cosa —dice Rocker— que una creencia propagada por consideraciones políticas de dominio, creencia que ha sucedido al fanatismo religioso de los siglos pasados y se ha convertido hoy en el mayor obstáculo para el desenvolvimiento cultural. Esa ciega veneración de un concepto abstracto de patria no tiene nada de común con el amor al terruño» [15].

Hay unidades cuya aceptación se discute. Así, por ejemplo: Pueblo.

¿Se trata de un concepto meramente estadístico o tiene base funcional e ideológica propia? ¿Cabe considerarlo en un plano de igual criterio que la Nación, el Estado o el Derecho?

Al grupo de las formas variables corresponde asignar en primer término el concepto de *masa*. Este tema, desde la «Epoca de las revoluciones burguesas» en adelante, viene recibiendo una preferente atención de parte de los historiadores, pero más especialmente de los sociólogos profesionales (recordemos Gabriel Tarde, Tönnies, Graham Wallas), de los penalistas (Sighele, Ferri, Groppali y Rossi), de los psicólogos (Wundt, Le Bon), los psicoanalistas (Freud, Reik) y hasta de los filósofos (Simmel y Ortega y Gasset).

Se entiende por masa «toda muchedumbre de hombres, unidos estrechamente entre sí, ya en un espacio, ya espiritualmente y que está bajo la impresión de ideas de un mismo acento sentimental» [16].

Se observó que las particularidades de esos hombres difieren de los individuos que las componen individualmente. Hay «l'unité mentale de foules» caracterizada por Rossi por: *a)* ley del producto psíquico, por el cual la reunión de individuos no da un resultado igual a la suma de sus capacidades; *b)* la ley de la unidad mental, por la cual el pensamiento se resta y el sentimiento se suma; *c)* ley

---

ción del espíritu moderno, Santiago de Chile, Letras, 1938, pág. 94. En España tenemos a ORTEGA Y GASSET, que definirá la nación como una comunidad de propósitos de futuro.

[15] *Nacionalismo y Cultura*, Buenos Aires, Imán, 1942, págs. 226-7.

[16] *Ob. cit.*, BAUER, pág. 85.

hiper-orgánica, según la cual las almas se comunican lo más atávico que poseen; *d)* sobre sus relaciones internas. Tarde ofrecía como explicación la imitación, forma que, con la invención, son los dos momentos del mundo social; Le Bon, al prestigio y la sugestión; mientras Freud lo explica por la idea de la líbido y el super-ego [17].

Aunque participa de características de las unidades biológicas, la *familia* debe considerarse en este apartado.

También el *municipio*, que lo mismo que el *clan* o la *tribu*, por ser contemporáneos al Estado, no son debidamente tratados.

Modernamente han adquirido gran importancia unidades del tipo de la *secta*, el *sindicato* y la *clase social*.

Sobre esta última, a propósito de «Historia Social», en el capítulo XIII mostramos que su importancia es creciente en el léxico del historiador como consecuencia de los mismos hechos históricos.

Finalmente, no puede dejarse de citar entre este tipo de unidades la *iglesia*, vinculada a la religión o la magia, a que nos referimos más adelante, pero que tiene un claro sentido institucional en toda la historia universal.

FACTORES PSIQUICOS

Aquí podrían reunirse las llamadas «instituciones» insistentemente por autores como Lacombe y Langlois-Seignobos, cuyas clasificaciones deben reservarse en esta oportunidad.

El *Estado*, de acuerdo a la clasificación Tönnies-Spann, participa indistintamente de la Asociación y de la Comunidad, pero esto implica en cierto modo aceptarlo como una forma primigenia, contemporánea de todas las formas de Sociedad imaginables, como es por ejemplo el Derecho.

Nos parece más correcto considerarlo en forma separada dentro de los «factores psíquicos» por su acción sobre las formas históricas determinadas. El Estado fue estudiado primeramente como un organismo, en una aplicación de ideas biológicas al campo de los fenómenos sociales. Posteriormente se le ha denominado organización, lo mismo que la horda, el clan, la tribu, los partidos, las sectas o los gremios.

Más que en la Nación se aprecian en el Estado la vinculación de los dos grandes elementos de la clasificación Tönnies-Spann, comu-

[17] Véase *La Foule*, París, Centre International de Synthèse, 1934, interesante obra colectiva.

nicación y asociación, actos psíquicos y acciones, poseyendo por lo tanto leyes propias internas que hacen surgir una articulación especial de sus individuos integrantes, que no actúan como meramente adicionados.

El *Derecho*, por razones más claras todavía, corresponde integrarlo en las bases psíquicas, pues lo mismo que la Moral, los usos y costumbres, regula la acción social histórica. Su origen, de acuerdo a los tratadistas, se vincula por unos al espíritu de Justicia, a la equidad, mientras para otros es posterior al Estado, o surge conjuntamente con éste y por su omnímoda voluntad.

Otra unidad de actuación es el modo reflexivo de la conciencia social, que conocemos con el nombre de «opinión pública», y que se podría definir «como el resultado de la integración de las opiniones parciales, las actitudes de espíritu de una sociedad frente a un problema determinado».

Sus órganos son la conversación, la tribuna, la prensa, las comunicaciones en general y los espectáculos. Sus funciones: *a)* ser fundamento psíquico de una organización social; *b)* base para la modificación de la estructura por el mismo grupo; *c)* medio de controlar y disciplina del grupo sobre sus mismos individuos.

En el desarrollo cultural habría tres formas o modalidades: el *tradicionalismo*, que se aferra a las formas antiguas; el *radicalismo*, que busca significaciones nuevas y suele exigir además que se emitan formas nuevas de conducta, y la *reorientación* o *(reformismo)*, que propugna la adaptación de las formas y significaciones antiguas a las circunstancias de la vida [18].

La *tradición* —de tanto interés para el estudio de ciertas culturas históricas— es la opinión pública pasada, y como han observado los sociólogos, su autoridad está en razón directa de su antigüedad.

Un carácter complejo ofrecen unidades de actuación como la *magia* y la *religión*, que aparte de tener características psíquicas colectivas, se basan en instituciones de tipo colectivo. Es también el caso de la *educación*, considerada ya como la forma que una generación transmite el bagaje de sus conocimientos a la nueva promoción generacional, ya en el sentido restringido del conjunto de las técnicas pedagógicas que se utilizan en las escuelas. Más difíciles de precisar, pero no menos importantes en ciertos casos, son unidades como la *fama* («la apariencia, la luz con que vieron los contemporáneos una realidad, y con la que se vio más tarde, ya que las ilusiones tienen

---

[18] Págs. 32 y ss. de R. TURNER. *Las grandes culturas de la humanidad*, traducción de F. DELPIANE y R. IGLESIA, México, Fondo de Cultura Económica, 1948.

igualmente su Historia», como lo define Bauer); también el *simbolismo* (sentido especial de una cosa real para una sociedad o grupo determinado); el *prestigio* (ya sea opuesto a la autoridad, ya complementando a ésta); el *carisma* (tipo de autoridad que no deriva ni de la fuerza ni del consentimiento democrático); la *utopía* o *el ideal social* (en el específico campo de las ideas) o el *espíritu del pueblo* (que como psicología popular que explicara Wundt es la base del lenguaje, el mito y la costumbre).

XIII

EL CAMPO DE LA HISTORIA

La fijación del objetivo concreto de la historiografía, su contenido, límites y atribuciones es uno de los temas más estudiados en los últimos tiempos. En este sector se han registrado grandes transformaciones en las últimas décadas, como consecuencia de los progresos de la técnica de investigación y exposición, pero especialmente de la noción teórica de *hecho histórico.*

Es prematuro decir que la Historia se ocupa exclusivamente de la historia de las sociedades humanas, y por tanto no le atañe el campo de la Historia Natural (de la geología, de la vida animal, incluso social, etc.).

El tema puede plantearse desde diversos ángulos. Haciendo abstracción de etapas más inferiores puédese destacar que durante el siglo XIX y el actual se ha entablado una batalla entre la Historia como Historia Política y la Historia como Historia de la Cultura. Pero además hay que considerar la historia social, la historia económica y la historia de las ideas que pertenecen a las adquisiciones más recientes de la historiografía.

Por otra parte, el tema puede plantearse en el plano de su alcance geográfico material y examinar las posibilidades de la Historia Nacional y de la Historia Universal o General.

Finalmente, también podría examinarse, no exactamente en cuanto al contenido, sino al enfoque, la evolución que lleva de la *historia narrativa* a la llamada *historia sociológica.*

Antes de estudiar todos estos temas, digamos que las premisas de la conceptuación histórica en esta materia no se reproducen automáticamente en los libros de divulgación, y en especial en los textos universitarios, que siguen muy retrasados en relación a los progresos de la teoría de la Historia.

LA HISTORIA POLITICA

La mayor parte de las obras históricas que conocemos se afilian a este sector de la historiografía, que era dominante hasta mediados del siglo pasado.

Las razones de esta prioridad, esquemáticamente, podrían ser las siguientes:

a) Los hechos políticos son más definidos o perfilados que los demás hechos sociales.

b) Estos hechos corresponden a los más prestigiosos entre las minorías dirigentes.

c) Un elevado número de historiadores son ellos mismos políticos.

Tanto en los grandes como en los pequeños historiadores de la mayor parte de la historiografía universal, encontramos la idea de que el objeto fundamental del estudio de la Historia son los hechos políticos. Estos pueden ser:

1) El estudio del Estado o de los gobiernos particulares. Seeley decía: «La Historia es la biografía de los estados.»

2) El estudio de la vida política en general. Según Freeman, «la Historia es la política del pasado».

3) Los titulares concretos de las tareas gubernativas o los protagonistas de los grandes hechos políticos (héroes o próceres) [1].

En ocasiones aparece amalgamada, y con posibilidades escasas de diferenciación, con la idea de que la unidad fundamental del mundo histórico es el individuo y que las personalidades, las Eminencias, los Próceres o los Héroes, son el motor de la Historia. Las razones que hacen todavía actual esa corriente interpretativa en el siglo XX, también explican ampliamente la supervivencia de la idea que hace del objeto de la Historia la Política de un sentido estricto.

4) La concepción política totalitaria representa un incentivo para el interés por el tema político, y por ende por los temas historiográficos similares, al reducir el conjunto de la comunidad social al Estado, y éste, en ocasiones, a un Líder.

5) Una acción similar realiza la supervivencia en nuestra época de estructuras nacionales, a menudo influidas de ideas de expansión imperial. Arnold J. Toynbee ha sistematizado esto diciendo al iniciar su *Estudio de la historia* lo siguiente: «En cualquier época de cual-

[1] Véase PAUL FREDERICK: *History is past politics and politics present History,* Baltimore, 1890.

quier sociedad el estudio de la Historia, tal como las demás actividades sociales, está gobernado por las tendencias gobernantes del tiempo y el lugar», y más adelante: «Otra institución que ha compartido pacíficamente con el sistema industrial la adhesión de los historiadores occidentales modernos es el Estado soberano, inspirado en nuestra edad *democrática* por el espíritu de nacionalidad...», éste es «un agrio fermento del vino nuevo de la democracia en los odres viejos del tribalismo» [2].

6) Otra senda de la Historia como Historia Política es aquella que parte de una acepción amplia de Política, que compartiera Aristóteles cuando calificaba al hombre de *animal político*. Es decir, como sinónimo de gregario, o en un sentido más reducido, del conjunto de asuntos relacionados con el interés público. Esta consideración sobrepasa la más estricta de Política, que hace referencia exclusiva al Estado.

Así en ella cabe el estudio de las comunidades y sociedades no-gubernamentales, el análisis de la opinión pública, la tradición y los fenómenos de muchedumbre.

7) Finalmente, la Historia como Historia Política, aun después del surgimiento de la Historia como Historia de la Cultura, procura mantenerse como un estilo o método de trabajo del historiador, basado en el hecho intrínseco de que a su juicio la historia política «es la unidad más alta y que, dentro de ella, abarca la historia social y cultural» (Félix Rachealh).

LA HISTORIA CULTURAL

«El campo de la Historia se ha ensanchado gradualmente hasta incluir todos los aspectos de la humanidad. El crecimiento de las naciones, las proezas de hombres de acción, el auge y la caída de los partidos continúan siendo los temas que más absorben al historiador; pero ahora su red se lanza más lejos y abarca todo el panorama de la ciencia y el arte, la religión, la literatura y el derecho, las condiciones materiales de la vida, las vicisitudes de las masas, todos estos problemas reclaman hoy su atención en no menor grado. Debe contemplar la vida con ecuanimidad y verla en conjunto», dice G. P. Gooch en su conocida obra *Historia e historiadores en el siglo XIX* [3].

[2] *Ob. cit.*, págs. 23 y 31.
[3] *Ob. cit.*, pág. 587.

En el Renacimiento Juan Luis Vives y Páez de Castro plantearon la posibilidad de una historia no confinada a las hazañas de los reyes.

El estudio de los aspectos no-políticos de la civilización, o de la cultura, fue iniciada en el siglo XVIII por Voltaire, que en *El Siglo de Luis XIV* trazó por primera vez un retrato de una nación entera, mientras en *Ensayo sobre las costumbres*, intenta la primera historia de la civilización.

Iniciados esta clase de trabajos por Voltaire, continuados por Herder, Robertson, Gibbon, Justus Möser, alcanzan el siglo XIX con Guizot y Treitschke, para citar solamente los nombres más ilustres.

El estudio de la Antigüedad, donde un material reducido facilitaba visiones de conjunto, alentó primero la Filosofía clásica, y trabajos como los de Winckelman, que trató la historia del arte antiguo como una revelación del espíritu griego.

Pero la historia cultural sólo fue posible después de producirse el desarrollo de nuevas disciplinas científicas como la Historia del lenguaje, del Derecho y del Arte, y la colaboración del interés romántico por lo popular o folklórico.

Berr y Febvre hacen estas precisiones sobre el tema: «En la síntesis de reconstitución los historiadores han adoptado dos actitudes diferentes: la de Historia política y la de Historia cultural. De esta división ha surgido una lucha que ha sido vigorosa especialmente en Alemania, en relación al ataque a las teorías de Karl Lamprecht y que todavía no ha terminado del todo. A la idea de que el Estado desempeña un papel preponderante en la vida del pueblo, que los actos de los gobiernos, los actos de política interna, de diplomacia y de guerra constituyen el centro de la Historia, se ha opuesto la tesis de que el objeto de la Historia es la civilización. Esto es, un conjunto de hechos en muy distintos planos, entre los que los hechos económicos e intelectuales son de primera importancia. La historia política, descendiente directa de la historia pragmática —tan brillantemente representada por Tucídides, Polibio, Tácito y Maquiavelo—, que concierne con los *affaires* de los hombres de Estado y que está orientada hacia la acción política, ha perdido parte de su prestigio. La Historia tiende a abarcar la vida en la totalidad de sus aspectos y así unir todas las disciplinas especiales y las llamadas ciencias históricas que han surgido del análisis» [4].

Bauer distingue las siguientes grandes corrientes en la historiografía del siglo XIX:

I) En Alemania la «kulturgeschichte» triunfa desde mediados

---

[4] *History*, ob. cit.

de siglo con los nombres de W. H. Riehl, Gustav Freitag y Johannes Janssen, como una suerte de *sociología histórica.*

II) Una segunda corriente es de inspiración histórica positivista, de tipo científico-natural, como en Buckle, Taine, y en Alemania con Karl Lamprecht y Kurt Breysig [5].

III) Una posición especial que merece tratarse aparte es la del suizo Jacob Burckhardt, y de autores modernos como Walter Goetz y J. Huizinga, que de alguna manera se afilian a esta corriente.

IV) Finalmente, y en un plano de inferior consideración técnica, autores que se acogen a la definición de G. Steinhausen, que atribuye a la historia de la cultura como tarea, «de entre todo el material existente para el conocimiento histórico de una época determinada, fijar lo que sea característico de los hombres de tipo medio».

LOS HISTORIADORES DE LA CULTURA

Resulta interesante fijar varios conceptos sobre algunos de los autores citados más importantes y cuyas obras nos son más conocidas.

Esta segunda premisa no se cumple especialmente con W. H. Riehl y Gustav Freitag, cuya importancia, sin embargo, es enorme en la bibliografía alemana, y todavía en la universal como iniciadores de la historia de la cultura.

El citado en primer término desarrolló una amplia labor de conferencias, y publicó dos grandes obras: *Historia natural del pueblo alemán* y *La tierra y el pueblo de Baviera,* en las cuales desarrolló la idea de una relación orgánica entre la naturaleza y el hombre. En él la cultura se entiende prescindente de la política, y centró sus estudios en la vida popular y artística.

Gustav Freitag publicó a partir de 1852 sus *Escenas de la historia alemana* en cinco volúmenes, y posteriormente una verdadera «novela-río», *Los antepasados.* Se empeñó en reconstruir la vida histórica de su pueblo, valorando las costumbres y modos de vivir diarios. Los hechos de la política, y aún los grandes personajes dirigentes del Estado o la vida pública (Federico Barbarroja, Lutero, Federico el Grande, etc.) ocupan también un sitio fundamental en su obra.

---

[5] Sobre Buckle y Taine existe una amplia bibliografía. En cuanto a Lamprecht, CASSIRER: *El problema del conocimiento,* México, Fondo de Cultura Económica, 1948, cap. VI, libro III, y los artículos de Lamprecht, en RSH; FRITZ WAGNER: *La ciencia de la historia,* México, Universidad de México, 1958, cap. IV de la quinta parte.

Más rico y original es el aporte del suizo Jacob Burckhardt, de quien G. P. Gooch dice: «Llamaba más bien la atención sobre la vida del espíritu. Su tema era el pensamiento y la conducta, la religión y el arte, la erudición y la especulación, la reconstrucción del ambiente mental y moral del pasado. Así como Riehl amaba al campesino, Burckhardt amaba la élite» [6].

En su cátedra en la Universidad de Basilea (1845 a 1897) y en sus grandes libros como *El tiempo de Constantino el Grande* (1853). *La cultura del Renacimiento en Italia* (1860), *Historia del Renacimiento en Italia* (1867), e incluso en obras póstumas como *Historia de la cultura griega* (1898-1900) y *Reflexiones sobre la historia universal* (1905), concibe la cultura como «la suma de aquellas evoluciones del espíritu que se producen espontáneamente y no reclaman validez coactiva o universal»... «es asimismo el proceso que a través de millones de formas hace que los actos simplistas y raciales se conviertan en un poder reflexivo hasta llegar a su fase última y suprema, la ciencia y, especialmente, a la filosofía, a la pura reflexión» [7].

Es difícil, por no decir imposible, resumir el aporte de un pensador al tiempo tan original de una personalidad tan rica (Alfonso Reyes lo parangona con Erasmo y Montaigne) y una obra tan importante.

El ensayista Alfonso Reyes, prologando la obra citada, dice: «No hace falta compartir todas y cada una de las tesis de Burckhardt (anticipémonos a la pedantería y a la pasión) para confesar sus muchas sugestiones fecundas; para admirar su concepción universal, liberada de la imantación nacional y la cronológica; para admitir su método de ataque y análisis; o reconocer su clara visión de apogeos, decadencias y analogías, que tanto ayudan a entender las marcas históricas y que rectifican los candores del evolucionismo progresista y lineal; o su psicología social, donde la sagacidad destella al rojo-blanco; o su valiente aceptación del mundo tal como nos ha sido dado; o su reserva ejemplar sobre el derecho que nos asiste para despreciar la victoria práctica.»

En el campo más cerrado de la labor historiográfica G. P. Gooch cierra su estudio diciendo:

«Para (él) la vida interior era más interesante y más importante

---

[6] *Ob. cit.*, págs. 576-7.

[7] *Reflexiones sobre la historia universal*, México, Fondo de Cultura Económica, 1943, pág. 67. En esa obra véanse los trabajos alusivos de Alfonso Reyes y Rudolf Marx, así como el prólogo de Walter B. L. Bose al libro *Rubens*, Buenos Aires, Emecé, 1950.

que el mundo externo de las formas y las instituciones, las cuales, en realidad, valorizaba sobre todo como productoras de condiciones favorables para la expresión de aquélla. Su poder de penetrar en el alma de una época e interpretar su enigma fue lo que suscitó el entusiasmo de Taine. Era tan personal que nunca formó escuela. Pero ¿dónde está el historiador que haya emprendido la interpretación de la psicología de una edad o de un pueblo y que no haya bebido ávidamente en su manantial?» [8].

J. Huizinga no solamente fue autor de importantes obras en el mundo de la historia de la cultura *(El otoño de la Edad Media, Erasmo o Rubens)*, sino además en el de la Teoría de la Historia *(El concepto de la historia u otros ensayos, Sobre el estado actual de la ciencia histórica* y parcialmente *En los albores de la paz)*.

Uno de sus críticos, y a propósito de la primera obra citada, expresa: «La comparación de un cuadro o una vidriera historiada ha salido espontánea —acaso más exacto sería pensar en una sinfonía, tanto más que él mismo emplea a menudo una terminología musical—. La Historia, según él se la figura, es una serie de grandes conciertos polifónicos, cada cual regido por un tema dominante acompañado por otros motivos menores, en una secuela de infinitas variaciones, de inesperados desenvolvimientos y retornos. El historiador, lo mismo que el entendido en música, debe saber distinguir y seguir los hilos de la trama sutil, recogiendo y saboreando al mismo tiempo el efecto indecible del conjunto» [9].

Es sugestivo seguir de mano de Huizinga los problemas de la historia de la cultura, que «se distingue de la historia política y de la historia económica en el sentido de que sólo es acreedora a su nombre si sabe mantenerse consciente de su orientación hacia lo profundo y lo universal. El estado y la vida económica existen como un todo, pero existen al mismo tiempo en sus detalles. La cultura, en cambio, sólo existe como un tódo. El detalle histórico-cultural tiene su lugar adecuado en el campo de los usos y las costumbres, en el terreno del folklore, de las antigüedades, y degenera fácilmente en curiosidad... Ni siquiera pueden interpretarse como historia de la cultura en el pleno sentido de la palabra la historia del estilo y la historia del espíritu. Para ello es necesario que procedamos a destacar

---

[8] *Ob. cit.*, págs. 579-80.

[9] CARLO ANTONI, Madrid, «Revista de Occidente», t. XLIX. Véase asimismo nuestro trabajo *El pensamiento de Huizinga sobre los siglos XIV y XV*, 2.ª ed., Montevideo, La Casa del Estudiante, 1952, incluido en *La Historia y la novela*, etc., ob. cit., cap. VII. De TH. MONGLOND: *Les dernières années de Johan Huizinga*, pág. 343, t. I, de Melanges Lucien Febvre, *ob. cit.*

las formas de vida, las formas de creación y las formas de pensamiento» [10].

En estos últimos párrafos se aprecia el nuevo sesgo que Huizinga, incluso en oposición a Busckhardt, da al concepto de historia de la cultura, cuya misión sería la de dotarnos de una morfología del pasado humano.

LA DEFINICION DE CULTURA

Débese destacar que si hemos preferido señalar la Historia política y la Historia cultural, éstos no son términos totalmente incompatibles. G. P. Gooch cierra su libro con estas palabras:

«Si la historia política y la de la cultura han aparecido a veces como antagónicas es porque se las ha definido con demasiada estrechez. Ambas son necesarias —e igualmente necesarias— para alcanzar la meta, que es nada menos que el relato y la interpretación de la vida de la humanidad. El tiempo ha disipado las nimias acusaciones y suavizado las airadas envidias de las escuelas rivales. La una no está más obligada a desdeñar las condiciones, que la otra a desdeñar los individuos. El método varía con el tema; pues la civilización es el fruto del esfuerzo y la hazaña que trabajan en muchas direcciones» [11].

El problema se ha trasladado a la definición de los conceptos de Cultura, Civilización y Política, pues el mismo Estado y la historia política en general pueden considerarse desde un punto de vista histórico-cultural. Es decir, están comprendidos y en una categoría significativa, junto a los demás fenómenos de la vida histórica [12].

El problema surgiría de interpretar como algunos autores —así Rudolf Rocker entre los germanos— que Estado y Cultura «se consideran como dos formas de fenómenos de la comunidad de vida humana separados entre sí».

El tema de la definición de la Cultura y la Civilización ha preocupado hondamente a historiadores, sociólogos y filósofos.

Simmel, por ejemplo, define la Cultura como «aquella perfección del alma que no llega por sí misma a su culminación de un modo inmediato, como sucede en su profundidad religiosa, pureza moral,

---

[10] *El concepto de la historia y otros ensayos*, ob. cit., págs. 22 y 23.

[11] *Ob. cit.*, pág. 589.

[12] Una síntesis de los puntos de vista más importantes, de una originalidad que desborda estas simples precisiones, se disimula en el libro de J. HUIZINGA: *En los albores de la paz*, Barcelona, Janés, 1946, págs. 11-23 y 138-148.

creación primaria, sino dando un rodeo en torno a la creación del 'trabajo genérico' histórico-espiritual, la senda cultural del espíritu subjetivo atraviesa por la ciencia y por las formas vitales, Arte y Estado, profesión y conocimiento del mundo, y vuelve a sí misma, sólo que más elevada y más perfecta».

Es evidente que esta definición y cualquier otra de este tipo no es útil a los efectos de nuestra disciplina, y así han surgido intentos orgánicos como el realizado por el Centre de Synthèse de París bajo la dirección de Lucien Febvre [13].

Apelando a las definiciones más usuales y procurando ordenar esa problemática, podríamos decir que en materia de definiciones de *Cultura* hay aquellas encaradas con un criterio cuantitativo.

Así tenemos los tratadistas alemanes, para quienes la Cultura es la suma de los conocimientos y las acciones humanas (incluyendo, por lo tanto, junto a las creaciones materiales, las espirituales). Recuérdese a estos propósitos a Rickert.

Frente a ésta se ha sostenido en Francia que Cultura es el conjunto de creaciones espirituales solamente.

Otras teorías procuran la definición sobre la base de elementos cualitativos. Así se habla de Cultura como el conjunto de las ideas vivas de un momento histórico determinado (Ortega y Gasset), o como la creación humana inspirada en la libertad (Rocker).

Civilización es usada a menudo como simple sinónimo de Cultura. Así, G. P. Gooch titula el capítulo donde estudia los autores de la «kulturgechichte» como «historia de la Civilización»». En ocasiones se utiliza como complemento de Cultura, y tenemos los tratadistas franceses que encuentran el concepto el reverso material complementario de *su cultura*.

Los sociólogos le han dado una acepción más técnica al término. Morgan separaba entre los pueblos primitivos a los Salvajes, los Bárbaros y los Civilizados. Estos últimos eran aquellos que habitaban en ciudades («civis» en latín), dominaban su medio natural por el uso de la metalurgia del hierro y conocían la escritura [14].

Si aceptamos la primera de las definiciones de Cultura y la última

---

[13] Febvre, Mauss, Tonnelat, Niceforo: *Civilization. Le mot, et l'idée*, París, Centre International de Synthèse, 1930, no puede dejar de consultarse, que continúa E. Benveniste, págs. 47-54, t. I de *Eventail de l'Histoire Vivante*, París, Colin, 1955.

[14] En la sociología sistemática moderna estos temas han tenido tratamiento cuasi exhaustivo que —lo mismo que decíamos de Huizinga— debemos prescindir para no perder el carácter de esta obra. Recordemos a los Weber, Freyer, Mannheim, y en la literatura anglo-sajona a Ginsberg, Giddings y Lewis Mumford.

de Civilización, podríamos hablar de la «cultura del hombre magdaleniense» y de la «civilización griega», sin perjuicio de entender en este caso que ambos términos (Cultura y Civilización) se refieren a un mismo hecho histórico.

Para terminar, destaquemos cómo coinciden en la apreciación favorable de la *Historia como Historia de la Cultura* las diversas escuelas. La corriente positivista ha tenido en este campo algunos de sus exponentes más brillantes; y de sus obras más destacadas, es explicable que W. Bauer —partiendo del campo de las Ciencias del Espíritu— diga concretamente:

«Una investigación histórico-espiritual apoyada sobre bases histórico-críticas está llamada a prestar a la Historia de la Cultura su espina dorsal científica que amenazaba romper las apresuradas generalizaciones de los positivistas y de los diletantes de la ciencia natural» [15].

HISTORIA SOCIAL, HISTORIA ECONOMICA, HISTORIA DE LAS IDEAS

Las transformaciones revolucionarias de la industria moderna desde el siglo XVIII y las grandes revoluciones que se inician en ese mismo siglo han llevado al primer plano el problema de la sociedad y el estudio de los hechos sociales.

Mientras que las épocas precedentes habíanse caracterizado por la acción de minorías, esta nueva época da paso a las masas, las clases sociales o las naciones actuando en forma corporativa. En puridad las masas y las minorías siempre fueron y serán las protagonistas de la Historia, y la afirmación anterior solamente significa que las élites aparecían aparentemente como las únicas protagonistas del proceso histórico. Tampoco debe deducirse que a partir de 1789 solamente corresponde el estudio de entes sociales colectivos, pues también son manifestaciones histórico-sociales de interés, manifestaciones aparentemente individuales. Una nueva historia o un nuevo objeto se planteaba a los historiadores: la historia social.

Dos grandes corrientes se esbozan en ésta. Por una parte, la que incluye Bauer con los tratadistas germánicos, entre las variantes de la *historia de la cultura*, y es el estudio de la *vida social*. Una de sus mejores representantes inglesas, Eileen Power, lo describe con estas palabras:

«Durante mucho tiempo los historiadores creyeron tontamente

15 *Ob. cit.*, pág. 104.

que sólo eran historia los reyes, las guerras, los parlamentos y el sistema jurídico; gustaban de las crónicas y de las actas del Parlamento y no se les ocurría siquiera ir a buscar en los polvorientos archivos episcopales los grandes libros en que los obispos medievales registraban las cartas que escribían y todos los complicados asuntos que se les presentaban en el gobierno de sus diócesis. Pero cuando los historiadores pensaron acudir a estas fuentes, encontraron una mina de preciosa información referente a casi todos los aspectos de la vida social y eclesiástica» [16].

En esta clase de libros se estudia *la vida cotidiana,* la existencia no política y en ocasiones incluso no cultural (en el sentido de cultura intelectual) de los distintos grupos o clases de una época determinada.

Muy distinta es la historia social tal como resulta, por ejemplo, de las ideas de aquellas ideologías que entienden, como es el caso de Marx, que las clases son las protagonistas de la Historia. Para estos autores los personajes individuales pasan a segundo plano o simplemente desaparecen de la consideración del estudioso, pues «la historia de la sociedad, justo hasta hoy, es la historia de la lucha de clases», Marx.

Antes de entrar al estudio de esta corriente, digamos que comparte con la anterior la afirmación de Monod: «Los historiadores se han acostumbrado demasiado a prestar exclusiva atención a las manifestaciones brillantes, ruidosas y efímeras de la actividad humana, a los grandes acontecimientos y a los grandes hombres, en lugar de presentar los grandes y lentos movimientos de las condiciones económicas y de las instituciones sociales que constituyen la parte verdaderamente interesante y permanente del desarrollo de la humanidad, la parte que, en cierta medida, puede ser sintetizada en leyes y sometida hasta cierto grado a un análisis exacto. En efecto, los acontecimientos y las personalidades destacadas lo son precisamente como signos y símbolos de diferentes etapas de dicho desarrollo. En cambio, la mayoría de los acontecimientos llamados históricos son para la verdadera historia lo que para el movimiento profundo y constante del flujo y reflujo las olas que nacen en la superficie del mar: brillan un momento con su luz viva y van a estrellarse luego contra la costa arenosa, desapareciendo sin dejar huellas» [17].

Volviendo a la historia social, tal como la conciben los marxistas, citemos a un epígono de Marx, a Plejanov, quien nos dice:

---

[16] *Gente de la Edad Media,* Buenos Aires, Nova, 1945, pág. 79.

[17] Ver *De la Méthode dans les Sciences,* París, Alcan, 1920, Première Série, págs. 367-410 *(Histoire).*

«La historia es hecha por el ser social, que es un *factor* único. El ser social crea él mismo sus relaciones, es decir, las relaciones sociales. Pero si en un momento dado crea precisamente tales relaciones y no otras, esto no sucede, naturalmente, sin su causa y razón; se debe al estado de las fuerzas productivas. Ningún gran hombre puede imponer a la sociedad relaciones que *ya* no corresponden al estado de dichas fuerzas o que *todavía* no corresponden a él» [18].

Anotemos que los llamados «hechos políticos» pasan a considerarse político-sociales, y se interpretan no de acuerdo a las motivaciones individuales, sino al origen social o los intereses que representan. La Política se convierte en un aspecto de la sociedad. Así el Estado es visto por el mismo Marx como «el gerente de la dominación de la clase burguesa», destinado a desaparecer y ser conocido en «un museo de antigüedades junto al hacha de bronce o la rueca de hilar» el día que se instaure una sociedad sin clases (Engels).

Recientemente existe una importante escuela de historia social que en Francia tiene autores tan conocidos y prestigiosos como Lucien Febvre, Fernand Braudel, Charles Morazé, Edouard Dolléans, Georges Bourgin y Ernest Labrousse.

Estos autores, así como diversas sociedades de especialistas de Italia, Holanda, Suecia, etc., han animado las actividades de la Comisión de Historia de los Movimientos Sociales del Comité Internacional de Ciencias Históricas [19].

Después de la reunión de París (1953) y en ocasión del X Congreso Internacional de Ciencias Históricas en Roma (1955), este grupo de especialistas celebró su segundo coloquio internacional, y cambió su denominación adoptando la de Comisión Internacional de Historia de los Movimientos Sociales y de las Estructuras Sociales.

Entre las actividades de sus miembros se cuenta el estudio de los movimientos sociales como las revoluciones, los movimientos agrarios, la organización sindical, etc.

Pero asimismo —y por iniciativa de Labrousse— se interesa por el estudio de los fenómenos de estructura social, de las distintas clases sociales —especialmente la burguesa— de las sociedades históricas.

Debemos observar que para el marxismo no se trata de hacer una *historia social*, sino que entiende que la Historia debe plantearse en

---

[18] J. Plejanov: *El papel del individuo en la Historia*, Moscú, Lenguas extranjeras, 1946, págs. 46-47.

[19] Denise Fauvel-Rouiff: *Compte rendu du colloque organisé par la Commission d'Histoire des Mouvements Sociaux*, París, «Revue d'Histoire Economique et Sociale», 1954.

una escala social. En segundo lugar que, como la explicación o la causalidad histórica es predominantemente económica, con el mismo derecho podría hablarse de una *historia económica.*

Un autor no marxista como Charles Morazé ha planteado justamente la posibilidad de una *historia económica,* pues «el conocimiento de las condiciones generales de la vida humana debe preceder al estudio de las cuestiones sociales, y a ese título la historia económica debe ser primordial»[20].

«Nuestra historia —agrega— será la de la evolución del conjunto de las condiciones materiales de los hombres, de las causas psíquicas y humanas de esas condiciones, de sus consecuencias sobre el desenvolvimiento de la sociedad y de las normas de la psicología individual y colectiva»[21].

Morazé ha explorado las posibilidades de este campo, cuyos dominios no pueden confundirse con los de la antigua Economía Política, pero donde se percibe la influencia de François Simiand y su famoso libro *Le salaire, l'evolution sociale et la monnaie.*

Por «historia de las ideas» se han entendido diferentes cosas. Para la corriente idealista en la interpretación histórica éstas eran fundamentales, pero estaban restringidas a las ideas políticas o religiosas.

Por otra parte, los estudiosos de la «historia de la filosofía», «de la estética» y «de la literatura» han producido trabajos que se conectan a este rubro general, aunque tangencialmente.

Contemporáneamente, y vinculado al concepto de «Historia como historia de la cultura», han surgido estudios sobre la evolución de la ideología, ya sea en un plano universal, nacional o local.

Libros como el de Groethuysen, *La formación de la conciencia burguesa en Francia durante el siglo XVIII;* Meinecke, *Historia de la razón de Estado;* M. Bataillon, *Erasmo en España;* Edmundo O'Gorman, *La idea del descubrimiento de América;* L. Febvre, *Rabelais,* o los de Cassirer o Whitehead, ilustran el nuevo sesgo de la *historia de las ideas.*

Una polémica reciente entre Bataillon-O'Gorman permite definir la existencia de dos métodos en este tipo de historia:

«Mi método —dice Bataillon— empírico, a tientas, consiste en leer los viejos autores, todos cuantos me sean accesibles, para tratar de comprender lo que cada uno ha dicho y ha querido decir sobre la cuestión; en inquirir por las concepciones histórico-geográ-

[20] *Introduction a l'histoire économique,* París, Colin, 1948, pág. 9.
[21] *Ob. cit.,* pág. 21.

ficas, comunes o personales, implicadas en sus relatos; en no cerrar los ojos si me parece percibir intenciones extrañas a la elucidación objetiva del problema.

»Su método (de O'Gorman) es el de un lógico seguro de sí mismo que, ante todo, intenta determinar 'la condición de posibilidad' de cierta idea, que luego cree ver cómo se actualiza esa idea posible y después encamina el estudio de las ideas de cada autor hacia aquella idea supuestamente actualizada»[22].

La historia de las ideas —expresábamos en un trabajo alusivo— «viene cobrando en el siglo actual una importancia considerable y plantea a la historiografía, en algunos aspectos, similares a los provocados por la irrupción de la historia de la cultura en el siglo XIX».

Sus grandes temas son la consideración de la ideología (nacional, de clases o de corporaciones), el estudio pormenorizado de las distintas manifestaciones políticas, filosóficas, estéticas, religiosas, científicas, sociales, etc., y su inserción en el mundo histórico, sus orígenes sociales y su resonancia histórica.

En cierto sentido, Burckhardt y Huizinga —de quienes hemos hablado como «historiadores de la cultura»— podrían incluirse en este grupo.

Su porvenir es muy grande, pero no suponen una visión totalizadora de la Historia, sino parcial, aunque en un sentido distinto que la dominante en la Historia Política o la antigua Historia Sagrada.

DE LA HISTORIA NACIONAL A LA HISTORIA UNIVERSAL

En cada época se ha hecho la Historia a la medida de las experiencias inmediatas del mismo historiador. Casi siempre ha sido historia local, o a lo sumo historia nacional, salvo en aquellas oportunidades en que los mismos acontecimientos que viven los *historiadores-actores* les impulsan a emprender atisbos de *historia universal*.

Así Herodoto y Tucídides en la Atenas clásica, Polibio en el siglo II a. C., del Mediterráneo, o Maquiavelo y Guicciardini en el Renacimiento itálico.

Polibio contraponía la Historia Universal a los libros de los «escritores de cosas particulares que se sienten llevados a hacer grandes las

---

[22] Pág. 96. De *Dos concepciones de la tarea historiográfica*, por Bataillon-O'Gorman, México, Imprenta Universitaria, 1955. Ver también la opinión del historiador mexicano, en págs. 107-110.

cosas pequeñas y a dedicar largas exposiciones a anécdotas indignas de recordación por defecto de criterio» [23].

El fundamento de la Historia Universal es la idea de que es imposible concebir aisladamente la Historia en un marco local, regional o nacional, por las interdependencias o interacciones históricas. Las guerras, el comercio, las emigraciones, los contactos culturales, etcétera, unen a los pueblos y trazan entre ellos líneas comunes, por encima de fronteras políticas o administrativas. Al hacerse la historia cultural, social-económica o ideológica, son más notables y claros esos contactos.

Las primeras «historias universales» comprendían los hechos relacionados con los países del Mediterráneo o del Cercano Oriente. Posteriormente, en el Renacimiento, comienza a hacerse la historia de Europa y recién modernamente se ha intentado como Historia Universal la Historia de la Civilización Occidental, y todavía es más nueva la tentativa de una Historia Universal que efectivamente comprenda todas las regiones del mundo.

Para estudiar al más conocido de los historiadores vivientes, A. J. Toynbee, digamos que cuando al iniciar su trabajo pretende fijar el campo del estudio histórico, toma la historia de su propio país (Inglaterra) como piedra de toque, llegando a la conclusión que una historia nacional aislada —y aun tratándose de un país importante— no es un «campo inteligible de estudios históricos». A su juicio, debemos escoger por campo una unidad mayor que la nación, que sería la *Sociedad Occidental* en el caso de Inglaterra.

Por eso considera «relaciones pronvincianas» las que desarrollan varios países entre sí, y solamente internacionales las relaciones ecuménicas entre las sociedades mismas [24].

El problema de la determinación del campo histórico en este aspecto está íntimamente vinculado al tema del «hecho histórico» que tratamos antes.

Pero una Historia Universal «es una tentativa para salir de la historia particular y abarcar en un nexo orgánico la historia del mundo conocido viviente, subrayando las etapas y los momentos fundamentales y buscando de tomar no sólo su particular importancia, sino además escrutar el ritmo y la ley que regulan la vida del universo» [25].

---

23 *Historia universal durante la república romana*, Madrid, Hernando, 1927, trad. de Ambrosio Rui Bamba, tomo 1, del Prólogo del autor, págs. 11-16.

24 ARNOLD J. TOYNBEE: *Estudio de la Historia*, ob. cit., t. 1, pág. 59.

25 ERNESTO RAGIONIERI: *La polemica su la Weltgeschichte*, Roma, Edizione di Storia e Letteratura, 1951, pág. 10.

Ernesto Ragionieri, de cuya obra tomamos la cita, ha reseñado las grandes tentativas de elaborar una historia universal, vinculada originariamente a la filosofía de la Historia (Bossuet, Voltaire, Herder, Condorcet), y más tarde a la idea de «weltgeschichte», de Leopold Ranke, y los autores alemanes, así como a la escuela francesa de la «historia universal sociologizante».

Si la Historia Universal está *necesariamente* unida a conceptos abstractos y supone la aplicación de ideas filosóficas previas, no es extraño que se haya librado una áspera polémica alrededor de sus creaciones.

Pensemos en las historias universales como la de Wells (progresismo socialista), Spengler (fascismo prusiano), Toynbee (socialismo cristiano), Dawson (catolicismo) o Will Durant (protestantismo progresista).

De ahí que autores como Croce opinen que «la Historia Universal no es un acto concreto o un hecho, sino una pretensión, que nace del extraño propósito de cerrar, merced a un proceso al infinito, el proceso al infinito que se había malamente abierto», pues las llamadas «historias universales» no son «sino historias particulares, o sea suscitadas por un interés particular y centradas en un problema particular» [26].

Croce no niega las ventajas de superar las historias locales ni tampoco la posibilidad del conocimiento de lo universal en la Historia, pues «la Historia es pensamiento y, como tal, pensamiento de lo universal, de lo universal en su concentración, y, por ello, siempre particularmente determinado».

Dice más adelante ejemplificando: «No es de Dante o Shakespeare de que se ocupa la Historia, sino de la Poesía, es decir, de lo Universal, y a la pregunta de cuál es el sujeto de la historia social y política, no responderá Grecia, Roma, Francia ni Alemania, y tampoco el complejo de éstas u otras cosas semejantes, sino la Cultura, la Civilización, el Progreso, la Libertad o cualquier otra palabra similar, es decir, un universal» [27].

La Unesco cumplió el primer intento verdaderamente internacional de elaborar una *Historia científica y cultural de la Humanidad.* Los trabajos ya culminados se iniciaron en 1951, actuando un comité integrado por 110 personalidades de diversos países, y publicó una

---

[26] *Teoría e Historia de la Historiografía*, ob. cit., pág. 45.
[27] *Ob. cit.*, pág. 48.

revista oficial dando cuenta de los capítulos preparados, su discusión y planes [28].

DE LA HISTORIA NARRATIVA A LA HISTORIA SOCIOLOGICA

Dice Bernheim que en el desarrollo de la ciencia histórica hay tres períodos que corresponden esencialmente —a su juicio— a la evolución de todo conocimiento:

a) Período narrativo;
b) Período didáctico o pragmático, y
c) Período evolutivo o genético.

Estas etapas tienen que ver con el enfoque o intenciones del historiador, y están unidas a la concepción científica de la Historia, pero es innegable que se reflejan en el tema del campo de la historiografía.

Así la Historia narrativa se inspira en un interés estético, y recoge materiales pintorescos, semifabulosos y semihistóricos. La Historia pragmática —que inicia Tucídides— pretende que del conocimiento del pasado se deduzcan enseñanzas prácticas para ocasiones semejantes del futuro. Su campo es fundamentalmente político, y parte de la idea de una actitud uniforme de los hombres y, por lo tanto, de la naturaleza humana. De más está consignar la importancia que asigna a los factores psicológicos.

Todavía en el siglo XVIII, Hume sostenía que «la humanidad es a tal extremo la misma, en todos los tiempos y lugares, que la historia no nos informa de nada nuevo o extraño en este punto. Su principal utilidad es sólo la de descubrir los principios constantes y universales de la naturaleza humana» [29].

La Historia evolutiva o genética «tiene como fin propio el conocimiento de los hechos según las causas que los determinan. Se trata de saber cómo ha sucedido cada hecho histórico, esto es, cómo ha llegado a ser lo que fue en su época y qué influencia ha tenido posteriormente. En este sentido estrictamente neutral de la continuidad, podemos hablar de Evolución» [30].

---

[28] Las bases de este trabajo se encuentran en el núm. 1, vol. I, de 1953, de la revista «Cahiers d'Histoire Mondiale», París, así como en el núm. 1 del volumen II de la misma revista, correspondiente a 1954.

[29] ERNST BERNHEIM: *ob. cit.*, pág. 13. Esto coincidía, por lo demás, con Marco Aurelio.

[30] *Ob. cit.*, pág. 214.

Al contrario de la anterior, valoriza los «influjos externos» y posee una concepción más dinámica de la existencia histórica.

Bauer, al encarar el tema, agrega en su tratado una nueva etapa: la Historia sociológica, caracterizada por «la eliminación de la psicología individual, la acentuación de lo social, el interés por las grandes perspectivas, proponiendo todo lo casual» [31].

Este nuevo período se vincula al problema de la causación —que no se aborda en el volumen— y a la determinación del carácter científico de la Historia y sus relaciones con la Sociología, de que ya nos ocupamos.

---

[31] Cit. en CARL L. BECKER: *La ciudad de Dios del siglo XVIII*, México, Fondo de Cultura Económica, 1943.

XIV

EL PROBLEMA DE LA PERIODIFICACION *

En 1886 Ottokar Lorenz escribía: «¿No es muy extraño que en nuestra época de investigaciones histórico-críticas, en la que la cuestión más mínima produce una catarata de disquisiciones, se haya dejado de consagrar una nueva revisión al problema fundamental de la división de la Historia Universal?» [1].

Cuarenta años más tarde Henri Berr y Lucien Febvre comenzaban su análisis de este tema diciendo, en cambio: «No hay en el campo de la historia un problema metodológico de mayor importancia que el de la periodificación. No es un problema exterior de arreglo y disposición por conveniencia, sino un problema básico, capaz de recibir las más diversas soluciones» [2].

Durante esos años, y especialmente durante las dos últimas décadas, se vivió una polémica alrededor de dos grandes corrientes, y a través de numerosas versiones individuales.

Esas corrientes estaban vinculadas a las grandes posiciones en el tema del hecho histórico a que ya hemos hecho referencia anteriormente. Frente a aquellos que veían la historia como una «hilera de hechos» y por lo tanto no vacilaban en proceder a realizar cortes cronológicos, se destacó la «insuficiencia y puerilidad» de los mis-

---

* Preferimos utilizar el neologismo *periodificación* (por elaboración de períodos prehistóricos), siguiendo el similar *tipificación* de tanta utilidad en el Derecho, y desechando *periodización,* de clara inspiración inglesa.

[1] Del trabajo de H. Spangenberg: *Los períodos de la historia universal,* «Revista de Occidente», Madrid, 1925-1926, núms. XXIX (año III) y XXX (año IV), al cual aludiremos repetidamente. Había, sin embargo, el antecedente de Ranke: *Pueblos y Estados,* México, Fondo de Cultura Económica, 1948, págs. 57-60. *Sobre las épocas en la historia.*

[2] Del ya citado artículo *History,* ob. cit.

mos, y frente a los hechos se valorizó la corriente del suceder histórico, a la que había que aprehender en su perpetua y variante forma.

Gelzer decía, por ejemplo, que «todas las divisiones y limitaciones de períodos en el curso de la historia universal son puramente convencionales, y por lo tanto, plenamente arbitrarias. La propia historia, en la cual cada acontecimiento está en una dependencia causal con el precedente y con el subsiguiente, no hace ninguna sección, es una continuación ininterrumpida» [3].

Mientras se llegaba por caminos distintos a parecidas conclusiones en el seno de la corriente crítica latina, dentro del movimiento germánico del «suceder histórico» se renueva la cuestión, y trae su discusión al centro del interés de los historiadores.

En la actualidad, si bien es cierto que subsiste en los auténticos historiadores un recelo marcado por la formación de conceptos generales, cualquiera de los descendientes de las antiguas corrientes polémicas suscribiría las palabras de Bauer: «No se puede prescindir nunca de un punto de sustentación semejante. La necesidad que nos impulsa a la periodificación no es otra que la de iluminar la oscura trama de los fenómenos históricos, de compendiar y ordenar la madeja de las relaciones históricas. La periodificación nace de la necesidad de destacar, en su especialidad, el sucesivo encadenamiento causal particular; nace del conocimiento más profundizado de las relaciones del devenir histórico» [4].

PRINCIPIOS DE LA PERIODIFICACION

Por *período histórico* se entiende, de acuerdo a una recibida definición de C. J. Neumann, «espacios de tiempo bien individualizados de la vida histórica, que, por su contenido y sustancia, se ligan en una unidad, y que, justamente por ello, se destacan de los que preceden o siguen».

Se puede plantear el tema dentro de la Historia Universal, y dentro de las historias nacionales, o particulares de un sector de la realidad histórica. La mayoría de las normas aplicables al primer campo son de utilidad en los demás, y que las creaciones verdaderamente originales se han realizado, en general, en la Historia Universal, de cuya periodificación nos ocupamos aquí.

---

[3] Casi las mismas palabras usa W. BAUER, al iniciar este tema, *ob. cit.*, página 144, para desdecirse parcialmente más adelante.

[4] *Ob. cit.*, págs. 154-155. Ver el trabajo de EUGENIO PEREIRA SALAS: *El problema de la división de la historia en períodos*, Santiago de Chile, «Clío», número 1.

Son numerosas las cuestiones que se plantean, pero es posible ordenarlas en formales, relativas a la naturaleza del período histórico, y concernientes a sus límites.

En las primeras tenemos que en la elaboración del período se debe atender la unidad interior del mismo («condición preliminar imprescindible de todo justo deslinde», dice Spangenberg), que permita distinguirlo de los precedentes y de los subsiguientes formando un núcleo bien delimitado y configurado en sí mismo.

Los factores que se deben atender para obtener ese resultado varían, de acuerdo a las posiciones que adoptemos en el problema de la esencia o naturaleza de los períodos, pero para todas ellas es válido el principio de que «el período debe ser deducido de su objeto, esto es, de los hechos históricos mismos o de las concepciones de la época que abarca. Con otras palabras, no debemos llevar nuestro propio concepto a la caracterización de un período histórico», dice W. Bauer. Esto fue planteado inicialmente en el siglo XVIII por Herder («juzgar las personas y el estado de cosas según aquellas reglas que ofrece su propio tiempo»); pero corresponde tener presentes las precisiones que hiciéramos anteriormente a propósito de la *historicidad*, a las que nos remitimos.

El tercer principio formal es que la unidad así lograda debe atender la idea implícita en la definición de Neumann, o sea, satisfacer la necesidad de vincularse con el total del tiempo histórico, y por lo tanto con las demás unidades que le componen. Dejarían de ser períodos históricos aquellos que no se ajustasen entre sí en un esquema cronológico, aunque fuese sumario del total de la Historia Universal.

El último de los principios formales, y con algún carácter mixto respecto al segundo grupo de cuestiones, es la validez universal en el espacio de las periodificaciones de Historia Universal. Parece obvio, lo mismo que el principio anterior, pero es necesario subrayarlo, pues los períodos históricos en la Historia Universal deben cubrir la totalidad del tiempo histórico sin *hiatus;* y además ser de aplicabilidad en la totalidad de la vida histórica del planeta. Como veremos seguidamente, en la práctica no se ha planteado el tema como problema, sino que se ha tendido a la mera extensión de concepciones creadas para Europa Occidental, o el Mediterráneo, y cuyo ámbito universal es discutible.

Esa unanimidad no se mantiene en el campo de los principios relativos a la naturaleza de los períodos.

Por lo pronto se discute si tienen naturaleza objetiva o subjetiva. Así, Spangenberg dice: «Los períodos no tienen existencia objetiva,

sino que más bien son imágenes subjetivas, artificiales, aunque en modo alguno arbitrarias, que sólo con dificultad o acaso nunca podrán ser enlazadas del todo con la multiforme realidad.» Así veremos que también opina Croce.

Procurando darle un sentido totalmente objetivo al período ha surgido la idea de las *generaciones,* con lo cual se atiende, por lo demás, el tema de los límites de las unidades cronológicas. Iniciada su consideración por el francés Cournot y el italiano Ferrin, es precisada por el alemán Lorenz [5].

El período no es ya una abstracción, sino algo tan vívido y real como es un conjunto de seres de igual edad estadística. Un siglo puede dividirse en tres generaciones (abuelos, padres, hijos) que formarían un ciclo vivo e irrepetible. Cada *generación-período* tendría ya sea 31 años y fracción (Ferrari) o 33 y fracción (Lorenz) y se agruparían en conjuntos de a cuatro (125 años), o de un siglo, siendo tres. Resulta sugestivo, por ejemplo, hablar de 1660 como la generación de Pascal, y de 1690 como la generación de La Fontenelle, pero aquí cabe la aplicación de los principios formales a que hacíamos alusión anteriormente. ¿Una precisión como la que ejemplificamos es extensible a toda la Historia Universal e incluso, y en su momento, a toda la vida histórica?

Esto nos lleva a tratar de si la periodificación debe basarse en los hechos de la vida política o considerar las formas culturales en su conjunto. Como la mayoría de las clasificaciones periódicas están dominadas por la Historia como historia de la política, no es extraño que en 1907 E. Meyer expresara: «Toda división en períodos no sólo en la historia política, sino en la cultura, y en general de toda historia, depende del momento político, aun cuando considere que el factor esencial es un gran cambio cultural, como ocurre en la decadencia de la Antigüedad.»

Es curioso señalar, sin embargo, que autores tan notables en la Historia política como Ranke calificaron en algún momento la afamada periodificación tripartita (Antigüedad-Edad Media-Tiempos Modernos) como sólo «justificable en un terreno histórico-literario».

Lo que resulta innegable son las mayores dificultades de la periodificación basada en la Historia de la Cultura, y también la mayor gravedad que asume el problema de los límites.

Un primer principio en esta materia es la necesidad de mantener

---

[5] Hasta su aparición era exhaustiva sobre este punto la obra de FRANÇOIS MENTRE: *Les générations sociales,* Paris, Bossard, 1920. El punto de vista actual en YVES RENOUARD: *La notion de génération en histoire,* «Revue Historique», Paris, t. CCIX, 1953.

un criterio uniforme a lo largo de la Historia Universal. No tendría sentido utilizar en una oportunidad un criterio y en la fecha siguiente otro distinto e incluso contradictorio. En este terreno debe fijarse como principio central que de acuerdo a la clase de elementos utilizados para elaborar el período, así también deben establecerse los límites entre éstos.

En la época en que dominaba la Historia política, esos límites fueron más fácilmente fijables en años concretos (por ejemplo, 476 ó 1453 de nuestra era). En materia de períodos en Historia de la Cultura se ha intentado algo similar. Así Alejandro de Humboldt ha creído que la conciencia del sentimiento moderno de la naturaleza se podía fechar desde la ascensión de Petrarca al Monte Vernoux en el año 1336, y Mommsen, haciendo la historia de las instituciones del mundo romano, hacía nacer el Principado con Augusto y el Dominado con Diocleciano, en una clasificación que ha perpetuado el uso universitario.

Una segunda técnica es utilizar no años, sino hechos o procesos determinados, pero que ocupan cierto tiempo. Así, por ejemplo, Stieve, «la época de las invenciones», o el mismo Spangenberg, «las invasiones de los mogoles». Este consignaba su opinión en el asunto diciendo: «Es de exigir que las llamadas fronteras de períodos serán concebidas, en lo posible, como algo ancho y elástico.»

A esa idea se acomodaría todavía mejor que la adopción de hechos aislados el uso de complejos históricos, tal vez más apropiados a la realidad histórica que las escuetas fechas de algunos años destacados por lo político y perpetuados por los manuales escolares.

LAS SOLUCIONES ADOPTADAS

Examinemos seguidamente las grandes soluciones hasta la fecha presentadas, y que han adquirido más vigencia general.

El surgimiento de sistemas de periodificación para la Historia Universal sólo fue posible cuando los sucesos de la misma vida histórica hicieron sentir la unidad de la vida social y política de los distintos pueblos. La conciencia —llamémosla así— de la historicidad en ese plano de universalidad fue suscitada concretamente por la expansión de los macedonios, y debe contarse entre las grandes consecuencias de la conquista de Alejandro Magno. Era también previsible que los primeros atisbos de esa conciencia surgieran en un pueblo que, como los judíos, por su misma historia nacional y sus condiciones cosmopolitas, sintiese directamente estos sucesos. Apro-

ximadamente por el año 145, a. C., en el *Libro de Daniel* se enuncia la «tesis de las tres monarquías», de acuerdo a la cual el pasado humano correspondió primero a la época del imperio asirio-babilonio, luego el imperio medo-persa y finalmente el greco-macedónico. El autor anónimo planteaba ese deslinde como antecedente de una cuarta y definitiva edad, la del imperio prometido al judaísmo.

La idea de la Historia como Historia Universal y su consiguiente periodificación alentó en el otro extremo del mundo helenizado con Polibio, aproximadamente en la misma época que el texto bíblico, y perduró con Diodoro de Sicilia.

La *Crónica universal* de Eusebio de Cesárea (muerto en el 340 de nuestra era) realizó el primer intento de una Historia Universal y en la misma de una periodificación en que se recogieron y completaron las ideas ya enunciadas anteriormente en la «tesis de las cuatro monarquías», estableciéndose como la última la de Roma. Traducida y completada la obra por San Jerónimo, es adoptada por la intelectualidad cristiana occidental, pero rivaliza durante la Alta Edad Media con una muy distinta periodificación.

Nos referimos al sistema de las épocas («aetas») inspirada en una cronología de base bíblica, y que asignaba catorce generaciones para cada época. Partiendo de Orígenes, fue desarrollada por San Agustín y prestigiada en la Edad Media por San Isidoro de Sevilla y Beda.

El tercer gran sistema de periodificación es el tripartito de Antigüedad - Edad Media - Tiempos Modernos, de tanta importancia como resonancia en los estudios históricos.

El origen de esta clasificación está en el concepto de Renacimiento como algo opuesto y distinto de la Edad Media y asimilable en algunos aspectos a la Antigüedad Clásica. Simultáneamente con ese deslinde, en los autores renacentistas italianos Giovani Villani y Leonardo Bruni y especialmente el citado Maquiavelo, se destacaba la importancia decisiva de la «invasión de los bárbaros» o «migración de los pueblos» para fechar una nueva época histórica.

Es explicable que la expresión «media aetas» (época media, o edad media) surgiese para denominar ese período ya en el siglo XVI, aunque se hizo más frecuente en el siglo XVII, con la Ilustración [6].

Aunque surgió de movimientos y personalidades que hacían una consideración despectiva o inferiorizante de la Edad Media, es curioso consignar que subsistió y perduró en el siglo XIX con aquellos

[6] Se afirma en los manuales que la expresión *Edad Media* se usó por primera vez universitariamente en 1667 por el profesor Horn en Leyden. Sobre Renacimiento véanse en el capítulo siguiente mayores precisiones.

que sostenían la opinión diametralmente opuesta. Así los Románticos la aceptaron (aunque encarando la división en otro sentido), y lo mismo la Iglesia Católica a fines del siglo XIX.

Es muy reciente que, frente a esa común consagración, la Ciencia Histórica contemporánea ha iniciado la crítica del sistema tripartito. Se ha llegado a aducir que «en cuanto a valor interno, de ningún modo era superior a la teoría de las cuatro monarquías» (Spangenberg). Se recuerda la crítica de Ranke según la cual no se ajusta con ventaja más que a la historia literaria y es inutilizable para la vida política, mientras Dove señala que presupone la ordenación de la vida histórica universal, como la de un organismo en vida, muerte y resurrección...

Bauer, por su parte, dice que «semejante práctica despierta necesariamente la idea de que el curso del devenir cultural de la Humanidad se habría desarrollado con repentinos virajes y rápidos giros», y al tiempo recuerda que falta a la premisa formal de validez universal. Efectivamente, es dudoso que pueda aplicarse a los países orientales o a las civilizaciones precolombinas de América.

Spengler anota que «un grave defecto del sistema es que el concepto finalizador de Edad Moderna impide la prosecución del mismo método, pues habiéndose alargado repetidas veces desde las Cruzadas, no parece ya capaz de nuevos estirones... como se aprecia por la expresión ridícula y desesperada de *Edad Contemporánea*».

En un segundo plano —y aun aceptada la división— se plantea el problema de sus fechas topes. Los humanistas, que lanzaron a la circulación el concepto, no hicieron aportaciones definitivas, y se ha vacilado entre 1450 (fecha aproximada de la invención de la imprenta), 1453 (toma de Constantinopla y fin de la Guerra de los Cien Años), 1492 (descubrimiento de América) y 1517 (la Reforma protestante), de acuerdo a la nacionalidad o ideología de los distintos historiadores.

Spangenberg, examinando esas fechas, declara inaplicables para un criterio científico las de 1453 y 1492, borrosa la de 1450 y muy discutible y de imposible validez general la de 1517, y eso le inclina a postular que «la separación de caminos no hay que buscarla en el tránsito del siglo XV al XVI, sino que quizá es en el siglo XVIII donde se presenta una revolución esencialmente distinta, con propio contenido, forma independiente y fines determinados».

Igualmente cuestionado es el tope entre Antigüedad-Edad Media, que los humanistas fijaron en relación a la irrupción violenta de los germanos al Imperio Romano. El año 476 «salió al encuentro del aprendizaje memorístico de la materia», pero modernamente se ha

buscado sustituir ese hito con fechas más recientes. Así, por ejemplo, Fueter y Henri Pirenne han sostenido que la aparición del Islam (622) merece ese lugar, y por razones dictadas por la gravitación local, en España, ha adherido un autor tan ilustre como Menéndez Pidal.

Por su parte, el ya citado Spangenberg retoma el concepto humanístico, pero buscando utilizarlo en su significación histórica mundial. Busca entonces aquella fecha o época en que dejan «el occidente germano-romano y el arábigo oriental de desenvolverse de un modo bastante análogo» y lo encuentra en el siglo XIII con la invasión de los mogoles, que «hace que se trueque la cultura oriental y del este europeo en una insensata desolación». En Occidente se justificaría asimismo la cesura, pues por entonces se termina la unidad intelectual interior que aseguraba el uso común del latín, surgen las lenguas vernáculas para la literatura y hay un cambio de las instituciones políticas, como lo señalaron en su momento autores tan originales como Michelet y Freeman, respectivamente, para Francia e Inglaterra.

Una cuarta posición en este debatido tópico provino de autores que, partiendo de distintos intereses e ideologías, destacaron las vinculaciones de la Edad Media con los Tiempos Modernos o de algunos fenómenos significativos de ambas épocas entre sí. Así, W. Pater inicia su «Renacimiento» en el siglo XIII francés, y más tarde E. Troeltsch habla de los siglos XVI y XVII como una «época confesional» vinculada a la Edad Media. Esto desemboca en G. Schnurer, que sólo reconoce dos períodos: Antigüedad y Edad Moderna, separadas por la figura de Cristo, y a los siglos VII-XIX los caracteriza como la «época occidental» que prepara la «época de la cultura universal» que vivimos actualmente.

Las ideas subyacentes en la división tripartita, sin embargo, han prosperado incluidas en otros sistemas.

LA PERIODIFICACION COMO GRADOS DE EVOLUCION DE CADA CULTURA

En la bibliografía alemana (Breysig, Lamprecht o Spengler) encontramos la idea de que *cada* ciclo cultural o cultura histórica nacional recorre *necesariamente* los mismos períodos. Estos parten de las ideas de la biología (nacimiento, crecimiento, adultez, decadencia, muerte) y esto explica que aunque su descubrimiento se haga con referencia a alguna cultura particular (casi siempre la alemana), la periodificación se extienda a todas las culturas.

He aquí el esquema de Kurt Breysig:

Grados de evolución	*Grecia - Atenas*	*Roma*	*Pueblos germano-romanos*
Epoca primitiva	—	—	hasta antes del 400
Antigüedad	(¿1500?)-1000	—	antes de 400-900
Alta Edad Media	1000-750	(755)-500	900-1150
Baja Edad Media	750-500	500-330	1150-1494
Edad Moderna	500-400	330-133	1494-1759
Epoca más reciente	400-30	133 a. C.-476 d. C.	desde 1789

Entre los variados aportes de Karl Lamprecht se encuentra también un sistema de periodificación original. Estudiando la historia de Alemania llegó a establecer períodos sobre bases psicológicas y económicas, que, a su juicio, eran aplicables a las demás historias nacionales.

Este sistema se resume en el cuadro siguiente:

Cultura espiritual	Animismo Ep. primitiva	Simbolismo antes s. X	Tipismo s. X-XII	Convencionalismo s. XIII-XV	Individualismo entre s. XV-XVIII	Subjetivismo s. XIX
Cultura material.	Economía de ocupación colectivista.	Economía de ocupación individual.	Economía natural con procedimientos colectivistas.	Economía natural con procedimientos individualistas.	Economía dineraria con predominio social del comercio.	Economía dineraria con base individualista.

Su *orden de época* entrañaba una ley absolutamente general, a la que debían ajustarse todas las historias nacionales mediante la aplicación del método inductivo. En 1904 llegó a afirmar que su esquema era incluso aplicable a la Historia Universal, pues creía llegado el momento de convertir su teoría inductiva en una teoría deductiva [7].

Recogiendo sugerencias de Breysig y Lamprecht, en su obra *La decadencia de Occidente,* Oswald Spengler construye para las Culturas India, Antigua, Arabe y Occidental un sistema de épocas o períodos propio, después de asestar tremendos golpes al sistema tripartito.

«Edad Antigua. Edad Media. Edad Moderna. Tal es el esquema increíblemente mezquino y falto de sentido cuyo absoluto dominio sobre nuestra mentalidad histórica nos ha impedido, una y otra vez,

[7] Ver cap. VI, libro III, de ERNST CASSIRER: *El problema del conocimiento,* México, Fondo de Cultura Económica, 1948.

comprender exactamente la posición verdadera de este breve trozo de universo que desde la época de los emperadores alemanes se ha desarrollado sobre el suelo de la Europa Occidental... Las culturas venideras tendrán por casi increíble que ese esquema no haya sido, sin embargo, nunca puesto en duda, a pesar de su simple curso rectilíneo y sus absurdas proporciones, a pesar de que de siglo en siglo se va haciendo más insensato.»

«Este esquema —dice refiriéndose al tripartito—, tan corriente en Europa occidental, hace girar las grandes culturas en torno nuestro, como si fuéramos nosotros el centro de todo el proceso universal. Yo le llamo 'sistema ptolemaico' de la historia. Y considero como el 'descubrimiento copernicano', en el terreno de la historia, el nuevo sistema en el cual la Antigüedad y el Occidente aparecen junto a la India, Babilonia, China, Egipto, la cultura árabe y la cultura mejicana, sin adoptar en modo alguno una posición privilegiada.»

Y agrega más adelante: «Y así como Goethe perseguía la evolución de la forma vegetal partiendo de la hoja, buscaba el origen y nacimiento del tipo vertebrado, inquiría la génesis de las capas geológicas —el sino de la naturaleza, no su causalidad—, así también hemos de desenvolver nosotros aquí el lenguaje de las formas que nos habla la historia humana, su estructura periódica, el hálito de la historia, partiendo de la muchedumbre de particularidades perceptibles», y termina: «Considérense las palabras juventud, crecimiento, florecimiento, decadencia, que han sido hasta ahora, y hoy más que nunca, la expresión de estimaciones subjetivas e intereses personalísimos de índole social, moral y estética; considérense, digo, esas palabras como designaciones objetivas de estados orgánicos» [8].

Si bien es cierto que Spengler no cree que exista «una cultura humana, única, universal», como su propósito secundario es crear una «morfología comparativa de la historia universal», traza lo que llama las «épocas correspondientes» de las cuatro grandes culturas históricas, lo que equivale a una periodificación.

El divide las culturas India, Antigua, Arabe y Occidental (desde el 900 de nuestra era) en cuatro etapas comunes, a saber:

«*Primavera:* Epoca agreste, intuitiva, poderosas creaciones de un alma que despierta cargada de ensueños, unidad y plenitud suprapersonal.»

«*Verano:* Empieza a madurar la conciencia. Primeros movimientos políticos, urbanos y críticos.»

---

[8] *Ob. cit.*, SPENGLER, pág. 38, trad. de García Morente, Santiago de Chile, Osiris, 1935.

«*Otoño:* Inteligencia urbana. Culminación de los esfuerzos espirituales.»

«*Invierno:* Comienzo de la civilización urbana cosmopolita. Extinción de la fuerza creadora en el espíritu. La vida misma se convierte en problema. Tendencias ético-prácticas de una humanidad cosmopolita, irreligiosa y ametafísica.»

Esta clasificación es de las «épocas correspondientes del espíritu», pero con ligeras variantes se ajusta al Arte y la Política y le permite mostrar en una misma línea a Apio Claudio y Washington, o Schopenhauer y Epicuro.

De los sistemas posteriores corresponde citar a Arnold J. Toynbee, que en su obra *Estudio de la historia* habla del génesis, desarrollo, ocaso y desintegración de las civilizaciones, formando así cuatro etapas o períodos similares a los spenglerianos. También Spengler es recordado por la periodificación de Leo Frobenius: juventud, madurez y senectud.

De todos estos últimos intentos podría decirse con Veit Valentin: «Estas construcciones mentales adolecen de una y la misma falla común: la de confundir el símbolo con la realidad. Nos hemos habituado a atribuir las pasiones personales del individuo humano a los pueblos y a descubrirlas en sus relaciones. Pero, por lo demás, la semejanza entre el destino de un pueblo y el proceso de la vida humana individual es de muy superficial naturaleza. Los grandes pueblos no tienen una sola juventud, no tienen una sola época o edad. En ellos al otoño puede seguir el estío. Poseen la maravillosa y bienaventurada virtud de poder renovarse y transformarse» [9].

EL CRITERIO DE CROCE

Croce opina que «pensar la historia es, por cierto, dividirla en períodos, porque el pensamiento es organismo, dialéctica, drama y, como tal, tiene sus períodos, su principio, su medio, su fin y todas las demás pausas ideales que un drama lleva consigo y requiere» [10].

Por eso toda «división en períodos tiene valor *relativo,* pero es necesario apuntar: *relativo* y *absoluto* a la vez, como todo pensamiento, siempre que la división en período sea intrínseca al pensamiento y determinada con la determinación de éste».

Así la criticada clasificación tripartita «no es producto del arbi-

---

[9] VEIT VALENTIN: *Ob. cit.*, t. I, pág. 24.

[10] *Teoría e Historia de la Historiografía,* ob. cit., págs. 90-93. Véanse también págs. 260-261 y 289-290.

trio individual, sino que ha acompañado al desarrollo mismo de la conciencia moderna».

En este sentido tiene un valor absoluto, pero asimismo la periodificación tiene un valor práctico, inmediato para facilitar la investigación.

Croce se manifiesta contra la posibilidad de que la distinción en períodos sea «objetiva y natural», como pretenden, por ejemplo, los que la basan en las generaciones, pues la división —insiste— tiene su base en la conciencia histórica del propio observador.

La clásica sistematización tripartita no está todavía ni olvidada, ni superada. Henri Berr y Lucien Febvre no vacilan en cerrar su estudio quebrando una lanza por ella. «No hay necesidad de eliminar los viejos conceptos tan en uso, Antigüedad - Edad Media - Tiempos Modernos, y que por dominar en la tarea de los estudiantes han adquirido un incontrastable valor práctico.»

XV

CONFIGURACION O ESQUEMATIZACION HISTORIOGRAFICA

Todas las ciencias necesitan para su estudio la utilización de construcciones conceptuales auxiliares. Frente a la masa de lo histórico o la «historicidad», el historiador procura «configurarla» mediante verdaderos esquemas. Configurar, nos dice Bauer, «quiere decir tanto como formar», o sea «tomar de la masa amorfa de las relaciones la realidad, ordenar y hacer representables los acontecimientos y acciones»[1]. Estos pueden ser de estricta periodificación, como los que hemos examinado en el capítulo anterior, o de «tipos». Corresponden éstos, desde el punto de vista metodológico, al papel que desempeñan las hipótesis en las ciencias naturales clásicas, y lo mismo que en aquéllas, tienen un valor más instrumental que real.

El deslinde entre el período y el tipo no es apreciable siempre en las obras de los tratadistas. Así, por ejemplo, el propio W. Bauer, a nuestro juicio erróneamente, los confunde. Dijimos ya que ambos esquemas conceptuales están incluidos dentro de lo que se ha dado en llamar «la configuración de lo histórico». Son dos recursos igualmente lícitos a que recurre el historiador para atender las necesidades lógicas de su saber científico.

También es evidente que la periodificación supone en casi todas las tesituras ya vistas la formación de tipos históricos. Así, por ejemplo, «edad media» en la clasificación tripartita es un «espacio de tiempo bien individualizado de la vida histórica» (definición de Neumann) y, simultáneamente, un concepto individualizado mediante una selección de ciertas características propias.

Pero un mismo período puede suponer distintos tipos, o mante-

[1] *Ob. cit.*, pág. 139.

nerse bajo distintas tipificaciones. Así, por ejemplo, el ya citado de Edad Media, como vimos anteriormente, ha sido entendido bajo distintas concepciones a lo largo de los siglos de su utilización escolar o puede incluir varios «tipos».

Por otra parte, el tipo histórico se debe concebir necesariamente, como todo lo referente a nuestra disciplina, en el tiempo histórico; pero ese tiempo no supone una periodificación estricta. Así, por ejemplo, un famoso tipo histórico, la *polis griega,* aunque se ubica en ciertos siglos, no es un elemento central esa ubicación, y especialmente no obliga a una precisión limitativa como es principio central para el período histórico.

CARACTERIZACION DEL TIPO HISTORICO

En cuanto a su elaboración, «todo tipo histórico se produce por abstracción, sacando algo común de los rasgos característicos de los fenómenos particulares y designando lo que es común con un nombre especial» [2].

Esa selección no puede ser arbitraria, aunque la inferencia de la subjetividad suele ser, por razones obvias, muy amplia.

Meinecke expresa que: «Se incurre aquí en una fuerte inclinación a estilizar grandes fenómenos culturales y a llevarlos a una fórmula única y sorprendente; se suele, en esto, partir originariamente de un análisis —a menudo penetrante— de sus caracteres singulares, que escudriña y deshilvana, casi con impaciencia, su complicado contenido; mas la impaciencia incita también a resultados rápidos, a vigorosos y exagerados bocetos, que conducen de nuevo al intrincado contenido a una concepción apretada y unitaria, y a no tener en cuenta aquello que pudiera estorbar la impresión ya obtenida» [3].

De ahí que sólo se puede formar «un tipo certero sobre la base de la más penetrante investigación particular». Efectivamente, al formar conceptos históricos comunes y fijos por razones de «economía mental», se deben evitar los peligros de una creación rígida que no refleje la multiplicidad de los fenómenos, ni la riqueza de la vida histórica, y que sea finalmente un verdadero «lecho de Procusto» para el historiador.

Aquí, además, se puede apreciar más que en otros sectores los peligros de la síntesis apresurada, el falso brillo del historiador frí-

---

[2] BAUER: *Ob. cit.*, pág. 141. Véase que, palabras más, palabras menos, ésta es casi la definición que de concepto da la Lógica.

[3] FRIEDRICH MEINECKE en 1911 en «Historische Zeitschrift», repitiendo estos conceptos en *Génesis del historicismo,* ob. cit. posteriormente.

volo o la improvisación, así como inferencias de la literatura concebida en su sentido más peyorativo.

El citado Bauer destaca que el tipo «se le debe siempre corregir, según los resultados de una investigación constante», y agrega: «Es esto tan importante porque todo tipo posee un poder de inercia natural, es como la abreviatura de un saber extenso y especial y se fija muy fácil y duraderamente en el cerebro del hombre como la configuración más individual de la materia histórica.»

La superación de «lo singular» es hecha por Xenopol por medio de las *series*, que sustituyen en su pensamiento a los *tipos*, pero que difieren de éstos en que suponen el enlace causal en forma necesaria [4].

Los resultados prácticos son similares, pues habla el tratadista rumano de: «serie del hombre feudal», «serie de la Revolución Francesa», «serie de la Revolución del 48», etc., y, por otra parte, admite series históricas «que se deben a la repetición de la actividad de la misma fuerza, sin relación causal necesaria».

La cita de los «tipos históricos» más en circulación no deja de ser aleccionadora, pues implica en su análisis diversas concepciones de actuar en la «configuración» de lo histórico. Así tenemos: Renacimiento, Ilustración, Economía Universal, Monarquía homérica, Ciudad griega, Condottieri italianos, Cultura micénica, Epoca de Luis XIV, Reforma, Helenismo, Arte Clásico, Hombre medieval, etc.

Destaquemos finalmente que un mismo tipo histórico suele sufrir no sólo un colapso definitivo que le hace desaparecer, como el *flogisto* de la Química, o la *teoría geocéntrica* de la Astronomía, sino también transformaciones que le ajustan a los nuevos resultados de la investigación, a nuevos planteos derivados de las sugerencias del medio o las nuevas teorías del historiador.

En ese sentido es aleccionador la evolución sufrida por el tipo *Renacimiento* trazada por J. Huizinga [5].

---

[4] *Ob. cit.*, cap. IX, págs. 451-477. «En las ciencias —dice nuestro autor— lo singular adquiere importancia general por relación con las leyes en historia, por relación a la causa al fin» y es necesario «estudiar ese encadenamiento causal que constituye la esencia y el alma de la serie histórica».

Encabeza el capítulo recordando que: «Hemos determinado anteriormente que el elemento general que da carácter científico a la historia está representado por la *serie histórica*, forma especial humana de la de desenvolvimiento universal.»

Es fácil percibir de mano de XENOPOL la íntima vinculación de estos temas con típicos problemas de Filosofía de la Historia, como son, por ejemplo, los de ley histórica, causalidad, etc.

[5] HUIZINGA: *El problema del Renacimiento*, págs. 99-156, de *El concepto de la Historia y otros ensayos*, ob. cit.

EVOLUCION DEL TIPO RENACIMIENTO

Anteriormente hicimos referencia a la importancia del surgimiento del concepto de Renacimiento en relación con la clasificación tripartita.

La evolución del Renacimiento, en cuanto tipo histórico, es sumamente interesante e ilustra nuestra aseveración anterior sobre el carácter instrumental de la tipificación [6].

Para Huizinga «la evolución del concepto de Renacimiento representa uno de los ejemplos más claros de la falta de independencia de la Historia como ciencia, de los vínculos que constituyen su miseria y, al mismo tiempo, su grandeza: los que la unen indisolublemente a la vida misma de los tiempos».

El concepto de *rinascita* surge en Italia en el siglo XVI como la designación de un momento y forma especial de la vida literaria. Así en Lorenzo Valla, Maquiavelo, y en el resto de Europa, Rabelais y Erasmo. El primero que ve el suceso del renacer como un hecho histórico, e incluso como un período, es Giorgio Vasari. Después de ser parcialmente olvidado el concepto recobra fuerzas con la Ilustración en el siglo XVIII, con Pierre Bayle y especialmente Voltaire, pero todavía en un sentido de «acepción apelativa», del mismo modo que habla Gibbon de *Decline and fall* o los demás autores de «orígenes y albores». Pero a través de la Enciclopedia y en los mismos autores del siglo se busca vincular el Renacimiento (o mejor dicho el siglo XVI italiano) a los comienzos de un progreso espiritual del cual el Siglo de las Luces se siente heredero directo.

El *tipo histórico* Renacimiento está vinculado en su nacimiento a los historiadores Jules Michelet (1855) y Jacob Burckhardt (1860). Es en este último, a través de la famosa obra *La cultura del Renacimiento en Italia*, que plasma la idea del Renacimiento por la elaboración de un tipo histórico en que se destacan determinadas cualidades o formas espirituales. Para eso fue necesario desligarlo de la Ilustración, de la idea de progreso de los autores del siglo anterior y del propio Michelet que los continuaba.

En un fragmento ya clásico decía Burckhardt: «Durante los tiempor medievales ambas caras de la conciencia —la que se enfrenta al mundo y la que se enfrenta a la intimidad del hombre mismo— permanecían soñando o semidespiertas, como cubiertas por un velo común. Este velo estaba tejido de fe, cortedad infantil e ilusión; el

[6] Una versión detallada del tema en W. K. FERGUSON: *La Renaissance dans la pensée historique*, París, Payot, 1950.

mundo y la historia aparecían a través de él maravillosamente coloreados y el hombre se reconocía a sí mismo sólo como raza, pueblo, partido, corporación, familia u otra forma cualquiera de lo general. Es en Italia donde por primera vez se desvanece en el aire este velo. Despierta una consideración *objetiva* del Estado y con ella un manejo objetivo de las cosas del Estado y de todas las cosas del mundo en general. Y al lado de esto se yergue, con pleno poder, lo *subjetivo;* el hombre se convierte en individuo espiritual y, como tal, se reconoce» [7].

En cuanto a la 'resurrección de la Antigüedad' —a que dieran tanta importancia los mismos renacentistas— no es la causante del Renacimiento, ni siquiera su característica más importante, pero sí un elemento indispensable y vital. El 'hombre del Renacimiento' es individualista hasta la amoralidad; subjetivo ante la religión (tolerante, escéptico e incluso despectivo), el paganismo, la superstición clásica y el ateísmo marchan juntos con el noble platonismo de los florentinos que rodeaban a Lorenzo de Médicis.

Si bien es cierto que el historiador suizo partía del contraste entre la vida de la Baja Edad Media y los siglos XV y XVI, el rastreo de los elementos que componían su *tipo histórico* le llevó a él, y más ampliamente a sus epígonos, a ampliar la órbita del Renacimiento. Así Gebhart, Thode, Courajod, Sabatier y Pater, con distintas preocupaciones especiales, iniciaron *sus* Renacimientos en los siglos XII o XIII aproximadamente. La Edad Media desaparecía ante este avance como una «tierra de nadie», o «una cosa muerta o un tronco seco».

Con clara referencia al tipo histórico Renacimiento *post-burckardtiano,* Huizinga dice muy categóricamente: «El concepto de Renacimiento adolece de vaguedad así en cuanto al tiempo como en cuanto a la extensión, lo mismo en lo tocante a su significación que en lo atañedero a su contenido. Es un concepto confuso, incompleto y fortuito y es, al mismo tiempo, un esquema doctrinal muy peligroso, un término técnico que probablemente haya que desechar por inútil.»

A esta altura debe destacarse la peculiar actitud del propio Huizinga, que toma partido contra el tipo anteriormente citado; y aunque parece ser definitivo contra la misma existencia de *Renacimiento* como concepto, termina, como veremos, por elaborar un nuevo tipo propio [8].

---

[7] *La cultura del Renacimiento en Italia,* Buenos Aires, Losada, 1942, páginas 112-113.

[8] El problema de fines y sentido del historiador Huizinga (no del teorizador) lo hemos examinado en nuestro cit. ensayo, incluido en *La Historia y la novela.*

Esta elaboración se basa en primer término en la crítica que la historiografía viene produciendo sobre el problema a lo largo de los primeros años del siglo XX. Ernst Troeltsch, en su obra *Die bedeutung des protestantismus für die Entstehung der modernen welt*, de 1906, demostró que la Reforma está determinada por ideas medievales y por lo tanto no podía —como se hacía hasta entonces— asimilarla al *tipo Renacimiento*.

Las consecuencias eran significativas: *a)* el Renacimiento (aún en el siglo XVI) abarca solamente uno de los aspectos más importantes de la Cultura; *b)* bajo el Renacimiento «sigue discurriendo la cultura medieval», que nutre la Reforma y aun momentos posteriores. Otros autores hicieron notar que el Renacimiento era menos afín al pensamiento moderno de lo que se aceptaba hasta entonces y que incluso participaba de la religiosidad medieval en muchos aspectos.

Bajo un ángulo distinto, los trabajos de Konrad Burdach desentrañaron orígenes comunes a Renacimiento y Reforma y a través de una idea común: «la esperanza de salvación», sostenida por una línea que enhebraría los textos bíblicos, con Joaquín de Fiori, Francisco de Asís, Dante, Cola di Rienzo, Zwinglio y Erasmo. De más está mostrar cómo esto renueva y agrava problemas de tipificación y periodificación.

La solución la encuentra Huizinga en «separar más los polos. Contrapongamos a la Edad Media la cultura moderna y preguntémonos luego cuáles son los rasgos fundamentales en que la cultura moderna difiere de la cultura de la Edad Media». A su juicio, es erróneo el Renacimiento tipificado por la oposición a la Edad Media, ni tampoco como divisoria entre ésta y los Tiempos Modernos.

El *tipo Renacimiento* de Huizinga supone los siguientes elementos: «El Renacimiento constituye uno de los triunfos del espíritu latino. Quien aspire a comprenderlo, deberá ser sensible a aquella asociación de la seriedad estoica y la voluntad tensa hacia una meta (una voluntad llena de preocupaciones muy diferentes de la 'agonía de la personalidad') con una alegría ligera y jubilosa, con una ancha bondad de corazón y una candorosa irresponsabilidad. Deberá preocuparse menos de buscar por todas partes su propia alma que de compartir el sentimiento apasionado y el interés inmediato por las cosas mismas. Deberá ser capaz de gozar de la esencia misma de las cosas en la belleza de su forma. Deberá saber atisbar detrás del rostro de Holbein o de Moro la risa de Rabelais» [9].

Véase que Huizinga no intenta deliberadamente el problema me-

---

[9] *Ob. cit.*, págs. 102, 147 y 155.

todológico de la tipificación, pero nos resulta evidente que después de una tarea destructiva que implica nada menos que el ataque frontal a las construcciones del fin del siglo pasado, proporciona elementos suficientemente claros como para elevar un nuevo concepto del Renacimiento, es decir, un nuevo enfoque del *tipo Renacimiento.*

LA TIPOLOGIA DE MAX WEBER

Uno de los puntos de sutura de la Historia y la Sociología puede buscarse en este capítulo de la tipificación, y así lo ha denunciado Adolfo Menzel diciendo: «El historiador no describe tan sólo sucesos singulares, sino que establece tipos y la tendencia de esta tipología está orientada en el sentido de destacar lo que hay de común en los fenómenos históricos.» Frente a la tipificación histórica ha surgido recientemente la tipología de Max Weber, cuyo fin «es el concebir la realidad social mediante el establecimiento de tipos ideales». Termina entonces Menzel: «Existe, por lo tanto, un terreno intermedio entre la Historia y la Sociología; habiendo momentos en que resulta difícil decir a qué ciencia de las dos pertenecen ciertos hechos, como, por ejemplo, la economía capitalista» [10].

Bauer, que escribe sin hacer otro manejo de las grandes obras de Max Weber que sus precisiones sobre religión y Edad Media, sin considerar sus aportes teóricos, no puede, por razones obvias, ahondar el problema, ni siquiera apreciar la confrontación de *tipo histórico* y *tipo sociológico.* Se limita a decir qué tipo histórico es siempre un tipo individual a diferencia del sociológico, y en cuanto se ha formado y agotado sus fuerzas vitales representa algo irreiterable [11].

Las observaciones se imponen, expresamente, cuando se ha aducido que *Edad Media* o *Renacimiento* son reiterables. En algunos no cabe siquiera la polémica, como' ser «Economía Universal», o los usados por Arnold J. Toynbee: «Iglesia Universal» o «Proletariado marginal».

En segundo término la afirmación de Bauer supone *a contrario sensu* que los tipos sociológicos son universales y eternos, y aplicables, por lo tanto, en la Prehistoria como en el siglo XX, tanto en Europa Occidental como en la Polinesia. ¿Es eso posible? Toynbee

---

[10] A. MENZEL: *Introducción a la sociología,* México, Fondo de Cultura Económica, 1940, pág. 118-122.

[11] BAUER fue compañero de claustro universitario de WEBER, pero la obra de éste es de 1922, mientras la primera edición de la *Introducción al estudio de la historia* es de 1921, y la segunda de 1927 supone sólo modificaciones de detalle.

mismo, aunque partiendo de la Historia, pero con una visión muy amplia en la construcción de «tipos», ha restado de su órbita la Prehistoria y lo que llama las «relaciones personales».

Por otra parte —y como se indicó a propósito del 'historicismo'—, la misma sociología del conocimiento y el conocimiento histórico demuestran que los esquemas conceptuales de la sociología son relativos y temporales.

En fin, recordemos a Croce en su crítica de la *historia universal* de los filósofos de la Historia, al afirmar la validez del estudio de los universales a través de la historia.

Entremos al examen, por demás aleccionador, del pensamiento del mismo Max Weber (¿historiador, sociólogo, filósofo?) [12].

Eugenio Imaz calificaba su trabajo máximo, publicado póstumamente, *Economía y Sociedad*, como «obra monumental, obra titánica» [13], mientras Medina Echeverría destaca que «es para muchos la obra cumbre de la sociología alemana o, si queremos evitar polémicas, una de entre las cuatro o cinco más importantes».

En la misma, la primera parte está dedicada a la «teoría de la organización social» que ilustra el resto de la obra. Por su rigor conceptual y su estilo afinado, en que deslumbra el uso de vocablos propios, es exacta las aseveración de Imaz de que se trata de «pura desolación esquemática, que en su seca abstracción ramificada podría parecer excesivo casi siempre, ocioso muchas veces y, sin duda, difícil y antipático».

Max Weber distingue entre las ciencias empíricas de la acción (sociología e historia) y las ciencias dogmáticas que pretenden investigar en sus sectores el sentido «justo» y «válido» como son: derecho, lógica, ética y estética. Ahora bien, «toda interpretación, como toda ciencia en general, tiende a la evidencia. La evidencia de la comprensión puede ser de carácter racional (y entonces bien lógica,

---

[12] Esta imprecisión en la definición no es siquiera exhaustiva, y además se justifica en su obra. Ha merecido que Karl Jaspers dijera: «Si Max Weber es político, investigador y filósofo, no, sin embargo, una cosa junto a otra. Es el hombre entero, el que se encara con un mundo de enormes dimensiones desde el fondo de su alma, afanosa de verdad. Como filósofo es político, y como político, investigador», y en otra oportunidad: «Max Weber no tuvo filosofía alguna: él era una filosofía», mientras su traductor al español, José Medina Echevarría, insiste que: «Los estudios filosóficos de Weber, si bien surcados con profundas visiones, caen propiamente en el campo fronterizo de la metodología», pág. 11 de la Introducción del mismo autor a la obra póstuma de M. WEBER: *Economía y Sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1944, que seguiremos en adelante.

[13] EUGENIO IMAZ: *Max Weber*, «Cuadernos Americanos», núm. 1, año 1945, México, págs. 112-118.

bien matemática) o de carácter endopático (afectiva, receptivo-artística)».

La comprensión equivale a la captación interpretativa del sentido o conexión de sentido: *a)* mentado realmente en la acción particular (en la consideración histórica); *b)* mentado en promedio y de modo aproximativo (en la consideración sociológica en masa); *c)* construido científicamente (por el método tipológico) para la elaboración del tipo ideal de un fenómeno frecuente. Semejantes construcciones típico-ideales se dan, por ejemplo, en los conceptos y leyes de la teoría económica pura. Exponen cómo se desarrollaría una forma especial de conducta humana, si lo hiciera con todo rigor con arreglo al fin, sin perturbación alguna de errores y afectos, y de estar orientada de un modo unívoco por un solo fin (el económico). Pero la acción real sólo en casos raros (por ejemplo, en la Bolsa) es aproximada, transcurre tal como fue construida en el tipo ideal (respecto a la finalidad de tales construcciones). Juegan para el sociólogo un papel semejante que la hipótesis para otras ciencias. M. Weber ejemplifica diciendo que su comportamiento es semejante a la reacción física calculada sobre el supuesto de un espacio absolutamente vacío.

De esto resulta que «todas las conexiones de sentido irracionales, afectivamente condicionadas, del comportamiento que influyen en la acción, como 'desviaciones' de un desarrollo de la misma, 'construido' como puramente racional con arreglo a fines», es decir, a un tipo-ideal. Este recurso metodológico se alcanza por la vinculación de algunos rasgos idealmente escogidos de la realidad histórica. Sin embargo, en otra parte, nuestro autor aduce que «los conceptos constructivos de la sociología son típico-ideales no sólo externa, sino también internamente. La acción real sucede, en la mayor parte de los casos, con oscura semiconsciencia o plena inconsciencia de su «sentido mentado» [14].

No teníamos noticia que se hayan sistematizado las posibilidades prácticas de aplicación de la tipología weberiana a la Historia tradicional. El mismo creador, al señalar los tipos-ideales de dominación legítima (éstos son de acuerdo al fundamento primario: de carácter racional, de carácter tradicional y de carácter carismático), dice que «la tipología sociológica ofrece al trabajo histórico concreto, por lo menos, la ventaja, con frecuencia nada despreciable, de poder decir, en el caso particular de una forma de dominación, lo que en ella hay de 'carismático', de 'carisma hereditario', de 'carisma institucio-

[14] *Ob. cit.*, págs. 4-5, 8-9 y 20.

nal', 'de patriarcal', de 'burocrático', de 'estamental', etc., o bien en lo que se aproxima a uno de estos tipos; y asimismo la ventaja de trabajar con conceptos pasablemente unívocos. Pero con todo, estamos muy lejos de creer que la realidad histórica total se deje apresar en el esquema de conceptos que vamos a desarrollar».

Habría otra categoría de tipos, los «tipos-promedios», del género de los tipos empírico-sociológicos que emplea también Weber, cuyas posibilidades de aplicación a la historicidad son todavía mayores. Esta clase de tipo-promedio correspondería a la comprensión de «lo mentado en promedio y de modo aproximativo» que se anotaba *ut supra*. Por otra parte, la naturaleza de los tipos ideales de Weber no es muy distinta de los tipos históricos tradicionales, aunque, sin duda alguna, más abstractos y concebidos para aplicarse en distintos períodos históricos. La comparación con los tipos burckhardtianos arroja una mayor distancia que con los nuevos tipos de Arnold J. Toynbee, por ejemplo. Finalmente consideremos el aspecto instrumental que posee la tipología de Weber y nuestra idea de que el tipo-histórico debe concebirse sin precisiones inmediatas y decisorias de tiempo, como sucede, por ejemplo, en las periodificaciones. De todo esto deducimos la conveniencia de entrar al uso de la tipología weberiana como una pauta auxiliar de la metodología histórica.

Hechas estas consideraciones en nuestros escritos de 1950, ahora me complazco en citar a Alfred von Martin, que, haciendo su *Sociología del Renacimiento*[15], obra de sociología histórica dentro de la escuela germánica, explica en su prólogo:

«Ninguna investigación sociológica puede llevarse a cabo sin el concepto del *tipo ideal* que se debe al mayor de todos los sociólogos alemanes conocidos, a Max Weber (que a la vez era un historiador muy bien informado en múltiples aspectos). Es verdad que sin esta construcción auxiliar nada puede hacer el sociólogo, *pero tampoco el historiador*, para quien el trabajar con *épocas* significa algo más que una 'división' práctica y auxiliar, algo que encierra ya un problema (y decisivo) que se refiere al 'espíritu', a la esencia de una época, por ejemplo, a la esencia de la Edad Media, del Renacimiento, etcétera».

Von Martin se mueve en el círculo de ideas de Spengler, y a propósito del problema reitera los errores de Bauer, pero es muy importante que subraye la ventaja del «tipo weberiano» no ya para

---

[15] México, Fondo de Cultura Económica, 1946, pág 10. Puede verse también *Sociología de la cultura medieval*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1954, que fue primero en alemán *Kultursoziologie des Mittelalters*.

la configuración tipológica, sino incluso para la periodificación.

Como se habrá visto anteriormente, Carlo Antoni, uno de los más destacados sucesores de Croce en el pensamiento italiano contemporáneo, al estudiar la tipología weberiana, dice rotundamente que debe considerarse un aporte de la historia y no de la Sociología. Aparte de la razón que pueda asistirle, esto aportaría un nuevo testimonio a nuestra tesitura de la utilidad de aquella tipología para los estudios históricos.

XVI

DE LA UTILIDAD DE LA HISTORIA

En los viejos manuales solía tratarse este tema como un capítulo de ética. A juicio de aquellos autores, que compartía la opinión ilustrada, la historia debía proveer de un ejemplario de vidas heroicas, santas o sabias, y suponía una suerte de juicio final en que se juzgaban los hechos de las épocas pasadas.

En la actualidad ningún historiador se propone fines semejantes; tratadista alguno podría fundar la defensa de la utilidad de los estudios históricos sobre esos argumentos. Croce, por ejemplo, ha mostrado que es absurdo reclamar del historiador «la aprobación o condenación en relación con determinados fines ideales que se quiere defender, sostener y ver triunfantes, y ante los cuales, como ante un tribunal, se cita a los hombres del pasado para que respondan de sus acciones, alcanzando premio por ellas o viéndose marcados con el estigma que merezcan de maldad, de vicio, de tontería, de ineptitud o lo que fuere» [1]. Esto era un recurso de los «literatuelos de los tiempos antiguos, aduladores de los poderosos del día y siempre dispuestos a sermonear incansablemente y a condenar a los personajes de la historia» [2].

Cuando el historiador revela sus preferencias a propósito de los personajes históricos, debemos ver en ellos sus personales sentimientos, pero nunca juicios históricos.

Tampoco «la historia habría de ser la gran corte de casación

---

[1] *La Historia como hazaña de la libertad*, ob. cit., pág. 48, y L. FEBVRE: *Combats pour l'histoire*, ob. cit. La opinión contraria en CHALLAYE: *Ob. cit.*, página 191, y en H. BUTTERFIELD, cap. VI, *Moral judgments in History*, páginas 107-132, de *The whig interpretation of history*, London, Bell, 1951, 2.ª edición, e *History and human relations*, London, Collins, 1951.

[2] *Ob. cit.*, pág. 51.

revisora de todos los juicios turbados por las pasiones y los errores de los hombres, para corregirlos, dando sentencia definitiva como en un juicio universal y separando a los elegidos de los réprobos... la historia del mundo, juicio del mundo». «Este cargo, peor que aplastante por su peso, es intrínsecamente absurdo e inasequible» [3].

También se ha requerido de la historia que actúe como un factor de civismo, propiciando el patriotismo, ensalzando los héroes nacionales, reforzando la nacionalidad, e incluso contribuyendo a la elevación del gobierno y sus jefes ocasionales, o del régimen político del momento.

Basta examinar aún someramente los libros de texto escolar de historia de la mayoría de los países para comprobar los excesos de esa corriente y su nulo valor científico.

Recientemente varios países han suscrito tratados para eliminar de sus respectivos textos escolares los ataques a sus vecinos, susceptibles de engendrar el odio o el desdén por otros países. Se han hecho asimismo reuniones de historiadores de diversos países para examinar, al margen de los gobiernos, las cuestiones en que una información o un criterio distinto puedan provocar versiones contradictorias que provoquen la hostilidad nacional [4].

Especialmente es interesante el aporte de la Comisión de Cooperación Intelectual de la Sociedad de las Naciones y de la actual Unesco para favorecer a través de los libros de historia el espíritu internacional y la paz mundial [5].

Para terminar, digamos que una justificación de la Historia, desde un punto de vista finalista, los historiadores actualmente sólo la han sostenido en cuanto consideran a la historia como una experiencia, o en cuanto examinan los problemas de nuestro tiempo y su vinculación con los estudios históricos. Así lo haremos seguidamente. También nos ocuparemos de las corrientes antihistóricas.

LA HISTORIA COMO EXPERIENCIA

Lesley Byrd Simpson sostiene como definición de la disciplina histórica que «es un resumen de la experiencia humana y su función es enseñar».

---

[3] *Ob. cit.*, pág. 238.

[4] Especialmente valiosas son las *Rencontres franco-allemandes d'historiens*, 1950-1953, Mayence, Direction Gral. des Affaires Culturelles, 1954.

[5] Por ejemplo, *Les manuels d'histoire et la compréhension internationale*, por J. A. LAWERYS, 1953; *L'enseignement de l'histoire*, por C. PETER HILL, 1953; *La reforma de los manuales escolares y del material de enseñanza*, 1951.

Ese aspecto destaca el fin didáctico de la historia, crece con los mismos límites de la disciplina y en nuestros días llega a concebirse como coincidente con los grandes intereses de la sociedad.

El historiador no sólo debe descubrir la verdad, sino que además debe enseñarla, poniéndola al alcance del público. Esa característica funcional permite definir al género por la negativa, pues según el mismo Byrd Simpson: «Tan sólo es historia aquello que se lee ampliamente» [6].

El lado negativo de este planteo es colocar fuera de la historia a la investigación erudita, en sí inútil para los anotados fines didácticos [7].

La justificación filosófica de esta posición, de mostrar la Historia como experiencia, la da Cassirer (en que se aprecia la influencia de Dilthey), que afirma que aparte de la introspección, los grandes métodos para conocer al ser humano son la Historia y el arte literario, que reflejan sus acciones e ideas.

La misma actitud se observa en la creencia muy popularizada que «la historia se repite», lo cual haría de la especulación histórica una milagrosa antena que resolvería todos nuestros problemas, y que justifica el dicho común: «La historia, maestra de la vida.»

Esta opinión del «realismo ingenuo histórico» —como le llama justamente el profesor José Luis Romero— tiene algo cierto, en cuanto hay en la historia repeticiones, y es «el repertorio de posibilidades de la conducta humana», pues «las actitudes humanas se eligen entre un número limitado de formas» [8].

Lo curioso de la creencia que «la historia se repite» es que proviene de la cultura más general y menos especializada; pero ha venido alcanzando su justificación científica en la teoría de los ciclos. En la obra de H. E. Barnes y H. Becker, *Historia del pensamiento social* [9], se le cita despectivamente como creencia seudocientífica, pero en el tomo I y en el capítulo XX, dedicado a las perspectivas de una «sociología histórica sólida», se alude largamente a los trabajos de Pitirim Sorokin sobre los ciclos históricos omnicomprensivos que arribarían a parejas soluciones...

---

[6] *Dos ensayos sobre la función y la formación del historiador,* México, Colegio de México, 1945, pág. 27.

[7] Por un camino distinto se pronuncian igual HALPHEN y DE GANDIA, *obras citadas.*

[8] De la obra *La Historia y la Vida,* Tucumán, Yerba Buena, 1945, págs. 122 y 123.

[9] México, Fondo de Cultura Económica, 1945, pág. 197, t. II. La sistematización de las teorías modernas sobre ciclos periódicos, verla en *Contemporary sociological theories,* de P. SOROKIN, New York, Harpers, 1928, págs. 728 a 741.

Sin ahondar en este tema, es evidente que la creencia de la historia como una experiencia se ha hecho carne en los últimos siglos de nuestra civilización y que muchos suscribirían esta frase de Byrd Simpson: «Si conocemos la verdad de nuestro pasado, seremos más cuerdos acerca de nuestro futuro, y que si alguna vez hemos de erigir una sociedad duradera en nuestro planeta, sólo será posible hacerlo evitando los errores pasados.» Es más difícil que suscriban la que sigue del mismo autor, aunque éste la pronuncie como conclusión. «Cuando pienso en el empleo que debe hacerse de la historia en la sociedad, estoy tentado a creer que ese estudio es incomparablemente más importante que ninguna otra actividad del intelecto» [10].

Durante mucho tiempo la historia dedicó sus afanes casi exclusivamente a la *biografía de los Estados* y demás acontecimientos de la vida política del pasado. El hecho respondía —desde el punto de vista formal— a un planteamiento estrecho de los fines de la disciplina, pero también respondía a las exigencias vitales que sentían los historiadores en su época.

Además se ha notado que las *grandes épocas de Historia* son aquellas de crisis política y hondos conflictos sociales e intelectuales. «Las edades en que se preparan reformas y transformaciones miran atentas al pasado, a aquel cuyos hilos quieren despedazar y a aquel de quien intentan reanudarlas para seguir tejiéndolos», nos dice Benedetto Croce [11]. El recuento de las grandes épocas de la historiografía (siglos V a. C., II a. C., XV, XIX, XX) nos muestra que éstas coinciden con momentos turbulentos en la historia de la especie, cuando se encuentran en crisis todos los valores humanos.

Estos hechos, o esta concepción de la historia que venimos desarrollando, explican que ciertas épocas históricas se consideren con diferente sentido por los historiadores que corresponden a distintas décadas.

Pensemos, por ejemplo, el caso de la Edad Media o el Renacimiento con la varia bibliografía a que han dado lugar las graves polémicas que han suscitado y la discusión encarnizada a que se han librado los autores para definir su esencia o sentido.

---

[10] *Ob. cit.*, pág. 35.
[11] Pág. 46.

DE LA ETICA Y EL DERECHO

Un caso interesante de la historia como experiencia es el de la Etica.

Las religiones han provisto casi sin excepciones de reglas éticas que estiman de valor permanente, ahistórico, pues son dictadas o tienen algún tipo de relación estrecha con la divinidad, que por su misma definición personal es inmutable.

A su vez la reflexión racionalista, partiendo de la creencia en la permanente *naturaleza humana* o en las *leyes naturales*, ha dado también una ética, que lo mismo que la trascendente, se supone inmutable y ahistórica.

La *moral histórica* de una época es uno de los elementos que forman la historicidad de la Historia, ya que el historiador juzga desde ella el pasado que analiza, o procura concretamente negarla superándola, basado en ese mismo pasado.

El historiador —cuando colabora en la fijación de una nueva *moral histórica*, como se señala en la segunda parte de la frase anterior— no escruta caprichosamente el pasado, sino que se adecúa (aun inconscientemente) a las necesidades de su época o del futuro próximo que avizora. En ese sentido se justifica la aseveración de R. Aron, según la cual «se extrae de la historia una especie de decálogo eterno» [12].

Esta función de la Historia está presente en lo que dijimos anteriormente sobre la historia como experiencia y preside la disciplina desde sus lejanos orígenes con Tucídides y Polibio.

La Historia ha debido proveer de los elementos básicos para la fundamentación del Derecho y de las líneas generales para la estructuración de las normas jurídicas; y al mismo tiempo el historiador ha actuado en su escrutación del pasado normativo en función de su época, con la visión de la normatividad de la misma —en una palabra— inserto en la historicidad de su tiempo.

Al considerarse la más importante de las investigaciones de la Filosofía del Derecho —o sea el establecimiento del fundamento ideal del Derecho—, Recasens Siches expresa: «Esclarecer si el ideal jurídico está constituido por un único tipo de ordenación con validez absoluta y universal, inmutable para todos los tiempos, pueblos y

---

[12] *Ob. cit.*, pág. 484. Un trabajo sistemático sobre este tema lo presentó RAFAEL ALTAMIRA al V Congreso Internacional de Educación Moral y su texto figura en *Cuestiones modernas de Historia*, Madrid, Aguilar, 1935, págs. 181 a 201.

circunstancias; o si, por el contrario, es relativo a los factores históricos de época, lugar y condiciones concretas y varía consiguientemente a tenor de éstas; he aquí el problema en torno al cual ha girado capitalmente la especulación filosófica jurídica en todas sus manifestaciones, desde sus inicios hasta el presente. Examinando el pensamiento jurídico en todas sus fases, lo hallamos siempre dominado por esta dramática cuestión acerca de las relaciones entre el factor idea de razón y los elementos reales, históricamente condicionados, que han de ser objeto de regulación. Razón e Historia vienen disputándose, en la teoría jurídica, sobre su respectiva intervención en la determinación del ideal de Derecho; y a través de las diversas escuelas pasan por vicisitudes varias: mientras que en algunas triunfa el factor racional puro, en otras se pronuncia la decisión a favor de la Historia y en otras se trata de superar el dualismo o conflicto mediante una fórmula que, reconociendo beligerancia a ambos ingredientes, delimite claramente su distinta competencia y misión respectiva.»

La Historia estaría representada en esa secular polémica —de acuerdo a nuestro entender— no sólo por la llamada 'escuela histórica de los juristas alemanes' (Savigny, Puchta, Hugo, etc.), sino por por todas las corrientes historicistas. Así, en primer término, las demás escuelas historicistas de la época, como son la filosófica (de Schelling y Hegel), la política de los líderes de la Restauración (De Bonald, De Maistre, Donoso Cortés, Haller) o del socialismo (Saint-Simon, Proudhon, Marx).

En la corriente historicista militan —a pesar de la expresa negación de Recasens Siches— las ideas socialistas del siglo XIX y hasta el positivismo, que supone en definitiva un rechazo de la religión y la metafísica como explicación del Derecho, especialmente a través de lo que Edgar Bodenheimer en su *Teoría del derecho* llama positivismo histórico y positivismo sociológico (Gumplowicz, Köhler y la escuela sociológica del Derecho en los EE. UU.). Por último, la actitud historicista está presente en las aplicaciones jurídicas de las ideas de autores como Spencer, Maine, Croce y los sociólogos históricos alemanes, así como también en los intentos de síntesis como los realizados por Stammler y Timasheff [13].

[13] De las adiciones de Luis Recasens Siches a la *Filosofía del Derecho*, por GIORGIO DEL VECCHIO, Barcelona, Bosch, 1929, pág. 490, tomo I. Aunque ya sobrepasado es útil para el siglo XIX el libro de R. ATARD, *La escuela histórica del derecho*, Madrid, Suárez, 1908, con textos de Savigny, Eichorn y Gierke Stammler.

G. SOLARI: *Storicismo e diritto privato*, Torino. Giappichelli, 1940, un punto de vista moderno en el círculo de ideas de Croce.

La polémica no se concreta a la consideración del fundamento ideal del Derecho, sino que se encuentra presente en el estudio de las fuentes del derecho, de su origen y evolución y hasta en el derecho positivo, al cual valora y mide en su justicia intrínseca el ideal jurídico.

Sin ánimo de extendernos en las fundamentaciones de la controversia Razón-Historia —que apunta Recasens Siches—, digamos que es parte del viejo pleito, que ya señalaban Polibio y Marco Aurelio. En un plano general creemos que ha sido superado por la inclusión de la Filosofía dentro de la Historia de la Cultura, por cuya justificación nos remitimos a Benedetto Croce y a Raymond Aron, especialmente en las páginas de *Introducción a la filosofía de la historia.*

En el terreno jurídico se tiende a aceptar por la generalidad de los autores que «el derecho es un hecho histórico, producto del espíritu de un pueblo, indisolublemente ligado a los demás elementos de su vida y su cultura, formado con un proceso orgánico de desarrollo» [14].

Si consideramos solamente la Epoca Contemporánea en que vivimos, advertimos que la Historia prima de una manera incontenible. Ya en el siglo XVIII aparecen los primeros autores historicistas cuyas opiniones influyeron en forma directa o indirecta en el campo jurídico, como Vico, Herder, Montesquieu, Voltaire, Burke, Gibbon, Robertson y hasta el mismo Goethe, que tuvo el insigne mérito de rever su criterio antihistórico. El siglo pasado fue el del triunfo del historicismo y, al iniciarse el XX, un autor como Emil Lask expresaba en *Filosofía jurídica* lo siguiente: «Todos los juristas de significación de las últimas generaciones profesan en la Escuela Histórica. El método histórico ha llegado a ser el lema común de la jurisprudencia moderna» [15]. Después brotó en las universidades alemanas el neokantismo, la teoría de los valores, el derecho puro (interpretación formal paralela a otras que hemos visto), el neojusnaturalismo, existencialismo, etc., y todo ese conjunto tendió a oscurecer la vinculación de Historia con Derecho. Pero ese movimiento se ha revelado superficial

---

[14] Esta es la definición amplia que da ICILIO VANNI en su *Filosofía del Derecho,* Lima, Rosay, 1923, pág. 404, de la escuela histórica jurídica, aplicable al historicismo jurídico.

[15] *Filosofía jurídica,* de EMIL LASK, Buenos Aires, Depalma, 1946, pág. 5. Una visión muy moderna del tema en la serie de la revista «History». Artículos de A. F. POLLARD: *History and the law;* W. L. BURN: *The historian and the lawyer,* y V. SANKEY: *The historian and the lawyer,* vols. X, XXVIII y XXXI.

y de escaso aliento, pues no ha trascendido de los ambientes eruditos y tiende en las últimas décadas a agotarse, en vida todavía de sus fundadores. En tanto la Historia sigue creciendo en el servicio del Derecho, o sea considerando al pasado con los ansiosos ojos del presente normativo.

XVII

LA ACTUALIDAD DE LA HISTORIA

Las mismas definiciones contemporáneas más aceptadas de la Historia nos son útiles en esta oportunidad. Así, Huizinga ha afirmado muy justamente que:

«El interés histórico se determina en lo tocante a toda cultura parcial por el problema de cuáles son las cosas que a esa cultura parcial le preocupan. La cultura no tiene sentido sino como algo proyectado hacia una meta, es un concepto teleológico, como la Historia es un conocimiento manifestadamente dirigido hacia un fin.» Y sigue Huizinga: «Cada cultura tiene *su* pasado», y concreta todavía su pensamiento, «cultura de visión estrecha o limitada suministran siempre una Historia estrecha o limitada y, al revés, las de amplio horizonte hacen surgir una historia mucho más amplia y comprensiva», y páginas más adelante nos dice: «Toda cultura crea de nuevo esa forma *(la Historia)* con arreglo al estilo peculiar de ella» [1].

Debemos considerar la actual problemática histórica en cuanto *res gesta*. Examinar las ideas actuales y medir el lugar que en ellas se considera a la historia.

Nuestra época tiene problemas inmediatos y gravísimos que se manifiestan por una *crisis de valores* que ha sido denunciada desde distintos ángulos por la autorizada palabra de casi todos los especialistas de mérito. En realidad, bajo esa denominación se hace referencia a un conjunto de temas bastante heterogéneo.

En primer término faltan en las gentes ideas de una generalidad e intensidad tal que den cohesión espiritual a las comunidades.

Mientras en los tiempos medios o en la ciudad antigua se habría

---

[1] *El concepto de la Historia y otros ensayos,* México, Fondo de Cultura Económica, 1946, págs. 92 a 97.

logrado la unidad ideológica de los ciudadanos en un cuerpo de creencias común, en nuestra época no hay nada similar.

Ya Comte, a principios del siglo XX, hacía una consideración semejante: «La primera necesidad de la época actual... fin general de mis trabajos... tienen por objeto poner en juego las fuerzas que deberán encauzar a la sociedad sobre el camino del sistema nuevo» [2].

Pensaba Comte que para obtener esa cohesión ideológica era necesario emplear nuevas fórmulas que poseyeran la flexibilidad necesaria para su adaptación a distintas circunstancias y comunidades, y se aplicaran en un plano mundial. Otros autores han sostenido por lo contrario, y podría exhibirse como característico a Berdiaeff, la conveniencia de recurrir a la pretéritos «centros de interés» (religión, mística, magia, etc.) para lograr esas unificaciones ideológicas.

A más de un siglo de la época del fundador de la sociología cabe preguntarse si las tales unificaciones ideológicas son posibles e incluso convenientes. La experiencia de los totalitarismos parece concluyente en sugerir su rechazo.

Tal vez, como ha observado un psicólogo social, Erich Fromm, esa demanda la provoca el temor a la soledad, pues las gentes se sienten «solas e impotentes» frente a los problemas suscitados por la diaria existencia y temerosos del mañana. Los regímenes totalitarios, o los sistemas totalizadores ideológicos de tipo religiosos, salvan esa situación psico-ideológica por medio de la automatización de sus adherentes, lo cual es en última instancia posponer el conflicto interno sin resolverlo [3].

Por otra parte, en ciertas capas de la sociedad que en los países más adelantados se ocupaban tradicionalmente de la dirección del político, hay una falta de confianza en el progreso e incluso un divorcio con la ideología política liberal que mantenían secularmente [4].

Esta compleja situación en el campo intelectual responde en definitiva a una realidad material patentizada por la crisis del siglo XX con guerras de destrucción, crisis económicas y la ruina de clases enteras de la población.

No es nuestro propósito encarar dogmáticamente soluciones a tan graves cuestiones, pero no podemos menos que transcribir los conceptos de Fromm que siguen:

«Tan sólo si el hombre logra dominar a la sociedad y subordinar

[2] *Ob. cit.*, pág. 72, y *Système de politique positive*, París, 1929.

[3] Véase nuestra *Revolución social y fascismo en el siglo XX*, Montevideo, Buenos Aires, Palestra, 1962, tercera parte.

[4] Véase nuestro ensayo *La crisis del liberalismo*, «Cuadernos Internacionales», Montevideo, núm. 3.

el mecanismo económico a los propósitos de la felicidad humana, si llega a participar activamente en el proceso social, podrá superar aquello que hoy lo arrastra a la desesperación: su soledad y su sentimiento de impotencia. Actualmente el hombre no sufre tanto por la pobreza como por el hecho de haberse transformado en un autómata, de haber vaciado su vida y haberle hecho perder todo su sentido. La victoria sobre las formas de sistemas autoritarios será únicamente posible si la democracia no retrocede, asume la ofensiva y avanza para realizar su propio fin, tal como lo concibieron aquellos que lucharon por la libertad durante los últimos siglos. Triunfará sobre las fuerzas del nihilismo tan sólo si logra infundir en los hombres aquella fe que es la más fuerte de las que sea capaz el espíritu humano, la fe en la vida y en la verdad, la fe en la libertad, como realización activa y espontánea del yo individual» [5].

En 1725 Giambatista Vico iniciaba la secularización del pensamiento histórico al afirmar que «la Humanidad es obra de sí misma». En la actualidad pensamos que la humanidad *hace su futuro*, elabora su porvenir merced a su conciencia histórica, a la utilización consciente o inconsciente de esa forma cultural que consiste en rendirse cuentas del pasado, o sea, la Historia.

Una concepción histórica del mundo puede y debe ser el instrumento que la humanidad contemporánea utilice para superar exitosamente los peligros de la problemática que definimos como la *crisis actual*.

Bien dice Dilthey que «el alma poderosa de la ciencia actual es un anhelo insaciable de realidad, que después de haber transformado las ciencias naturales quiere apoderarse del mundo histórico-social para abarcar, si fuera posible, todo el mundo y obtener los medios para intervenir en la marcha de la sociedad humana» [6]. Abordando el interés suscitado por la unificación o coordinación de las «ciencias del espíritu», agrega: «Se ha convertido en problema vital de nuestra civilización conocer las fuerzas que actúan en la sociedad, las causas que produjeron las perturbaciones en ésta y los recursos de un sano progreso, de los que ella dispone» [7].

Esto significa, en primer término, extraer de la historia pautas de acción, útiles para actuar en la realidad histórica inmediata.

Una de esas pautas de acción —que nos interesa destacar aquí— es la educación, entendida en el sentido amplio que le daba Dewey.

---

[5] E. Fromm: *El miedo a la libertad*, Buenos Aires, Abril, 1947, pág. 239.
[6] *Ob. cit.*, pág. 9, tomo II.
[7] *Ob. cit.*, pág. 26, tomo I.

«La sociedad existe mediante un proceso de transmisión tanto como la vida biológica. Esta transmisión se realiza por medio de la comunicación de hábitos de hacer, pensar y sentir de los más viejos a los más jóvenes; sin esta comunicación de ideales, esperanzas, normas y opiniones de aquellos miembros de la sociedad que desaparecen de la vida del grupo a los que llegan a él, la vida social no podría sobrevivir» [8].

Dentro de esa transmisión cultural —educación en sentido amplio— la educación sistemática o escolar ocupa un sector reducido, que se acrecienta en las sociedades más civilizadas y complejas mediante las prácticas pedagógicas.

¿En estos momentos qué puede ofrecer la educación de los mayores a las nuevas generaciones?

El citado pedagogo Giuseppe Lombardo-Radice nos dice: «El ideal de la escuela en su complejidad (esto es, el ideal de una escuela de cultura que acompañe al educando hasta el umbral de los estudios superiores) es característicamente éste: *formación de la conciencia histórica*, que es fundamentalmente la conciencia humana. Sólo es hombre verdaderamente aquel que siente que su vida individual es totalmente inseparable de la vida del conjunto, y en esta profunda solidaridad encuentra el consuelo y a la vez la regla de su vida: el ideal del que él mismo es un anillo viviente» [9].

Un historiador contemporáneo se expide en parecida forma: «La historia es esencialmente una continuidad y una solidaridad: continuidad que se mantiene, sin que los hombres puedan escaparse de ella, de generación en generación, y que ata, por consecuencia, nuestro tiempo a las épocas más lejanas; solidaridad, también, pues lo mismo que en una sociedad la vida de cada hombre está determinada por aquélla de todos los otros, lo mismo que en la comunidad de las naciones la historia de cada una de ellas, sin duda, evoluciona en función de la de todos los pueblos del universo... Y es porque la humanidad se da cuenta inconscientemente de esta interdependencia que liga en el tiempo y en el espacio todos los hombres que viven y que han vivido, es que en las grandes épocas de crisis o de apogeo se ve aparecer historias universales» [10].

Naturalmente que a la formación de esa conciencia histórica, todas y cada una de las materias *vivas* del conocimiento aportan ele-

---

[8] *Democracia y educación*. Buenos Aires, Losada, 1946, pág. 11.

[9] *Ob. cit.*, pág. 223. Una tesis similar en H. G. WELLS: *La llama inmortal*, Buenos Aires, Claridad, s. f.

[10] JACQUES PIRENNE: *Les grands courants de l'histoire universelle*, Neuchâtel. La Baconnière, 1947, pág. 15, tomo I.

mentos, pero el papel protagónico corresponde ahora a los historiadores.

Uno de ellos, A. L. Rowse, se pregunta con justicia: «Hasta ayer fueron los filósofos quienes miraban esto como de su incumbencia, quienes se encargaron de guiarnos por su propia cuenta; antes de aquél, fue el teólogo. ¿En el análisis de las exigencias trascendentes de la filosofía, la abdicación por sí mismos de los filósofos, no ha dejado sólo a los historiadores? Y, después de todo, ¿no es el tema suyo estudiar los problemas humanos en una larga perspectiva?» [11].

Quedará por precisar cuál será el sentido que oriente la acción educativa de los historiadores y, además, cómo debe rehacerse el material historiográfico para responder a tan grave demanda.

CORRIENTES ANTIHISTORICAS

Es interesante para el historiador conocer las corrientes antihistóricas y analizar sus argumentos.

Algunas de ellas son consideradas a propósito del historicismo, pero aquí nos interesa mostrar aquellas que se presentan aduciendo la inutilidad de los estudios históricos.

En general corresponden al pensamiento irracionalista o neorromántico de fines del siglo pasado, y en la imposibilidad de mostrar sus distintas facetas, destacaremos dos autores muy conocidos: Paul Valéry y Federico Nietzsche.

El primero es ampliamente conocido en el terreno de la poética, pero ha hecho algunas incursiones en la filosofía no-sistemática.

Ha sostenido, con frases muy repetidas más tarde, que la historia es algo así como una mistificación y que se encuentra entre los productos más peligrosos de la química humana. Además nadie aprende nada con la experiencia histórica.

En un *Discurso sobre la Historia* sostiene Valéry que «es imposible separar el observador de la cosa observada, y la Historia del historiador» [12].

La Historia —dice— es ante todo un arte, y el Pasado «una cosa mental, plena de imágenes, convenciones y creencias». Lo único objetivo serían los hechos, pero éstos representan dentro de la historia un elemento menor, pues por sí solos no poseen significación al estar privados de las ideas de valor.

---

[11] A. L. ROWSE: *History and the modern world,* London. «Britain-Today», núm. 136.

[12] PAUL VALÉRY: *Variété IV.* París, Gallimard, 1938, págs. 127-142.

«La más importante lección de la Historia es que la Historia es la ciencia de las cosas que no se repiten, porque las cosas repetibles y las experiencias que se rehacen, las observaciones que se superponen, pertenecen a la Física y en alguna medida a la Biología.»

Si bien es cierto que la Historia no permite la previsión, asociada a la independencia espiritual nos puede ayudar a ver mejor. Por ejemplo, para comprender el lugar de nuestro país en el mundo, etcétera.

Más importante es el esfuerzo del pensador alemán, reflejado especialmente en su libro *De la utilidad y de los inconvenientes de los estudios históricos para la vida* [13].

«Yo trato —dice Nietzsche— de interpretar como un mal, como una enfermedad y un viejo vicio, algo de que nuestra época está orgullosa con justo título: su cultura histórica», pues «queremos servir a la historia solamente en cuanto ella sirve a la vida». Al contrario, la Historia sólo instruye sin aumentar la actividad de los hombres.

A su juicio, «de cinco maneras puede ser peligrosa a la vida esta sobresaturación de una época por la historia», a saber:

1) Debilita la personalidad humana. «Nadie se atreve a poner en primer término su propia persona, todos adoptan la máscara del hombre cultivado, del sabio, del poeta, del político.»

2) El exceso de estudios históricos da nacimiento en una época, a la ilusión de que ella posee más que cualquier otra época, esa virtud que se llama «justicia».

3) El exceso de estudios históricos perturba los instintos populares e impide al individuo, así como a la totalidad, llegar a la madurez.

4) Propaga la creencia siempre nociva de la caducidad de la especie humana, la idea de que todos somos seres retardados, epígonos.

5) Desarrolla un estado de espíritu peligroso, el de la ironía, y otro estado de espíritu más peligroso todavía, el cinismo; y de este modo la época se orienta insistentemente hacia un practicismo receloso y egoísta, que termina por paralizar y destruir la fuerza vital [14].

De claro cuño romántico parecen estas palabras: «El que no sabe sentarse en el dintel del momento, olvidando todo el pasado; el que no sabe erguirse en un punto como una diosa de la victoria, sin vértigo y sin miedo, no sabrá nunca lo que es la felicidad.»

---

[13] Seguimos la trad. de GABRIEL MONER, Buenos Aires, Bajel, 1945.
[14] *Ob. cit.*, pág. 38.

Pero su punto de vista no supone una absoluta negación de los estudios históricos, pues «el punto de vista histórico, tanto como el punto de vista no-histórico, son necesarios a la salud de un individuo, de un pueblo y de una cultura».

Efectivamente, «la vida tiene necesidad de los servicios de la historia... la historia pertenece a un ser vivo bajo tres aspectos»:

1) «La historia pertenece, ante todo, al activo y al poderoso, al que participa en una gran lucha y al que, teniendo necesidad de maestros, de ejemplos y de consuelos, no sabría encontrarlos entre sus compañeros y en el presente.»

2) La historia pertenece, en segundo lugar, al que conserva y venera, al que con fidelidad y amor vuelve sus miradas hacia el lugar de donde viene, donde se ha formado. Es lo que Nietzsche llama «el punto de vista anticuario».

3) Hay, finalmente, un «punto de vista crítico». «Para poder vivir, el hombre debe poseer la fuerza de romper un pasado y aniquilarle, y es preciso que emplee esa fuerza de cuando en cuando. Lo consigue llevando a la barra el pasado, instruyendo severamente un juicio contra él y, por último, condenándolo» [15].

En definitiva, y a pesar de las premisas iniciales, su punto de vista no es de crítica cualitativa (es decir, negación total de la historia), sino cuantitativa. «*Hay un grado de insomnio*, de rumia, de sentido histórico, que perjudica al ser vivo y termina por anonadarle, ya se trate de un hombre, de un pueblo o de una cultura», dice en otra parte [16].

Como se verá, muchas de las objeciones que suscita este autor provienen —como es habitual en los filósofos— del desconocimiento de los trabajos de las ciencias históricas, y sobre cada una de ellas existen, para refutarle, trabajos sustantivos, importantes y definitivos.

---

[15] *Ob. cit.*, págs. 18-38.
[16] *Ob. cit.*, pág. 11.

XVIII

BIBLIOGRAFIA CITADA Y UTILIZADA

Este tipo de libro supone, en algún sentido, una suerte de introducción a la bibliografía histórica.

Como los existentes hasta la fecha son escritos originariamente en otros idiomas, incluso se ha hecho costumbre que sus traductores y editores hagan las adaptaciones del caso, adicionando a la bibliografía foránea los aportes locales.

Así, el clásico manual de Bernheim cuenta con un Apéndice Bibliográfico a cargo de Rafael Martínez en que se indican 2.091 libros, artículos, revistas y colecciones, calificada por su autor como «una modesta indicación útil y en el mejor de los casos, una guía bibliográfica para aquellos estudiantes de la Historia de España que inicien sus trabajos de investigación», pues «la bibliografía que va a continuación no pretende ser una bibliografía completa», etc.

El distinguido catedrático de Madrid, doctor L. G. de Valdeavellano, traductor y adaptador de Bauer en nuestra lengua, añade a la obra un nuevo capítulo bajo el epígrafe de «Bibliografía de la historia española», y a lo largo de cuidadas notas adiciona en todo el texto la bibliografía hispánica más importante.

Ninguno de los dos cumple con agregar la bibliografía histórica de la lengua, pues desconocen el aporte latinoamericano, por lo que calificamos de localista su esfuerzo.

Sería interesante una bibliografía todo lo exhaustiva posible de los estudios sobre Teoría de la Historia. Es imposible actualmente por nosotros cumplir correctamente tal tarea [1].

---

[1] El tema lo plantea el Dr. EVANS en *History and the problem of bibliography*, r. College and Research Libraries, july 1946. Naturalmente está superado el *Manuel de bibliographie historique* de LANGLOIS. París, Hachette, 1896. Es necesario recurrir a obras como B. SÁNCHEZ ALONSO: *Fuentes de la Historia*

Otra solución, que podemos desautorizar por haberla intentado, es el relevamiento de los fondos bibliográficos de Teoría de la Historia. Para Montevideo cumplimos el intento en el Apéndice C de *Introducción a los Estudios Históricos* (1951).

De ahí que únicamente citemos los libros y artículos ya anotados y utilizados en las páginas que anteceden en su preparación, ordenados ahora alfabéticamente y con las precisiones bibliológicas correspondientes, de manera de evitar repeticiones en las citas.

Se ha preferido en casi todos los casos utilizar las versiones al español de las obras extranjeras y las ediciones más recientes y accesibles.

ABBAGNANO, NICOLA: *Riposta a C. A.* [Carlo Antoni], Torino, Quaderni di Sociologia, núm. 2, 1952.
— *Appunti per una teoria sociologica,* Milano, Convegno di Studi Filosofici, 1953 (mimeóg.).
ACTES DU XIÈME. CONGRÈS INTERNATIONAL DE PHILOSOPHIE, Louvain, Nauwelaerts, 1953, vol. VIII.
AGUSTÍN, SAN: *La ciudad de Dios,* Buenos Aires, Poblet, 1945.
ALONSO, AMADO: *Ensayo sobre la novela histórica. El modernismo en «La gloria de don Ramiro»,* Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 1942.
ALTAMIRA, RAFAEL: *Cuestiones de historia,* Madrid, Jorro, 1911.
— *Cuestiones modernas de historia,* Madrid, Aguilar, 1935.
— *Filosofía de la historia,* Madrid, La Lectura, 1916.
— *Proceso histórico de la historiografía humana,* México, El Colegio de México, 1948.
ANTONI, CARLO: *Problemas y métodos de la historiografía moderna: J. Huizinga,* Madrid, Revista de Occidente, t. XLIX, núm. 145.
— *Dello storicismo alla sociologia,* Firenze, Sansoni, 1940.
— *La lotta contra la raggione,* Firenze, Sansoni, 1942.
— *Croce, historien et philosophe de la liberté,* París, «Preuves», núm. 22.
— *I metodi sociologi,* Berlín, «Studium Generale», 1952.
— *Le ideologie politiche,* Bologna, Zanichelli, 1953.
ARISTÓTELES: *Poética,* México, Universidad Autónoma, 1945 (ed. bil.).
ARON, RAYMOND: *La philosophie critique de l'histoire,* París, Vrin, 1950.
— *Introducción a la filosofía de la historia,* Buenos Aires, Losada, 1947.
ATARD, R.: *La escuela histórica del derecho,* Madrid, Suárez, 1908. ATTI DEL XV CONGRESO NAZIONALE DI FILOSOFIA, Messina, D'Anna, 1928.
AYALA, FRANCISCO: *Tratado de sociología,* Buenos Aires, Losada, 1947, 3 vols.
BARBAGALLO, CORRADO: *Le déclin d'une civilisation,* París, Payot, 1947.
BARNES, H. E., y BECKER, H.: *Historia del pensamiento social,* México, Fondo de Cultura Económica, 1945, 2 vols.
BARTH, P.: *Die philosophie der Geschichte als Soziologia,* Leipzig, 1922, 4.ª ed.
BATAILLON-O'GORMAN: *Dos concepciones de la tarea historiográfica,* México, Imprenta Universitaria, 1955.

---

española e hispanoamericana, Madrid, 1927-1947, y la gran *International Bibliography of Historical Sciences,* en más de 50 volúmenes, del Comité International des Sciences Historiques, y manuales como L. HALPHEN: *Initiation aux Etudes d'Histoire du Moyen Age,* París, Presses Universitaires de France, 1939, y BLOCH-RENOUVIN: *Guide de l'Etudiant en Histoire moderne et contemporaine,* París, Presses Universitaires de France, 1949.

BATTAGLIA, FELICE: *Il valore della storia,* Bologna, Zuffi, 1948.
BAUER, WILHEM: *Introducción al estudio de la historia,* Barcelona, Bosch, 1944.
BECKER, H., y FRÖHLICH: *Toynbee y la sociología sistemática,* México, El Colegio de México, 1945.
BENEDICT, RUTH y WELTFISH, GENE: *Las razas humanas,* La Habana, s. f.
BENVENISTE, E.: *Civilisation: contribution à l'histoire du mont,* París, Colin, 1953. («Eventail de l'histoire vivante», Mèlanges Febvre.)
BERDIAEFF, NICOLÁS: *Les sens de l'histoire,* París, Aubier, 1948.
BERNHEIM, E.: *La science historique moderne,* París, «Revue de Synthèse Historique», vol. X, 1905.
— *Introducción al estudio de la historia,* Barcelona, Labor, 1937.
BERR, HENRI: *L'histoire traditionnelle et la synthèse historique,* París, Alcan, 1935.
— *La synthèse en histoire,* París, Michel, 1953.
FEBVRE, L.: *History and historiography,* New York, Encyclopaedia of Social Sciences, 1952, t. VII.
BLOCH, CAMILE-RENOUVIN, PIERRE: *Guide de l'Etudiant en Histoire moderne et contemporaine,* París, Presses Universitaires de France, 1949.
BLOCH, MARC: *Pour une histoire comparée des sociétés européennes,* París, «Revue de Synthèse Historique», vol. XX, 1928.
— *La comparaison historique et ses diverses formes,* París, en «Revue de Synthèse Historique», vol. XXIII, 1930.
— *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien,* París, Colin, 1949 (trad. esp. Fondo de Cultura Económica, México).
BOCHENSKI, I. M.: *La filosofía actual,* México, Fondo de Cultura Económica, 1949.
BODENHEIMER, EDGAR: *Teoría del estado,* México, Fondo de Cultura Económica, 1942.
BODIN, JEAN: *La méthode de l'histoire,* París, Les Belles Lettres, 1941.
BOODIN, JOHN ELOF: *Filosofía de la historia,* en el vol. *La Filosofía del siglo XX,* Buenos Aires, Impulso, 1948.
BOSSUET: *Discurso sobre la historia universal,* París, Garnier, s. f.
BOUGLÉ, C.: *Qu'est-que ce la sociologie?,* París, Alcan, 1925.
BOURDEAU, LOUIS: *L'Histoire et les historiens,* París, Alcan, 1888.
BRANDÉS, GEORG: *Las grandes corrientes de la literatura en el siglo XIX,* Buenos Aires, Americalee, 1946.
BRAUDEL, FERNAND: *Les responsabilités de l'histoire,* París, Cahiers Internationaux de Sociologie, vol. X, París, 1951.
BUCHEZ, P. J. B.: *Introduction a la science de l'histoire,* París, Guillaumin, 1842.
BURCKHARDT, JACOB: *Reflexiones sobre la historia universal,* México, Fondo de Cultura Económica, 1943.
— *La cultura del Renacimiento en Italia,* Buenos Aires, Losada, 1942.
— *Historia de la cultura griega,* Madrid, Revista de Occidente, 1944.
— *Rubens,* Prólogo de Walter B. L. Bose, Buenos Aires, Emecé, 1950.
BURN, W. L.: *The historian and the lawyer,* London, en «History», volumen XXVIII, núm. 107.
BUTTERFIELD, HERBERT: *History and human relations,* London, Collins, 1951, 3.ª ed.
— *Christianity and History,* London, Bell, 3.ª ed.
— *The Whig interpretation of History,* London, Bell, 1951, 2.ª ed.
BYRD SIMPSON, LESLEY: *Dos ensayos sobre la función y la formación del historiador,* México, El Colegio de México, 1945.
CAHIERS D'HISTOIRE MONDIALE, Paris, núm. 1, vol. I, 1953, y núm. 1, volumen II, 1954.
CAILLOIS, ROGER: *Sociología de la novela,* Buenos Aires, Sur, 1942.
CANTONI, REMO: *Mito e storia,* Milano, Mondadori, 1953.

E. H. Carr: *¿Qué es la Historia?*, Barcelona, Seix Barral, 1966.
Capitini, Aldo: *Saggio sul soggetto della storia*, Firenze, La Nuova Italia, 1947.
Cassirer, E.: *Las ciencias de la cultura*, México, Fondo de Cultura Económica, 1951.
Castellanos, Daniel: *La enseñanza de la historia*, Montevideo, Cervantes, 1915.
Castelli, Enrico: *I presupposti di una teologia della storia*, Milano, Bocca, 1952.
— *Antropología filosófica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1945.
— *El problema del conocimiento. De la muerte de Hegel a nuestros días.* México, Fondo de Cultura Económica, 1948.
Cavaillès, Jean: *Sur la logique et la théorie de la science*, París, Presses Universitaires de France, 1947.
Cinquant'anni di vita intellettuale italiana, 1896-1946, Napoli, Scientifiche Italiane, 1950.
Collingwood, R. G.: *The idea of history*, Oxford, Clarendon Press, 1946 (trad. esp., México, Fondo de Cultura Económica).
Collotti, Francesco: *Lo storicismo contemporaneo*, en Relazioni del X Congresso Internazionale di Scienze Storiche, Firenze, 1955.
Comte, Auguste: *Cours de philosophie positive*, París, 1928.
— *Système de politique positive*, París, 1929.
— *Primeros ensayos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1942.
Concolorcorvo: *Lazarillo de ciegos caminantes*, Buenos Aires, Solar, 1942.
IXème. Congrès International des Sciences Historiques, París, Colin, 1950.
Coulanges, Fustel de: *Questions historiques*, París, Hachette, 1893.
Cournot: *Materialisme, vitalisme, rationalisme*, París, 1872.
— *Considérations sur la marche des idées et des événements dans les temps modernes*, París, Boivin, 1934, 2 vols.
Croce Benedetto: *Ciò è vivo è morto della filosofia di Hegel*, Bari, Laterza, 1906.
— *Saggio sullo Hegel, seguito da altri scritti di storia in atti academici e riviste*, Bari, Laterza, 1917.
— *Logica, come scienza del concetto puro*, Bari, Laterza, 1909.
— *Cultura e vita morale*, Bari, Laterza, 1914.
— *Teoría e historia de la historiografía*, Buenos Aires, Imán, 1953.
— *Estética*, Madrid, Beltrán, 1926.
— *Etica e politica*, Bari, Laterza, 1931.
— *Differenza dello storicismo hegeliano dallo storicismo nuovo*, Bari, Laterza, 1942.
— *Storiografia e idealitá morale*, Bari, Laterza, 1950.
— *La historia como hazaña de la libertad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1942.
— *Filosofía. Poesía. Historia*, Milano, Ricciardi, 1952.
Cuvillier, A.: *Manuel de Philosophie*, París, Colin, 1950, 2 vols.
Chabod, Federico: *Croce storico*, Napoli, «Rivista Storica Italiana», 1952, año LXIV.
Dardel, Erich *L'histoire, science du concret*, París, Presses Universitaires de France, 1946.
Daval, Simone-Guillaumin, Bernard: *Philosophie des sciences*, París, Presses Universitaires de France, 1950.
Gandía, Enrique de: *La historia como arte*, Buenos Aires, Argentina, 1944.
De Gubernatis, Angel: *Historia de la historiografía universal*, Buenos Aires, CEPA, 1943.
De Michelis, Enrico: *El problema de las ciencias históricas*, Buenos Aires, Nova, 1948.
Del Vecchio, Giorgio: *Filosofía del derecho*. Adiciones de Luis Recaséns Siches, Barcelona, Bosch, 1929.

DESTEFFANIS, LUIS D.: *De los criterios históricos*, Montevideo, La Epoca, 1889.
DEWEY, JOHN: *Libertad y cultura*, Rosario, Rosario, 1946.
— *Democracia y educación*, Buenos Aires, Losada, 1946.
— *Lógica. Teoría de la investigación*, México, Fondo de Cultura Económica, 1950.
DILTHEY, WILHEIM: *Introducción a las ciencias del espíritu*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1948.
— *Obras*, México, Fondo de Cultura Económica, 1944.
DOSTOIEWSKY, F.: *El idiota*, Buenos Aires, Emecé, 1945.
DUCASSÉE, PIERRE: *La méthode positive et l'intuition comtienne*, París, Alcan, 1939.
DUMONT WILDEN, L.: *La evolución del espíritu moderno*, Santiago de Chile, Letras, 1938.
DURKHEIM, EMILE: *Sociología y filosofía*, Buenos Aires, Kraft, 1951.
— *Les règles de la méthode sociologique*, París, 1912.
EAST, GORDON: *Géographie historique de l'Europe*, París, Gallimard, 1939.
EMERSON, RALPH: *La historia y otros ensayos*, Buenos Aires, Tor, s. f.
ENRIQUES, FEDERICO: *Problemas de la lógica*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1947.
EVANS, LUTHER H.: *History and the problem of bibliography*, College and Research Libraries, july 1946.
FABRES, OSCAR: *Alrededor de Paul Valéry y la historia*, Santiago, «Clío», número 4.
FAUVEL-ROUIFF, DENISE: *Compte rendu du colloque organisé par la Commission d'Histoire des Mouvements Sociaux*, París, «Revue d'Histoire Economique et Sociale», París, vol. XXXII, 1954.
FEBVRE, LUCIEN: *Combats pour l'histoire*, París, Colin, 1953.
FEBVRE, L.; MAUSS, M.; TONNELAT, E.; NICÉFORO, A.; WEBER, L.: *Civilisation, Le mot et l'idée*, París, Centre Int. de Synthèse, 1930.
FLINT, ROBERT: *La philosophie de l'histoire en France*, París, Baillière, 1878.
— *La philosophie de l'histoire en Allemagne*, París, Baillière, 1878.
FORSTER, E. M.: *Aspects of the novel*, London, Arnold, 1944.
Foule, La, París, Centre Int. de Synthèse, 1944.
FRANCOVICH, GUILLERMO: *Toynbee, Heidegger y Whitehead*, Buenos Aires, Raigal, 1951.
FREYER, HANS: *Los sistemas de la historia universal*, v. Goetz, Madrid, Espasa, 1932, t. I.
— *La sociología, ciencia de la realidad*, Buenos Aires, Losada, 1944.
FREEMAN, E. A.: *The methods of historical stude*, London, 1885.
FROMM, ERICH: *El miedo a la libertad*, Buenos Aires, Abril, 1947.
GANÓN, ISAAC: *Sociología general*, Montevideo, Facultad de Derecho, 1952, 2 vols.
GARCÍA MORENTE, M.: *Ideas para una filosofía de la historia de España*, Madrid, 1943.
GATRY, A.: *La morale et la loi de l'histoire*, París, Douniol, 1868, 2 vols.
GIANNINI, MASSIMO SEVERO: *Le développement des sciences sociales en Italia*, París, «Bulletin International des Sciences Sociales», núm. 1950.
GINI, CORRADO: *L'évolution de la sociologie en Italie*, París, «Bulletin Internationale des Sciences Sociales», núm. 2, 1950.
— *Economia e sociologia*, Roma, Atti del XIV «Congresso Internazionale di Sociologia», 1950.
— *Comparazione e integrazione dei datti*, Milano, Hoepli, 1952.
— *Demographie et sociologie*, Istambul, Faculté des Lettres, 1952.
— *Gli archivi e il progresso delle sciènze sociale*, Città del Vaticano, 1952.
— *Homo socialis et homo dissociatus*, Madrid, «Revista Internacional de Sociología», 1952.
GIUSSO, LORENZO: *Lo storicismo tedesco*, Milano, Bocca, 1944.

GOETZ, WALTER: *Historia Universal. Prólogo,* Madrid, Espasa-Calpe, 1932, tomo I.
GOOCH, G. P.: *Historia e historiadores del siglo XIX,* México, Fondo de Cultura Económica, 1942.
GOUHIER, HENRI: *L'histoire et sa philosophie,* París, Vrin, 1952.
GREENWOOD, ERNST: *Sociología experimental,* México, Fondo de Cultura Económica, 1951.
GUYAU, J. M.: *El arte desde el punto de vista sociológico,* Montevideo, Bertani, 1913.
CURVITCH, GEORGE: *La vocation actuelle de la sociologie,* París, Presses Universitaires de France, 1950.
— *Réponse à une critique. Lettre ouverte au Prof. Von Wiese,* París, «Cahiers Internationaux de Sociologie», vol. XIII, 1952.
HALES, E. E.: *Arnold Toynbee's Study of History,* London, «History Today», números 4-5, 1955.
HALKIN, LÉON É.: *Initiation a la critique historique,* París, Colin, 1953.
HALPHEN, LOUIS: *Initiation aux études d'histoire du Móyen Âge,* París, Presses Universitaires de France, 1946.
— *Introduction a l'histoire,* París, Presses Universitaires de France, 1948.
HAYA DE LA TORRE, VÍCTOR RAÚL: *Toynbee frente a los panoramas de la historia,* México «Cuadernos Americanos», 1953-1954.
HAYEK, FRIEDRICH VON: *Scientisme et sciences sociales,* París, Plon, 1953.
HAZARD, PAUL: *La crisis de la conciencia europea,* Madrid, Pegaso, 1941.
HELLPACH, WILLY: *Geopsique. El alma humana bajo el influjo del tiempo, clima, suelo y paisaje,* Madrid, Espasa-Calpe, 1940.
HERDER, J. G.: *Filosofía de la historia para educación de la humanidad,* Buenos Aires, Nova, 1950.
HERODOTO: *Histoires,* París, Les Belles Lettres, 1950.
— *L'homme et l'histoire, Actes du VI Congrès des Sociétés de Philosophie de langue française,* París, Presses Universitaires de France, 1952.
HILL, C. PETER: *L'enseignement de l'histoire,* París, Unesco, 1953.
HUIZINGA, J.: *El concepto de la Historia y otros ensayos,* México, Fondo de Cultura Económica, 1946.
— *Sobre el estado actual de la ciencia histórica.* Tucumán, Cervantes, s. f. *
— *En los albores de la paz,* Barcelona, Janés, 1946.
HUNTINGTON, ELLSWORH: *Las fuentes de la civilización,* México, Fondo de de Cultura Económica, 1949.
HUXLEY, ALDOUS: *Ciencia, libertad y paz,* Buenos Aires, Sudamericana, 1947.
HYPPOLITE, JEAN: *Vie et philosophie de l'histoire chez Bergson,* v. Congreso Nacional de Filosofía de la Argentina, Mendoza, Universidad de Cuyo, 1951.
IMAZ, EUGENIO: *Max Weber,* México, «Cuadernos Americanos», núm. 1, 1945.
INGE, W. R.: *Historicism and religion,* London, «History», núm. 80.
— *International Bibliography of Historical Sciences,* París, CISH, 45 vols.
JASPERS, KARL: *Origen y meta de la historia,* Madrid, Revista de Occidente, 1950.
KOYRÉ, A.: *Philosophie de l'histoire,* París, «Europe», núm. 9, 1946.
LACOMBE, PIERRE: *La science de l'histoire d'après Xenopol,* París, «Revue de Synthèse Historique», vol. I, 1900.
— *L'Histoire comme science à propos d'un article de H. Rickert,* París, «Revue de Synthèse Historique», vol. III, 1901.
— *La historia considerada como ciencia,* Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1948.
LAMPRECHT, K.: *La science moderne de l'histoire,* París, «Revue de Synthèse Historique», vol. X, 1905.
— *Du développement des sciences en général et des sciences moraux en particulier,* París, «Revue de Synthèse Historique», vol. XXI, 1910.

* Estos textos se publicaron primero en «Revista de Occidente», Madrid.

LANGLOIS, C. V.: *Manuel de Bibliographie Historique*, París, Hachette, 1896.
— y SEIGNOBOS: *Introducción a los estudios históricos*, Madrid, Jorro, 1913.
LASK, EMIL: *Filosofía jurídica*, Buenos Aires, Depalma, 1946.
LAWERYS, J. A.: *Les manuels d'histoire et la compréhension international*, París, Unesco, 1953.
LE BON, GUSTAVE: *Bases científicas de una filosofía de la Historia*, Madrid, Aguilar, 1931.
LÉVÊQUE, RAPHAEL: *L'élément historique dans la connaissance humaine d'après Cournot*, París, Université de Strasbourg, 1938.
LEVI-STRAUS, CLAUDE: *Histoire et ethnologie*, París, «Revue de Métaphysique et de Morale», juillet, 1949.
— *Race et histoire*, París, Unesco, 1952.
LEVY-BRUHL, H.: *Qu'est-ce que le fait historique?*, París, «Revue de Synthèse Historique», págs. 53-59, 1926.
LINTON, RALPH: *Estudio del hombre*, México, Fondo de Cultura Económica, 1942.
MACAULAY TREVELYAN, GEORGE: *Historia social de Inglaterra*, México, Fondo de Cultura Económica, 1946.
— *History and the reader*, London, Nat. Book League, 1945.
MACHADO, ANTONIO: *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1950.
MANTOUX, P.: *Histoire et sociologie*, París, «Revue de Synthèse Historique», vol. VII, pág. 121, 1903.
MARAVALL, J. A.: *Teoría del saber histórico*, Madrid, Revista de Occidente, 1967, 2.ª ed.
MARÍAS, JULIÁN: *A. Gatry*, Buenos Aires, Sudamericana, 1948.
— *El método histórico de las generaciones*, Madrid, Revista de Occidente, 1950.
— *La historia de la literatura empieza a ser histórica*, Buenos Aires, «La Nación», febrero, 1956.
MARROU, H. I.: *De la connaissance historique*, París, Du Seuil, 1954.
MARTINI, GIUSEPPE: *Cattolicesimo e storicismo. Momenti d'une crisi del pensiero religioso moderno*, Napoli, Scientifiche Italiane, 1951.
MATTEI, RODOLFO DE: *Gli studi italiani de Storia del pensiero politico. Saggio storico bibliografico*, Bologna, Zuffi, 1951.
MAUROIS, ANDRÉ: *Aspectos de la biografía*, Santiago, Ercilla, 1937.
MARTIN, ALFRED VON: *Sociología del Renacimiento*, México, Fondo de Cultura Económica, 1964, y *Sociología de la cultura medieval*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1954.
MEINECKE, FRIEDRICH: *El historicismo y su génesis*, México, Fondo de Cultura Económica, 1943.
— *Senso storico e significato della storia*, Napoli, Scientifiche Italiane, 1948.
MENÉNDEZ Y PELAYO, MARCELINO: *Estudios de crítica literaria. De la historia considerada como obra artística*, Madrid, 1893.
— *Antología de poetas líricos castellanos*, Madrid, 1923.
— *Orígenes de la novela*, Buenos Aires, Emecé, 1945.
— *Introducción y programa de literatura española*, v. *Orígenes de la novela*.
MENTRÉ, FRANÇOIS: *Les générations sociales*, París, Bossard, 1920.
MENZEL, A.: *Introducción a la sociología*, México, Fondo de Cultura Económica, 1940.
MEYER, ERNST: *Sobre la teoría y metodología de la historia*, v. *El historiador y la historia antigua*, México, Fondo de Cultura Económica, 1955.
MILHAUD, GASTON: *Etudes sur Cournot*, París, Vrin, 1927.
MILLÁN PUELLES, ANTONIO: *Ontología de la existencia histórica*, Madrid, Nacional, 1941.
MONDOLFO, RODOLFO: *La filosofía política de Italia en el siglo XIX*, Buenos Aires, Imán, 1942.

MONDOLFO, RODOLFO: *Intorno a Gramsci e alla filosofia della prassi*, Milano, Critiche Sociale, 1955.
MONGLOND, TH.: *Les dernières années de Johan Huizinga*, v. t. I, «Melanges Febvre».
MONOD, G.: *Histoire; en De le méthode dans les sciences*, París, Alcan, 1920, 2 volúmenes.
MONTERO BUSTAMANTE, RAÚL: *La ciudad de los libros*, Montevideo, Ligu, 1944.
MORAZÉ, CHARLES: *Introduction a l'histoire economique*, París, Colin, 1948.
— *Trois essais sur Histoire et Culture*, París, Colin, 1948.
MUMFORD, LEWIS: *La cultura de las ciudades*, Buenos Aires, Emecé, 1945.
NAVILLE, ADRIEN: *Classification des sciences*, París, Alcan, 1920, 3.ª ed.
NICOL, EDUARDO: *Historicismo y existencialismo*, 2.ª ed. Madrid, Tecnos, 1960.
NIETZSCHE, FEDERICO: *De la utilidad y de los inconvenientes de los estudios históricos para la vida*, Buenos Aires, Bajel, 1945.
NIRCHIO, GIUSEPPINA: *L'autonomia del diritto nel sistema crociano. G. B. Vico e la scienza del diritto. Una nuova interpretazione della filosofia giuridica di Giorno del Vecchio*, Padova, Cedam, 1950-1953.
— *Intorno al pensiero de Gustav Radbruch*, Pavía, «Il Politico», Monzio, 1953.
— *La sociologia come sciencia autonoma. Techniche sociografiche e sociometriche*, Pavía, «Il Politico», Fusi, 1953.
ORTEGA Y GASSET, JOSÉ: *Ideas sobre la novela*, Madrid, Espasa-Calpe, *Obras completas*, 1932.
— *La historia como sistema*, Madrid, Revista de Occidente, 1942, 2.ª ed.
O'GORMAN, EDMUNDO: *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, México, Imprenta Universitaria, 1947.
OMAN, CHARLES: *On the writing of history*, London, Methuen, 1939.
ORIBE, AQUILES B.: *Tecnicismo histórico*, Montevideo, La Liguria, s. f.
PACI, ENZO: *Ingens Sylvia*, Milano, Mondadori, 1949.
— *Esistencialismo e storicismo*, Milano, Mondadori, 1950.
PADOVANI, UMBERTO A.: *Filosofia e teologia della storia*, Brescia, Morcelliana, 1953.
PANKRATOVA, A. M.: *Le problème de l'historicisme et la période contemporaine*, en «Relazione del X Congresso Internazionale di Scienza Storiche», tomo VII, Firenze, 1955.
PANUNZIO, CONSTANTINO: *La sociologie italienne*, en *Sociologie du XXème. siècle*, París, Alcan, 1947.
PARENTE, ALFREDO: *Il tramonto della logica antica e il problema della storia*, Bari, Laterza, 1952.
PENNATI, EUGENIO: *L'ultima polemica tra idealismo e sociologia*, Pavía, «Il Politico», Ponzio, 1951.
— *Forme de trasmisione e conquista del potere*, Pavía, «Il Politico», Fusi, 1953.
— *Fondamenti di una filosofia della politica*, Milano, Istituto Italiano, 1945.
— *Sociologie e sociografia*, Roma, en «Atti del XIV Congresso Internazionale de Sociologia», 1950.
— *L'etica e il marxismo*, Firenze, La Nuova Italia, 1948.
PEREIRA SALAS, EUGENIO: *El problema de la división de la historia en periodos*, Santiago de Chile, «Clío», núm. 1.
PETACCIA, DANTE: *La filosofia e il problema della storia*, Bari, Laterza, 1947.
PINILLA, NORBERTO: *La historia y P. Valèry*, Santiago, «Clío», núm. 3.
PÍO XII: *Discours de Sa Santité au Xème. Congrès Internationale des Sciences Historiques*, Cité del Vatican, Tip. Poliglota, 1955.
PIRENNE, JACQUES: *Les grands courants de l'histoire universelle*, Neuchâtel, La Baconnière, 1947.
PLEJANOV, J.: *El papel del individuo en la historia*, Moscú, Lenguas Extranjeras, 1946.
POINCARÉ, H.: *Science et méthode*, París, Alcan, 1907.

POLIBIO: *Historia Universal durante la República romana,* Madrid, Hernando, 1927.
POLLARD, A. F.: *History and the law,* London, «History», vol. X, núm. 39.
POWER, EILLEN: *Gente de la Edad Media,* Buenos Aires, Nova, 1945.
PRATT FAIRCHILD, H., y otros: *Diccionario de sociología,* México, Fondo de Cultura Económica, 1949.
— *Il problema della Storia, dell'VII Convegno di Studi Filosofici Cristiani tra professori universitari,* Brescia, Morcelliana, 1953.
RADAELLI, SIGFRIDO A.: *La irreverencia histórica,* Buenos Aires, Sudamericana, 1947.
RADICE LOMBARDO, G.: *Lecciones de didáctica,* Barcelona, Labor, 1933.
RAGIONIERI, ERNESTO: *La polemica su la weltgeschichte,* Roma, Ed. di Storia e Letteratura, 1951.
RAMA, CARLOS M.: *El pensamiento de Huizinga sobre los siglos XIV y XV,* 2.ª ed., Montevideo, 1952 *.
— *Revolución social y fascismo en el siglo XX,* Montevideo, Buenos Aires, Palestra, 1962.
— *La crisis del liberalismo,* Montevideo, «Cuadernos Internacionales», número 3.
— *Introducción al clasicismo griego,* Montevideo, La Casa del Estudiante, 1960, 3.ª ed.
— *Introducción a los estudios históricos,* Montevideo, Medina, 1951 **.
RAMA, CARLOS M.: *El problema metodológico en los actuales historiadores y sociólogos italianos,* Montevideo, Facultad de Humanidades, 1954 *.
— *La historia y la novela,* Montevideo, Ligu, 1947 *.
— *Historicidad de la especulación histórica,* Montevideo, El Siglo Ilustrado, 1947 **.
— Art. bibl. sobre *Pueblos y Estados en la Historia Moderna,* de L. von Ranke, Buenos Aires, «Realidad», núm. 16, 1949.
— *Una nueva historia para nuestro tiempo,* México, «Cuadernos Americanos», 1956 *.
— *Ensayo de Sociología uruguaya,* Montevideo, Medina, 1957.
— *José Pedro Varela, sociólogo,* Montevideo, Medina, 1957.
— *Ideología, regiones y clases sociales en la España contemporánea,* Montevideo, Ligu, 1958, 2.ª ed., Nuestro Tiempo, 1962.
— *The history of ideas in contemporary historiography,* Neuchâtel, La Baconnière, 1958 *.
— *La crisis española del siglo XX,* México, Fondo de Cultura Económica, 1960; 2.ª ed., Fondo de Cultura Económica, 1962; trad. francesa, París, Fischbacher, 1962.
— *Itinerario español,* Buenos Aires, Nova, 1961.
RANKE, LEOPOLD VON: *Pueblos y Estados en la Historia Moderna,* México, Fondo de Cultura Económica, 1948.
RAPPOPORT, CHARLES: *La philosophie de l'histoire comme science de l'evolution,* París, Rivière, 1925.
RAVIGNANI, EMILIO: *Introducción a los estudios históricos,* Montevideo, REI, 1949.
RENAN, ERNEST: *Souvenirs d'enfance et de jeunesse,* París, Nelson, s. f.
RENCONTRES FRANCO-ALLEMANDES D'HISTORIENS, 1950-1953, Mayence, Affaires Culturelles, 1954.
RENIER, G. J.: *History, its purpose and method,* London Allen & Unwin, 1950.

* Estos trabajos se incluyen en el volumen *La Historia y la novela, y otros ensayos historiográficos,* Buenos Aires, Nova, 1968; reeditado en Madrid por Tecnos, en 1974.
** El material de esas obras ha sido incluido en el presente libro.

RENOUARD, YVES: *La notion de génération en histoire*, París, «Revue Historique», t. CCIX, 1953.

REYES, ALFONSO: *El deslinde. Prolegómenos a la teoría literaria*, México, Fondo de Cultura Económica, 1944.

RICKERT, H.: *Ciencia cultural y ciencia natural*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1943.

RICOEUR, PAUL: *Histoire et verité*, París, Du Seuil, 1955.

RIVET, PAUL: *Coloquio sobre las ciencias del hombre*, Montevideo, Facultad de Humanidades, 1955.

ROCKER, RUDOLF: *Nacionalismo y cultura*, Buenos Aires, Imán, 1942.

ROMERO, JOSÉ LUIS: *La historia y la vida*, Tucumán, Yerba Buena, 1945.

ROURA PARELLA, JUAN: *El mundo histórico-social*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, 1945.

ROWSE, A. L.: *History and the modern world*, London, «Britain Today», número 136.

RUGGIERO, GUIDO DE: *Filosofías del siglo XX*, Buenos Aires, Abril, 1947.

RUSSELL, BERTRAND: *Historia de la filosofía occidental*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1947, 2 vols.

SALVEMINI, GAETANO: *Storia e scienza*, Firenze, La Nuova Italia, 1948.

SÁNCHEZ, LUIS A.: *Panorama de la literatura actual*, Santiago de Chile, Ercilla, 1936.

SÁNCHEZ ALONSO, B.: *Fuentes de la historia española e hispanoamericana*, Madrid, «Revista de Filosofía», 1927, primer tomo y Apéndice, 1947, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

SÁNCHEZ TRINCADO, J. L.: *Leyenda, historia y mito*, Caracas, Elite, 1944.

SANKEY, VISCOUNT: *The historian and the lawyer*, London, «History», vol. XXI, número 82.

SARTRE, J. P.: *Crítica de la razón dialéctica*, Buenos Aires, Losada, 1963, 2 volúmenes.

SPANGENBERG, H.: *Los períodos de la historia universal*, Madrid, «Revista de Occidente», núms. 29 y 30, 1936.

SÉE, HENRI: *Science et philosophie d'après la doctrine de Emile Meyerson*, París, Alcan, 1932.

— *Science et philosophie de l'histoire*, París, Alcan, 1933.

SHOTWELL, J.: *Historia de la historia en el mundo antiguo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1940.

SIMIAND, F.: *Méthode historique et science sociale. Etude critique d'après les ouvrages récents de Lacombe et Seignobos*, París, «Revue de Synthèse Historique», vol. 6, 1903.

— *Le salaire, l'evolution sociale et la monnaie*, París, Alcan, 1932, 3 vols.

SIMMEL, GEORG: *Problemas de filosofía de la historia*. Buenos Aires, Nova, 1950.

SOLARI, G.: *Storicismo e diritto privato*, Torino, Giappichelli, 1940.

SOROKIN, PITIRIM A.: *Las filosofías sociales de nuestra época de crisis... Berdiaeff, Spengler, Toynbee*, Madrid, Aguilar, 1954.

— *Contemporary sociological theories*, New York, Harpers, 1928.

SPATE, O. H. K.: *Toynbee and Huntington: a study in determinism*, London, «The Geographical Journal», vol. CXVIII, 1952.

SPENCER, HERBERT: *Clasificación de las ciencias*, Buenos Aires, Anaconda, 1943.

SPENGLER, OSWALD: *La decadencia de Occidente*, Santiago, Osiris, 1935, 2 volúmenes.

TAINE, HIPÓLITO: *Filosofía del arte*, Valencia, Sempere, s. f., 2 vols.

— *Historia de la literatura inglesa*, Prólogo, Buenos Aires, Américalee, 1945.

TITLEY, A. F.: *Science and history*, London, «History», vol. 23, núm. 90.

TOYNBEE, ARNOLD J.: *Estudio de la historia*, Buenos Aires, Emecé, 1951, 14 volúmenes.

— *A study of history*, London, Oxford, University Press, 1948, 4.ª ed.

TOYNBEE, ARNOLD J.: *La civilización puesta a prueba,* Buenos Aires, Emecé, 1949.
TREVES, RENATO: *Interpretazioni sociologiche del fascismo,* Torino, Occidente, 1953.
— *Sociología y filosofía social,* Buenos Aires, Losada, 1941.
— *Sociología e historia,* Tucumán, «Revista de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales», 1943.
— *Spirito critico e spirito dogmatico,* Milano, Nuvoletti, 1954.
— *Introducción a las investigaciones sociales,* Tucumán, Universidad Nacional, 1942.
TURNER, RALPH: *Las grandes culturas de la humanidad,* México, Fondo de Cultura Económica, 1948.
UNESCO: *La reforma de los manuales escolares y del material de enseñanza,* París, 1951.
VALCÁRCEL, D.: *Sobre la historia,* Lima, s. e., 1949.
VALDOUR, JACQUES: *Les méthodes en sciences sociales,* París, Rousseau, 1927.
— *Les méthodes de liason entre la science sociale experimentale et les autres sciences naturelles,* París, Rousseau, 1931.
VALENTÍN, VEIT: *Historia universal,* Prólogo, Buenos Aires, Sudamericana, 1942.
VALÉRY, PAUL: *Regards sur le monde actuel,* París, NRF, 1945.
VANNI, ICILIO: *Filosofía del derecho,* Lima, Rosay, 1923.
VILLARI, P.: *L'histoire est-elle une science?,* París, «Revue de Synthèse Historique», vols. 3 y 4, 1901-1902.
VOSSLER, KARL: *Filosofía del lenguaje,* Buenos Aires, Losada, 1943.
VOUILLEMIN, GRAL: *La logique de la science et l'Ecole de Vienne,* París, Hermann, 1955.
WAGNER, FRITZ: *La ciencia de la historia,* México, Universidad de México, 1958.
WEBER, MAX: *Economía y sociedad,* Introducción de J. Medina Echevarría, México, Fondo de Cultura Económica, 1944.
WELLS, H. G.: *La llama inmortal,* Buenos Aires, Claridad, s. f.
WINDELBAND, W.: *Les sciences, l'histoire devant la logique contemporaine,* París, «Revue de Synthèse Historique», vol. IX, 1904.
ZAVALA, SILVIO: *Hispanoamérica septentrional y media. Período colonial,* México, Comisión Panamericana de Historia, 1953.
ZELLERS, GUILLERMO: *La novela histórica en España, 1828-1850,* New York, 1938.
ZUBIRI, X.: *Naturaleza, historia, Dios,* Madrid, 1944.

INDICE GENERAL

INDICE DE NOMBRES DE AUTORES CITADOS